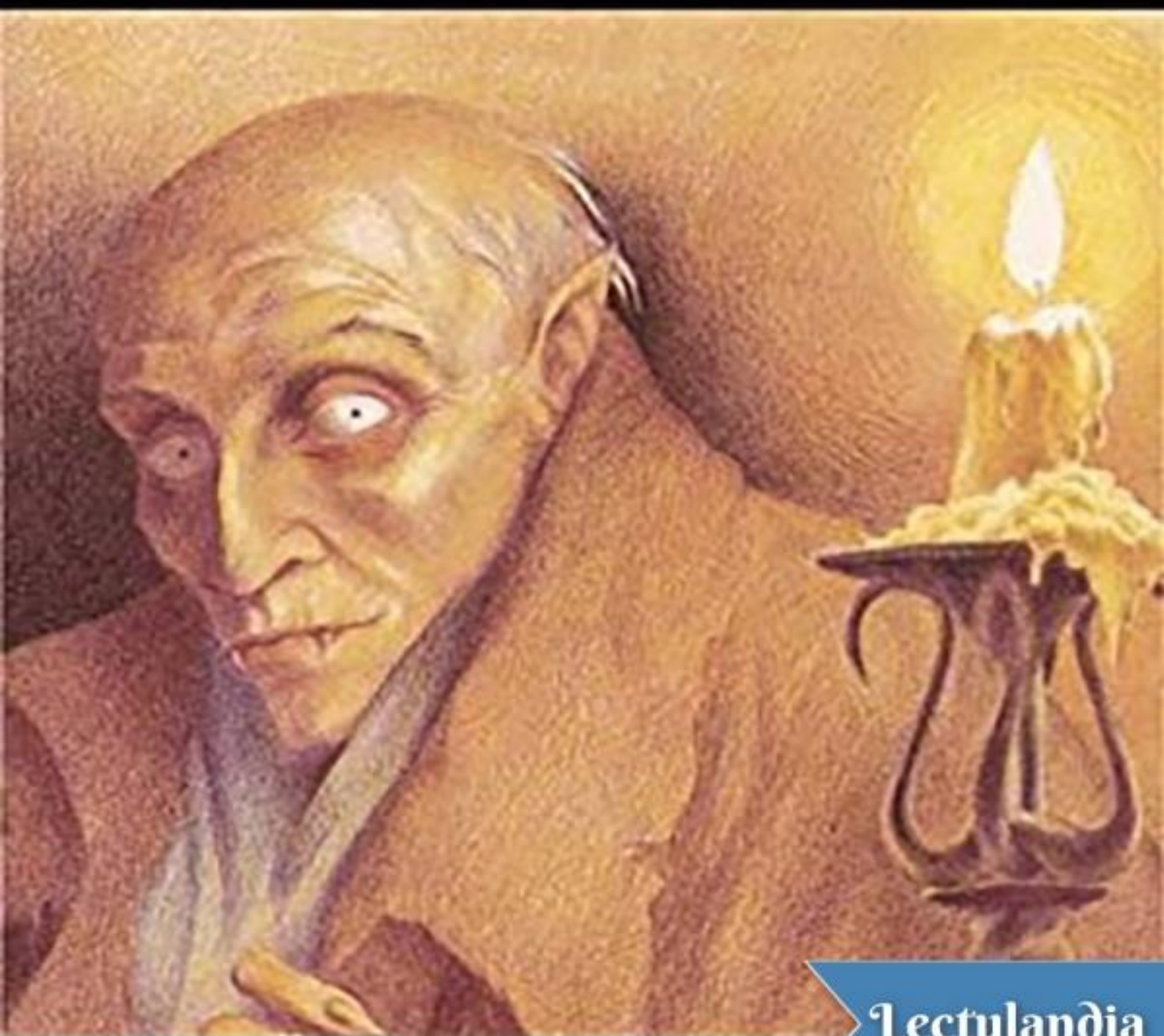


Legendas y cuentos populares



Cuentos de Vampiros



Lectulandia

De Polidori a Bram Stoker, el creador de «Drácula», este volumen recoge las muestras más representativas de los autores que, a lo largo del siglo XIX, fijaron en páginas perturbadoras el personaje del vampiro, reiteradamente tratado luego por la narrativa y el cine, quizá porque aún en nuestra tecnificada sociedad, y oculto en un extraño repliegue del subconsciente colectivo, ese ser espectral continúa existiendo.

AA. VV.

Cuentos de vampiros

Cuentos y leyendas populares - 07

ePub r1.0

Titivillus 03.07.2022

Título original: *The Vampyre, Varney the Vampyre, or, The Feast of Blood, The Mysterious Stranger, Carmilla, Godd Lady Ducayne, Dracula's Guest*

AA. VV., 2005

Traducción: Roxana Prieto

Ilustraciones: Francisco Solé

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



INTRODUCCIÓN

En algún momento del siglo XVIII y en alguna remota comarca situada en la zona más oriental de Centroeuropa, una mera superstición local, la creencia en muertos vivientes cuya extraña y anfibia existencia se prolonga tomando prestada energía de personas a quienes dañan hasta hacerlas perecer, se elevó a la categoría de leyenda al entrar en contacto con la superior cultura germánica. En el ambiente enfebrecido del romanticismo alemán más exaltado, una quimera como ésta, absolutamente escalofriante, resultaba sin duda atractiva, y tentadora la idea de ampliarla imaginando los terroríficos y repulsivos detalles que acompañarían la tétrica actividad de esos seres. No cabe cuestionar el decidido protagonismo alemán en la aparición literaria del mito del vampiro.

Los precursores

En este punto, es casi imposible dejar de referirse al prusiano E. T. A. Hoffmann, cuya fantasía desatada se deleitaba hasta lo morboso en la acumulación de elementos diabólicos y perversos en sus relatos. Sin embargo, aunque interesado en esta materia, cuyo desarrollo conocía por compatriotas suyos, Hoffmann, contrariamente a lo sostenido por una opinión bastante extendida, trató relativamente tarde este tema. Su cuento más explícito sobre él, Vampirismo, fue escrito en 1821.

En el año 1800, el también alemán Johann Ludwig Tieck publicó en Inglaterra un relato de vampiros, Wake not the Dead, que recogía tradiciones populares. Su notable éxito se explica no sólo por el momento de la edición, de pujante eclosión del Romanticismo, sino por el terreno abonado durante el último cuarto del siglo XVIII por la llamada novela gótica o negra, muy bien

acogida por un público numeroso y cultivada en Gran Bretaña por autores como Beckford, Walpole, Lewis y otros de menor mérito. Todos ellos buscan transmitir una intensa sensación de horror a los lectores mediante el empleo, un tanto truculento, de escenarios irreales —preferentemente medievales o exóticos— y sucesos siniestros o macabros.

En cualquier caso, a la obra de Tieck corresponde el honor de traspasar el testigo del desarrollo argumental del vampiro desde la literatura alemana a la británica. El relevo, sin embargo, no tendrá lugar hasta algunos años después, una vez superado el paréntesis impuesto —no sólo en las letras— por las guerras napoleónicas.

En el mes de junio de 1816, Lord Byron, de viaje por Europa en compañía del joven médico John Polidori (tío del pintor prerrafaelista Dante Gabriel Rossetti), pasa unos días en una villa a orillas del lago Lemán junto al poeta Percy B. Shelley y su mujer Mary. En una velada, Byron propone a sus amigos un desafío, aceptado por todos: deberán escribir una «historia de espectros». De los cuatro, Mary resulta ser la más celosa cumplidora del compromiso, y en 1818 publica *Frankenstein o El Prometeo moderno*, genial anticipación de un nuevo género, la ciencia-ficción. Shelley, aunque anteriormente había escrito con seudónimo dos novelas góticas, se desentendió por completo del asunto. Byron redactó en seguida unas pocas cuartillas, pero no consta que prestara más atención a ello. Según parece, Polidori, por su parte, aportó un cuento completo a tan original y literario reto.

Así las cosas, en 1819 aparece en un periódico inglés una narración titulada *El vampiro*, atribuida a Lord Byron. De inmediato, John Polidori reclama ofendido la paternidad del cuento, fruto del acuerdo del lago Lemán. Siguió una agria polémica entre Byron y Polidori en la que aquél acusó a éste de haberle robado la idea.

Sea como fuere, en *El vampiro* «otorgado» a Byron aparecen ya netamente perfiladas algunas de las características llamadas a convertirse en constantes de la iconografía ideal de ese ser monstruoso: taciturno y de atractivo irresistible, sobrevive a la muerte, la luna posee sobre él un misterioso influjo satánico, se alimenta de la sangre de mujeres jóvenes y es la viva —tal vez deberíamos decir semiviva— encarnación de la maldad.

El esbozo de estereotipo definido por Polidori no cambiará sustancialmente, pero a él se irán añadiendo nuevas notas que contribuirán a perfilar con más nitidez la configuración del vampiro y sus circunstancias. En este sentido, el siguiente aporte significativo corresponde al inglés James

Malcolm Rymer, quien en 1845 comienza a publicar, por entregas que alcanzan el número de 109 y se alargan durante dos años, Varney el vampiro, o el festín de sangre. Esta obra, muy popular en su tiempo pese a su no excesivo valor artístico —a menudo, el sistema de entregas, o folletín, hacía resentirse a la creación—, abunda en ambientaciones tópicas, y en ella se insiste en un detalle importante: los largos y afilados dientes se utilizan para morder en el cuello a la víctima, y de la herida se succiona la sangre a continuación. Aunque este hecho está asumido como evidente en la cultura de ficción de nuestros días, no aparece claramente definido hasta Rymer: Hoffmann, por ejemplo, describe una escena de vampirismo como un repugnante banquete caníbal.

Desconocemos la identidad del autor del tercer cuento de este volumen, aunque se le supone alemán; sí sabemos que El extraño misterioso se tradujo al inglés y se editó en 1860. La contribución de este relato al acabado final del contorno y el entorno del vampiro es trascendental: pasa los días en un ataúd situado en la cripta de una iglesia integrada en el recinto de un ruinoso castillo; no come ni bebe como los vivos; posee una fuerza sobrehumana; en el pasado fue un individuo cruel, tiránico y licencioso, y ejerce un dominio total sobre los lobos hambrientos.

Asimismo debe resaltarse la presencia de un personaje «que sabe», capaz, por este conocimiento, de enfrentarse con resultados felices a un ser inmune a los efectos de cualquier arma normal.

Un producto acabado

Al morir su esposa en 1858, el irlandés Joseph Sheridan Le Fanu encerró su depresiva personalidad en una habitación de su domicilio, y desde allí proporcionó a sus editores una muy interesante producción de novelas cortas y cuentos en los que el hastío vital que impregnaba su existencia se transmutaba en una bien construida transmisión de horror a los lectores. Carmilla, aparecida en 1872, un año antes de la muerte del autor, es uno de los mejores y más célebres frutos de su misantropía.

Una vez más, la heroína es una joven tan bella como inocente, pero en esta ocasión el vampiro pertenece al sexo femenino. La originalidad de la obra no se reduce a esta particularidad: Le Fanu plasma admirablemente una atmósfera de ambigüedades y languideces, de enfermizas ensoñaciones y relaciones de atracción-repulsión, presidida por un destacado erotismo,

aunque contenido en los límites propios de las conveniencias victorianas. A partir de *Le Fanu*, el vampiro —hombre o mujer— no será sólo el morboso seductor de presas: a su vez él, o ella, puede sentirse cautivado por una víctima concreta, y el binomio amor-destrucción iniciará una doble y opuesta andadura.

En *La bondadosa lady Ducayne*, la prolífica escritora Mary Elizabeth Braddon (1835-1915) hace un tratamiento por completo diferente de la cuestión que nos ocupa. Su inclusión en este libro se explica no sólo por sus valores —agilidad y sentido del humor presentes en sus páginas, tono «casero», aséptico y muy británico que condiciona un desenlace «civilizado»—, sino como ejemplo de una variación extrema en fecha tan temprana como 1896.

Un año más tarde aparece *Drácula*, novela larga del irlandés Bram Stoker (1847-1912). Esta obra, densa, consistente y perfectamente trabajada, marca la culminación literaria del mito del vampiro. Hasta entonces innominado por lo general, con pocas excepciones, como *Carmilla*, éste contará desde ese momento con un nombre a la vez sinónimo de su condición y obligada referencia para la posteridad. Todos los caracteres mencionados en los párrafos precedentes como elementos constitutivos de la figura del vampiro se encuentran recogidos en el *Drácula* de un Stoker exhaustivamente documentado, y ensamblados de tal forma que adquieren un grado de verosimilitud como nunca antes habían tenido.

Los personajes secundarios, enfrentados a *Drácula* o magnetizados por él, vigorosa y coherentemente dibujados, contribuyen a proporcionar solidez a la narración, en la que, paralela a la personalización del vampiro, se desarrolla una cierta humanización capaz de poner de manifiesto su vulnerabilidad.

En el último cuento de esta antología, *El invitado de Drácula* (1897), se subrayan esas características al presentarnos a *Drácula* interesado en la seguridad del protagonista.

A partir de Stoker, escritores, guionistas y directores de cine habrán de remitirse ineludiblemente, como obligado punto de partida, a la criatura del irlandés.

La cultura de la imagen

A lo largo de este siglo el vampirismo ha inspirado a un considerable número de autores, sobre todo a los especializados en el relato breve y fantástico. Desde Mary E. Wilkins-Freeman, al filo del cambio de centuria, hasta los muy actuales Alan Ryan y Tanith Lee, pasando, entre otros destacables, por Stephen King, en cuya Salem's Lot se inspiró una serie televisiva, asistimos a un desfile de innovaciones desde una gran variedad de enfoques y superpuestas con mayor o menor acierto al substrato persistente elaborado a lo largo del siglo XIX. Sin embargo, en mucha mayor medida que la literatura, es el cinematógrafo el responsable de la enorme y extendida vigencia del mito en nuestros días.

F. W. Murnau dirigió en 1922 Nosferatu, el primer filme de un género que pronto daría muestras de una fertilidad asombrosa. Interpretada por un convincente Max Schreck, la película se adapta con fidelidad a la historia de Stoker.

La fisonomía y el estilo del Nosferatu del tándem Murnau-Schreck tendrán continuación en las interpretaciones de Klaus Kinski, mientras que Bela Lugosi animará un tipo de vampiro muy diferente, un tanto relamido. Mel Ferrer, Laurence Olivier y Catherine Deneuve han contribuido a dignificar, con su presencia en la pantalla, películas de este género, en el que destaca Christopher Lee como el actor que más veces ha encarnado el personaje de Drácula.

Las numerosas versiones cinematográficas del vampiro culminan de alguna forma en su propia parodia, los divertidos filmes Love a First Bite, con George Hamilton, y, sobre todo, El baile de los vampiros, dirigido e interpretado por el inteligente y corrosivo Roman Polanski.

Es difícil vaticinar si el distanciamiento que acompaña al tratamiento humorístico puede estar señalando el ocaso del tema en esa fábrica de sombras y sueños llamada familiarmente cine. Sí es posible, en cambio, predecir que, cualquiera que sea el medio artístico de difusión utilizado, las ficciones sobre Drácula y los suyos seguirán atrayendo a las gentes, pues en algún oscuro repliegue del subconsciente colectivo, alimentado ya no por la sangre de nadie, sino por inquietantes y vaporosos delirios de nuestras mentes, el vampiro continúa existiendo.

ALBERTO MARÍN CARREÑO

EL VAMPIRO

John Polidori, 1819

EN la vida de distracciones y placeres que acompaña al invierno londinense, aparecía en las variadas fiestas de los líderes del *dernier cri* un noble, más notable por sus singularidades que por su rango. Su mirada se paseaba sobre el júbilo que le rodeaba como si no pudiese participar en él. Aparentemente, la risa ligera de las bellezas que allí se congregaban sólo atraía su atención en la medida que pudiese, con una mirada, sofocarla e infundir turbación en aquellos pechos en los que reinaba la insensatez. Quienes sentían este temor no podían explicar dónde se originaba: había quienes lo atribuían al ojo gris y muerto que, tras escoger el objeto de su atención, no parecía penetrarlo con la mirada y llegar así hasta el íntimo mecanismo del corazón, sino que caía sobre él como un rayo que añadía peso a la piel que no podía traspasar. Sus peculiaridades hacían que todo el mundo lo invitara a su casa; todos deseaban verle, y aquellos que, acostumbrados antaño a excitaciones violentas y que ahora notaban el peso del *ennui*, se sentían complacidos al tener ante su presencia algo capaz de despertar su curiosidad.

A pesar de la palidez cadavérica de su rostro, que nunca ganaba un tinte cálido, ni el rubor de la modestia, ni la fuerte emoción de la pasión —aunque su forma y proporciones eran hermosas—, muchas cazadoras femeninas, que iban en pos de la notoriedad, intentaban atraer su atención y ganaban, al menos, pequeñas señas de algo que se podía calificar de afecto. Lady Mercer, quien había sido la burla de todos los monstruos exhibidos en los salones desde su matrimonio, se arrojó en mitad de su camino e hizo todo lo imaginable —excepto vestirse de saltimbanqui— para que se fijara en ella; mas todo fue en vano: cuando estaba ante él, a pesar de que sus ojos se

hallaran fijos en los de ella, parecía como si no los percibiera; hasta que su impúdica impudicia quedó desconcertada y la dama se batió en retirada. Pero aunque la vulgar adúltera no fuese capaz de influir siquiera en la dirección de su mirada, esto no quiere decir que el sexo femenino le fuera indiferente; sin embargo, era tal la aparente prudencia con que hablaba a la esposa virtuosa o a la hija inocente, que pocos sospechaban que se dirigiera alguna vez a las mujeres. Tenía, no obstante, la reputación de una lengua convincente, y ya fuera esto lo que vencía la aprensión ante su singular carácter, o que ellas se sintieran tocadas por su aparente odio hacia el vicio, lo cierto era que tan pronto se hallaba entre las mujeres que constituyen el orgullo de su sexo por sus virtudes domésticas, como entre las que lo empañan con sus vicios.

Por aquellos días llegó a Londres un joven caballero cuyo nombre era Aubrey; huérfano de padres, su familia se reducía a una única hermana con la que compartía una gran fortuna que había heredado de sus progenitores a la muerte de éstos cuando aún era un niño. Abandonado también a su suerte por los tutores, que creyeron su deber custodiar su fortuna, mientras delegaban la tarea más importante de guiar su espíritu en subalternos mercenarios. Cultivó, pues, más su imaginación que su juicio y tenía, por consiguiente, un sentido romántico del honor y la justicia. Creía que todo el mundo simpatizaba con la virtud y que el vicio no era sino un pintoresco efecto de escena; tal como ocurre en las novelas, pensaba que la miseria de una choza consistía meramente en las ropas usadas por sus habitantes, que, aunque calientes, eran más apropiadas para el ojo del pintor por sus dobleces irregulares y sus variados parches de colores. Creía, en fin, que los sueños de los poetas eran las realidades de la vida. Era apuesto, franco y rico; por tales razones, a su llegada a los círculos de diversión todas las madres lo rodearon. Simultáneamente, los semblantes que se iluminaban cuando él se acercaba, y los ojos que chispeaban apenas abría la boca lo indujeron pronto a una falsa noción de sus talentos y su mérito. Propenso como era a la fantasía en sus horas solitarias, no sin sorpresa descubrió que, excepto las velas de sebo y cera —que no parpadeaban debido a la presencia de fantasma alguno, sino simplemente por falta de pabilo—, no existía en la vida real ningún fundamento para todas aquellas plácidas descripciones contenidas en los libros en los que él había basado sus estudios. No obstante, a pesar de haber hallado alguna compensación a su vanidad gratificada, estaba a punto de abandonar sus sueños cuando el extraordinario ser que hemos descrito anteriormente se cruzó en su camino.

Lo observó, y el infranqueable obstáculo de formarse una idea del carácter de aquel hombre, enteramente absorbido en sí mismo, que apenas mostraba otro signo de aprecio hacia los objetos externos que el del tácito reconocimiento de su existencia, derivado del mero hecho de evitar su contacto, permitió que su imaginación forjara los detalles que favorecían su propensión a ideas extravagantes. Pronto convirtió a este sujeto en un héroe de novela y se dedicó a examinar el fruto de su fantasía antes que a la persona que tenía delante. Trabajó relación con él, le prodigó todo tipo de atenciones, y tanto se hizo notar, que su presencia nunca pasaba inadvertida. Poco a poco fue enterándose de que los asuntos financieros de lord Ruthven no marchaban bien, y pronto dedujo por los preparativos que el noble estaba a punto de emprender un viaje. Deseoso de adquirir alguna información sobre su carácter singular, que, hasta entonces, sólo había disimulado su curiosidad, dio a entender a sus tutores que había llegado para él el momento de realizar el viaje que durante múltiples generaciones se había creído necesario para habilitar a los jóvenes en la carrera del vicio y ponerlos así en pie de igualdad con los mayores, evitando de esta manera que parecieran caídos del cielo cuando se mencionaran, a tenor de broma o de alabanza de acuerdo al grado de destreza demostrado en llevarlos adelante, sus amoríos escandalosos. Los tutores consintieron y Aubrey comunicó de inmediato sus intenciones a lord Ruthven, sorprendiéndose al recibir de éste la propuesta de unirse a él. Aubrey se sintió muy halagado por tal marca de estima de quien, aparentemente, no tenía nada en común con los demás hombres y aceptó de buena gana su oferta; a partir de aquel momento, en pocos días cruzaron el mar y se hallaban en el continente.

Hasta el presente, Aubrey no había tenido oportunidad de estudiar el carácter de lord Ruthven, y descubrió entonces que, aun cuando la mayor parte de sus actos quedaban expuestos a su vista, los resultados ofrecían diversas conclusiones sobre los motivos aparentes de su conducta. Su compañero se prodigaba en liberalidades: el desocupado, el vagabundo y el mendigo recibían de su mano más que suficiente para aliviar sus necesidades inmediatas. Mas Aubrey no dejó de notar que su limosna no se ofrecía a los virtuosos reducidos a la indigencia por las desgracias que acompañan a la virtud; éstos eran despedidos de su puerta con mal disimulada burla. Pero cuando era el libertino quien pedía, no para aliviar sus necesidades, sino para poder seguir revolcándose en su concupiscencia, o para hundirse todavía más en su iniquidad, era despedido con profusa caridad. No obstante, esto era atribuido por Aubrey a la mayor importunidad de los viciosos, que prevalece

generalmente sobre la tímida retirada del indigente virtuoso. Había empero una circunstancia en lo tocante a la caridad de su señoría que le quedó indeleblemente impresa: todos aquellos sobre los que se prodigó, inevitablemente encontraron en ello una maldición, ya que, sin excepción, terminaron con sus huesos en el cadalso o se hundieron en la miseria más baja y abyecta.

En Bruselas y otras ciudades por las que pasaron, Aubrey quedó sorprendido por la aparente ansiedad con que su compañero buscaba los centros de todos los vicios de moda; se imbuía del espíritu de las mesas de juego: apostaba y arriesgaba siempre con éxito, excepto cuando algún conocido estafador era su antagonista: entonces perdía incluso más de lo que ganaba; pero siempre con el mismo rostro inmutable con el que generalmente observaba a la sociedad que lo rodeaba. No ocurría así, sin embargo, cuando se encontraba con el joven precipitado e inexperto, o con el infortunado padre de familia numerosa; entonces su mero deseo parecía la ley de la fortuna: su aparente abstracción quedaba a un lado y sus ojos centelleaban con más fuego que los de un gato que se complace con un ratón medio muerto. En cada ciudad dejaba a los jóvenes que habían afluído hacia él separados del círculo que adornaban y maldiciendo, en la soledad de un calabozo, la fatalidad que los había arrojado en las garras de aquel demonio; mientras, no pocos padres se sentaban desesperados en medio de las miradas elocuentes de niños silenciosos y hambrientos, sin un solo céntimo de su anterior riqueza con el cual satisfacer al menos el hambre presente. No obstante, el noble no cogía dinero alguno de la mesa de juego, sino que perdía de inmediato, para la ruina de muchos, el último objeto de oro que acababa de tomar de la convulsiva mano del inocente: esto sólo podía ser el resultado de algún grado de conocimiento, incapaz, no obstante, de combatir la astucia de los más experimentados. A menudo deseaba Aubrey hablar de esto a su amigo y rogarle que renunciara a aquella caridad y placer que —se había comprobado— causaba la ruina de todos y no tendía a su propio provecho; mas retardaba este momento, puesto que esperaba que su amigo le diese alguna oportunidad de hablar franca y claramente con él: sin embargo, esto nunca ocurrió. En su carruaje, y rodeado de diversos escenarios de naturaleza rica y desbordante, lord Ruthven era siempre el mismo: sus ojos hablaban menos que sus labios. Y aunque Aubrey estaba cerca del objeto de su curiosidad, no obtuvo de él mayor gratificación que la excitación constante de desear vanamente desvelar aquel misterio, al que su exaltada imaginación comenzó a atribuir la apariencia de algo sobrenatural.

Pronto llegaron a Roma, y durante un tiempo Aubrey perdió de vista a su acompañante; lo dejó en la diaria compañía del círculo matutino de una condesa italiana, mientras él partía en busca de los monumentos antiguos de otra ciudad casi desierta. En este lapso llegaron cartas de Inglaterra, que abrió con ansiosa impaciencia al volver. La primera era de su hermana, y no destilaba otra cosa que afecto. Las demás eran de sus tutores, y la última lo llenó de asombro; si alguna vez se le había pasado por la imaginación que había en su compañero un poder maligno, aquellas cartas le daban razón casi suficiente para abonar tal creencia. Sus tutores insistían en que abandonara a su amigo de inmediato, y alegaban que su carácter era vicioso en extremo y que la posesión de irresistibles poderes de seducción hacía que sus hábitos licenciosos fueran peligrosos para la sociedad. Se había descubierto que su desprecio por la adúltera no se originaba en el aborrecimiento a este carácter; por el contrario, para aumentar su satisfacción exigía como requisito que su víctima, la que compartía su culpa, fuera arrojada desde el pináculo de la virtud impoluta al más bajo abismo de la infamia y la degradación: en fin, todas aquellas mujeres a las que había cortejado, aparentemente por su virtud, desde su partida se habían quitado la máscara sin vergüenza y no habían tenido el menor escrúpulo en exponer la completa deformidad de sus vicios ante la mirada pública.

Aubrey tomó, pues, la determinación de abandonar a alguien cuyo carácter no había mostrado aún ningún punto de luz sobre el cual descansar la vista. Decidió inventar algún plausible pretexto para dejarlo de inmediato, pero se propuso observarlo en el intervalo incluso más detenidamente y no permitir que ninguna circunstancia, por superficial que fuera, le pasara desapercibida. Así comenzó a asistir al mismo círculo y pronto percibió que su señoría intentaba aplicar sus poderes sobre la inexperiencia de la hija de la dama cuya casa frecuentaba con mayor asiduidad. En Italia no es común encontrar en sociedad a una doncella, por lo cual debía llevar a cabo sus planes secretamente. Pero la mirada celosa de Aubrey lo seguía sin descanso por su sinuoso camino y no tardó en descubrir que se había fijado una cita, la que con toda probabilidad terminaría en la ruina de una —aunque insensata— inocente niña. Sin pérdida de tiempo, irrumpió en los apartamentos de lord Ruthven y le interrogó abruptamente acerca de sus intenciones con respecto a la dama, sin ocultarle tampoco que estaba enterado de la cita que tenía con ella aquella misma noche. Lord Ruthven respondió con calma que sus intenciones eran las que suponía que tendría cualquiera en una ocasión semejante, y al ser presionado a contestar si pensaba casarse con la joven, se

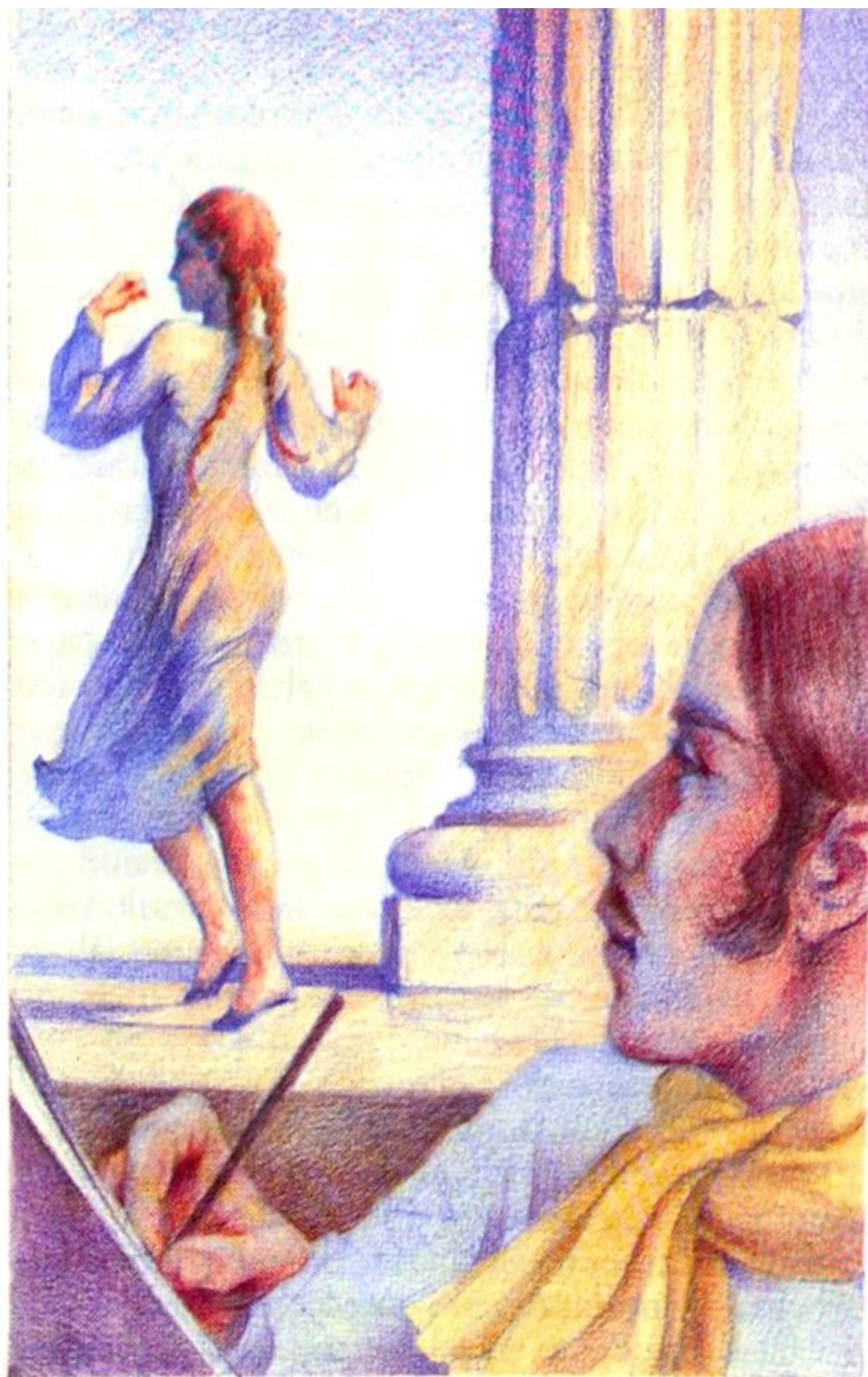
limitó a sonreír. Aubrey se retiró y escribió de inmediato una nota en la que decía que desde ese momento se veía obligado a declinar de seguir acompañando a su señoría en lo que restaba del proyectado viaje, luego de lo cual ordenó a su criado que buscara otros apartamentos donde alojarse. Hecho esto, visitó a la madre de la doncella en cuestión y le informó de todo lo que sabía, no sólo con respecto a su hija, sino también en lo concerniente al carácter de su señoría. La cita no tuvo lugar. Al día siguiente lord Ruthven envió a su criado para notificar su completo asentimiento a una separación, mas no dejó entrever ninguna sospecha de que sus planes hubieran sido burlados por la intervención de Aubrey.

Este último abandonó Roma y, dirigiendo sus pasos a Grecia, cruzó la península y pronto se encontró en Atenas. Allí fijó su residencia en la casa de un griego, y una vez establecido se ocupó de rastrear las débiles inscripciones de gloria antigua sobre monumentos que, aparentemente avergonzados de hacer la crónica de los hechos de hombres libres antes de que cayesen en la esclavitud, se habían ocultado bajo el refugio que les ofrecía el suelo o el liquen de variados colores.

Bajo su mismo techo vivía un ser tan hermoso y delicado que podría haber sido el modelo del pintor que hubiese querido plasmar sobre la tela la esperanza prometida al fiel en el paraíso mahometano, de no ser por el hecho de que sus ojos traslucían demasiada inteligencia como para que se pensara que podía pertenecer al reino de los que no poseían alma. Cuando danzaba sobre la llanura o andaba con paso ligero por la ladera de las montañas, se podía pensar que la gacela era un pobre arquetipo de su belleza; porque ¿quién hubiera cambiado sus ojos —de naturaleza animada— por aquella mirada lánguida y lujuriosa del animal, sólo apta para el gusto de un epicúreo? El paso leve de Ianthe acompañaba con frecuencia a Aubrey en su búsqueda de antigüedades, y con frecuencia, absorbida en la persecución de una mariposa de Cachemira, la inconsciente joven mostraba la belleza de sus formas en su totalidad, flotando sobre el viento ante la ansiosa mirada de él, quien, en la contemplación de su figura de sílfide, olvidaba las letras que acababa de descifrar sobre una tablilla casi por completo borrada. A menudo las largas trenzas que caían sobre sus hombros, mientras revoloteaba de aquí para allá, exhibían bajo los rayos del sol tales matices de delicado brillo y tan fugaces, que muy bien podían justificar el olvido del arqueólogo, quien dejaba escapar de su cabeza el objeto que tenía ante su pensamiento y que era de vital importancia para la correcta interpretación de un pasaje de Pausanias. ¿Mas para qué intentar describir encantos que todos sienten, pero que ninguno

puede apreciar? Era la inocencia, la juventud, la belleza, no afectadas por los concurridos salones y los bailes sofocantes.

Mientras él dibujaba aquellos restos de los cuales deseaba preservar una memoria para sus horas futuras, ella permanecía a su lado, observando los efectos mágicos de su lápiz al trazar las escenas de su tierra natal. Entonces le describía la danza circular sobre la llanura abierta, le pintaba, con toda la brillantez de colorido de la memoria joven, la pompa de las bodas que recordaba haber visto en su infancia, y luego, volviendo sobre temas que sin duda le habían causado gran impresión, le relataba los cuentos sobrenaturales que su nodriza le contaba. Su seriedad y aparente creencia en lo que narraba excitaban el interés de Aubrey, y a menudo, cuando le relataba la historia del vampiro que había pasado años entre sus amigos y vínculos más queridos, forzado a prolongar su existencia, alimentándose de la vida de una bella mujer, la sangre se le congelaba en las venas, al tiempo que intentaba ridiculizar aquellas ociosas y horribles fantasías suyas. Mas Ianthe le citaba los nombres de los ancianos que habían llegado a desenmascarar a uno de estos vampiros, después de que varios de sus parientes cercanos y niños fueran encontrados con la marca del apetito del demonio; y cuando la joven lo veía tan incrédulo le suplicaba que la creyese, ya que se había observado que aquellos que osaban cuestionar su existencia recibían alguna prueba que les obligaba, con pesar y espanto, a admitir la realidad de lo sobrenatural. Le detalló entonces la apariencia de aquellos monstruos, y su horror se incrementó al encontrarse ante una minuciosa descripción de lord Ruthven; no obstante, insistió en convencerla de que sus temores no podían ser verdaderos, pero, al mismo tiempo, se maravillaba de las coincidencias que, en conjunto, habían tendido a excitar su creencia en el poder sobrenatural de lord Ruthven.



Aubrey comenzó a sentirse más y más atraído por Ianthe; su inocencia, tan opuesta a todas las afectadas virtudes de las mujeres entre las cuales había buscado una imagen romántica, ganó su corazón; y aunque ridiculizaba la idea de un hombre joven de costumbres inglesas contrayendo matrimonio con una inculta doncella griega, aun entonces se sentía atraído por la casi feérica forma que tenía ante sí. En ocasiones se desprendía de ella y, con el pretexto de un plan de búsqueda arqueológica, partía con la firme determinación de no regresar hasta que su objetivo no estuviera cumplido; mas le resultaba imposible fijar la atención en las ruinas que lo rodeaban mientras retenía en la cabeza la única imagen dueña de sus pensamientos. Ianthe no era consciente de este amor, y seguía siendo la misma criatura infantil y franca que él había conocido. A veces parecía separarse de él de mala gana, pero esto era porque mientras su guardián estuviera ocupado en dibujar o descubrir algún fragmento que había escapado todavía a la mano destructiva del tiempo, ella no tendría a nadie con quien hablar de los espectros. Él había apelado a sus padres en relación con el tema de los vampiros, y éstos, en compañía de otras personas, habían afirmado su existencia, pálidos de horror ante su solo nombre.

Poco después de aquello, Aubrey decidió efectuar una de sus excursiones. Cuando sus anfitriones oyeron el nombre del lugar, todos a una le rogaron que no regresara a la casa por la noche, ya que para hacerlo debía atravesar un bosque que ningún griego se atrevería a pisar una vez llegada la oscuridad, bajo ninguna consideración. Describieron el lugar como territorio de los vampiros en sus orgías nocturnas, y le advirtieron que los más grandes males se cernirían sobre el que osara cruzar su camino. Aubrey trató de burlar sus representaciones y arrancarlos de su superstición, pero cuando los vio estremecerse ante el atrevimiento de mofarse de un poder superior e infernal, cuyo mero nombre les congelaba la sangre, guardó silencio.

A la mañana siguiente Aubrey emprendió su excursión sin ninguna compañía. Le sorprendió observar la sombría expresión del rostro de su anfitrión y se quedó preocupado al darse cuenta de que al ridiculizar sus creencias en aquellos horribles monstruos, sus palabras habían inspirado en ellos un verdadero terror. Cuando estaba a punto de partir, Ianthe se acercó hasta los flancos de su caballo y con absoluta seriedad le suplicó que regresara antes de que la noche liberara el poder de aquellas criaturas. Aubrey se lo prometió, mas el interés en su búsqueda lo absorbió de tal modo que no percibió que la luz del día se acabaría pronto y que sobre el horizonte se dibujaba uno de esos puntos que crecen con gran rapidez hasta convertirse en

enormes masas que desencadenan luego su furia sobre el fiel campo. Con todo, por fin se montó en el caballo, con la determinación de compensar el retraso con velocidad. Pero ya era demasiado tarde. El atardecer, en los climas del sur, es casi desconocido: cuando el sol se pone comienza la noche. Así pues, antes de que hubiera avanzado mucho, el poder de la tormenta se abatió sobre él: entre el eco de los truenos apenas había un instante de reposo, y la espesa lluvia se abría paso entre el follaje, mientras los relámpagos hendidos en el azul de la noche parecían caer y brillar sobre sus mismos pies. De pronto el caballo se espantó y lo arrastró a una terrible velocidad a través del enmarañado bosque. Por fin, exhausto, el animal se detuvo y él descubrió, gracias al resplandor de un relámpago, que se hallaba cerca de una casucha que apenas se elevaba sobre los montones de hojas muertas y los arbustos que la rodeaban. Desmontó y se aproximó, esperando encontrar a alguien que le indicara cómo llegar al pueblo, o al menos confiando encontrar un refugio donde guarecerse de la furia de la tormenta.

Al acercarse, una pausa fugaz entre los truenos le permitió oír los horribles gritos de una mujer mezclados a la burla ahogada y exultante de una risa, que se prolongaba en un sonido único y continuado. Aubrey se sobresaltó más, e impulsado por el trueno que nuevamente rondaba sobre su cabeza, con un súbito empujón forzó la puerta de la cabaña. Se encontró entonces en una oscuridad absoluta, con la única guía de los sonidos que escuchaba. Aparentemente, su entrada había pasado desapercibida, ya que, aunque gritó, los sonidos prosiguieron y no hubo nada que diera a entender que su presencia había sido notada. Sin embargo, pronto entró en contacto con alguien, a quien asió de inmediato; mas entonces oyó una voz que exclamaba: «¡Otra vez frustrado!», y a la que siguió una fuerte risa. En ese momento, Aubrey se encontró reducido por alguien de fortaleza sobrehumana; decidido a entregar cara su vida, luchó, pero en vano: fue levantado sobre sus pies y arrojado contra el suelo con una fuerza enorme, después de lo cual su enemigo se lanzó sobre él y, arrodillándose sobre su pecho, ya le había echado las manos a la garganta cuando el resplandor de una multitud de antorchas que penetró por el hueco que daba luz durante el día lo perturbó: se levantó de inmediato y, abandonando a su presa, se abalanzó a través de la puerta y se internó en el bosque, hasta que dejó de oírse el crujido de las ramas a su paso. La tormenta se había calmado para entonces y pronto los que estaban afuera oyeron a Aubrey llamándolos, incapaz de moverse. Por fin entraron y la luz de sus antorchas cayó sobre las paredes de barro y el techo de paja, cuyas hebras estaban cargadas de copos de hollín.

Aubrey los instó sin pérdida de tiempo a que buscaran a la que lo había atraído con sus gritos y se quedó nuevamente en la oscuridad. Mas cuál no sería su horror cuando el resplandor de las antorchas cayó otra vez sobre él, al contemplar ante sí el cuerpo sin vida de la etérea forma de su hermosa amada. Cerró con fuerza sus ojos, deseando que sólo se tratara de una visión surgida de su perturbada imaginación. Pero volvió a ver la misma forma al abrirlos. Extendida a su lado, sus mejillas estaban tan pálidas como sus labios. No obstante, había en su semblante una calma que la hacía casi tan atractiva como la vida que lo había habitado una vez; sobre su cuello y su pecho había sangre, y en su garganta se veían las marcas de los dientes que habían abierto sus venas: de inmediato, los hombres señalaron estas huellas, al tiempo que gritaron horrorizados: «¡Un vampiro! ¡Un vampiro!».

Armaron rápidamente una litera y Aubrey fue transportado junto a quien había sido para él durante todo aquel tiempo el objeto de tantas visiones brillantes y encantadoras. Ahora estaba caída con la flor de la vida que había muerto en ella. No sabía cuáles eran a ciencia cierta sus pensamientos; tenía la cabeza embotada y parecía evitar toda reflexión y refugiarse en un vacío. Casi inconscientemente sostenía en la mano una daga desnuda de particular construcción, que había encontrado en la cabaña.

Pronto se reunieron con diversos grupos que también habían partido en busca de la joven que su madre había echado de menos. Sus lamentables gritos al acercarse a la ciudad anunciaron a los padres la espantosa catástrofe: describir su pesar sería imposible; mas cuando comprobaron la causa de la muerte de su hija, miraron a Aubrey y señalaron el cuerpo inerte. Ambos quedaron inconsolables y murieron poco después con el corazón destrozado.

Aubrey cayó presa de una violenta fiebre que a menudo derivaba en prolongados delirios; en tales intervalos invocaba a lord Ruthven y a Ianthe, y por alguna inexplicable combinación parecía rogar a su antiguo compañero que perdonara la vida del ser que amaba. Otras veces desgranaba imprecaciones sobre su cabeza y lo maldecía como al asesino de la joven. Casualmente, en aquellos días lord Ruthven llegaba a Atenas y, fuera cual fuese el motivo, al escuchar noticias sobre el estado de Aubrey se alojó de inmediato en la misma casa y se convirtió en su solícito asistente. Cuando el enfermo se recobró de su delirio, sin embargo, se sobresaltó y se horrorizó ante la vista de aquél cuya imagen había para entonces asociado con la del vampiro. Pero lord Ruthven, con palabras que implicaban casi arrepentimiento por la falta que había ocasionado su separación, y aún más con la atención, ansiedad y cuidado que demostró, pronto lo reconcilió con su

presencia. Su señoría parecía muy cambiado; ya no tenía aquel aspecto apático que tanto había asombrado a Aubrey, mas apenas se aceleró su proceso de convalecencia, volvió a retirarse gradualmente al mismo estado mental que antes, y Aubrey no percibió diferencia con el hombre que había conocido. A veces le sorprendía encontrar su mirada fijada intencionalmente sobre él, con una sonrisa sobre sus labios que exultaba malicia. No sabía por qué, pero esa sonrisa lo perseguía. Durante el último estadio de la recuperación del inválido, lord Ruthven aparentemente se absorbía en la contemplación de las lánguidas olas encrespadas por la brisa helada y observaba el progreso de los orbes que, en un movimiento circular, como el de nuestro mundo, se desplazan alrededor del sol inmóvil: con evidencia, parecía querer evitar la mirada de todos.

Con semejante golpe, Aubrey se había debilitado en extremo, y aquella elasticidad de espíritu que alguna vez lo había distinguido parecía haberse desvanecido para siempre. Se había convertido en un amante de la soledad y el silencio del mismo modo que lo era lord Ruthven; mas aun cuando deseaba verdaderamente la soledad, no podía encontrarla en Atenas: si la buscaba entre las ruinas que había frecuentado en un principio, la imagen de Ianthe aparecía a su lado; si intentaba encontrarla en el bosque, su paso ligero aparecía sobre la maleza, en busca de la modesta violeta. Si en esas ocasiones se volvía súbitamente, ante su trastornada imaginación aparecía su pálido rostro y su garganta herida, con una sonrisa sobre los labios. Decidió, pues, evitar los escenarios cuyo recuerdo creaba tan amargas asociaciones en su memoria. Propuso entonces a lord Ruthven, a quien se sentía ligado por el cuidado solícito que le había manifestado durante su enfermedad, que visitaran aquellas partes de Grecia que ninguno de los dos conocía aún.

Así pues, se pusieron en camino y viajaron en todas direcciones en busca de cada lugar al que pudiera ligarse alguna memoria: mas aun cuando se afanaban de un sitio a otro, no parecían sin embargo prestar atención a lo que veían. Oyeron mucho acerca de ladrones, pero gradualmente comenzaron a menospreciar estos informes, que suponían sólo invenciones de individuos cuyo interés era excitar la generosidad de aquéllos a quienes defendían de pretendidos peligros. Como consecuencia de desoír de tal modo el consejo de los habitantes, en una ocasión viajaron con pocos guardias, más con la misión de servir de guías que de defensores ante cualquier eventual delincuente. Sin embargo, al entrar por un estrecho desfiladero, al pie del cual se hallaba el lecho de un arroyo, con grandes masas de rocas caídas de los precipicios vecinos, tuvieron motivo de arrepentirse de su negligencia: apenas había sido

iniciado por el grupo el camino por el tortuoso sendero, fueron sorprendidos por el silbido de balas que pasaban junto a sus cabezas y por los ecos de los estampidos de varias pistolas. Al instante los guardias los abandonaron y, ocultándose detrás de unas rocas, comenzaron a disparar en la dirección de donde venía el ataque. Lord Ruthven y Aubrey, imitando su ejemplo, se ocultaron un momento tras el refugio de la curva del desfiladero; mas luego se sintieron avergonzados de verse detenidos de tal manera por delincuentes que, con gritos insultantes, les ordenaban avanzar, y, viéndose expuestos a una indefensa matanza si alguno de los ladrones los rodeaba y los cogía por detrás, decidieron abalanzarse temerariamente sobre el enemigo. Apenas habían abandonado su refugio cuando lord Ruthven recibió un disparo en un hombro que lo derribó al suelo. Aubrey se apresuró a acudir en su auxilio y, sin prestar atención al combate ni a su propio peligro, pronto fue sorprendido por los ladrones, cuyos rostros endurecidos lo rodeaban: al resultar herido lord Ruthven, los guardias habían tirado sus armas de inmediato y se habían rendido.

Prometiéndoles una gran recompensa, Aubrey indujo a los delincuentes a transportar a su amigo herido hasta una cabaña próxima; llegados allí se pusieron de acuerdo en un rescate y los ladrones se contentaron con guardar la entrada hasta que uno de sus compañeros regresara con la suma prometida, para cuya obtención se le había dado una orden escrita. Las fuerzas de lord Ruthven, sin embargo, disminuían rápidamente. A los dos días apareció la gangrena y la muerte parecía acercarse a pasos agigantados. Con todo, su conducta y aspecto no habían cambiado: parecía tan ajeno al dolor como lo había sido antes a todos los objetos que lo rodeaban. Mas cerca del anochecer del último día se intranquilizó, y sus ojos se clavaron fijamente en Aubrey, quien fue inducido a ofrecerle su asistencia con una gravedad mayor que la usual.

—¡Asístame! Usted puede salvarme..., usted puede hacer más que eso...; no me refiero a mi vida; a la muerte de mi existencia la considero tan insignificante como a la del día que pasa; pero usted puede salvar mi honor, el honor de su amigo.

—¿Cómo? ¡Dígame cómo! Haría lo que fuera —replicó Aubrey.

—Necesito muy poco..., el límite de mi vida está muy próximo, y no lo puedo explicar todo..., pero si usted ocultara todo lo que sabe sobre mí, mi honor quedaría libre de mancha en boca del mundo; y si mi muerte fuera desconocida durante algún tiempo en Inglaterra..., yo..., yo...

—No se conocerá —se compadeció Aubrey.

—¡Júremelo! —gritó el moribundo, incorporándose con exultante violencia—. ¡Júrelo por todas las almas que venera, por todo lo que teme en la naturaleza; jure que durante un año y un día no comunicará su conocimiento de mis crímenes ni de mi muerte a ninguna criatura viviente bajo ningún motivo, pase lo que pase, o vea usted lo que vea! —los ojos parecían saltársele de las órbitas.

—¡Lo juro! —exclamó Aubrey.

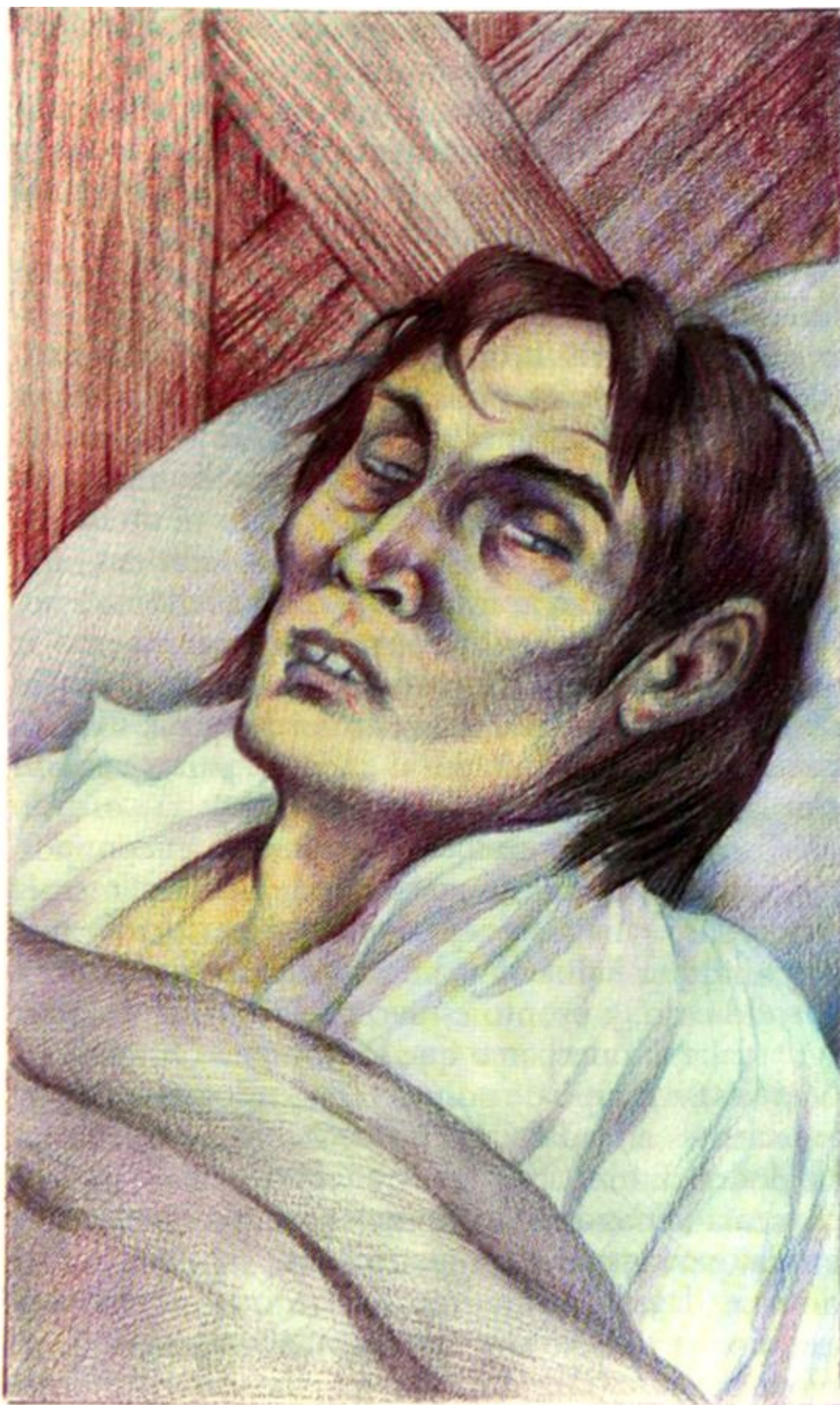
Al oír esto, se hundió riendo sobre su almohada y su respiración cesó.

Aubrey se retiró a descansar, mas no pudo dormir. Las circunstancias concomitantes a su conocimiento de aquel hombre tomaban forma en su cabeza sin que supiera por qué. Cuando recordó su juramento le recorrió un temblor helado, como si éste viniera del presentimiento de algo horrible que lo esperaba.

Al levantarse a la mañana siguiente con la primera claridad, estando a punto de entrar en el cobertizo en donde había quedado el cadáver, uno de los ladrones le salió al paso y le informó que ya no se encontraba allí: él mismo, junto con otros compañeros, lo había llevado —al retirarse Aubrey a descansar— a la cima de un monte vecino, en cumplimiento de una promesa que habían hecho a su señoría, y por la cual su cuerpo debía ser expuesto al primer rayo frío de la luna que se levantara después de su muerte. Esto sorprendió mucho a Aubrey, y llevándose consigo a varios hombres partió con la determinación de sepultar el cuerpo en el mismo lugar en que se encontraba. Pero cuando hubo subido hasta la cima del monte no pudo hallar huella ninguna del cadáver ni de las ropas que lo cubrían, a pesar de que los ladrones juraban que lo habían conducido hasta aquella roca sobre la que depositaron el cuerpo. Por un momento se quedó confuso y perdido en conjeturas, mas por fin emprendió el regreso, convencido de que los delincuentes habían sepultado el cadáver para quedarse con las ropas.

Cansado de un país en el que había encontrado tan terribles calamidades y en donde, aparentemente, todo conspiraba para acrecentar la supersticiosa melancolía que había invadido su alma, se decidió a abandonarlo, y pronto estuvo en Esmirna. Mientras aguardaba allí un barco que lo llevara a Otranto o a Nápoles, se ocupó de poner en orden los efectos pertenecientes a lord Ruthven que habían quedado en su poder. Entre otras cosas encontró una caja que contenía varias armas criminales, más o menos adecuadas para asegurar la muerte de sus víctimas. Había diversas dagas y cimitarras. En tanto las sopesaba y examinaba sus curiosas formas, cuál no sería su sorpresa al encontrarse una vaina aparentemente ornamentada en el mismo estilo que la

daga hallada en la fatal cabaña; Aubrey se estremeció. Sin perder un instante se abalanzó en busca del arma para obtener una prueba fehaciente, y puede imaginarse su horror al descubrir que, aunque de contorno caprichoso, la hoja calzó a la perfección en la vaina que sostenía en la mano. Sus ojos no parecían necesitar comprobación ulterior: se quedaron clavados en la daga estúpidamente. Sin embargo, no quería creerlo; mas la forma peculiar, los mismos variados esmaltes que tenía sobre el puño y la vaina eran idénticos y no dejaban ningún lugar a dudas. Sobre los dos había también gotas de sangre.



Dejó Esmirna y partió rumbo a su patria. Al llegar a Roma sus primeras averiguaciones fueron concernientes a la dama que había intentado arrancar de las artes seductoras de lord Ruthven. Sus padres estaban desesperados, inmersos en la ruina, y no habían vuelto a saber nada de ella desde la partida de su señoría. Aubrey casi sufre un colapso bajo tantos horrores seguidos: temía que la dama hubiera caído víctima del asesino de Ianthe. De ahí en adelante, su ánimo se volvió moroso y más apegado al silencio, y su única preocupación consistía en incitar a los postillones a que corrieran, como si se dirigiera a salvar la vida de algún ser muy querido para él. Por fin llegó a Calais; una brisa que parecía obedecer a su deseo lo impulsó hasta Inglaterra en una sola ráfaga. Se encaminó hacia la mansión paterna y allí, por un momento, bajo los abrazos y caricias de su hermana, perdió toda memoria del pasado. Si antes, con sus zalamerías infantiles, se había ganado su afecto, ahora que la mujer asomaba en ella, resultaba aún más atractiva.

Miss Aubrey no poseía aquella gracia que conquistaba la mirada y el aplauso de las reuniones de salón. No poseía nada del ligero brillo que sólo alumbra en la caldeada atmósfera de una sala repleta. Sus ojos azules no se iluminaban por obra de la levedad de una inteligencia superficial. Por el contrario, había en su mirada un encanto melancólico que no parecía originarse en la desdicha, sino en algún sentimiento interior, que sugería la presencia de un alma consciente de un reino más luminoso. Su paso no era aquel ligero andar que se desvía dondequiera que aparezcan en el horizonte un color o una mariposa que ejerzan su atractivo: a diferencia de éste, era tranquilo y meditabundo. Cuando estaba sola, su rostro nunca se iluminaba con una sonrisa de alegría; mas cuando su hermano volcaba sobre ella todo su afecto y olvidaba en su presencia todos los pesares que habían destruido su calma, ¿quién hubiera cambiado su sonrisa por la de una mujer voluptuosa? Parecía entonces como si aquellos ojos y aquel semblante jugaran a la luz de su propia esfera nativa. Tenía sólo dieciocho años, y no había sido aún presentada en sociedad, puesto que sus tutores habían pensado que resultaría más adecuado retardar su presentación hasta que su hermano regresara del continente, ya que podría de este modo ser su protector. Se decidió, pues, que la próxima recepción, muy cercana en el calendario, sería la fecha de su entrada en sociedad.

Aubrey hubiera preferido permanecer en la mansión de sus padres y alimentarse de la melancolía que en aquel entonces lo invadía. No podía sentir el menor interés por las frivolidades de los extranjeros de moda cuando su alma se encontraba tan desgarrada por los hechos de que había sido testigo.

Mas decidió sacrificar su propio confort en aras de la protección de su hermana. Así fue como pronto llegaron a la ciudad y se prepararon para el día siguiente, en el que tendría lugar la mencionada recepción social.

Había muchísima gente, ya que no se había ofrecido una recepción tan importante desde hacía tiempo, y todo aquel que estaba ansioso por disfrutar de la sonrisa de la realeza se había abalanzado a aquel salón. Aubrey estaba allí con su hermana, de pie en un ángulo de la sala, apartado y ausente a todo lo que le rodeaba, absorto en el recuerdo de que la primera vez que había visto a lord Ruthven había sido en aquel mismo sitio. Repentinamente, sintió que alguien le asía el brazo, al tiempo que una voz que conocía demasiado bien le murmuraba al oído:

—Recuerde el juramento.

Aubrey apenas tuvo valor para volverse, temeroso de ver al espectro que terminara con las pocas fuerzas que le quedaban, cuando descubrió, a muy corta distancia de él, a la misma figura que había atraído su atención en ese sitio el día de su primera incursión en sociedad. Contempló esta visión hasta que sus miembros casi se negaron a sostener su peso, viéndose obligado a apoyarse en el brazo de un amigo, abrirse paso a través del gentío, llegar hasta su carruaje en el exterior y arrojarlo dentro de él para ser conducido a su casa. Una vez allí, comenzó a recorrer su habitación con pasos nerviosos y con las manos sobre la cabeza, como si temiera que los pensamientos fueran a escapársele del cerebro. Otra vez lord Ruthven ante él..., circunstancias dispuestas en un terrible orden..., la daga..., su juramento... Se sacudió: no podía creer que aquello fuera posible: ¡el muerto otra vez con vida! Pensó que su imaginación había conjurado la imagen. Era imposible que fuera real; así pues, decidió frecuentar nuevamente los salones de sociedad, ya que a pesar de que trató de indagar sobre lord Ruthven, el nombre se le quedaba colgando sobre los labios y no lograba obtener ninguna información.

Pocas noches después acompañó a su hermana a una reunión en casa de amigos muy próximos. Dejó a la joven bajo la protección de una dama madura y se retiró a un lugar apartado para dar rienda suelta a sus devoradores pensamientos. Cuando se dio cuenta de que la gente se estaba retirando, se levantó y encontró a su hermana en otra habitación rodeada de varias personas, conversando, aparentemente, con la mayor seriedad; intentaba llegar hasta ella cuando alguien, a quien había pedido paso, se volvió hacia él y le reveló los rasgos que tanto aborrecía. De inmediato avanzó de un salto y, cogiendo a su hermana del brazo, apresuradamente la empujó hasta la calle. Ya en la puerta, su salida se vio dificultada por la

multitud de criados que allí se encontraban esperando a sus señores, y mientras se afanaba por abrirse paso entre ellos volvió a escuchar el conocido murmullo:

—¡Recuerde su juramento! —esta vez tampoco se atrevió a volverse, sino que empujó a su hermana hasta el carruaje y pronto llegaron a la casa.

Aubrey se sumió en un ausentismo próximo a la locura. Si antes su ánimo estaba fijo en un único tema, cuánto más ahora. Se hallaba absorbido por completo ahora que la certeza de que aquel monstruo continuaba con vida volvía a pesar sobre sus pensamientos. Las atenciones que su hermana le prodigaba pasaban totalmente desapercibidas para él, y en vano lo instaba ésta a explicarle qué era lo que originaba su abrupto comportamiento. Aubrey sólo pronunció unas pocas palabras que la aterrorizaron. Cuanto más pensaba en todo lo ocurrido, mayor era su confusión. Su juramento le sobresaltaba; ¿debía permitir que aquel monstruo deambulara arruinando su paz, entre sus seres queridos, sin intentar detener su avance? Pero aunque pudiera romper su juramento y desvelar sus sospechas, ¿quién le creería? Pensó en emplear su propia mano para liberar al mundo de aquel miserable; mas al punto recordó que también a la muerte la había burlado. Durante días permaneció en el mismo estado; encerrado en su cuarto, no veía a nadie y comía sólo cuando su hermana entraba con los ojos llenos de lágrimas suplicándole que no se dejara morir. Por fin, incapaz de seguir soportando el silencio y la soledad, abandonó la casa y comenzó a vagar por las calles, ansioso por desterrar de su cabeza la imagen que le invadía. Su aspecto le era indiferente, y tan pronto vagabundeaba expuesto al sol del mediodía como a la humedad de la medianoche. Se convirtió pues en un ser irreconciliable: al principio volvía a casa al anochecer, pero luego se echaba a descansar en donde la fatiga lo acometía. Su hermana, asustada por su estado, empleó gente que lo siguiera, pero pronto fueron desanimados por Aubrey, quien huía de un perseguidor con más presteza de lo que cualquiera podría huir de un pensamiento.

Sin embargo, su conducta cambió repentinamente. Abatido por la idea de que con su ausencia había abandonado a sus amigos a expensas de un demonio de cuya presencia eran inconscientes, tomó la determinación de volver a frecuentar su medio social para observarlo de cerca y a advertir a todo aquél a quien lord Ruthven se aproximara íntimamente, a pesar de su juramento. Mas cuando entraba en un salón, su mirada ojerosa y cargada de sospechas era tan perturbadora y sus estremecimientos tan visibles, que su hermana se sintió por fin en la obligación de rogarle que se abstuviera de concurrir en una sociedad que le afectaba de tal modo. La amonestación

resultó inútil y sus tutores decidieron intervenir, con el temor de que se encontrara en un proceso de alienación. Pensaron que había llegado el momento de asumir la confianza que habían depositado en ellos los padres del joven.

Como deseaban ahorrarle las injurias y sufrimientos que había recibido en sus diarios vagabundeos y evitarle la exhibición de aquellos signos que consideraban síntomas de locura ante la mirada pública, contrataron a un médico para que sirviera en la casa y se ocupara continuamente de él. Aubrey apenas notó esta circunstancia, tan absorbido estaba en su único y terrible pensamiento. Sus incoherencias llegaron por fin a adquirir tal dimensión que fue confinado a su habitación. Allí se quedaba a menudo tendido durante días enteros, incapaz de incorporarse. Estaba completamente demacrado y sus ojos tenían un brillo vidrioso; el único signo de afecto y memoria que evidenciaba tenía lugar aisladamente, a la entrada de su hermana: en aquellos momentos se sobresaltaba a veces y, cogiéndole las manos, con miradas que la afligían enormemente, le imploraba:

—¡Oh, por favor, no lo toques! ¡Si tu amor por mí significa algo, no te acerques a él! —mas, cuando ella le preguntaba a quién se refería, su única respuesta era—: ¡Es verdad, es verdad! —y caía nuevamente en un trance del que ni siquiera ella podía sacarlo.

Esto se prolongó durante muchos meses: gradualmente, sin embargo, mientras pasaba el año, sus incoherencias fueron menos frecuentes y su mente se desembarazó de parte de su negrura; sus tutores observaron que varias veces al día contaba con los dedos un número definido, y luego sonreía.

El mismo día en que finalizaba el año, uno de los tutores entró en su habitación e inició una conversación con el médico, en el transcurso de la cual se refirió a la triste circunstancia de que Aubrey se encontrara en tan lamentable situación cuando su hermana iba a contraer matrimonio al día siguiente. Esto atrajo instantáneamente la atención del enfermo: preguntó con ansiedad cuál era el nombre del novio, y, contentos ante este signo de coherencia del cual lo creían ya incapaz, ambos lo incluyeron en el diálogo y mencionaron el nombre del conde de Marsden. Aubrey pareció complacido ante la novedad, creyendo que se trataba de un joven conde que había conocido en sociedad, y sorprendió aún más a sus interlocutores expresando su intención de estar presente en la boda y de ver a su hermana. Éstos le contestaron negativamente, mas a los pocos minutos su hermana estaba con él. Otra vez volvió a mostrarse Aubrey capaz de reaccionar ante la influencia de su tierna sonrisa, ya que la estrechó entre sus brazos y besó sus mejillas,

húmedas de lágrimas surgidas del pensamiento de que su hermano había vuelto por fin a la vida de los sentimientos. Él comenzó a hablar con su antigua ternura y la felicitó por su matrimonio con alguien de rango tan distinguido y de tan reputada honestidad. Pero de repente percibió sobre su pecho un relicario y, al abrirlo, cuál no sería su sorpresa al contemplar los rasgos del monstruo que durante tanto tiempo había perturbado su vida. Asíó el retrato seguidamente en un paroxismo de rabia y lo pisoteó enloquecido. Ella le preguntó entonces por qué destruía de ese modo la imagen de quien sería muy pronto su esposo; Aubrey la miró por un momento como si no comprendiera. Luego la cogió las manos, clavó en ella sus ojos con una expresión frenética, y la obligó a jurar que jamás se uniría a aquel monstruo, ya que él..., mas no pudo continuar: parecía como si de nuevo aquella voz le recordara su juramento. Se volvió entonces de súbito, creyendo que lord Ruthven se hallaba junto a él, pero no vio a nadie. Entretanto sus tutores y el médico, que lo habían escuchado todo y pensaban que se trataba de otro de sus ataques de locura, entraron en la habitación y, arrancándolo de los brazos de la hermana, le ordenaron a ésta que se retirara. Él cayó entonces de rodillas, implorándoles que demoraran esta separación aunque no fuera más que por un día. Pero ellos atribuyeron su ruego al delirio que dominaba su razón; así pues, intentaron calmarlo y lo dejaron con el médico.

Lord Ruthven había visitado la casa la mañana después de la recepción en que miss Aubrey fuera presentada en sociedad, mas había sido cortésmente despedido, como a los demás visitantes. Cuando se enteró de la enfermedad de Aubrey, pronto comprendió que la causa no era otra que él; pero cuando supo que se le consideraba loco, apenas pudo ocultar su exultación y placer a aquellos que le habían proporcionado la información. Apresuradamente se encaminó hacia la casa de su antiguo compañero y, mediante sus continuas visitas y su fingido gran afecto por su hermano, poco a poco se fue ganando la confianza de miss Aubrey. ¿Quién hubiera podido resistirse a su poder? Su lengua poseía infinidad de recursos para lograr sus objetivos; podía hablar de sí mismo como de un individuo que no sentía afinidad con ninguno de los seres que habitaban sobre la tierra, excepto con aquélla a quien estaba dirigiéndose; podía describir cómo, desde el momento en que la conociera, su existencia había comenzado a parecerle digna de aprecio, aunque sólo fuera para poder seguir escuchando los apaciguantes acentos de su voz. En fin: sabía emplear tan certeramente el arte de la serpiente, o tal era la fuerza del destino, que consiguió ganarse su corazón. Cuando el título de la rama más antigua de su familia recayó sobre él, obtuvo una importante embajada que le

sirvió como excusa para apresurar el matrimonio (a pesar del estado de perturbación mental de su hermano), que debía realizarse justo la víspera de su partida rumbo al continente.

Cuando Aubrey se quedó finalmente a solas trató de sobornar a los criados, pero en vano. Pidió entonces que le llevaran papel y lápiz y escribió una carta a su hermana en la que la conminaba, en tanto ella valorara su propia felicidad, su propio honor y el de aquellos que reposaban en sus tumbas y que una vez la habían sostenido en sus brazos como su esperanza y la de su casa, a demorar sólo por unas horas ese matrimonio, sobre el que vertía las más terribles maldiciones. Los criados le prometieron entregar la misiva, pero se la dieron al médico, quien juzgó más apropiado no seguir perturbando a miss Aubrey con lo que él consideraba los raptos de un maniático. La noche pasó sin descanso para los habitantes de la casa, ocupados como estaban en disponer todo para el día siguiente, y Aubrey escuchó, con un horror que puede ser más fácilmente imaginado que descrito, todas las idas y venidas de los preparativos. Llegó al fin la mañana, y el sonido de los carruajes retumbó en sus oídos. Al llegar ese momento, Aubrey se puso frenético y, por fortuna para él, la curiosidad que embargaba a los criados pudo más que su obediencia a la orden de vigilar al enfermo, y uno a uno fueron abandonando sus puestos hasta dejarlo bajo la custodia de una única criada, mujer ya madura e indefensa. Sin dejar escapar la oportunidad, Aubrey salió de la habitación y en un instante estuvo en la sala, en donde no faltaba casi nadie. Lord Ruthven fue el primero en percatarse de su presencia: se acercó a él y, cogiéndolo con fuerza por el brazo, lo empujó fuera de la estancia, mudo de rabia. Cuando llegaron hasta la escalera, lord Ruthven le murmuró al oído:

—Recuerde su juramento, y sepa que si en el día de hoy su hermana no se convierte en mi esposa, quedará deshonrada. ¡Las mujeres son débiles!

Dicho esto, lo arrojó de un empujón sobre los criados, quienes habían sido alertados por la anciana. Aubrey no pudo contenerse más, y como su furia no encontraba salida, se le reventó un vaso sanguíneo y fue llevado al lecho. Este episodio no llegó a oídos de su hermana, que no estaba presente en la sala cuando él entró, y a quien el médico no deseaba perturbar en su felicidad. Así pues, el matrimonio fue celebrado y los novios dejaron Londres.

La debilidad de Aubrey se acrecentó y la hemorragia produjo los síntomas que indicaban la proximidad de la muerte. Pidió entonces que acudieran sus tutores junto al lecho, y cuando ya había sonado la medianoche les relató lo que el lector ha seguido con atención. Inmediatamente después, murió.

Los tutores se pusieron esa misma noche en camino con el fin de proteger a miss Aubrey, mas cuando llegaron, ya era demasiado tarde: lord Ruthven había desaparecido, y la hermana de Aubrey había saciado la sed del *vampiro*.

VARNEY EL VAMPIRO, O EL FESTÍN DE SANGRE

(EXTRACTO)

(James Malcolm Rymer, 1845)

CAPÍTULO PRIMERO

Los tonos solemnes del reloj de una vieja catedral han anunciado la medianoche. Un silencio mortal y extraño invade la naturaleza. En la ominosa calma que precede, con más intensidad que la usual, al terrible arrebató de los elementos, éstos parecen haberse paralizado en sus fluctuaciones normales con intención de reunir la espantosa fuerza necesaria para el gran esfuerzo. Un débil repicar de truenos se escucha entonces a lo lejos, como si una pistola de señales hubiese disparado para dar inicio a la batalla de los vientos, parecen despertar finalmente de su letargo y un horrible huracán se abate sobre toda la ciudad, produciendo una devastación más intensa, en los escasos cuatro minutos de su duración, que la que producirían en medio siglo los fenómenos ordinarios.

¡Oh, con qué furia rugía la tormenta! ¡Granizo, lluvia, viento! Era verdaderamente una noche horrorosa.

En una vieja casa vemos una habitación anticuada. Las paredes están adornadas con pintorescas y curiosas tallas, y el manto de la chimenea, muy largo, es una curiosidad en sí mismo. El techo es bajo y hay una amplia

ventana salediza que va desde el tejado hasta el suelo, orientada hacia el Oeste. La ventana tiene una celosía de cristales extrañamente pintados y ricas piezas incrustadas que reflejan una luz rara aunque hermosa cuando el sol o la luna brillan sobre la estancia. Hay un único retrato en la habitación, a pesar de que las paredes parecen haber sido revestidas con paneles de madera con el expreso propósito de servir de fondo a una serie de pinturas. Este retrato es el de un hombre joven de pálido rostro y frente majestuosa, cuya mirada de expresión extraña obliga a considerarla dos veces.

Hay un lecho imponente de madera de castaño tallado con rico diseño y elaborada ejecución: una de esas obras de arte que deben su existencia a la época isabelina. Está complementado con colgaduras de pesada seda y accesorios adamascados; desde las cuatro esquinas se balancean suavemente, cubiertas de polvo, unas plumas que dan al cuarto un aspecto fúnebre. El suelo es de roble pulido.

¡Dios! ¡Cómo golpea el granizo sobre la vieja ventana salediza! Se abate como la mímica de una ocasional descarga de mosquetería, azotando, tamborileando y crujendo contra los pequeños cristales romboidales. Mas éstos resisten a causa de su reducido tamaño; el viento, el granizo y la lluvia derrochan su furia en vano.

El lecho de este antiguo cuarto está ocupado por una criatura moldeada con todas las formas de la belleza, que yace con un sueño intranquilo sobre el antiguo colchón: una doncella joven y hermosa como una mañana de primavera. Su largo cabello se ha escurrido de su cautiverio y reposa extendido sobre las ennegrecidas cubiertas del cabezal. Su sueño ha sido agitado, ya que la ropa de cama aparece revuelta; tiene un brazo sobre la cabeza, mientras que el otro cuelga casi fuera del lado en el que duerme. El cuello y el pecho, que hubieran sido objeto de estudio para el escultor más exquisito que la Providencia hubiera dotado de genio, estaban a medias descubiertos. La joven se quejaba débilmente durante su sueño, y una o dos veces sus labios se movieron como en una plegaria —al menos eso podría pensarse, ya que *su* nombre, el de quien sufrió por todos los hombres, se insinuó en una ocasión sobre ellos levemente.

Se había fatigado mucho durante el día y la tormenta no la despertó: aunque sea capaz de perturbar el sueño, no tiene el poder de destruirlo enteramente. El alboroto de los elementos despierta los sentidos, pero no puede quebrar por completo el reposo en el que éstos se han sumergido.

¡Oh, qué mundo de hechizo había en aquella boca ligeramente entreabierta desde cuyo interior los blancos dientes brillaban como perlas, aun

con la débil luz que llegaba desde la ventana! ¡Con qué dulzura las largas pestañas sedosas se cerraban sobre las mejillas! Se mueve, y uno de sus hombros queda enteramente descubierto: más blanca y alba que la inmaculada sábana sobre la que descansa es la piel suavísima de esta hermosa criatura, un capullo a punto de abrirse a la eclosión de la vida en ese estado de transición que nos muestra todos los encantos de la jovencita —casi de la niña—, con la adición de la belleza más madura y flexible de los años que se aproximan.

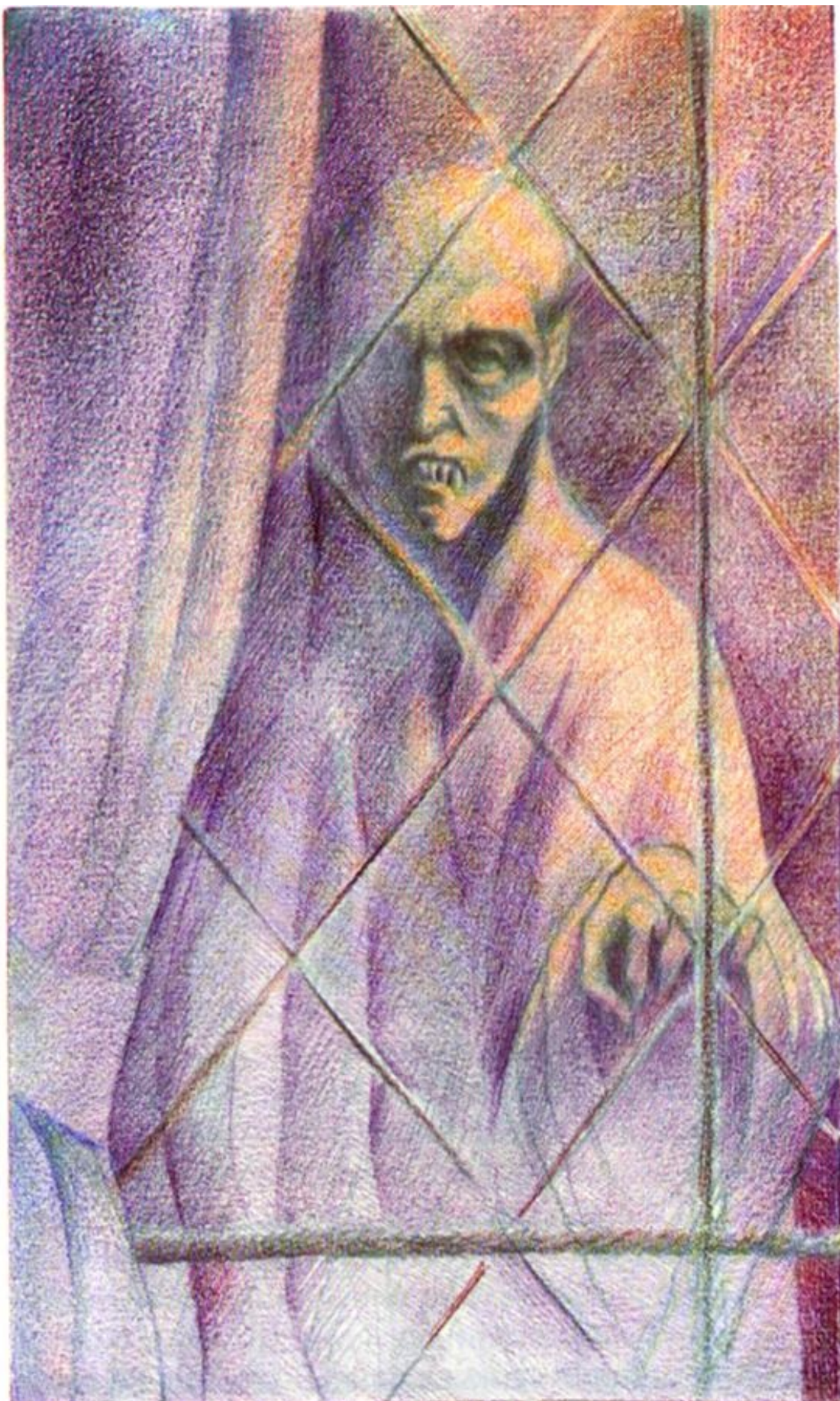
¿Un relámpago? Sí, un horrible, vivaz y terrorífico resplandor; y luego un trueno rugiente, repiqueteante como si mil montañas rodaran una sobre otra en la bóveda azul del cielo. ¿Quién podrá dormir en esta vieja ciudad? Seguramente que ni una sola alma viviente. La terrible trompeta de la eternidad no podría despertar a nadie más.

El granizo continúa. El viento continúa. El rugido de los elementos parece haber alcanzado su clímax. Entonces ella se despierta, aquella hermosa doncella sobre el lecho antiguo; abre sus ojos de azul celestial y sus labios dejan escapar un desvanecido grito de alarma. Es un grito que, entre el ruido y alboroto del exterior, suena muy débil. Se sienta sobre la cama y se aprieta las manos contra los ojos. ¡Dioses! ¡Qué torrente salvaje de viento, lluvia y granizo! El trueno, por su parte, parece querer provocar ecos como para durar hasta que el zigzagueante resplandor del relámpago siguiente produzca la conmoción vibrante del aire. Ella murmura una plegaria, una plegaria por aquellos que más ama; de sus labios salen los nombres de los seres queridos para su dulce corazón; solloza y reza; piensa entonces en la devastación que la tormenta, sin duda, está causando, y ruega al Dios celestial por todas las criaturas vivientes. Otro resplandor, un relámpago salvaje, azul, deslumbrante, que penetra con mil rayos por la ventana y, por un instante, saca a la luz cada uno de los colores de sus cristales con terrible nitidez. Un escalofriante grito escapa de los labios de la joven y luego, con los ojos fijos en la ventana, que en un instante ha vuelto a la más cerrada oscuridad, y con una expresión de terror en su rostro como no se ha visto nunca, comienza a temblar y sobre sus cejas aparece el sudor propio del miedo.

—¿Qué... qué ha sido eso? —balbucea—. ¿Realidad o ilusión? ¡Oh, Dios, qué fue! Una figura alta y lúgubre trataba de destrabar la ventana desde afuera. Lo he visto. El resplandor del relámpago me permitió verlo. Estaba de pie y ocupaba toda la ventana.

El viento sonaba como un arrullo. El granizo no caía ya tan denso como antes, pero lo que caía, lo hacía verticalmente, y sin embargo se oía como un repiqueteo sobre el cristal de la amplia ventana. No puede ser ilusión: ella está

despierta y lo oye. ¿De dónde puede venir? Otro relámpago..., otro grito...; esto sí que no es una ilusión.



Una figura alta se yergue sobre el antepecho de la ventana. Son sus uñas sobre el cristal las que producen ese sonido tan similar al del granizo, ahora que el granizo ha cesado. El terror paraliza los miembros de la hermosa joven. Grito es todo lo que ha podido articular; con las manos apretadas, el rostro de mármol, el corazón que late con tal fuerza en su pecho que parece que va a reventar, y los ojos dilatados y fijos en la ventana, ella espera, helada de horror. El repiqueteo de las uñas continúa. Ninguna palabra es pronunciada; ella imagina que puede calcar la forma más oscura de aquella figura contra la ventana y puede ver sus brazos moviéndose de un lado a otro, tanteando en busca de algún resquicio que le permita la entrada. ¿Qué es esa extraña luz que se levanta gradualmente en el aire? Terrible y roja crece, y se hace cada vez más brillante. El rayo ha incendiado un molino y el reflejo del edificio consumiéndose rápidamente cae sobre la ventana alargada. No puede haber error alguno. La figura está allí todavía, tanteando en busca de una entrada y repiqueteando sobre el cristal con sus largas uñas, que parecen haber crecido durante años sin ser tocadas. Ella trata de gritar nuevamente, pero una sensación de asfixia se lo impide. Es demasiado el espanto; intenta moverse entonces, pero sus miembros parecen anclados a toneladas de plomo; sólo puede balbucear con voz débil y ronca:

—¡Socorro... socorro... socorro!

Y esta única palabra es la que continúa repitiendo como dentro de un sueño. El resplandor rojizo del fuego sigue brillando y hace destacar en relieve a la figura alta y lúgubre que se dibuja repugnantemente contra la ventana. Cae también sobre el retrato que hay en la habitación, el cual parece clavar los ojos sobre el intruso, mientras la temblorosa luz del fuego le da un temible aspecto viviente. Por fin se rompe uno de los pequeños cristales romboidales y la forma que se mueve en el exterior introduce una mano larga y feroz que parece completamente despojada de carne. Quita entonces la traba del cerrojo y abre rápidamente una de las dos hojas de la ventana, haciéndola girar ampliamente sobre sus goznes.

Y tampoco ahora la joven puede gritar..., ni puede moverse.

—¡Socorro... socorro... socorro! —es todo lo que puede decir. Mas ¡oh, qué mirada de terror se ha instalado en su rostro! ¡Tan espantosa como para instalarse en la memoria durante toda una vida, una mirada que, si cayera sobre los momentos más dichosos, los convertiría en amargura!

La figura se da la vuelta en redondo y la luz ilumina de lleno su rostro. Es blanco por completo: totalmente exangüe. Sus ojos parecen de estaño pulido; los labios retraídos y el rasgo principal, aparte de los temibles ojos, es el de

los dientes, los horrorosos dientes proyectados como los de un animal salvaje, repugnantes, de un blanco reluciente y parecidos a colmillos. La figura se acerca al lecho con un movimiento extraño, como deslizándose. Hace entrechocar las largas uñas que literalmente cuelgan desde las puntas de sus dedos. De sus labios no sale sonido alguno. ¿Acaso se está volviendo loca la hermosa niña expuesta a un terror tan intenso? Ha recogido convulsamente todos sus miembros; en este momento no puede ya ni siquiera pedir ayuda. Su capacidad de articulación ha desaparecido, pero su capacidad de movimiento ha vuelto; puede deslizarse lentamente hasta el lado opuesto de la cama al que se acerca la asquerosa figura.

Mas sus ojos están fascinados. Ni la mirada fija de un ofidio podría haber producido en ella un efecto mayor que el que emana de aquellos horribles ojos de apariencia metálica inclinados sobre su rostro. Como reptando, encorvado —de modo que su gigantesca altura se disimula, al tiempo que el objeto más prominente es el semblante pálido y desencajado— se aproxima el monstruo. ¿Qué es?, ¿qué busca allí?, ¿qué le hace tan repugnante, tan diferente de una criatura terrestre, a pesar de moverse sobre la tierra?

Ella está en el borde de la cama, y la figura se detiene. Parece como si al hacerlo, ella perdiera la capacidad de seguir avanzando. Las sábanas quedaron apretadas entre sus manos con fuerza inconsciente. Su respiración entrecortada y palpitante; su pecho sube y baja y las piernas le tiemblan. Sin embargo, no puede apartar la mirada de aquel rostro de mármol: está atrapada bajo el brillo de sus ojos.

La tormenta ha cesado: todo está silencioso. Los vientos se han extinguido y el reloj de la iglesia anuncia la una. Entonces un sonido sibilante sale de la garganta de aquel ser asqueroso, al tiempo que levanta sus brazos largos y voraces y separa los labios cada vez más y más. Comienza a avanzar. La joven saca un pequeño pie de la cama y lo apoya sobre el suelo. Inconscientemente arrastra las sábanas consigo. La puerta de la habitación está cerca... ¿pero podrá llegar hasta ella? ¿Tiene fuerzas suficientes para caminar? ¿Puede apartar sus ojos de la cara del intruso y romper de este modo el repugnante hechizo? ¡Dios del cielo! ¿Todo esto es real, o hay sueños que poseen una apariencia tan próxima a la realidad que casi trastornan el juicio para siempre?

La figura se ha detenido nuevamente y la joven, a su vez, se ha quedado temblando con el cuerpo mitad en el lecho, mitad fuera de él. Su larguísimo cabello yace extendido a todo el ancho de la cama; al moverse lentamente queda extendido sobre las almohadas. La pausa dura aproximadamente un

minuto... ¡Oh, qué siglo de agonía! Aquel minuto fue, no obstante, suficiente para que la locura hiciera su trabajo.

Abalanzándose de repente de una manera imposible de prever, y con una especie de aullido que bastaba para infundir terror en cualquier pecho, la figura cogió las largas trenzas del cabello de la joven y, enroscándolas en sus manos huesudas, la retuvo en el lecho. Entonces ella gritó: el cielo le concedió la capacidad de gritar, y un grito siguió a otro en una rápida sucesión. Las sábanas cayeron amontonadas a un lado de la cama: la joven fue arrastrada por su cabello de seda hasta el otro extremo del lecho. Sus hermosas piernas redondeadas se estremecían con la agonía de su alma. Los ojos vidriosos y horribles del intruso corrían sobre aquella forma angélica con repugnante satisfacción. ¡Oh, terrible profanación! Entonces, el monstruo arrastra su cabeza hasta el borde mismo del lecho y la inclina hacia atrás por la fuerza, tirando del largo cabello enroscado en sus manos. Sin perder un solo instante, hunde finalmente sus colmillos en el blanco cuello y brota un chorro de sangre: le sigue un repugnante sonido de succión. *¡La joven se ha desmayado, y el vampiro se solaza en su asqueroso festín!*

CAPÍTULO II

(La casa es alertada por los gritos de la joven. Su madre, sus hermanos, Henry y George, y un «extraño» en la casa acuden corriendo hasta el cuarto de la joven, mas encuentran la puerta atrancada).

Para aquellos que trataban de abrir por la fuerza la puerta de la antigua cámara en donde dormía la joven, que llamaban Flora, cada momento se convertía en una hora de agonía; pero en realidad, desde el primer instante de alarma hasta el momento en que el fuerte crujido de la madera anunció que el cerrojo al fin se había roto, sólo transcurrieron unos pocos minutos.

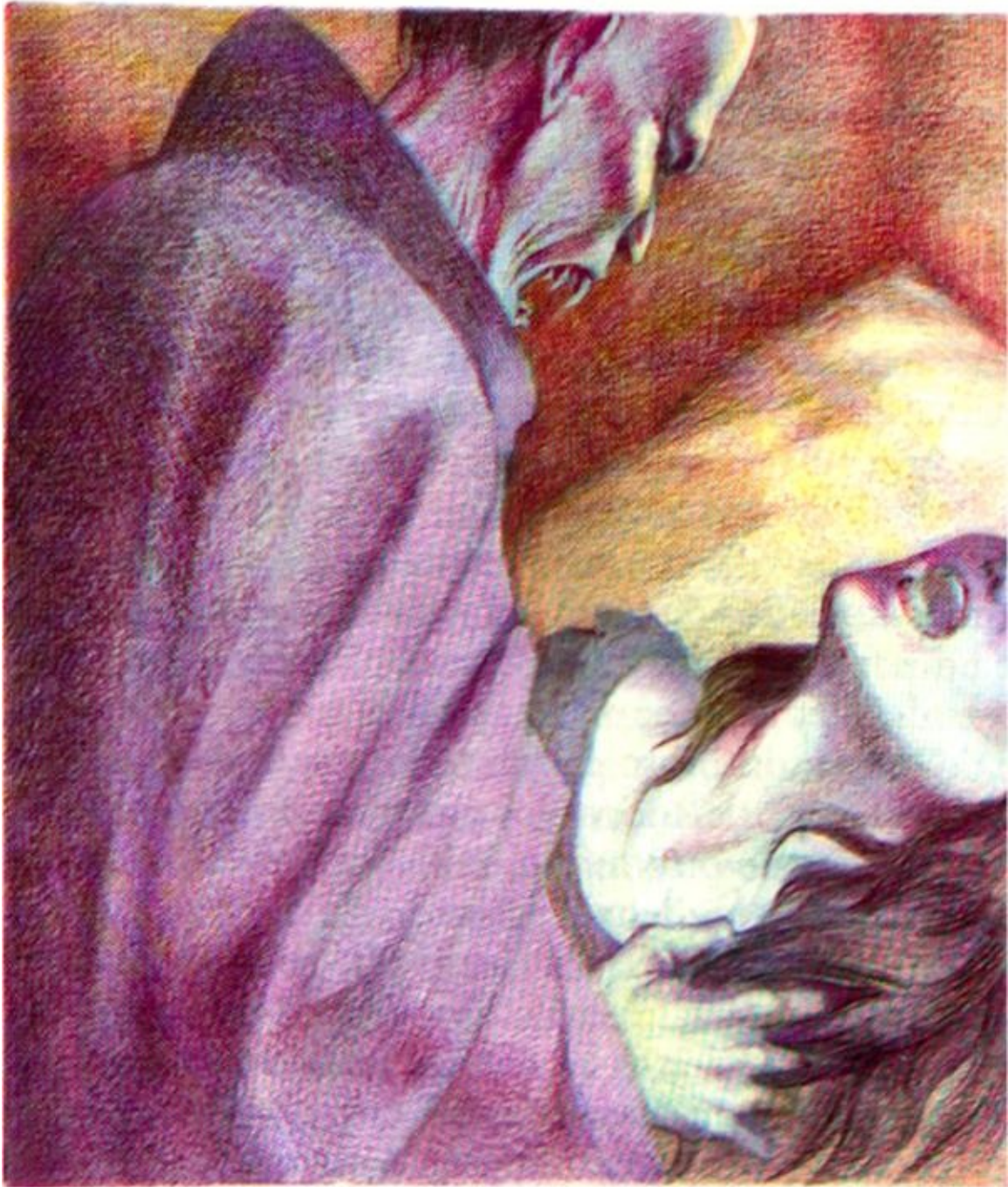
—Ya se abre, ya se abre —gritó el joven.

—Aguarda —dijo el extraño, mientras continuaba ejerciendo presión con la palanca—, un momento y tendremos libre acceso al cuarto. Ten paciencia.

El nombre de aquel extraño era Marchdale, y aun mientras hablaba, logró abrir de un impulso la enorme puerta y franquear la entrada a la cámara.

Al instante el joven llamado Henry se abalanzó al interior con una lámpara en la mano; mas la rapidez de su entrada le impidió observar detalladamente lo que allí ocurría, ya que el viento que penetraba por la ventana abierta alcanzó la llama de la vela y, aunque no la extinguió del todo, la volvió tanto de un lado que casi dejó de iluminar por completo.

—¡Flora! ¡Flora! —gritó.



Entonces, de un salto repentino, algo salió del lecho. La conmoción fue tan súbita y absolutamente inesperada, así como violenta, que el joven fue

derribado al suelo y con la caída la luz se extinguió.

Todo quedó en la oscuridad, excepto por una tenue luz rojiza que de tanto en tanto se avivaba desde el molino casi consumido por las llamas, cuyo resplandor penetraba en el cuarto. Mas esa luz, incierta y vacilante, permitió distinguir a alguien que se acercaba a la ventana.

Henry, aunque aturdido por la caída, vio una figura de tal estatura, que casi abarcaba el espacio que había entre el techo y el suelo. El otro joven, George, también la vio, del mismo modo que Mr. Marchdale y la dama que había llamado a los dos jóvenes desde el corredor al escucharse los primeros gritos que sobresaltaron el corazón de todos los habitantes de la casa.

La figura se hallaba a punto de trasponer la ventana que daba a una especie de balcón desde el cual había un fácil descenso hasta el jardín.

Antes de que desapareciera, cada uno de los presentes intentó divisar su semblante, y todos vieron que llevaba la parte inferior del rostro, así como los labios, rociados de sangre. También vieron la horrenda mirada que salía de sus ojos brillantes y metálicos que destilaban inhumana ferocidad.

No es asombroso que por un momento el pánico se apoderara de todos y paralizara cualquier movimiento que de otro modo hubieran hecho para detener a aquella repugnante figura.

Mr. Marchdale era un hombre de edad madura que había visto muchas cosas en su vida, tanto en su tierra como en tierras lejanas, y era mucho más probable que él —aunque atónito y hasta aterrorizado— se recobrara antes que sus dos jóvenes acompañantes, lo que en efecto sucedió, y actuó entonces con la celeridad requerida.

—No te levantes, Henry —gritó—. Quédate quieto.

Casi en el mismo instante en que pronunció estas palabras disparó contra la figura, que ocupaba en aquel momento el hueco de la ventana, como si fuera una gigantesca silueta sostenida por un marco.

La detonación fue tremenda, ya que la pistola no era de juguete, sino un arma de eficaz servicio cuyo cañón tenía la longitud suficiente y el alma adecuada como para dar muerte con las balas que disparaba.

—Si esto no ha dado en el blanco —dijo Mr. Marchdale—, nunca más volveré a apretar un gatillo.

Al tiempo que hablaban se abalanzó hacia la ventana y asió a la figura que estaba convencido de haber alcanzado con su arma. La alta silueta se volvió sobre sí y cuando el intrépido pudo ver de lleno su semblante —lo que fue posible por la oportuna circunstancia de que la dama se apresuraba a entrar entonces con una lámpara que había ido a buscar a su habitación—, aun él, a

pesar de todo su valor, que era mucho, y de toda su nerviosa energía, tuvo que retroceder uno o dos pasos, exclamando: «¡Dios mío!».

Aquella cara era algo que jamás podía olvidarse. Estaba repulsivamente coloreada por el color de la sangre fresca; los ojos tenían un brillo salvaje e intenso: si antes parecían de estaño pulido, ahora brillaban diez veces más; se diría que una luz centelleaba en ellos. Tenía la boca abierta, como si por la conformación natural del semblante los labios quedaran arremangados sobre los largos dientes caninos.

Entonces salió un extraño aullido de la garganta de esta monstruosa figura, y pareció a punto de lanzarse sobre Mr. Marchdale. Repentinamente, sin embargo, y como si un impulso lo acometiese, profirió un salvaje chillido, una especie de terrible risa, después se precipitó hacia el exterior y desapareció de la vista de los presentes, quienes casi habían quedado aniquilados por la espantosa impresión recibida.

—¡Dios nos ayude! —exclamó Henry.

(Lo persiguen. A pesar de que Henry dispara su pistola y alcanza con sus balas al fugitivo, el monstruo consigue escapar sin dejar la menor huella de sangre que indique una herida. Henry vela toda la noche junto al lecho de Flora, cuyo cuello exhibe dos marcas rojas de sangre de los incisivos colmillos. La joven duerme sólo a rachas y grita angustiada al despertarse. Después de oír su confuso relato del ataque, Henry va a pedir consejo a Mr. Marchdale).

Henry se dirigió de inmediato a la habitación que, sabía, estaba ocupada por Mr. Marchdale, y mientras atravesaba el corredor no pudo evitar detenerse para mirar por la ventana el aspecto que presentaba la naturaleza. Como sucede con frecuencia, la terrible tormenta de la noche anterior había aclarado el aire dejándolo deliciosamente fresco y limpio. El tiempo había estado desapacible y durante varios días había habido cierta pesadez en la atmósfera, que había desaparecido ahora por completo.

El sol de la mañana brillaba con un esplendor inusual y había pájaros cantando sobre cada árbol y arbusto: pocas veces había visto el joven una mañana tan placentera, tan revitalizadora y gratificante. El efecto que esta visión produjo en su ánimo fue grande, aunque no tanto como podría haberlo sido si todo hubiera transcurrido como habitualmente en aquella casa. Las

pequeñas desgracias comunes habían atacado, por cierto, de vez en cuando a la familia de los Bannerworth —como a toda familia— bajo el aspecto de enfermedades o de alguna otra cosa; mas de repente había sucedido algo terrible e inexplicable.

El joven encontró a Mr. Marchdale levantado, ya vestido y aparentemente muy preocupado. Nada más ver a Henry, le dijo:

—Flora está despierta, supongo.

—Sí, pero parece muy perturbada.

—Por debilidad física, según creo.

—¿Pero por qué está débil físicamente? Estaba fuerte y bien, como nosotros; mejor que nunca. Sus mejillas estaban llenas de vida. ¿Es posible que en el curso de una sola noche pueda haberse debilitado hasta tal extremo?

—Henry —interpuso Mr. Marchdale—, siéntate. Como sabes, no soy un hombre supersticioso.

—Por cierto que no.

—Y sin embargo, nunca en toda mi vida me he quedado tan atónito como por las circunstancias de la noche pasada.

—Prosiga.

—Existe una temible y repulsiva solución para explicarlas; una solución que todos los argumentos terminarán abonando, que yo mismo tiemblo al mencionar ahora, aunque ayer mismo hubiera provocado en mí una risa de burla y desprecio.

—¡Tanto!

—Sí, tanto. No refieras a nadie lo que estoy a punto de decirte. Deja que esta sugestión de pesadilla sólo quede entre nosotros dos, Henry Bannerworth.

—Yo... no sé que decir...

—¿Me lo prometes?

—¿Qué... qué?

—Que no repetirás mi opinión a nadie.

—Lo prometo.

—¿Por tu honor?

—Por mi honor: lo prometo.

Mr. Marchdale se incorporó y, dirigiéndose hacia la puerta, se cercioró de que no había nadie que pudiera oírlos. Al comprobar que estaban solos volvió a su sitio y, acercando su silla a la de Henry, dijo:

—Henry, ¿nunca has oído nada acerca de una extraña y terrible superstición que en algunos países es corriente en extremo y que afirma la

existencia de seres que nunca mueren?

—¡Que nunca mueren!

—Nunca. En una palabra, Henry, ¿nunca has oído nada acerca de... de...?
No me atrevo a pronunciar su nombre...

—Hable, ¡Dios del cielo! ¡Dígamelos!

—¡*Un vampiro!*

Henry se puso de pie de un salto; todo su cuerpo temblaba con violencia y gotas de sudor se amontonaban sobre sus cejas mientras con una voz ronca y extraña repetía:

—¡Un vampiro!

—Exactamente: un monstruo que debe prolongar su terrible existencia por medio de sangre humana, y que de este modo vive por siempre: un ser que no come ni bebe como los demás hombres..., un vampiro.

Henry cayó sobre su asiento y profirió un quejido que expresaba la intensidad de la angustia que le embargaba.

—Podría imitar tu quejido —dijo Marchdale—, mas estoy tan absolutamente perturbado que no sé qué pensar.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!

EL EXTRAÑO MISTERIOSO

(Anónimo, 1860)

*«Morir, dormir,
dormir, quizás soñar, ¡ah!, ésa es la dificultad...»*
(Hamlet)

BÓREAS, el temible viento del noroeste que en primavera y en otoño agita las aguas más profundas del salvaje Adriático y se vuelve entonces tan peligroso para los navíos, aullaba a través del bosque y sacudía las ramas de los nudosos robles en los Montes Cárpatos cuando un grupo de cinco jinetes, que rodeaban una litera tirada por un par de mulas, se internaron en un sendero hacia la espesura, que ofrecía alguna protección contra el clima de abril y permitía que los viajeros, en alguna medida, recobraran el aliento. Era casi de noche y hacía mucho frío; la nieve caía de cuando en cuando en espesos copos. Un caballero alto y de edad avanzada cabalgaba a la cabeza del grupo. Era el caballero de Fahrenberg, de Austria. Había heredado de un hermano sin descendencia una propiedad de gran valor situada en los Cárpatos, y había partido hacia allá para tomar posesión de ella, acompañado por su hija Franziska y una sobrina de unos veinte años que había crecido con ella. Junto al caballero cabalgaba un apuesto joven de poco más de veinte años, el barón Franz von Kronstein; llevaba, como el primero, un sombrero de ala ancha con plumas colgantes, el cuello de cuero y unas amplias botas de montar: en suma, la vestimenta de viaje que se hallaba de moda a comienzos del siglo XVII.

Los rasgos del joven evidenciaban su carácter franco y sociable, así como su inteligencia; pero su expresión era más de una suavidad soñadora y sensitiva que de una juventud osada —a pesar de que nadie negaría que poseía una genuina hermosura juvenil—. Mientras el grupo se internaba en el bosque de robles el joven trotó hasta la litera y se puso a conversar con las dos damas que se hallaban en su interior. Una de ellas —y a ésta se dirigía principalmente su conversación— era de deslumbrante belleza. Su cabello flotaba en rizos naturales alrededor del fino óvalo de su rostro, desde el cual irradiaban un par de ojos que parecían dos estrellas, llenos de ingenio, viva fantasía y cierto grado de malicia. Franziska von Fahnenberg parecía prestar muy poca atención a los discursos de su admirador, quien le hacía gran variedad de preguntas acerca de cómo se sentía, pues el viaje se había desarrollado hasta el momento con múltiples dificultades. Ella le respondía muy brevemente, casi de manera despectiva; por fin observó que, si no hubiera sido por las objeciones de su padre, hacía mucho que le hubiera pedido al barón que tomara su sitio en aquella horrible jaula de la litera, ya que, a juzgar por sus comentarios, él parecía incómodo y ella hubiera preferido ir montada en su brioso corcel, de cara al viento y la tormenta, antes que estar allí enjaulada, arrastrada por los montes por aquellos animales de orejas largas, y soportar un aburrimiento de muerte.

Las palabras de la joven dama, y aún más, el casi despectivo tono en el que fueron pronunciadas, parecieron causar el más doloroso impacto en el joven: no respondió nada en aquel momento, pero el aire ausente con el que escuchó las bienintencionadas observaciones de la dama mostraron hasta qué punto estaba trastornado.

—Tal parece, querida Franziska —dijo por fin con tono amable— que las irregularidades del camino te han afectado más de lo que quieres reconocer. Generalmente tan amable con los demás, a menudo te has manifestado de pésimo humor durante el viaje, y en particular con tu humilde servidor y primo, quien alegremente soportaría el doble o el triple de las incomodidades de la travesía si pudiera de ese modo ahorrarte la más pequeña de ellas.

Franziska le dirigió una mirada en la que se adivinaba que estaba a punto de replicar con algún amargo sarcasmo, cuando la voz del caballero se dejó oír llamando a su sobrino, quien acudió al galope de inmediato.

—Me gustaría regañarte como te mereces, Franziska —dijo su compañera con bastante aspereza—; atormentas a tu pobre primo Franz de una manera vergonzosa; justo a él, que te ama tan lealmente y quien, digas lo que digas, un día se convertirá en tu esposo.

—¡Mi esposo! —replicó la aludida, enfadada—. Tendrían que cambiar mis ideas acerca de todas las cosas por completo, o él todo su ser, antes de que tal cosa ocurriera. ¡No, Bertha! Sé muy bien que ése es un caro deseo de mi padre, y no voy a negar las cualidades que mi primo Franz puede tener... o que realmente tiene, ya que veo la cara que me estás poniendo. Pero casarme con un hombre afeminado..., ¡jamás!

—¡Afeminado! Eres muy injusta con él —replicó prontamente su amiga—. Sólo porque en lugar de partir a la guerra contra los turcos, en donde poco hubiera sido el honor a obtener, siguió el consejo de tu padre quedándose en casa para ayudarle a poner en orden todo lo relativo a su desatendida propiedad, lo cumplió con cuidado y prudencia, y porque no se refiere a este viento aullante como si fuera un suave céfiro: ¡sólo por estas razones te complaces en llamarle afeminado!

—Di lo que quieras, pero así es —gritó Franziska obstinadamente—. Osado, ambicioso y hasta despótico tiene que ser el hombre que gane mi corazón: estas naturalezas suaves, pacientes y pensativas me resultan completamente desagradables. ¿Acaso Franz es capaz de pasiones profundas, tanto de alegría como de dolor? Es siempre el mismo, siempre tranquilo, suave y fatigante.

—Tiene un corazón cálido y no carece de genio —dijo Bertha.

—¡Un corazón cálido! ¡Eso debe ser! —replicó la otra—; pero preferiría ser dominada y tiranizada por mi futuro marido, antes que ser amada de ese modo aburrido. Dices que también posee genio. No voy a contradecirte totalmente, ya que sería descortés por mi parte, pero es algo que no se descubre con facilidad. Mas aun admitiendo que estés en lo cierto en ambas afirmaciones, aun así, el hombre que no pone en acción esas cualidades es una criatura despreciable. Un hombre debe hacer cosas tontas, hasta debe ser un poco cruel de vez en cuando, siempre que no cometa nada deshonesto; y se le puede perdonar, con tal que actúe según una teoría preconcebida y con un objeto particular. Como, por ejemplo, tu propio y fiel admirador, el castellano de Glogau, caballero de Woislaw; te ama con infinita lealtad, y se encuentra ahora en una posición que te permite casarte con él cómodamente. Este hombre valeroso ha perdido su mano derecha, razón de más para permanecer sentado junto al fuego, o junto a la rueca de su Bertha. ¿Pero qué es lo que hace en cambio? Parte a la guerra contra los turcos, pelea por una idea noble.

—Y corre el riesgo de que le corten la otra mano, y le hagan otra gran cicatriz en la cara —interpuso su amiga.

—Deja a su amada llorar y languidecer un poco —prosigue Franziska—, ¡pero regresa cubierto de gloria, se casa y, lo que es más, es honrado y admirado! Ésta es la conducta de un hombre de cuarenta años, un bravo guerrero que no se crió en la corte, un soldado que no tiene más que su capa y su espada. Y Franz, rico y noble..., pero no seguiré adelante. Ni una sola palabra más sobre este odioso tema si me quieres, Bertha.

Franziska se reclinó entonces sobre un costado de la litera con aire de disgusto y cerró los ojos como si, invadida por el cansancio, deseara dormir.

—Este horrible viento es tan poderoso, como dices, que debemos desviarnos para evitar su fuerza de frente —dijo el caballero a un hombre ya entrado en años y ataviado con un gorro de piel y una capa de otra piel más áspera que parecía ser el guía de la expedición.

—Quienes nunca han sentido en persona al Bóreas soplando sobre la campiña entre Sessano y Trieste, no pueden tener la menor idea de la realidad —replicó el hombre—. Apenas empieza a soplar, la nieve es impulsada en columnas largas y espesas por el suelo. Esto no es nada en comparación con lo que sigue: las columnas se hacen cada vez más altas mientras el viento se levanta, y continúan creciendo hasta que ya no puede verse otra cosa que nieve, arriba, abajo y por todas partes, a menos que, en efecto, haya, como a veces sucede, arena y grava mezcladas con la nieve, y en tal caso llega un momento en que se vuelve imposible abrir los ojos. El único camino para mantenerse a salvo es envolver la capa alrededor del cuerpo y tenderse en el suelo. Si le sorprende a uno aunque sólo sea a unas yardas de su propia casa, podría perder la vida en el intento de llegar hasta ella.

—Bien, pues entonces debemos agradecértelo, viejo Kumpan —dijo el caballero, aunque no le resultó fácil hacer audibles sus palabras por encima del rugido de la tormenta—; te damos las gracias por hacernos dar este rodeo para que podamos llegar a nuestro destino sin riesgo alguno.

—Podéis tener la seguridad de ello, señor —dijo el anciano—. Habremos llegado cerca de medianoche sin el menor peligro, si es que... —de repente el anciano dejó de hablar, detuvo su caballo bruscamente y se quedó inmóvil, escuchando con atención.

—Me parece que debemos de estar cerca de alguna aldea —dijo Franz von Kronstein—, ya que entre las ráfagas de la tormenta se escucha claramente ladrar a un perro.

—¡No es un perro, no es un perro! —exclamó el anciano con inquietud, al tiempo que urgía a su caballo a un rápido paso—. No existen aquí poblaciones humanas en varias millas a la redonda, excepto por lo que

conciérne al castillo de Klatka, que en efecto se encuentra cerca de donde estamos; pero lleva desierto por más de un siglo. Probablemente no haya vivido nadie aquí desde la creación... ¡Pero ahí está otra vez! —continuó—; ¡como si no me hubiese dado cuenta desde el principio!

—Parece que esos aullidos te perturban, viejo Kumpan —dijo el caballero al escuchar un lamento largo y salvaje que se oía más cerca que antes y que parecía ser contestado desde la distancia.

—Estos aullidos no son de perros —replicó el viejo guía con nerviosismo—. Son lobos de los juncos; deben seguir nuestra huella, y no estaría mal que os preparaseis para emplear vuestras armas de fuego.

—¿Lobos de los juncos? ¿Qué quieres decir? —inquirió Franz sorprendido.

—En la linde de este bosque —explicó Kumpan— hay un lago, de una milla de largo aproximadamente, cuyas riberas están cubiertas de juncos. Allí ha hecho su guarida un grupo de lobos, y se alimenta de pájaros silvestres, peces y animales de este tipo. Durante el verano son tímidos, y hasta un niño de doce años podría asustarlos. Pero cuando los pájaros emigran y los peces se han congelado, salen a cazar por la noche, y son muy peligrosos. Son peores aún cuando sopla el Bóreas, porque entonces es como si el diablo mismo los poseyera: se vuelven tan fieros y enloquecidos que el hombre y la bestia se convierten en sus presas por igual; un grupo de estos lobos hasta se ha atrevido a atacar a los feroces osos que habitan en estas montañas, y lo que es más, han salido victoriosos.

En ese momento se repitieron los aullidos, esta vez con mayor claridad, y desde dos direcciones opuestas. Los jinetes, alarmados, tantearon sus pistolas, y el anciano caballero cogió la espada que colgaba de su silla.

—Debemos mantenernos cerca de la litera; los lobos están a muy corta distancia de nosotros —susurró el guía.

Los jinetes se volvieron con sus caballos y rodearon la litera, mientras el caballero informaba a las damas en voz muy baja del motivo de tal movimiento.

—¡Entonces *vamos* a tener una aventura, una pequeña variedad! —exclamó Franziska con ojos brillantes.

—¿Cómo puedes decir esas tonterías? —dijo Bertha alarmada.

—¿Acaso no estamos bajo protección masculina? ¿No está el buen primo Franz de nuestro lado? —dijo la joven burlona.

—Mira: hay una luz que brilla entre las ramas; ¡y allí hay otra! —gritó Bertha—. Debe de haber gente muy cerca.

—¡No, no! —exclamó el guía con celeridad—. Cerrad la puerta, señoras. Permaneced juntos, caballeros. Son los ojos de los lobos que vemos brillar desde aquí.

Los caballeros observaron la espesura del bosque: por todas partes aparecían pequeños puntos brillantes, parecidos a los que irradian las luciérnagas en el verano; tenían el mismo color amarillo verdoso, sólo que su centelleo era menos inestable, y siempre había dos juntos. Los caballos empezaban a inquietarse, pateaban y tiraban de las riendas; afortunadamente, las mulas se comportaban bastante bien.

—Les dispararé para enseñarles a mantener la distancia —dijo entonces Franz, apuntando hacia el lugar en donde los brillos eran más densos.

—¡No lo hagáis, señor, os lo suplico! —gritó Kumpan al instante, sujetando el brazo del joven—. El estampido haría que los demás acudieran y, envalentonados por su número, se sentirían seguros para atacar todos a la vez. No obstante, estad preparados, y si una loba vieja salta hasta aquí, ya que siempre son éstas las que toman la delantera, apuntad bien y matadla, porque después sus compañeros no vacilarán.

Para ese momento, los caballos estaban casi fuera de control, y el terror se había contagiado también a las mulas. Justo cuando Franz se volvía hacia la litera para decir algo a su prima, un animal del tamaño de un gran galgo saltó de la espesura y atacó a una mula.

—¡Disparad, barón! ¡Un lobo! —gritó el guía.

El joven disparó y el lobo cayó al suelo. Un temible aullido se expandió por el bosque.

—¡Ahora, en marcha! ¡En marcha sin un minuto de demora! —gritó Kumpan—. No tenemos más de cinco minutos. Las bestias se echarán sobre su compañera herida y, si están muy hambrientas, la devorarán por completo. Mientras tanto, podemos ganar una pequeña ventaja, y la linde del bosque no está a más de una hora a caballo. Allí, ¿lo veis?, se divisan las torres de Klatka entre los árboles..., allí donde está saliendo la luna; y desde ese punto el bosque se hace menos espeso.

Los viajeros trataron de apresurar su marcha al máximo, pero la litera retardaba el avance. Bertha lloraba de miedo, y hasta el coraje de Franziska había disminuido, y permanecía sentada muy silenciosa. Franz intentó tranquilizarlas. No habían avanzado mucho cuando los aullidos comenzaron a oírse de nuevo y se aproximaban cada vez más.

—Aquí están otra vez, y son más numerosos y fieros que antes —gritó el guía alarmado.

Los siniestros brillos eran nuevamente visibles, y en mayor número, por cierto. El bosque se había aclarado un poco y como la tormenta de nieve había cesado, los rayos de la luna ponían al descubierto multitud de formas, agrupadas como una jauría de perros de caza y cada vez más próximas entre la penumbra de los árboles, hasta que por fin se encontraron a una distancia de unos veinte pasos del sendero de los viajeros.

De vez en cuando un fiero aullido que se elevaba desde el centro del grupo era contestado por todos los demás, y finalmente recogido por voces aisladas en la distancia.

Los jinetes se hallaban a unas escasas cien yardas del castillo en ruinas del cual Kumpan había hablado. Éste parecía —al menos bajo la luz de la luna— poseer una considerable magnitud. Junto al edificio principal —tolerablemente conservado— había una iglesia en ruinas que alguna vez debía haber sido hermosa, asentada en un pequeño montecillo salpicado de robles y arbustos. Tanto el castillo como la iglesia estaban parcialmente techados, y desde la puerta del primero salía un sendero que llevaba hasta un viejo roble, en donde se unía en ángulo recto con la senda por la que se acercaban los viajeros.

El viejo guía parecía perplejo.

—Estamos ante un gran peligro, señor —dijo por fin—. Los lobos van a atacarnos en masa muy pronto. Sólo hay un modo de escapar: abandonar a las mulas a su suerte y que las damas monten vuestros caballos.

—Eso estaría muy bien si yo no hubiera pensado en un plan aún mejor —replicó el caballero—. Aquí está el castillo en ruinas; podemos llegar a salvo hasta él y luego, tras bloquear todas las puertas, sólo nos queda esperar hasta mañana.

—¿Aquí? ¿En las ruinas de Klatka? —se espantó el viejo guía—. ¡No, por todos los lobos del mundo! ¡Ni siquiera durante el día hay alguien que se atreva a acercarse a este sitio, y ahora, de noche...! El castillo, señor, tiene muy mala fama.

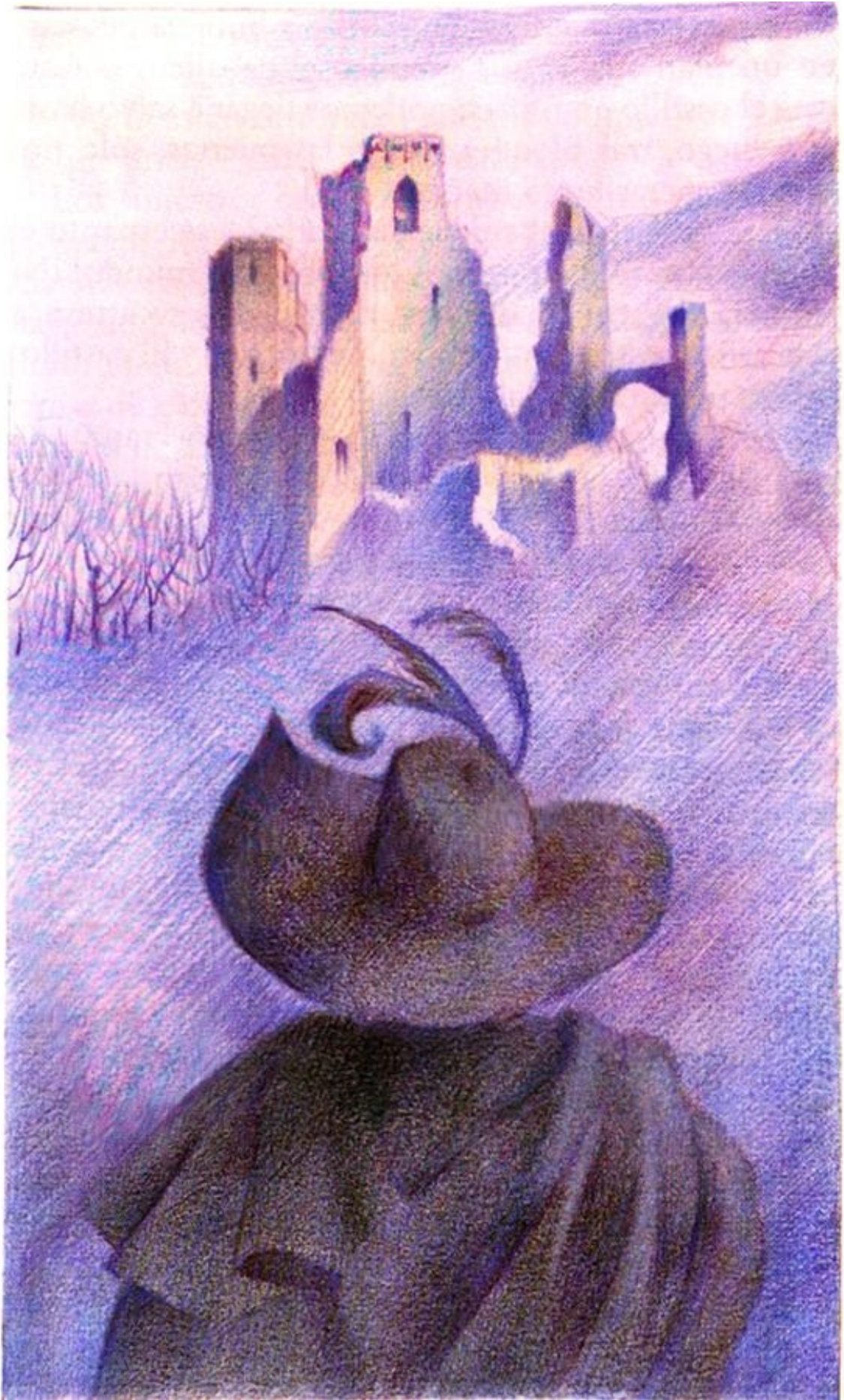
—¿A causa de los ladrones? —inquirió Franz.

—No; está hechizado —replicó Kumpan.

—¡Tonterías! —dijo el barón—. ¡Vamos! ¡A las ruinas! No hay un minuto que perder.

Y así era realmente: las feroces bestias se hallaban sólo a unos pasos a la retaguardia de los viajeros. De cuando en cuando se detenían para lanzar su espantoso aullido. Por fin la comitiva llegó al viejo roble antes mencionado, y estaba a punto de coger el sendero que conducía hacia las ruinas cuando los

animales, como si hubieran percibido que corrían el riesgo de perder a su presa, se acercaron tanto que una lanza los hubiese alcanzado fácilmente. El caballero y Franz encararon entonces con valentía a las bestias, espoleando a sus caballos hacia la manada que se aproximaba. Sin embargo, en ese momento un hombre salió de repente de la sombra del viejo roble y, dando unos pasos, se interpuso entre los viajeros y sus perseguidores. A través de la brumosa luz podía distinguirse que el extraño era un hombre alto y de contextura sólida; de su costado pendía una espada y llevaba un sombrero de ala ancha sobre la cabeza. Si los viajeros se quedaron atónitos por su repentina aparición, mayor fue su sorpresa al presenciar lo que aconteció a continuación. Tan pronto como el extraño hizo su aparición, los lobos abandonaron su persecución, chocaron unos contra otros desordenadamente al retroceder y dejaron escapar un temeroso aullido. Entonces el extraño levantó la mano e hizo una seña, ante la cual las fieras se arrastraron otra vez hacia la espesura como una banda de perros apaleados.



Sin siquiera echar una ojeada sobre los viajeros, quienes estaban demasiado atónitos como para hablar, el extraño remontó el sendero que conducía al castillo y pronto desapareció tras la puerta.

—¡El cielo se apiade de nosotros! —murmuró el viejo Kumpan con un hilo de voz, al tiempo que se santiguaba.

—¿Quién era ese hombre tan extraño? —inquirió el caballero con sorpresa cuando el aludido ya se había perdido de vista y el grupo había reemprendido la marcha.

El viejo guía fingió no entender y, dirigiéndose hacia las mulas, se concentró en el arreglo de los arneses, que se habían enredado en la huida. Había pasado más de un cuarto de hora cuando finalmente volvió a unirse al grupo.

—¿Conocías al hombre que nos salió al paso junto a las ruinas y que nos liberó de nuestros perseguidores de cuatro patas de forma tan milagrosa? —preguntó Franz al guía.

—¿Si lo conozco? No, señor; nunca lo había visto antes —replicó el aludido con tono vacilante.

—Parecía un soldado, y estaba armado —dijo el barón—. ¿Quiere eso decir entonces que el castillo está habitado?

—No durante los últimos cien años —respondió el guía—. Fue desmantelado porque su dueño sostenía en aquellos tiempos tratos infames con algunas hordas turcoeslavas que habían llegado hasta aquí; o, más bien —se corrigió el hombre apresuradamente—, *se dijo* que así era, ya que tal vez fuera un hombre tan honrado como cualquier otro.

—¿Y quién es ahora el dueño de estas ruinas y bosques? —inquirió el caballero.

—¿Quién otro que vos mismo, señor? —replicó Kumpan—. Hace más de dos horas que estamos sobre suelo de vuestra propiedad, y pronto llegaremos a la linde del bosque.

—Ya no se perciben rastros de los lobos —dijo el barón tras un momento de silencio—. Hasta los aullidos han cesado. La aventura con aquel extraño todavía me resulta inexplicable; aun si supiera que se trata de un cazador...

—Sí, sí, es casi seguro que lo es —interrumpió precipitadamente el guía, al tiempo que miraba a su alrededor con intranquilidad—. Este buen hombre, que tan oportunamente acudió para auxiliarnos, debe ser un cazador. ¡Oh, hay muchos valientes leñadores en las cercanías! ¡Gracias al cielo! —continuó, inspirando profundamente—, ya hemos llegado a la linde del bosque y en apenas una hora estaremos sanos y salvos bajo buen techo.

Y así ocurrió. Antes de que una hora hubiese pasado el grupo atravesó una bien construida aldea, punto principal del predio, y se encontró ante la fachada del venerable castillo, cuyas ventanas estaban brillantemente iluminadas; en el portal se hallaban el mayordomo y demás criados, quienes, tras recibir a su nuevo señor con expresiones de respeto, condujeron al grupo a los espléndidamente amueblados apartamentos.

Pasaron casi cuatro semanas antes de que las aventuras del viaje fueran puestas nuevamente sobre el tapete. El caballero y Franz estaban tan ocupados en supervisar todos los particulares concernientes a la extensa propiedad, y en ver la forma de introducir varias mejoras a la usanza germana, que pasaban muy poco tiempo en el castillo. Al principio, Franziska se sentía fascinada por los detalles de una comarca tan enteramente nueva y desconocida. Le parecía todo tan romántico, tan diferente de su patria germana, que las cosas más nimias cobraron para ella el mayor interés, y a menudo establecía comparaciones entre los dos países, que por lo general concluían desfavorablemente para Alemania. Bertha era de opinión contraria: se reía de su prima y declaraba que su afición por la novedad y los sitios extraños sobrepasaba sin duda el límite de lo razonable cuando ésta prefería casuchas, en las que el humo salía por puertas y ventanas en lugar de por la chimenea, con paredes cubiertas de hollín y habitantes no mucho más limpios y de costumbres rústicas, antes que las viviendas confortables y la educada población de Alemania. Sin embargo, Franziska persistía en sus ideas y replicaba que todo en Austria le resultaba chato, *ennuyant* y ordinario, y que un campesino de estas tierras, con su tosco abrigo de piel, tenía para ella diez veces mayor interés que un civilizado austríaco con traje de gala, cuya sola vista era suficiente para hacerla bostezar.

Tan pronto como el caballero dispuso las primeras reformas en un cierto orden, el grupo volvió a encontrarse reunido más a menudo. Franz siguió demostrando un gran interés por su prima, quien, no obstante, después de una estancia más prolongada en aquel sitio, y más acostumbrada a su nueva vida, había recobrado su antiguo talante y recibía sus atenciones con poca o ninguna gratitud, convirtiéndolo en blanco de su caprichoso humor. Emprendieron varias excursiones por los alrededores, pero como el escenario era más bien monótono, pronto dejaron de interesarles.

Un día se hallaba el grupo reunido en la anticuada sala, discutiendo en la sobremesa sobre qué dirección tomar en el paseo a caballo que planeaban.

—Ya lo tengo —exclamó Franziska de pronto—. Me sorprende que nunca antes hayamos pensado en ir a ver de día aquel sitio al que llegamos en

nuestra aventura nocturna con Los lobos y el extraño misterioso.

—¿Te refieres a visitar las ruinas..., cuál es su nombre? —preguntó el caballero.

—El castillo de Klatka —dijo alegremente Franziska—. ¡Oh, debemos volver allí! ¡Será maravilloso volver a la luz del día, sanos y salvos, y pisar el mismo suelo que aquella noche en que nos llevamos un susto tan espantoso!

—Trae los caballos —ordenó el caballero a un criado—; y dile al mayordomo que venga de inmediato —este último, un anciano casi, entró en la sala un momento después—. Pensamos cabalgar hasta Klatka —dijo el caballero—; tuvimos allí una aventura en nuestro camino...

—Así me lo refirió el viejo Kumpan —interrumpió el mayordomo.

—¿Y tú qué opinas de eso? —inquirió el caballero.

—En verdad, no sé qué decir —replicó el hombre, sacudiendo la cabeza—. Era un joven de veinte años cuando vine por primera vez a este castillo, y ahora mi cabello está gris. Medio siglo ha transcurrido desde entonces, y cientos de veces mis deberes me han llevado hasta los alrededores de esas ruinas, pero nunca he visto al Demonio de Klatka.

—¿Qué estás diciendo? ¿A quién llamas así? —inquirió Franziska, cuyo amor por la aventura se despertó intensamente.

—Bueno, la gente le da este nombre al fantasma o espíritu que se cree que habita las ruinas —replicó el mayordomo—. Se dice que sólo se deja ver en las noches de luna...

—Eso es muy natural —interrumpió la joven con una sonrisa en los labios—. Los fantasmas no resisten la luz del día, y si no hubiese luna, ¿cómo podría ser visto el fantasma, ya que sería tonto pensar que alguien, por mero capricho, visitara las ruinas alumbrándose con antorchas?

—Hay alguna gente muy crédula que pretende haber visto al fantasma —continuó el mayordomo—. Los cazadores y leñadores dicen que lo han encontrado junto al gran roble que hay donde se cruzan los caminos. Se cree, mi señor, que éste es el sitio que ronda preferentemente, ya que el árbol fue plantado en memoria de un hombre que cayó allí mismo.

—¿Y quién era ese hombre? —inquirió Franziska, con creciente curiosidad.

—El último dueño del castillo, que en aquella época era una especie de guarida de ladrones, y el cuartel principal de todos los delincuentes de la zona —respondió el anciano—. Se dice que este hombre poseía una fuerza sobrehumana, y no sólo era temido por su temperamento violento, sino también por sus tratos con las hordas turcas. Por si esto fuera poco, toda joven

de la vecindad sobre la que recayera su deseo debía ser llevada a su torre, sin que jamás volviera a saberse de ella. Cuando la medida de sus inquietudes pasó de la raya, todo el pueblo se levantó en masa, sitió su fortaleza y, finalmente, el impío fue muerto en el mismo sitio en que se yergue ahora el viejo roble.

—Me sorprende que no hayan quemado el castillo entero para borrar toda memoria de él —musitó el caballero.

—Era una dependencia de la iglesia, y eso es lo que lo salvó —replicó el mayordomo—. Vuestro bisabuelo tomó después posesión de él, ya que estaba rodeado de muy buenas tierras. Como el caballero de Klatka provenía de una buena familia, se levantó un monumento en su memoria en la iglesia, que ahora está tan ruinoso como el castillo mismo.

—¡Oh, vamos allí aunque sea una vez! ¡Nada impedirá que visite un lugar tan interesante! —exclamó ansiosamente Franziska—. Las doncellas prisioneras que nunca aparecieron, el asalto de la torre, la muerte del caballero, los paseos nocturnos de su espíritu junto al viejo roble y, por último, nuestra propia aventura: todo me impulsa hacia ese sitio con una curiosidad indescriptible.

Cuando uno de los criados anunció que los caballos estaban listos frente a la puerta, las jóvenes se lanzaron riendo escaleras abajo con paso ligero. Franz, el caballero y un criado que conocía bien la comarca las siguieron, y en pocos minutos el grupo estaba en el camino que conducía al bosque.

El sol todavía brillaba alto en el cielo cuando divisaron las torres de Klatka levantándose entre las copas de los árboles. Todo estaba silencioso en el bosque, excepto el alegre gorjeo de los pájaros que saltaban entre los brotes nuevos y las hojas y anunciando que la primavera había llegado.

Pronto el grupo se encontró cerca del viejo roble, al pie de la colina en donde se alzaban las torres, imponentes aún a pesar de su ruinoso estado. La hiedra y las zarzas se habían enroscado sobre los muros introduciendo sus gruesas raíces con tal firmeza entre las piedras que, en gran medida, mantenían a éstas juntas. En el punto más alto de la construcción un pequeño arbusto se ondulaba ligeramente con la brisa.

Los caballeros ayudaron a sus compañeras a descender de sus cabalgaduras y, dejando los caballos al cuidado del criado, ascendieron por la colina que conducía al castillo. Después de haber explorado el edificio hasta en sus menores grietas y de haber dedicado un tiempo considerable a buscar alguna traza del fantástico extraño a quien Franziska se había empeñado en descubrir, se abocaron a la inspección de la iglesia anexa. Ésta había resistido

mejor los embates del tiempo y el clima; la nave principal estaba completamente derruida, mas el presbiterio y el altar estaban techados todavía, así como una especie de capilla que resultó haber sido erigida en honor de las familias de los antiguos caballeros del castillo. Poco quedaba, sin embargo, de la cristalera magníficamente pintada que alguna vez debía de haber adornado las ventanas, por cuyos espacios abiertos el viento entraba a *piacere*.

Durante algún tiempo el grupo se ocupó en descifrar las inscripciones grabadas sobre las lápidas o los muros, principalmente en el presbiterio. Eran por lo general recordatorios de antiguos señores, acompañados de figuras de hombres con armadura y mujeres y niños de diversas edades. En los ángulos destacaban un cuervo volando y otros variados diseños. Una de las lápidas, que se hallaba próxima a la entrada al presbiterio, difería notablemente de las demás: no había figura alguna esculpida sobre ella y la inscripción, que en todas las restantes consistía en similares retahílas de elogios aduladores, era aquí simple y escueta; contenía sólo estas palabras: «Ezzelin von Klatka cayó como un caballero en el sitio del castillo» en tal día y tal año.

—¡Éste debe ser el monumento del caballero cuyo fantasma habita las ruinas! —exclamó Franziska con emoción—. ¡Qué pena que no esté representado como los demás; me hubiera gustado tanto saber qué aspecto tenía!

—¡Oh!, allí está la cripta familiar, y hay escalones que bajan hasta ella. La luz del sol la ilumina a través de una grieta —dijo Franz, saliendo de la sacristía adjunta.

Todo el grupo lo siguió en su descenso por ocho o nueve escalones que conducían hasta una cámara tolerablemente aireada y en la que se encontraban numerosos ataúdes de los más variados tamaños, algunos de ellos convertidos literalmente en polvo. Aquí, una vez más, uno próximo a la puerta se distinguía de todos los demás por la simplicidad de su diseño, su aspecto cuidado y la breve inscripción: «Ezzelin von Klatka. Eques».

Como el aire no estaba viciado por ranciedad alguna, se quedaron algún tiempo en la cripta, y al subir de nuevo hacia la iglesia hablaron largamente sobre los antiguos dueños, de quienes el caballero recordaba haber oído algo en boca de sus padres. El sol había desaparecido y la luna salía cuando los exploradores se disponían a abandonar las ruinas. Bertha ya había dado algunos pasos en la nave cuando de pronto dejó escapar una ahogada exclamación de temor y sorpresa. Sus ojos cayeron sobre un hombre que llevaba un sombrero con plumas inclinadas, una espada en su costado y una

corta capa de un estilo algo anticuado sobre los hombros. El extraño estaba reclinado descuidadamente sobre una columna rota que había junto a la entrada. Parecía no haberse percatado de la presencia del grupo, y la luna brillaba de lleno sobre su pálido rostro.

El grupo avanzó hacia él y el caballero intentó iniciar el diálogo:

—Si no me equivoco, ya nos hemos encontrado antes.

El desconocido no pronunció palabra.

—Nos liberasteis de aquellos horribles lobos de una manera casi milagrosa —dijo Franziska—. ¿Acaso estoy errada al creer que estamos en deuda con vos por tan gran servicio?

—Las bestias me temen —replicó el extraño con un tono violento, mientras fijaba sus ojos hundidos en la joven y hacía caso omiso de los demás.

—Entonces probablemente seréis un cazador —interpuso Franz—, y por lo tanto perseguiréis a las fieras.

—¿Y quién no persigue o es perseguido? Todos son perseguidores o perseguidos, y el Destino persigue a todos —replicó el extraño sin mirarlo.

—¿Vivís acaso en estas ruinas? —preguntó el caballero con tono vacilante.

—Sí, mas no voy a interferir en vuestros planes, como teméis, caballero de Fahrenberg —dijo el desconocido con desprecio—. Estad seguro de ello; vuestra propiedad permanecerá intacta...

—¡Oh, mi padre no quiso decir eso! —exclamó Franziska, quien parecía sentir el más vivo interés por el extraño—. Con toda seguridad sucesos infortunados y tristes experiencias os han inducido a fijar vuestra residencia en estas ruinas, de las que mi padre no va a expulsaros por ningún motivo.

—Vuestro padre es muy bondadoso, si ésa es su intención —dijo el desconocido en el tono del principio; y pareció como si sus rasgos oscuros se iluminaran con una imperceptible sonrisa—; pero la gente de mi condición no resulta fácil de expulsar de ningún sitio.

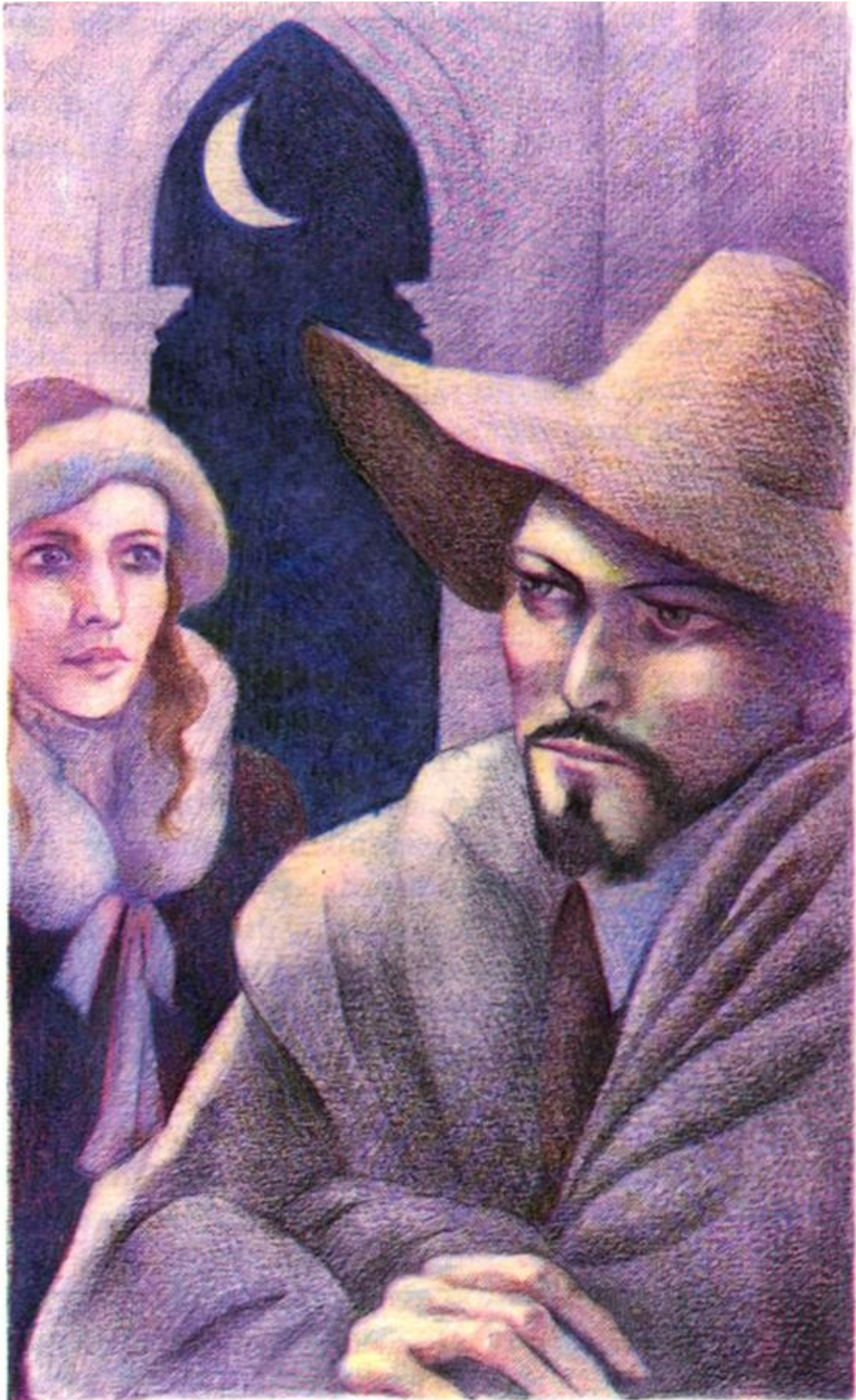
—Debéis vivir con grandes incomodidades aquí —dijo Franziska visiblemente molesta, pues pensaba que sus amables palabras merecían una mejor respuesta.

—Mi vivienda no es exactamente incómoda, sólo un poco pequeña... aunque muy apropiada para gente tranquila —dijo el desconocido con una especie de burla en su voz—. Sin embargo, no siempre soy tan tranquilo; a veces anhelo dejar este angosto espacio, y entonces me precipito a salir por el

bosque y recorro los montes y el campo, pero el momento en el que debo regresar a mi pequeña vivienda siempre llega demasiado rápido para mí.

—Ya que abandonáis vuestra vivienda de vez en cuando —dijo el caballero—, os invitaría a visitarnos, si supiera...

—Que soy de vuestra misma condición —lo interrumpió el otro, y el caballero se sobresaltó ligeramente, ya que el extraño había expresado al detalle su pensamiento a medio camino—. Solo que lamento —continuó el desconocido con frialdad— no poder proporcionarles particulares sobre este punto..., existen algunas dificultades; no obstante, tened la certeza de que soy un caballero, y de que provengo de una familia tan antigua como la vuestra.



—Entonces no debéis rehusar nuestra invitación —exclamó Franziska, profundamente interesada en las extrañas actitudes del desconocido—. Debéis venir a vernos.

—No soy una alegre compañía, y por este motivo muy poca gente me ha invitado en los últimos tiempos —replicó el otro con su peculiar sonrisa—; además, por lo general no salgo durante el día; son las horas que destino al reposo. Pertenezco, debéis saberlo, a la clase de personas que convierten el día en la noche y la noche en el día, y que aman todo lo que sale fuera de lo común y lo peculiar.

—¿De verdad? ¡Igual que yo! Y por esta razón, no podéis dejar de visitarnos —exclamó Franziska—. Ahora bien —continuó la joven sonriendo—, supongo que os acabáis de levantar y estáis tomando vuestro aire matinal. Bien, ya que la luna es vuestro sol, por favor, visitad con frecuencia nuestro castillo bajo sus suaves rayos. Creo que congeniaremos muy bien, y que será de provecho nuestro trato.

—¿Lo deseáis de verdad?... ¿Insistís en invitarme? —preguntó el extraño con seriedad y firmeza.

—Con toda seguridad, ya que de otra manera no vendríais —replicó la joven con franqueza.

—Muy bien; entonces, iré —dijo el otro, fijando de nuevo su mirada en ella—. Si mi compañía no os place en alguna ocasión, sólo vos seréis la culpable por buscar el trato con alguien que rara vez se impone a otros, pero a quien no es fácil despedir.

Una vez dichas estas palabras, el desconocido hizo un ligero movimiento con la mano como para despedirse de ellos, atravesó el portal y desapareció entre las ruinas. Poco después el grupo montó en sus corceles y emprendió el camino de regreso.

A la noche siguiente todos se encontraban sentados en la sala del castillo. Bertha había recibido buenas noticias aquel día. El caballero Woislaw le había escrito desde Hungría que la guerra contra los turcos concluiría ese mismo año y que, aunque había decidido retornar a Silesia, al enterarse de que el caballero de Fahrenberg había partido para tomar posesión de su nueva propiedad, había cambiado sus planes y seguiría a la familia hasta allí, ya que no dudaba de que Bertha había acompañado a su amiga. También señalaba que su duque lo tenía en tan alta estima por sus invaluable servicios, que en el futuro sus deberes serían aún más importantes y amplios; pero antes de emprender sus nuevas tareas, puntualizaba, volvería para reclamar la promesa de Bertha de convertirse en su esposa. Su fortuna había aumentado

considerablemente debido a la generosidad de su señor, así como al botín secuestrado a los turcos. Como había perdido la mano derecha al servicio del duque, había intentado luchar con la izquierda, mas esto no había funcionado con demasiado éxito, así que se había hecho hacer una mano de hierro por un artista admirable; la mano cumplía muchas de las funciones de una mano natural, aunque todavía dejaba mucho que desear en comparación con ésta. Sin embargo, su señor lo había obsequiado con una mano de oro, una extraordinaria obra de arte, realizada por un famoso mecánico italiano. El caballero la describía como algo maravilloso, especialmente por la fuerza sobrehumana con que lo habilitaba para emplear la espada y la lanza.

Como es natural, Franziska se regocijó por la felicidad de su amiga, quien no había tenido noticias de su prometido durante mucho tiempo. De cuando en cuando se prodigaba —en particular para molestar a Franz, y en parte para expresar sus propios sentimientos— en todo tipo de elogios y alabanzas al valor y a las empresas del caballero, poniendo por las nubes su espíritu aventurero. Incluso la cicatriz de su rostro y la falta de su mano derecha le fueron reconocidas como virtudes, y para terminar, Franziska declaró insolentemente que un hombre feo le resultaba mil veces más atractivo que uno apuesto, ya que, por regla general, estos últimos eran engreídos y afeminados. Así pues, añadió, nadie podía calificar como apuesto al caballero que habían conocido la noche anterior, pero sin duda se trataba de un hombre atractivo e interesante. Franz y Bertha negaron esto último simultáneamente. Su aspecto lúgubre, el mórbido tinte de su tez, el tono de su voz... Uno a uno, estos rasgos fueron criticados por Bertha, mientras que Franz encontraba desagradable su arrogancia y el tono despectivo de su discurso. El caballero estaba a medio camino entre las dos opiniones. Pensaba que había algo en su porte que hablaba de una buena familia, a pesar de que no podría decirse mucho de su urbanidad; no obstante, era posible que experiencias amargas de la vida lo hubieran convertido en un misántropo. Se hallaban absorbidos en tales comentarios, cuando la puerta se abrió de repente y el sujeto de la conversación en persona hizo su entrada.

—Excusadme, señor caballero —dijo con frialdad—, por presentarme sin hacerme anunciar, aunque no sin invitación; no había nadie en la antecámara que me hiciera tal servicio.

La brillante luz de la sala permitía ver al extraño con minuciosidad. Era un hombre de unos cuarenta años, alto y delgado en extremo. Sus rasgos no podían dejar de calificarse de interesantes..., había en ellos algo de osado y desafiante..., mas su expresión era en conjunto cualquier cosa excepto

benévola. Había sarcasmo y una luz despectiva en sus fríos ojos grises, cuya mirada, no obstante, era a veces tan penetrante que nadie podía sostenerla durante mucho rato. Su tez era aún más peculiar que sus rasgos: no podía decirse que fuera pálida o amarilla; era de una tonalidad grisácea o, por así decir, de un color blanco sucio, como la de un hindú que hubiera padecido una larga fiebre; palidez que la intensa negrura de su barba y de su cabello corto hacía aún más notable. El atuendo que llevaba era de un caballero, mas anticuado y descuidado: había grandes manchas de óxido en el cuello y en el peto de su armadura, y su daga y el puño de su finamente trabajada espada estaban mohosos.

Como el grupo se disponía a cenar, invitaron al extraño a compartir su mesa; éste accedió, aunque al parecer, sólo a ocupar un sitio en la mesa, ya que no probó bocado. Con cierta sorpresa, el caballero inquirió el motivo de tal comportamiento.

—Hace ya mucho tiempo que tengo la costumbre de no comer jamás por la noche —replicó el extraño con una enigmática sonrisa—. Mi digestión está bastante deshabituada a los sólidos, y, en realidad, apenas los soportaría. Mi dieta es enteramente líquida.

—¡Oh! Entonces podemos vaciar juntos unas copas de vino del Rhin —exclamó el anfitrión.

—Gracias; pero tampoco bebo vino, ni ninguna otra bebida fría —dijo el extraño, y su tono tenía un matiz de burla, como si a esta idea estuviera asociado en su mente algún pensamiento gracioso.

—Entonces mandaré que traigan una taza de *hippocras*^[1]. Estará lista de inmediato —dijo Franziska.

—Muchas gracias, hermosa dama; no en este momento —replicó el invitado—. Pero aun cuando rechace ahora la bebida que me ofrecéis, podéis estar segura de que tan pronto como la necesite, quizá muy pronto, os pediré, ésta u otra, a vos misma.

Bertha y Franz pensaban que había algo inexpresablemente repulsivo en la conducta de aquel hombre, y no se sentían inclinados a conversar con él; mas el barón, que consideraba un deber de cortesía decir algo, se volvió hacia el invitado y comenzó en un tono amistoso:

—Ya han pasado varias semanas desde que os viéramos por primera vez, ocasión en la que debíamos haberos agradecido vuestro peculiar servicio...

—Y yo no os he dicho aún mi nombre, aunque estoy seguro os gustaría saberlo —cortó secamente el extraño—. Me llamo Azzo, y como —y esto

volvió a decirlo con su irónica sonrisa—, con el permiso del caballero de Fahnenberg, vivo en el castillo de Klatka, podéis llamarme Azzo von Klatka.

—Me sorprende en extremo que no os sintáis solo e incómodo entre esos viejos muros —comenzó a decir Bertha—. No puedo entender...

—¿Por qué vivo allí? ¡Oh! Sobre ese punto de buena gana os daré alguna información, ya que vos y el joven caballero aquí presente os mostráis tan solícitamente interesados en mi persona —replicó el extraño con tono sarcástico.

Franz y Bertha se sobresaltaron, ya que el extraño había revelado sus pensamientos, tal y como si pudiera leer en sus mentes.

—Ya veis, señora —prosiguió—, existe en el mundo gran variedad de rarezas. Como ya he dicho, amo lo que es peculiar y fuera de lo común, al menos, lo que aparecería así ante vuestros ojos. El error de la mayoría consiste en asombrarse ante estos fenómenos, ya que, vistas bajo cierta luz, todas las cosas son semejantes; aun la vida y la muerte, éste y el otro lado de la tumba, tienen mayor similitud de lo que imaginaríais. Quizá consideréis que algo no funciona del todo bien en mi cerebro, por el simple hecho de que vivo en compañía de murciélagos y lechuzas; mas si eso es lo que pensáis, ¿por qué no considerar entonces insano a todo eremita o recluso en clausura? Me diréis que éstos son santos varones, y ciertamente, yo no tengo tal pretensión. Pero si encuentran placer rezando y cantando salmos, yo, a mi vez, me divierto cazando. ¡Oh, bajo la pálida luz de la luna, en un caballo incansable, por montes y valles, cruzando selvas y bosques! Paso como una exhalación entre los lobos, que huyen al acercarme, como habéis visto ya, igual que perritos temerosos de un azote.

—Pero aun así debéis sentirlos muy solo —insistió Bertha.

—Sin duda que así sería durante el día; pero es cuando estoy dormido —replicó el extraño secamente—; la diversión nocturna me resarce lo suficiente.

—Cazáis de una manera bastante extraordinaria —observó Franz vacilante.

—Sí; mas, no obstante, no tengo contacto alguno con ladrones, como pareciera que creéis —replicó Azzo con frialdad.

Esta vez Franz volvió a sorprenderse, ya que ese mismo pensamiento acababa de cruzar por su cabeza.

—¡Oh, os pido me excuséis!; es que, en realidad, no sé... —balbuceó.

—Qué pensar de mí —le interrumpió el otro—. Siendo así, haríais mejor en creer lo que os digo, o, al menos, en evitar hacer conjeturas por vuestra parte, que no os conducirán a nada.

—Yo os comprendo: sé cómo apreciar vuestras ideas, aunque nadie más las entienda —exclamó ansiosa Franziska—. La vida cotidiana y monótona de la mayoría de los hombres os resulta repulsiva; habéis probado las alegrías y los placeres de la vida, al menos lo que así comúnmente se denomina, y los habéis encontrado aburridos y huecos. ¡Con qué rapidez se cansa uno de las cosas que lo rodean! La vida es fundamentalmente cambio. Las flores del espíritu sólo florecen y regalan su aroma en un suelo nuevo y peculiar. Hasta el dolor puede convertirse en un placer si nos salva de la chata rutina de la vida de todos los días, una de las cosas que odiaré hasta la hora de mi muerte.

—Estáis en lo cierto, hermosa dama... ¡Muy en lo cierto! No cambiéis de opinión: ésta fue siempre la mía, y la única que me ha proporcionado la más alta satisfacción —exclamó Azzo, y sus terribles ojos brillaron con más intensidad que nunca—. Estoy doblemente satisfecho por haber encontrado en vos a alguien que comparte mis ideas. ¡Oh, si fuerais un hombre, seríais un excelente compañero para mí! Mas aun una mujer puede tener ricas experiencias una vez que estas ideas se enraízan en ella y la conducen al dominio de la acción.

Una vez que Azzo hubo pronunciado estas palabras en un tono de fría cortesía, abandonó el tema, limitándose a responder monosilábicamente a las preguntas del caballero durante el resto de su visita y despidiéndose cuando la mesa fue levantada. Ante la invitación del caballero —seguida por otra aún más calurosa de Franziska— a repetir su visita, respondió que se aprovecharía de su bondad y volvería de vez en cuando.

Cuando el extraño hubo partido, muchas fueron las observaciones sobre su apariencia y comportamiento general. Franz declaró su decidida aversión por él. Fuera porque usualmente se complacía en provocar a su primo, fuera porque el desconocido había causado en ella una verdadera impresión, Franziska lo defendió con vehemencia. Franz la contradijo entonces con mayor ímpetu que el acostumbrado, y la joven se prodigó en expresiones todavía más fuertes; nadie sabe lo que su primo hubiera tenido que oír de no ser porque en ese momento entró a la sala uno de los criados.

A la mañana siguiente Franziska permaneció en su lecho más de lo usual. Cuando su amiga acudió a su cuarto temiendo encontrarla enferma, halló a la joven pálida y agotada. Franziska se quejó de haber pasado muy mala noche; creía que la discusión con Franz sobre el extraño debía de haberla excitado intensamente, ya que se sentía afiebrada y exhausta; además de esto, un extraño sueño la había angustiado, clara consecuencia de la conversación de la noche anterior. Bertha tomó como siempre partido por el joven barón,

añadiendo que una vulgar discusión sobre un hombre que nadie conocía y sobre el cual todos podían formarse su propia opinión, no podía haberla puesto en semejante estado.

—Al menos —dijo por fin—, puedes contarme ese maravilloso sueño.

Para su sorpresa, Franziska rehusó durante un buen rato.

—Vamos, cuéntamelo —insistió Bertha—. ¿Qué es lo que puede impedirte contarme un sueño...; un simple sueño? Llegaré a creer, aunque la mera idea me resulte horrible, que el pobre Franz no está tan errado cuando dice que ese hombre delgado, cadavérico, seco y anticuado te ha impresionado mucho más de lo que tú misma admitirías.

—¿Eso dice Franz? —preguntó Franziska—. Entonces puedes decirle que está en lo cierto. Sí, ese hombre delgado, cadavérico, seco y caprichoso me resulta muchísimo más interesante que mi sonrosado, bien vestido, cortés y aburrido primo.

—Es increíble —exclamó Bertha—. Me resulta imposible comprender la casi mágica influencia que un hombre tan repulsivo puede ejercer sobre ti.

—Tal vez, la verdadera razón por la que estoy de su parte sea porque todos vosotros tenéis tantos prejuicios en su contra —observó Franziska malhumorada—. Sí, así debe ser, ya que el hecho de que su apariencia me plazca de tal modo es algo que nadie en su sano juicio puede comprender. Pero... —continuó la joven, sonriendo y tendiendo su mano hacia Bertha—, ¿acaso no es gracioso que me enfade aun contigo por este extraño? Puedo entenderlo fácilmente en lo que respecta a Franz. ¿Pero no es todavía más ridículo que este desconocido me arruine la mañana, después de haberme arruinado la velada, y hasta mi reposo nocturno?

—¿Te refieres al sueño, acaso? —dijo Bertha, más calmada, al tiempo que rodeaba el cuello de su amiga con su brazo y le daba un beso—. Cuéntamelo de una vez. Bien sabes cuánto me maravilla escuchar esos relatos.

—Bien; lo haré como una especie de penitencia por mi mal comportamiento contigo —dijo Franziska, cogiendo las manos de su amiga—. Escúchame, pues. Estuve dando vueltas por mi habitación durante un largo rato; estaba muy excitada, casi fuera de mí, y no sabía por qué con exactitud. Era casi medianoche cuando por fin me acosté, pero no pude conciliar el sueño. Me revolvía de un lado a otro de la cama, y fue por mero agotamiento que caí dormida por fin. ¡Mas con qué sueño! Un temor interior me invadió durante toda la noche. Veía ante mí una cantidad de imágenes, como cuando de pequeña estaba enferma. No sé si estaba dormida, o semidespierta, pero soñé, tan claramente como si hubiera estado despierta por

completo, que una especie de niebla invadía la habitación, y de ella salía el caballero Azzo. Él me observaba durante un buen rato y luego, arrodillándose lentamente sobre una pierna, imprimía un beso en mi garganta. Sus labios permanecían largo tiempo allí, y yo sentía un ligero dolor, que se hacía cada vez más intenso, hasta que no pude soportarlo. Traté entonces de erradicar de mí esta visión con todas mis fuerzas, pero sólo lo conseguí después de una larga lucha. Estoy segura de que grité, ya que fue esto lo que me sacó de mi trance. Cuando volví apenas en mí experimenté una especie de temor supersticioso que no me abandonaba... Por más exagerado que puedas imaginarlo cuando te cuento esto, con los ojos abiertos y totalmente despierta, ¡me pareció como si la figura de Azzo todavía se hallara junto a mi lecho y desapareciera luego poco a poco con la niebla a través de la puerta!



—Ha debido ser un sueño muy intenso, pobrecita —comenzó a decir Bertha, pero de pronto se interrumpió. Se quedó observando con sorpresa la garganta de Franziska—. ¡Pero qué es esto! —exclamó—. ¡Mira! ¡Es extraordinario: una marca roja en tu garganta!

Franziska se levantó y se puso ante un pequeño espejo que había junto a la ventana. Efectivamente vio una pequeña línea roja, de casi una pulgada, sobre su cuello que, al tocarla con el dedo, comenzó a dolerle.

—Debo de haberme lastimado yo misma de alguna manera mientras dormía —dijo tras una pausa—, y esto explica en cierta medida mi sueño.

Las dos amigas continuaron conversando durante un rato acerca de la singular coincidencia: el sueño y el extraño. Por fin, Bertha concluyó el tema tomándolo a broma.

Pasaron varias semanas. El caballero había encontrado la propiedad y los asuntos relacionados con ella en un desorden mayor al que había esperar, y en lugar de la estancia de tres o cuatro semanas planeada en un principio, hubo que aplazar la partida indefinidamente. Este aplazamiento fue también en alguna medida ocasionado por la continuada indisposición de Franziska: la joven, que había florecido antes como una rosa en su frescura y juventud, adelgazaba día a día, se sentía cada vez más enferma y exhausta, y su palidez era tal que en el espacio de un mes no quedó ni rastro del color rosado que hacía resplandecer sus mejillas pocas semanas atrás. La ansiedad del caballero era extrema, y se recurrió a la opinión más autorizada que aquella época y país podían ofrecer; mas todo fue en vano. De cuando en cuando Franziska se quejaba de que el horrible sueño con el que su enfermedad había comenzado no dejaba de repetirse, y de que siempre, a la mañana siguiente, sentía una debilidad indescriptible, y día a día incrementada. Como es natural, Bertha atribuyó la queja de su amiga a los efectos de la fiebre, aunque los estragos que tal fiebre causaba en la normal lucidez de la joven la llenaban de alarma.

El caballero Azzo repetía sus visitas con frecuencia. Siempre llegaba de noche y cuando la luna brillaba en todo su esplendor. Su conducta era siempre la misma. Se expresaba con monosílabos, y era fríamente cortés con el caballero, despectivo con Franz y Bertha, especialmente con el primero, pero la amabilidad personificada con Franziska. A menudo, cuando abandonaba la casa tras sus cortas visitas, sus peculiaridades se convertían en el principal tema de conversación. Aparte de su extraña manera de hablar, en la que Bertha rastreaba un intenso odio, un frío desprecio por toda la humanidad —con excepción de Franziska—, otras dos singularidades de su carácter destacaban a ojos de los anfitriones. En ninguna de sus visitas, las que con

frecuencia tenían lugar a la hora de la cena, aceptó absolutamente nada de comer o beber, y esto sin ofrecer razón alguna para justificar su abstinencia. No obstante, se observaba con claridad un notable cambio en su aspecto: parecía un ser por entero diferente. Su piel, antes tan marchita y ajada, parecía ahora suave y tersa, mientras que un tenue matiz rosado comenzaba a aparecer en sus mejillas, que se mostraban además redondas y llenas. Bertha, que no podía ocultar su aversión por él, a menudo decía que, pese a que su rostro le resultaba desagradable cuando parecía más el de un cadáver que el de un ser humano, ahora le era más repulsivo que nunca, y que sentía un estremecimiento correr por sus venas cada vez que sus penetrantes ojos se clavaban en ella.

Respecto a Franz, debido quizá al favoritismo de Franziska, o al despectivo modo del caballero Azzo al replicarle, o a la actitud altanera con que en general lo trataba, el joven comenzó a sentir por él una animadversión cada vez más marcada. Nadie podía dejar de notar que cada vez que Franz formulaba algún comentario dirigido a su prima en presencia de Azzo, éste arrojaba de inmediato sobre él un matiz de malevolencia que lo distorsionaba y le daba un significado completamente diferente. Esta conducta se hacía más abierta con el paso del tiempo y por fin Franz le confesó a Bertha que no estaba dispuesto a seguir tolerándola, aunque, sólo por consideración hacia Franziska, no hubiera pedido cuentas a Azzo hasta ese momento.

En aquellos días se produjo la llegada al castillo del huésped largamente esperado por Bertha. Hizo su entrada una noche en que el grupo se hallaba cenando y todos se levantaron de la mesa alegremente para dar la bienvenida al viejo amigo. El caballero Woislav era el soldado por excelencia: endurecido y fortalecido por la guerra, los hombres y los elementos. Su rostro no se podría considerar feo, si no fuera por la cicatriz que un sable turco había imprimido en él desde el ojo derecho hasta la mejilla izquierda, y que destacaba sobre su piel morena por poseer un color rojo brillante. La armadura del castellano de Glogau podría denominarse de colosal: pocos podrían soportarla, y menos moverse con la facilidad que el caballero lo hacía bajo su peso. Tampoco él tenía un concepto ordinario de su armadura, ya que había sido un regalo del palatino de Hungría cuando dejó el campamento. El acero azul estaba adornado con dibujos en oro por todas partes; el caballero se la había puesto en honor a su novia, así como la maravillosa mano, también de oro, regalo del duque.

Franz y el caballero interrogaron a Woislav sobre todo lo concerniente a la campaña, y éste entró en detalles minuciosos acerca de las batallas, las que,

desde el punto de vista del botín, habían sido más fructíferas que nunca. Habló de la fuerza de los turcos en el combate cuerpo a cuerpo, y observó que estaba muy agradecido al duque por su espléndido regalo, ya que el enemigo le consideraba dotado de poderes sobrehumanos como consecuencia de la fuerza que este apéndice le confería.

La enfermedad y la palidez mortal de Franziska eran demasiado perceptibles como para pasar desapercibidas a Woislav, acostumbrado como estaba a ver a la joven fresca y alegre. De inmediato inquirió la causa de tal cambio. Bertha relató todo lo ocurrido, y Woislav escuchó con interés. Su atención llegó al máximo cuando oyó lo relativo al sueño que con frecuencia padecía. Franziska tuvo que darle una descripción detallada de las circunstancias más insignificantes de su delirio. Woislav había conocido un caso similar con anterioridad o, al menos, había oído algo parecido. Cuando la joven añadió que la herida que había aparecido al principio en su garganta todavía no había cicatrizado y que aún le dolía, el caballero Woislav miró a Bertha de manera significativa, como dando a entender que este último detalle reforzaba la idea que tenía acerca de la causa de la enfermedad de Franziska.

En ese punto, con la mayor naturalidad, la conversación se dirigió hacia el caballero Azzo, sobre quien todos comenzaron a hablar con mal contenida impaciencia. Con la misma minuciosidad que había caracterizado su interrogatorio sobre la enfermedad de Franziska, Woislav se interesó por todo lo referido a aquel extraño, desde las circunstancias en que lo conocieron hasta su última visita. No obstante, no dio ninguna opinión sobre el particular.

El grupo se hallaba absorto en un serio intercambio de pareceres cuando la puerta se abrió y Azzo hizo su entrada en la sala. La mirada de Woislav lo siguió con firmeza mientras que él, sin prestar casi la menor atención al recién llegado, se acercó a la mesa, se sentó y dirigió casi la totalidad de sus comentarios a Franziska y a su padre, haciendo de vez en cuando alguna sarcástica observación sobre las palabras de Franz. La guerra con el turco volvió a ponerse sobre el tapete, y aunque Azzo se limitó a dejar caer alguna que otra frase ocasional, Woislav tenía mucho que decir sobre el tema. El tiempo pasaba con rapidez y se hizo muy tarde. Franz sonrió a Woislav, al tiempo que decía:

—No me extrañaría que nos sorprendiera el alba escuchando el relato de tan apasionantes aventuras.

—Me admira el gusto del joven caballero —dijo entonces Azzo, con una curva de ironía en los labios—. Las historias de tormentas y naufragios suenan mejor en *terra firma*, y las de batallas y muerte ante una hospitalaria

mesa. Se tiene así la confortable sensación de conservar intacto el pellejo y no correr el más mínimo riesgo, ni siquiera el de pasar frío.

Sus últimas palabras fueron seguidas por una risa ronca, después de lo cual volvió la espalda a Franz y, levantándose, se inclinó ante el resto del grupo y abandonó la habitación. El caballero, que siempre acompañaba a Azzo hasta la puerta, se declaró fatigado y también se despidió de sus amigos.

—Esta impertinencia de Azzo es ya intolerable —exclamó Bertha con indignación apenas el aludido se hubo marchado—. Está cada día más áspero, grosero y arrogante. Lo detesto, aunque sólo sea por el sueño de Franziska, a pesar de que él, por supuesto, no puede hacer nada para evitarlo. Esta noche sus únicas palabras gentiles han sido para Franziska, excepto, tal vez, por alguna observación casual dirigida a mi tío.

—No puedo negar que sea cierto, Bertha —dijo entonces su prima—. Se debe perdonar a un hombre a quien probablemente el destino ha hecho un poco misántropo; pero sin duda él debería observar el límite de la buena educación. ¿Dónde diablos se ha metido Franz? —agregó, mirando con inquietud a su alrededor. El joven había abandonado silenciosamente la sala mientras Bertha hablaba.

—¿No habrá seguido al caballero Azzo para retarlo a duelo? —exclamó Bertha alarmada.

—¡Sería preferible que hubiera entrado en la guarida de un león! —dijo Woislav con vehemencia—. Debo seguirlo al instante —añadió, y se precipitó fuera en su busca.

Cruzó el portal y salió del castillo atravesando la gran explanada antes de alcanzarlos. Un estrecho puente con una ligera balaustrada se alzaba sobre el foso que rodeaba al castillo.

Aparentemente, Franz sólo había dirigido unas pocas y afiebradas palabras a Azzo, ya que, mientras Woislav se aproximaba hacia ellos bajo la sombra que proyectaban los muros, oyó que Azzo decía con tono lúgubre:

—Déjame en paz, mequetrefe, vete; porque, por este sol —y señaló la luna llena—, te digo que no volverás a ver sus rayos si te interpones un minuto más en mi camino.

—¡Y yo os digo, miserable, que, o me dais satisfacción por vuestra repetida insolencia, o moriréis! —gritó Franz, desenvainando su espada.

Azzo estiró la mano y, asiendo la espada por la mitad de la hoja, la hizo crujir como si hubiera quebrado un junco.

—Te advierto por última vez —dijo con voz de trueno mientras tiraba los trozos al foso—. Ahora: ¡fuera, estúpido, fuera de mi camino, o, por los que

reposan bajo nuestros pies, que estás perdido!

—¡Vos o yo! ¡Vos o yo! —gritaba Franz enloquecido, tras lo cual se lanzó sobre su antagonista y trató de desenvainar la espada que colgaba del costado de Azzo. Éste no pronunció palabra: sólo una risa amarga se escapó de sus labios. Acto seguido, agarró a Franz del pecho y lo levantó como a un niño. Estaba a punto de lanzarlo por encima del puente cuando Woislav se abalanzó de un salto sobre él. Con un impulso de su maravillosa mano, a cuyos resortes infundió todas sus fuerzas, cogió el brazo de Azzo y le obligó a soltar a su víctima. Azzo se quedó completamente atónito y, desentendiéndose de Franz por completo, contempló a Woislav.

—¿Quién eres tú, que te atreves a robarme mi presa? —preguntó vacilante—. ¿Acaso es posible? ¿Puedes ser...?

—¡No preguntes nada, condenado! ¡Ve, busca tu alimento! ¡Ya se avecina tu hora! —replicó Woislav con calma, pero firme.

—¡Ah! ¡Ya sé! —exclamó ansioso Azzo—. ¡Bienvenido, hermano de sangre! Te dejo a este gusano, y sólo por ti no lo aplasto. Adiós: nuestros caminos volverán a encontrarse muy pronto.

—Pronto, muy pronto. ¡Adiós! —gritó Woislav, atrayendo a Franz hacia sí. Entonces Azzo se alejó y desapareció.

Franz había caído en un estado de estupefacción, mas de pronto volvió en sí sobresaltado, como si despertara de un sueño.

—¡Estoy deshonrado, deshonrado para siempre! —gritó mientras se apretaba la frente con las manos.

—Cálmate. Nunca hubieras podido vencerlo —dijo Woislav.

—Pero lo venceré ¡o pereceré! —gritó el joven enfurecido—. Buscaré a esa alimaña en su propia cueva, y de allí sólo saldremos uno de los dos.

—No podrías herirlo —dijo Woislav—. Infaliblemente, habrías de ser la víctima.

—Entonces, muéstrame una forma de llevar a juicio a ese miserable —gritó Franz asiendo las manos de Woislav mientras de sus ojos escapaban lágrimas de odio—. ¡No puedo vivir con esta deshonra!

—Serás vengado, y no en menos de veinticuatro horas, espero; pero tendrás que aceptar dos condiciones...

—¡Las acepto! ¡Haré lo que sea...! —el joven había alcanzado el colmo del paroxismo.

—La primera es que no hagas nada y lo dejes todo en mis manos —le interrumpió Woislav—. La segunda, que me ayudes a convencer a Franziska

de que es absolutamente imprescindible que haga lo que voy a indicarle. Su vida está más amenazada por Azzo que la tuya propia.

—¿Qué? ¿Cómo? —gritó ferozmente Franz—. ¡La vida de Franziska en peligro! ¿Y amenazada por ese hombre? Dímelo, Woislaw: ¿quién es este demonio?

—No diré una sola palabra ni a ti ni a tu prima hasta que el peligro haya pasado —dijo Woislaw con firmeza—. La menor indiscreción lo echaría todo a perder. Nadie puede hacer nada en este caso, excepto Franziska, y si ella rehúsa..., entonces estará irremisiblemente perdida.

—Habla y te ayudaré. Haré todo lo que me pidas, pero debo saber...

—Nada, nada en absoluto —replicó Woislaw—. Tú y Franziska debéis confiar en mí incondicionalmente. Ahora, ven; vamos con ella. No debes decir una sola palabra sobre lo ocurrido, y has de tratar, por todos los medios a tu alcance, que acceda a lo que voy a proponerle.

Woislaw hablaba con firmeza, y para Franz fue imposible insistir en ninguna otra objeción. En pocos minutos entraban en la sala donde las dos jóvenes se hallaban, todavía, esperándolos con ansiedad.

—¡Oh, estaba tan asustada! —exclamó Franziska, aún más pálida que de costumbre, mientras extendía su mano en dirección a Franz—. Confío en que todo habrá terminado pacíficamente.

—Todo está arreglado; unas cuantas palabras fueron suficientes para resolver el asunto —dijo Woislaw—. Pero el caballero Franz tenía menos que ver en él que vos, bella dama.

—¡Yo! ¿Qué queréis decir? —exclamó sorprendida Franziska.

—Me refiero a vuestra enfermedad —respondió Woislaw.

—¿Y le habéis hablado a Azzo de ella? ¿Conoce él, pues, un remedio sobre el que no pudo informarme? —inquirió la joven sonriendo dolorosamente.

—El caballero Azzo debe tomar parte en vuestra cura; mas no puede hablaros del asunto sin que el remedio pierda toda eficacia —replicó Woislaw con calma.

—Así pues, se trata de algún elixir secreto, como decían los médicos que me han atendido hasta ahora, cuyos remedios sólo hacían que me sintiera peor —dijo Franziska con un lúgubre tono de voz.

—Es ciertamente un secreto, pero, a la vez, una cura —insistió Woislaw.

—Eso dicen todos, pero ninguno ha dado resultado —se quejó la joven tercamente.

—Al menos, deberías probar —intervino Bertha.

—Porque tu amigo lo propone —dijo Franziska con una sonrisa—. No tengo la menor duda de que tú, que no sufres dolencia alguna, tomarías cualquier clase de droga para complacer a tu caballero; pero para mí el incentivo es insuficiente.

—Yo no he hablado de ninguna medicina —dijo Woislav.

—¡Oh! ¡Un remedio mágico entonces! Seré curada... ¿Cuál fue la expresión que empleó el otro día el curandero que estuvo aquí?... «por simpatía». Sí, eso es lo que dijo.

—No pongo objeciones en que lo denominéis así, si gustáis —dijo Woislav sonriendo—; pero debéis saber, querida dama, que las indicaciones que os daré deben ser seguidas al pie de la letra y con la mayor exactitud.

—¿Y confiáis en que sea capaz de ello? —preguntó Franziska.

—Ciertamente —asintió Woislav, vacilante—; pero...

—Y bien, ¿por qué no continuáis? ¿Acaso pensáis que me faltará valor?

—Sin duda, el valor es necesario para el éxito de mi plan —dijo Woislav con gravedad—; y sólo porque estoy convencido de que poseéis tal virtud en gran medida, me atrevo a proponer tal remedio, a pesar de que, de su absoluta inocuidad, puedo responder con mi vida, siempre y cuando vos sigáis mis prescripciones al detalle.

—Muy bien: decidme de una vez cuál es el plan, y entonces podré decidir —dijo la joven.

—Sólo podré decíroslo cuando comencemos —replicó Woislav.

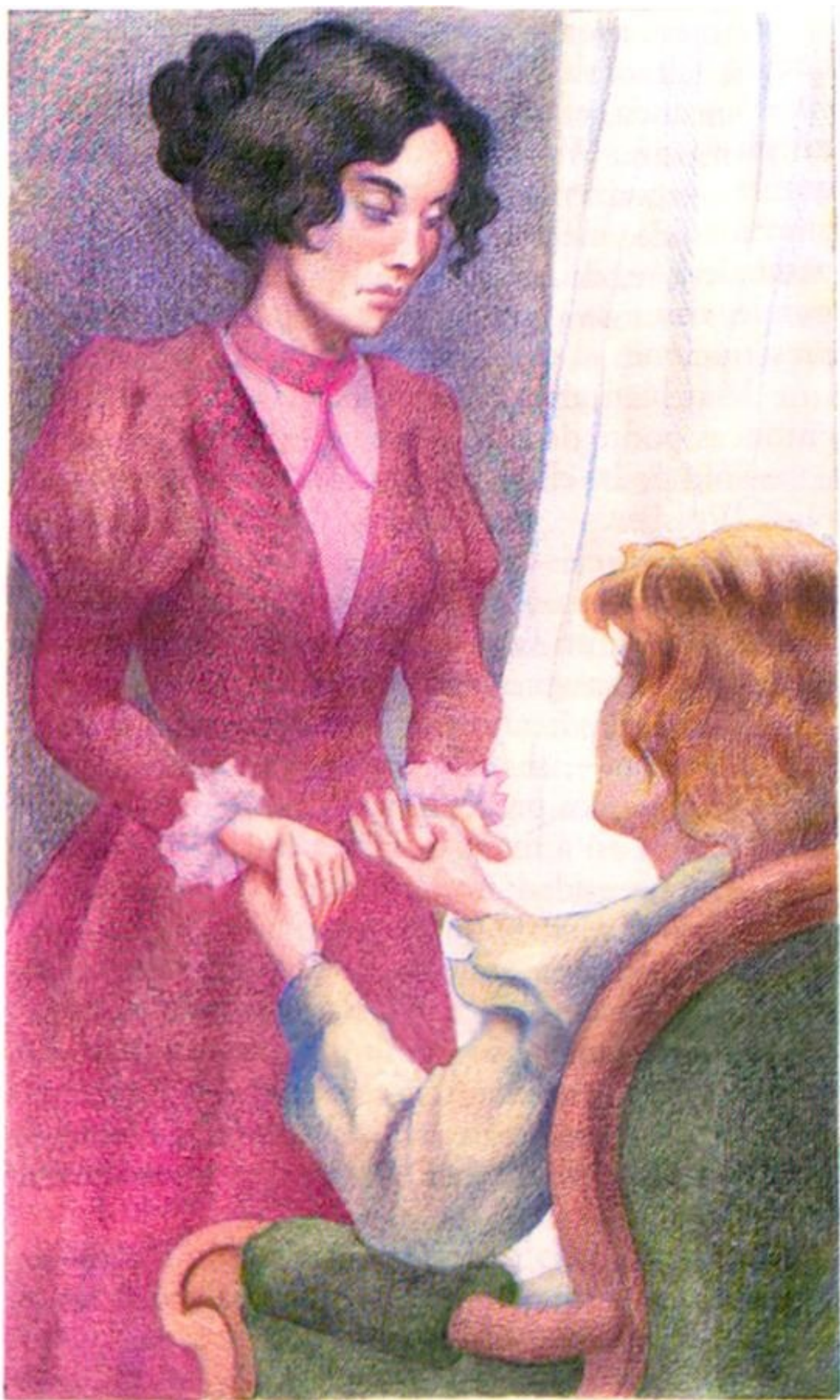
—¿Acaso creéis que soy una niña, a la que se le puede decir lo que ha de hacer, sin darle ninguna razón? —preguntó Franziska, recuperando momentáneamente su antiguo mal humor.

—Me habréis hecho gran injusticia, querida dama —dijo Woislav—, si habéis pensado, aunque sea un momento, que os propondría algo desagradable para vos. No será así a menos que sea exigido por la más imperiosa necesidad; no obstante, sólo puedo repetiros las mismas palabras.

—Pues entonces, no lo haré —gritó Franziska—. ¡He probado ya tantas cosas..., y nada ha surtido efecto!

—Os doy mi palabra de honor, como caballero, de que vuestra curación será segura, mas vos deberéis someteros solemne e incondicionalmente a hacer lo que os indique al pie de la letra —dijo Woislav con total seriedad.

—¡Oh! Te imploro que consientas, Franziska. Nuestro amigo no propondría nunca algo innecesario —dijo Bertha cogiendo entre las suyas las manos de su prima.



—Yo me uno a la súplica de Bertha —dijo Franz a su vez.

—¡Pero qué extraños sois todos! —exclamó Franziska, sacudiendo la cabeza—. Guardáis el secreto de algo que debo saber si es que voy a llevarlo a cabo, y luego declaráis positivamente que voy a curarme, cuando yo tengo la última impresión de que el mío es un caso desesperado.

—Os repito que respondo por el resultado —insistió Woislav—, siempre y cuando se respete la condición que he mencionado antes, y tengáis suficiente valor como para llegar al término de lo que debéis comenzar.

—¡Ah! ¡Ahora sí que lo veo claro! Esto, después de todo, es lo único que os presenta duda —exclamó Franziska—. Muy bien, pues para demostraros que tampoco las mujeres carecemos de voluntad, ni de la capacidad para llevar a cabo acciones de coraje, os doy mi consentimiento.

Y con estas palabras, la joven ofreció a Woislav su mano.

—Nuestro pacto está, pues, sellado —prosiguió, con una sonrisa—. Ahora, decidme, señor caballero, ¿cómo deberé dar comienzo a esta misteriosa cura?

—La cura comienza en el momento en que dais vuestro consentimiento —dijo Woislav gravemente—. Ahora bien, sólo me queda pedir os que no hagáis más preguntas y que estéis dispuesta para cabalgar conmigo mañana, una hora antes de la puesta del sol. También os pido que no mencionéis a vuestro padre ni una sola palabra de lo ocurrido.

—¡Qué extraño parece todo! —dijo Franziska.

—Habéis aceptado el pacto; no carecéis de resolución, y yo responderé de todo lo demás —dijo Woislav, tratando de darle ánimos.

—Muy bien... que así sea. Seguiré vuestras instrucciones —dijo la dama, aunque aún parecía incrédula.

—A nuestro regreso lo sabréis todo: antes es imposible —concluyó Woislav—. Ahora, id a vuestros aposentos, querida dama, y descansad. Necesitaréis vuestras fuerzas para mañana.

Así llegó la mañana del día siguiente. El sol todavía no llevaba ni una hora en el cielo y el rocío aún cubría la hierba con un velo de perlas y pendía en gotas de los pétalos de las flores, que se balanceaban suavemente con la brisa temprana. El caballero Woislav atravesó el bosque y cogió un sendero sombrío, cuya dirección conducía hacia las torres de Klatka. Al llegar junto al viejo roble, examinó cuidadosamente el camino en busca de huellas de pasos; mas por allí sólo había pasado un ciervo. Aparentemente satisfecho, prosiguió entonces su marcha, aunque no sin antes sacar su daga de la vaina, para asegurarse por si en cualquier momento tenía necesidad de ella.

Atravesó el sendero con lentitud; era evidente que llevaba algo bajo la capa. Al llegar al patio del castillo, dejó las ruinas a su izquierda y penetró en la vieja capilla. Una vez en el presbiterio, echó una mirada, llena de ansiedad y grave a la vez, a su alrededor. Un silencio de muerte reinaba en el desierto santuario sólo perturbado por el roce del viento con un viejo espino que crecía en el exterior. Woislaw descubrió la puerta que conducía a la cripta; al verla, se abalanzó sobre ella y descendió lo más rápido que pudo. La posición del sol hacía que sus rayos penetraran por las rendijas iluminando la cámara subterránea con tal claridad que era posible leer con facilidad las inscripciones grabadas en la cabecera y los pies de los ataúdes.

El caballero soltó en el suelo el bulto que llevaba bajo la capa y luego, ataúd por ataúd, se detuvo ante el más antiguo. Leyó con detenimiento la inscripción, desenfundó pensativamente su daga e intentó levantar la tapa del cofre con la punta de la hoja. No le fue difícil, ya que los oxidados clavos de hierro apenas sostenían la carcomida madera. En el interior sólo había un montón de cenizas, restos de ropa y una calavera. Rápidamente lo cerró y se detuvo ante el siguiente, pasando de largo por los ataúdes de una mujer y dos niños. El nuevo cofre presentaba un aspecto similar, excepto que el cuerpo se había conservado entero hasta que la tapa fue levantada, momento en el que se deshizo en polvo, y lo único que quedó fueron unos harapos y un montón de huesos. En el tercer ataúd, así como en el cuarto, y casi en la media docena siguiente, los cuerpos se hallaban mejor conservados: algunos tenían el aspecto de amarillentas momias, mientras que en otros, calaveras vacías cubiertas de cabellos grisáceos hacían muecas entre las coberturas de terciopelo, seda o encajes enmohecidos; todos, sin embargo, estaban tocados por la repugnante marca de la putrefacción.

Sólo quedaba un ataúd para inspeccionar. Woislaw se acercó a él y leyó la inscripción. Era el mismo que había atraído la atención del caballero de Fahnenberg: Ezzelin von Klatka, el último dueño de la torre, reposaba, aparentemente, allí. A Woislaw le resultó difícil abrirlo, pero aplicando toda su fuerza pudo extraer los clavos. Realizó esta tarea con la mayor cautela posible, como si temiese despertar al ocupante del interior. Por fin levantó la tapa y dirigió una mirada al cuerpo que allí reposaba. Una involuntaria exclamación escapó de sus labios a la vez que retrocedía. Si lo que vio le hubiera sorprendido no habría sido mayor su espanto: en el ataúd reposaba Azzo, con el aspecto de un ser vivo, que respiraba, y tal y como Woislaw lo había visto la noche anterior sentado ante la misma mesa que él. Su apariencia, su atuendo y todo eran iguales. Además, su reposo tenía más el

aspecto del sueño que el de la muerte: no había en él la menor huella de descomposición y, lo que es más, en sus mejillas se apreciaba un ligero tinte rosado. Lo único que lo distinguía de alguien que durmiese era que su pecho no subía y bajaba regularmente.

Durante unos pocos minutos Woislav no se movió; no podía retirar la vista del interior del ataúd. Mas de repente, con una rapidez de movimientos poco usual en él, cogió la tapa que había caído de sus manos y poniéndola sobre el cofre volvió a asegurar los clavos en su sitio. Apenas completada esta tarea, fue en busca del bulto que había dejado a la entrada y lo depositó sobre la tapa del ataúd. Hecho esto, subió los escalones a toda prisa y abandonó la iglesia y las ruinas.

El día pasó. Antes del anochecer, Franziska pidió permiso a su padre para dar un paseo a caballo con Woislav, bajo el pretexto de mostrarle la comarca. El caballero, pensando que aquello era un signo seguro de mejoría en su hija, sin dudarlo dio su consentimiento; de este modo, y seguidos únicamente por un criado, abandonaron el castillo. Woislav estaba desusadamente serio y silencioso. Cuando Franziska comenzó a hacer bromas acerca de su gravedad y de su próxima curación, su acompañante replicó que lo que tenía ante sí no era nada que pudiera tomarse a risa, y que a pesar de que el resultado sería sin duda la curación, aun así le dejaría una impresión muy fuerte para el resto de su vida.

Hablando llegaron al bosque, y por fin junto al roble, punto en el que dejaron los caballos. Woislav ofreció su brazo a Franziska y los dos ascendieron la colina lentamente y en silencio. Habían llegado a una de las semiderruidas torres, desde la que se podía contemplar una panorámica del campo abierto, cuando Woislav, hablando más para sí mismo que para su acompañante, dijo:

—El sol se pondrá dentro de un cuarto de hora, y una hora después saldrá la luna; para entonces todo tiene que haber acabado. Pronto será el momento de comenzar el trabajo.

—Si es así, creo que ya es hora de que me confiéis algo acerca de tanto misterio —dijo Franziska, mirándolo a los ojos.

—Muy bien, señora —respondió él, volviéndose hacia ella y con un tono de voz muy solemne—. Os ruego, Franziska von Fahnenberg, por vuestro propio bien y en nombre de vuestro padre, que os ama con toda su alma, que peséis muy bien mis palabras, y que no me interrumpáis con preguntas que no puedo contestaros hasta que la tarea que tenemos frente a nosotros esté concluida. Vuestra vida está en gran peligro, en un peligro gravísimo,

provocado por la enfermedad que padecéis actualmente: en verdad, estáis irremisiblemente perdida, a menos que llevéis hasta su último término las instrucciones que yo os impartiré ahora mismo. Prometedme que lo haréis sin preguntar nada en absoluto: os juro, bajo palabra de caballero, que no se trata de nada en contra del Cielo o del honor de vuestra familia. Además, ésta es la única vía de salvación que puede haber para vos —al tiempo que decía estas palabras, tendió su mano derecha hacia la joven y levantó la otra hacia el cielo, confirmando así su juramento.

—Os lo prometo —dijo Franziska, visiblemente conmovida por la solemnidad de su tono, mientras ponía su mano blanca y delgada, claramente desmejorada, sobre la del caballero.

—Entonces, venid; ya es hora —fue su respuesta. Y la condujo hacia la iglesia.

Los últimos rayos del sol se colaban en aquel momento por las desvencijadas ventanas. Entraron al presbiterio, la parte mejor conservada de todo el edificio; había allí aún unos antiguos reclinatorios, dispuestos frente al altar mayor, aunque no quedaba en pie de éste sino el armazón de piedra y un par de escalones.

—Rezad un Avemaria; lo necesitaréis —dijo Woislaw, a la vez que él mismo se arrodillaba.

Franziska se arrodilló junto a él y repitió una corta plegaria.

Un momento después los dos se pusieron de pie.

—¡Es la hora! El sol se hunde, y antes de que aparezca la luna todo debe estar terminado —dijo Woislaw rápidamente.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —inquirió Franziska animada.

—¡Mirad esa cripta abierta! —replicó el caballero señalando la puerta y el rellano de la escalera—. Debéis ir allí sola, yo no puedo acompañaros. Cuando hayáis llegado a la cripta, encontraréis cerca de la entrada un ataúd sobre el que hay una bolsa. Abridlo y encontraréis tres largos clavos de hierro y un martillo. Entonces, aguardad sin hacer nada; mas cuando yo empiece a rezar el Credo en voz alta, clavad, con todas vuestras fuerzas, primero un clavo, luego el segundo y finalmente el tercero en la tapa del ataúd, hasta que queden incrustados por completo.

Franziska se quedó paralizada: todo su cuerpo temblaba, y no podía pronunciar palabra. Woislaw se dio cuenta de ello.

—¡Tened valor, querida! —la animó—. Pensad que estáis en las manos del Cielo y que ni uno solo de vuestros cabellos puede caerse sin que

intervenga la voluntad de vuestro Creador. Además, os repito que no hay peligro alguno.

—Bien. Lo haré —dijo Franziska, recobrando el ánimo un poco.

—Oigáis lo que oigáis, ocurra lo que ocurra dentro del ataúd —continuó Woislav—, no dejéis que produzca el menor efecto sobre vos. Incrustad los clavos hasta el fondo, sin retroceder. Vuestro trabajo debe quedar terminado antes de que mi plegaria llegue a su fin.

Franziska se estremeció, mas nuevamente hizo acopio de valor.

—Lo haré. El Cielo me dará fuerzas —murmuró quedamente.

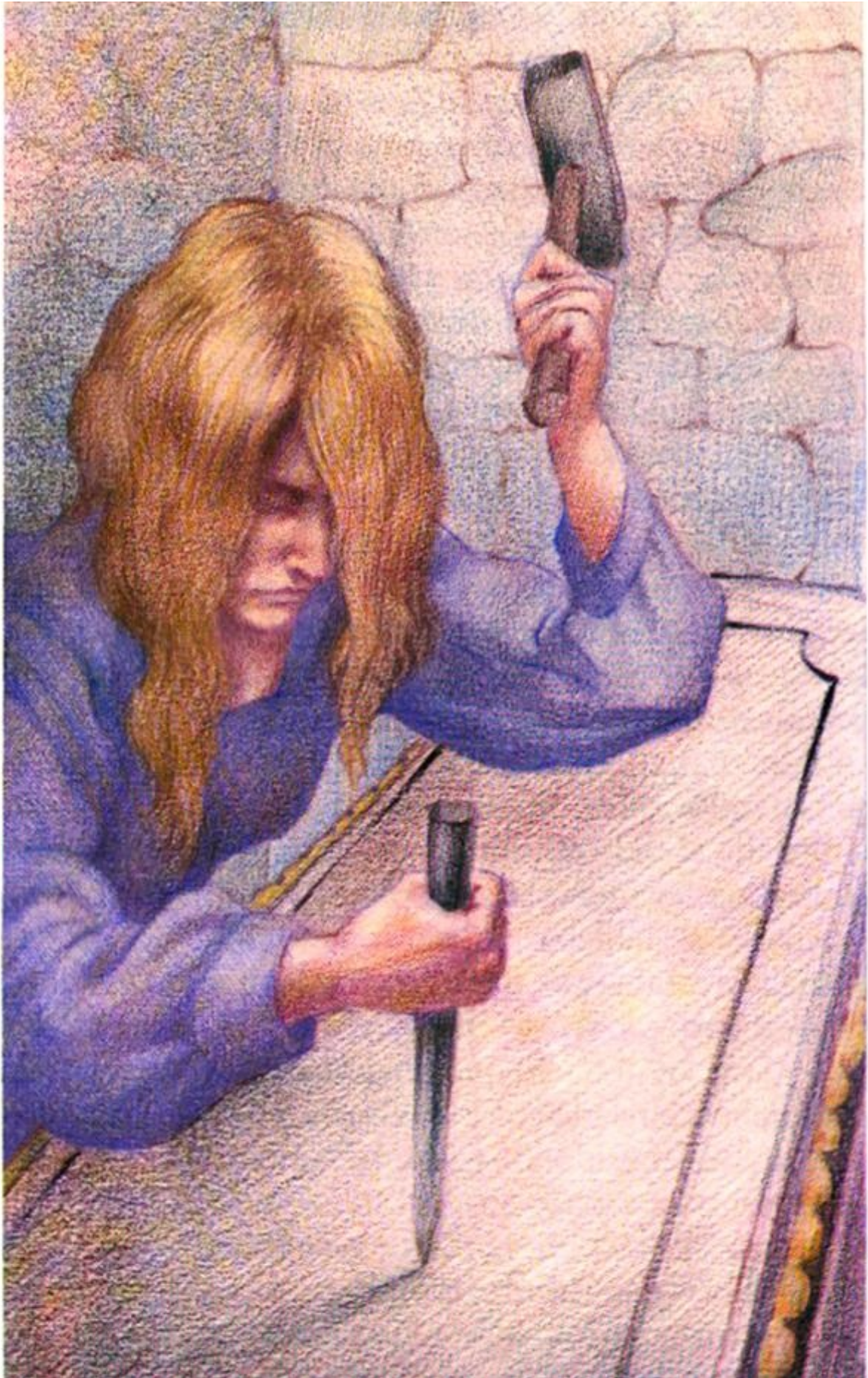
—Sólo una cosa más —dijo vacilante Woislav—: quizá la más dura de todas cuantas os he indicado; pero si no lo hacéis, vuestra curación no será completa. Cuando hayáis hecho todo lo demás, una especie de —al llegar a este punto vaciló aún más— ...una especie de líquido rebosará del ataúd; debéis mojar en él vuestro dedo y untarlo sobre la cicatriz que tenéis en la garganta.

—¡Eso es horroroso! —gritó entonces Franziska—. ¡Ese líquido será sangre! ¡En el ataúd hay un ser humano!

—¡Una criatura *desenterrada* es la que yace en ese ataúd! Esa sangre es la vuestra propia que corre por otras venas —dijo sombríamente Woislav—. No preguntéis más: el tiempo se nos va.

Franziska reunió, pues, todas sus fuerzas y se encaminó hacia los escalones que conducían a la cripta, mientras Woislav se arrodillaba frente al altar y se sumía en una plegaria silenciosa. Cuando la joven llegó ante el ataúd sobre el que estaba la bolsa antes mencionada, en la cripta reinaba una especie de penumbra, y todo estaba tan quieto y silencioso que se sintió más calmada. Se acercó al cofre y abrió la envoltura. Apenas había reconocido su contenido e individualizado el martillo y los tres clavos, cuando la voz de Woislav resonó a través de la iglesia rompiendo el silencio de las naves. Franziska se sobresaltó, pero al instante reaccionó ante la oración convenida en las instrucciones del caballero. Cogió entonces un clavo y de un solo golpe lo hundió en la tapa del ataúd. Todo seguía en calma; el único sonido audible era el eco de su golpe. Tomando ánimo, la joven alzó el martillo con las dos manos y golpeó dos veces más sobre el clavo, con todas sus fuerzas, hasta incrustar la cabeza en la madera. En ese momento comenzó a oírse el ruido de algo que crujía; parecía como si algo en el interior del cofre empezara a moverse y luchara. Franziska retrocedió alarmada. Estaba a punto de tirar el martillo y lanzarse escaleras arriba cuando Woislav elevó el tono de su voz con tal intensidad y encarecimiento, que, en una suerte de excitación que la

podría inducir a entrar sola del mismo modo en la cueva de un león, volvió junto al ataúd con la firme determinación de cumplir su cometido hasta el final. Sin saber casi lo que hacía, colocó el segundo clavo en el centro de la tapa y, tras recibir algunos golpes, fue enterrado hasta la cabeza en la madera. La lucha en el interior se hizo más evidente y horrible, como si alguien intentara con todas sus fuerzas abrir el cofre. El ataúd se resintió de tal forma por la presión ejercida, que crujió y se rajó por los costados.



Casi enloquecida de terror, Franziska cogió el tercer clavo; no pensaba en su enfermedad, sólo sabía que estaba ante un terrible peligro, cuya índole no podía adivinar, en una agonía que amenazaba con desquiciarla. En medio de horribles sacudidas y crujidos del ataúd, desde el interior del cual salían también sordos gemidos, enterró el tercer clavo de la misma forma que los anteriores. La joven comenzó a perder el conocimiento. Quiso salir de allí al instante, pero sus piernas no le respondían; mecánicamente se agarró a un ángulo del ataúd para sostenerse en pie, mas se desvaneció y cayó al suelo junto a él.

Un cuarto de hora aproximadamente había pasado cuando volvió en sí. Miró a su alrededor y vio sobre ella el cielo estrellado y la luna, que bañaba con su fría luz las ruinas y las copas de los añosos robles. Franziska se hallaba junto a los muros de la iglesia. Woislav estaba arrodillado a su lado y estrechaba una de sus manos.

—¡Gracias al Cielo que estáis con vida! —exclamó, claramente aliviado—. Comenzaba a temer que el remedio hubiera sido muy severo, aunque fuera lo único que podía salvaros.

Franziska recobró la conciencia gradualmente. Lo sucedido le parecía un horrible sueño. Sólo unos momentos antes, aquella espantosa escena; y ahora, toda la paz del mundo rodeándola. Apenas si se atrevía a levantar la mirada, y cuando se vio sólo a pocos pasos del lugar en el que había padecido semejante agonía, se estremeció hasta la médula. En un estado de semiinconsciencia escuchó las apaciguantes palabras que Woislav le dirigía, y luego el silbido del criado, que se hallaba junto a los caballos y que, para matar el tiempo, imitaba la canción vespertina de un pastor rezagado.

—¡Vámonos! —susurró Franziska, tratando de incorporarse—. ¿Pero qué es esto? Tengo el hombro mojado, la garganta, la mano...

—Probablemente sea el rocío de la noche que cae sobre la hierba —dijo gentilmente Woislav.

—¡No! ¡Es sangre! —gritó la joven, levantándose de un salto horrorizada—. Mirad, ¡mi mano está llena de sangre!

—¡Oh!, estáis confundida..., sin la menor duda lo estáis —dijo Woislav, tartamudeando—. ¡O quizá la herida de vuestra garganta haya vuelto a abrirse! ¡Os lo ruego, comprobad si es eso lo que ocurre! —asíó entonces la mano de la joven y la llevó hasta su cuello.

—No siento nada; no tengo dolor alguno —dijo ella por fin, con cierto enfado.

—Entonces tal vez os golpeasteis con el ataúd cuando os desvanecisteis, u os habréis lastimado con los clavos —sugirió Woislaw.

—¡Oh!, ¡por qué me lo recordáis! —gritó Franziska estremeciéndose—. ¡Salgamos de aquí...! ¡Salgamos de aquí! Os lo suplico: ¡no me quedará un minuto más en este espantoso sitio!

Bajaron por el sendero mucho más rápido de lo que habían subido.

Woislaw llevaba a la joven en su caballo, y pronto estuvieron camino del castillo.

Se encontraban muy cerca cuando Franziska comenzó a abrumar a su protector con preguntas acerca de la aventura pasada; mas éste declaró que su presente estado de excitación le obligaba a aplazar toda explicación hasta la mañana, momento en el que su curiosidad sería, por fin, satisfecha. Al llegar, Woislaw condujo a Franziska directamente a sus aposentos, y comunicó al caballero que su hija había quedado tan extenuada por la cabalgata que había preferido retirarse sin participar de la cena aquella noche.

A la mañana siguiente, la joven se levantó más temprano de lo que lo había hecho durante mucho tiempo, y le aseguró a su amiga que era la primera vez, desde el comienzo de su enfermedad, que el sueño le había resultado efectivamente reparador, y lo que era aún más, su antigua y horrorosa pesadilla no la había perturbado. No sólo Bertha, sino también Franz y el caballero notaron mejoría en su aspecto y, con el permiso de Woislaw, Franziska relató las aventuras de la noche anterior. Nada más concluir su narración, todos los presentes abrumaron precipitadamente a Woislaw con preguntas acerca de tan extraños sucesos.

—¿Alguna vez —dijo este último, dirigiéndose a su anfitrión— habéis oído hablar acerca de los vampiros?

—A menudo —respondió él—. Pero nunca he creído en tales historias.

—Tampoco yo —dijo Woislaw—; mas la experiencia me ha demostrado lo contrario.

—¡Oh!, ¡contadnos lo que ha ocurrido! —exclamó Bertha ansiosa.

—Fue durante mi primera campaña en Hungría —empezó Woislaw—, cuando quedé incapacitado por algún tiempo a causa de la herida infligida por la espada de un jenízaro sobre mi rostro, y por otra en el hombro. Fui llevado a casa de una respetable familia en una pequeña aldea. La componían el padre, la madre y una hija de unos veinte años. Se ganaban el sustento vendiendo el mejor vino de la comarca, y la bodega estaba siempre colmada de visitantes. A pesar de que la familia tenía una buena posición económica, planeaba sobre ella una continua melancolía, causada por la constante

enfermedad de la única hija, una doncella muy bella y virtuosa. Su salud había sido siempre brillante, mas desde hacía algunos meses adelgazaba y se consumía sin ninguna razón aparente: sus padres probaron todos los medios a su alcance para lograr su restablecimiento, pero sin ningún resultado. Como la tropa se hallaba acampada en las vecindades de la aldea, como es lógico, en la taberna se reunía gente de los más variados países. Entre ellos había un hombre que acudía todas las noches, cuando brillaba la luna, y que impresionaba a todos por la peculiaridad de su aspecto y su conducta; su rostro era marchito y cadavérico, y casi no hablaba; pero cuando lo hacía, lo que decía era siempre amargo y sarcástico. Lo más sorprendente era que, a pesar de que pedía cada noche una copa del mejor vino, y de cuando en cuando se la llevaba a los labios, la copa estaba al marcharse tan llena como cuando la había pedido.

—Todo esto concuerda maravillosamente con Azzo —dijo entonces Bertha, con mucho interés.

—La hija de la casa —continuó Woislaw— empeoraba día a día, a pesar de la ayuda no sólo de médicos cristianos, sino de la de muchos de los prisioneros paganos, quienes fueron consultados con la esperanza de que pudieran tener algún remedio mágico que conjurara tan devastadora enfermedad. Lo singular del caso era que la joven se quejaba siempre de un sueño repetido, en el cual aquel huésped desconocido la atormentaba.

—¡El mismo sueño que tú padecías, Franziska! —exclamó Bertha.

—Una noche —prosiguió Woislaw—, un viejo eslavo que había hecho muchos viajes a Turquía y Grecia y conocía incluso el Nuevo Mundo, estaba sentado conmigo en la taberna, y ambos bebíamos y charlábamos, cuando el extraño llegó y se sentó a nuestra mesa. La botella pasaba con frecuencia de uno a otro entre mi amigo y yo, que hablábamos de las cosas más diversas; de nuestras aventuras y los sucesos de nuestra vida, fueran éstos tremendos o divertidos. Seguimos conversando por espacio de una hora más y bebimos una considerable cantidad de vino. El desconocido no pronunció palabra en todo este tiempo; se limitó a sonreír despectivamente de vez en cuando. Luego pagó su parte y se dispuso a retirarse. Su comportamiento no había dejado de preocuparme —quizá el vino había, hasta ese punto, afectado un poco mi cabeza—, de modo que dije al extraño: «¡Eh, tú, extranjero de piedra! Lo único que has hecho hasta ahora es escucharnos, y ni siquiera has vaciado tu copa. Ahora mismo vas a contarnos alguna historia, y si no te bebes tu copa de vino, provocarás una pelea entre nosotros». «Eso —dijo el eslavo—, debes quedarte, vas a hablar y beber». Y dicho esto, cogió al

extranjero por el hombro, ya que, aunque viejo, era grande y muy fuerte, e intentó forzarlo a sentarse nuevamente; mas el desconocido, que era delgado como un esqueleto, con un solo movimiento de la mano arrojó al esclavo al centro de la sala, en donde se quedó atontado por unos momentos. Entonces yo avancé hacia el extranjero, y lo cogí del brazo y, a pesar de que los resortes de mi mano de hierro no eran tan potentes como los que tengo ahora, debí de cogerlo con mucha fuerza, ya que me dirigió una mirada sombría, se inclinó hacia mí y me susurró al oído: «¡Déjame ir! Por la fuerza de tu muñeca veo que eres mi hermano, así que no me impidas que salga a buscar mi sangriento alimento. ¡Tengo hambre!». Atónito ante tales palabras lo dejé en libertad y casi antes de que pudiera darme cuenta había abandonado el lugar. Ni bien me recobré de mi sorpresa, conté al esclavo lo que me había dicho, y éste se sobresaltó, claramente alarmado. A continuación le rogué que me dijera la causa de su alarma y le pedí insistentemente una explicación de tan extraordinarias palabras. Camino de su casa, satisfizo mi petición, diciéndome: «¡El extraño es un vampiro!».

—¿Qué? —exclamó el caballero, al mismo tiempo que lo hicieron Franziska y Bertha, con voz horrorizada—. Entonces, Azzo era...

—Nada más cierto. ¡Él también era un vampiro! —replicó Woislaw—. Pero, en todo caso, su repugnante sed se ha apagado para siempre: nunca más regresará. Mas no he terminado aún. Como jamás había oído hablar de vampiros en mi país, interrogué minuciosamente al esclavo sobre el particular. Me dijo que en Hungría, Croacia, Dalmacia y Bosnia no eran infrecuentes tales huéspedes. Eran personas muertas que, o habían servido una vez como alimento a otros vampiros, o habían fallecido en pecado mortal, o bajo excomunión; y siempre que brillaba la luna se levantaban de sus tumbas para succionar la sangre de los vivos.

—¡Qué espanto! —gritó Franziska—. Si me hubierais contado todo esto con anterioridad, jamás habría podido cumplir lo que me indicasteis.

—Eso mismo pensé yo; y, no obstante, debe ser realizado por las víctimas en persona, mientras alguien reza —sentenció Woislaw—. El esclavo añadió varios hechos más a su relato acerca de estos visitantes desenterrados —continuó, tras una corta pausa—. Dijo que mientras su víctima se consume, ellos mejoran de aspecto, y también que los vampiros poseen una extraordinaria fuerza...

—Ahora puedo entender el cambio que vuestra mano artificial produjo en Azzo —interrumpió Franz.

—Así es —asintió Woislaw—, Azzo, al igual que el otro vampiro, confundió su gran fuerza con la de una mano natural, deduciendo entonces que yo participaba de su misma naturaleza. Podéis imaginaros ahora, querida dama —continuó Woislaw, dirigiéndose hacia Franziska—, la alarma que me causó el contemplar vuestro aspecto cuando llegué al castillo: todo lo que vos y Bertha me contasteis no hizo más que agudizar mi ansiedad; y cuando vi a Azzo, no me quedó la menor duda de que era un vampiro. Al saber por vuestro relato que en el vecindario existía una tumba con el nombre de Ezzelin von Klatka, tuve la certeza de que podíais salvaros si lograba induciros a asistirme. No me pareció aconsejable comunicaros todos los detalles de este asunto, ya que vuestra fuerza física se hallaba tan debilitada y que una idea de los horrores que teníais delante de vos habría podido incapacitaros para cumplir tal proeza. Fue ésta la causa por la que dispuse todo como ya sabéis.

—Fuisteis muy astuto —replicó Franziska estremeciéndose—. Nunca podré agradeceros lo suficiente. Si hubiera sabido cuál era mi auténtica tarea, creo que jamás hubiera tenido fuerzas para realizarla.

—Eso mismo temía yo —dijo Woislaw—. Pero la fortuna nos ha acompañado en el desenlace.

—¿Y qué ocurrió con la desgraciada joven húngara? —inquirió Bertha.

—No lo sé —dijo Woislaw—. Esa misma noche hubo un ataque de los turcos, y tuvimos que abandonar el lugar. Nunca más volví a saber nada de ella.

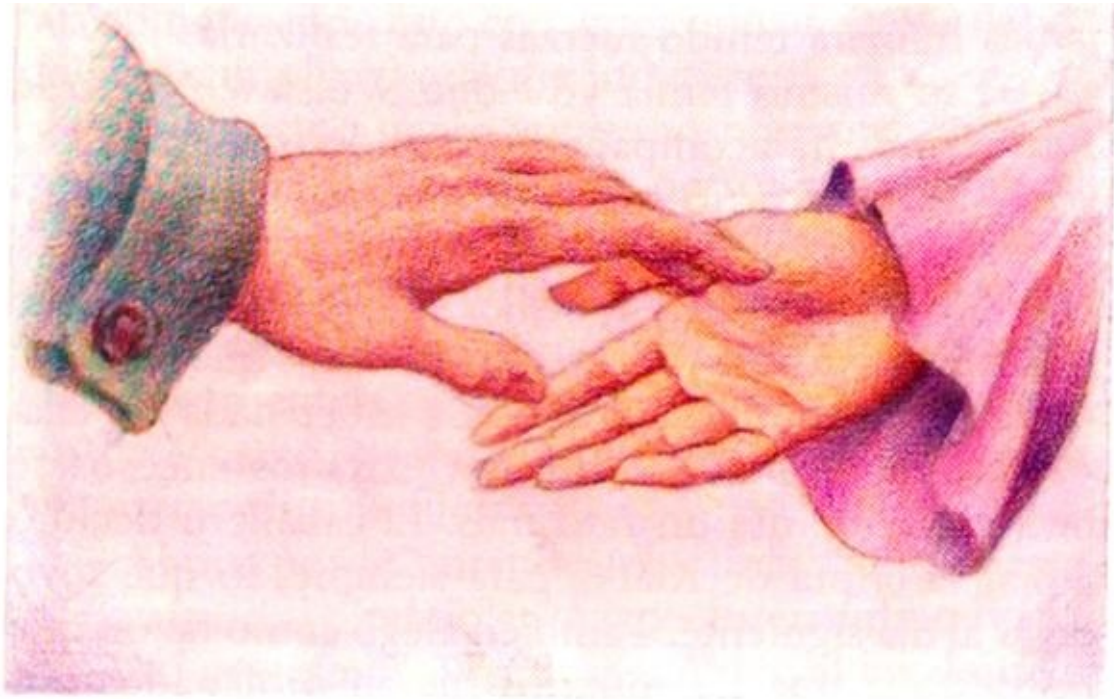
La conversación sobre tan extraños sucesos se prolongó durante un rato más. El caballero decidió tapiar la cripta de Klatka para siempre, lo que tuvo lugar al día siguiente. También alegó como razón que no deseaba que los muertos fueran profanados por manos irreverentes.

Franziska se recobró gradualmente de su debilidad. Su salud había recibido un golpe tan severo, que pasó mucho tiempo antes de que sus fuerzas estuvieran lo suficientemente restablecidas como para considerarla completamente fuera de peligro. En este intervalo, el carácter de la joven sufrió un importante cambio. Su antiguo ánimo se vio disminuido en alguna medida, mas en su lugar adquirió una benévola suavidad que sacó a la luz sus mejores cualidades.

Franz no dejó de dirigir sus atenciones hacia su prima, pero, tal vez debido a una observación de Bertha, las exhibió con menor frecuencia. Sus inclinaciones no le conducían a la batalla ni a la obtención de honores o

condecoraciones; su mayor aspiración era la de mejorar el estado y la felicidad de sus arrendatarios, en lo que ponía toda la energía de su alma.

Franziska no pudo oponerse a las calladas muestras del permanente afecto del joven, y no pasó mucho tiempo antes de que su esfuerzo, que no podía por menos que reconocerle, en pro del bienestar de sus semejantes, se transformara en inclinación por él. Inclinación que siguió aumentando con el paso del tiempo hasta convertirse en amor.



Como Woislaw insistió en contraer matrimonio con Bertha antes de volver a Silesia, se dispuso que la boda tendría lugar en su actual vivienda. ¡Y cuál no fue la alegría y la sorpresa del caballero de Fahnenberg, cuando su hija y Franz le rogaron su bendición, expresando su deseo de unirse en matrimonio aquel mismo día! La fecha llegó por fin, y el día vio brillar las miradas de las dos felices parejas.

CARMILLA

(J. Sheridan Le Fanu, 1872)

PRÓLOGO

A la narración que sigue, el doctor Hesselius ha añadido un papel con una nota bastante elaborada y una referencia a su ensayo sobre el extraño tema que ilumina el manuscrito.

En tal ensayo trata este misterioso tema con sus acostumbradas erudición y perspicacia, y con un estilo notablemente directo y sintético. Constituirá un solo volumen en la serie total de los escritos de tan extraordinario hombre.

Como publico el caso en este volumen simplemente para interesar a los «profanos», no me anticiparé en nada a la inteligente dama que lo relata; por tanto, tras sopesarlo debidamente, decidí abstenerme de presentar ningún tipo de *précis* sobre el razonamiento del doctor, ni extracto alguno de su informe sobre un tema que él describe como «el hilo que implica, probablemente, algunos de los arcanos más profundos de nuestra existencia dual y sus estadios intermedios».

Al descubrir estos papeles me sentí ansioso por reanudar la correspondencia iniciada por el doctor Hesselius, años atrás, con una persona tan inteligente y minuciosa como parece haber sido su informante. Muy grande fue mi decepción, sin embargo, al enterarme de que ella había muerto en ese intervalo.

Probablemente, la dama poco hubiera podido añadir a la narración que se desarrolla en las páginas que siguen con —puedo decir, en la medida de mis posibilidades— tan concienzudo detalle.

CAPÍTULO PRIMERO

Un terror temprano

En Styria, aunque nunca fuimos ricos, vivimos en un castillo. En esta parte del mundo una pequeña renta alcanza para mucho. Ochocientas o novecientas al año hacen milagros. En nuestro país apenas hubiéramos podido considerarnos entre la gente pudiente.

Mi padre es inglés, y yo tengo un nombre inglés, aunque nunca he ido a Inglaterra. Pero aquí, en este sitio solitario y primitivo, en donde todo es tan increíblemente barato, no alcanzo a imaginarme en qué manera una cantidad mayor de dinero podría añadir materialmente algo a nuestro bienestar, o aun a nuestros lujos.

Mi padre servía en el ejército en Austria y se retiró con una pensión y su patrimonio, luego de lo cual compró esta residencia feudal, y la pequeña extensión en la que se halla situada, por una ganga.

Nada puede ser más pintoresco o solitario. Se levanta en una suave loma de un bosque. El camino, muy antiguo y angosto, pasa frente al puente levadizo, nunca izado desde que vivimos aquí, y el foso, bien provisto de percas, es navegado por muchos cisnes. En la superficie flotan blancos grupos aislados de nenúfares.

Sobre todo esto el castillo exhibe su frente, poblado de ventanales, sus torres y su capilla gótica.

El bosque se abre en un claro irregular y muy pintoresco delante de las puertas, y a la derecha hay un empinado puente gótico que sostiene el camino sobre una corriente que fluye en profunda sombra a través del bosque.

He dicho que éste es un lugar muy solitario. Juzgad por vosotros mismos si estoy en lo cierto: mirando desde la puerta de la sala principal hacia el camino, el bosque en el que se levanta nuestro castillo se extiende unas quince millas hacia la derecha y unas doce hacia la izquierda. La aldea habitada más cercana se encuentra a unas siete millas, en la medida inglesa, hacia la izquierda. El castillo habitado más próximo que posee alguna

relación histórica es el del viejo general Spielsdorf, emplazado a una distancia de veinte millas hacia la derecha.

He dicho «la aldea *habitada* más cercana», ya que a sólo tres millas hacia el Oeste, esto es, en la dirección del castillo del general Spielsdorf, hay una aldea en ruinas, con su pequeña iglesia pintoresca, ahora sin techo, en cuya nave se hallan las desmoronadas tumbas de la orgullosa familia Karnstein, actualmente extinta. Esta familia poseyó antaño el igualmente desolado *château* que, desde la espesura del bosque, mira sobre las silenciosas ruinas de la aldea.

Sobre la causa de la deserción de este lugar impactante y melancólico existe una leyenda, que os relataré en otra ocasión.

Debo contaros ahora cuán pequeño es el grupo de personas que habitan nuestro castillo. No incluiré en él a los criados ni a aquellos servidores que se alojan en los departamentos anexos al castillo. Escuchad, ¡y maravillaos! Mi padre, que es el hombre más bueno que pisa sobre la tierra, pero que ya es un anciano, y yo, que contaba sólo con diecinueve años en la fecha en que mi historia tiene lugar. Ocho años han pasado desde entonces. Mi padre y yo constituíamos la familia del castillo. Mi madre, una dama oriunda de Styria, murió en mi infancia, pero tuve desde entonces una bondadosa gobernanta que me acompañó todo el tiempo. A decir verdad, no podría recordar ninguna época en la que su cara rolliza y benigna no haya constituido una imagen familiar en mi memoria. Era madame Perrodon, nativa de Berna, cuya solicitud y bondad suplió para mí en parte la falta de mi madre, a la que ni siquiera recuerdo, tan temprana fue su pérdida. Ella era la tercera en nuestra pequeña reunión ante la mesa. Había una cuarta, mademoiselle De Lafontaine, una dama que podríais llamar, creo yo, «una gobernanta de educación social para señoritas». Hablaba francés y alemán; madame Perrodon sólo francés y un destartalado inglés, al que mi padre y yo nos sumábamos en inglés, idioma en el que, en parte para evitar que se convirtiera en una lengua perdida entre nosotros, y en parte por motivos patrióticos, hablábamos diariamente. La consecuencia era una Babel que causaba la hilaridad de los extraños y que no intentaré reproducir en mi narración. Había además dos o tres jóvenes amigas, muy próximas a mi edad, y visitantes ocasionales por períodos más o menos breves, cuyas visitas, también ocasionalmente, yo devolvía.

Éstos eran nuestros recursos sociales regulares, mas, por supuesto, también recibíamos visitas casuales de «vecinos» que vivían a sólo cinco o

seis leguas de distancia. Mi vida, no obstante, era bastante solitaria, puedo asegurároslo.

Mis institutrices tenían tanto control sobre mí como podéis suponer de tan sabias personas en este caso, pues yo no era más que una niña mimada cuyo padre le permitía hacer su voluntad prácticamente en todo.

El primer acontecimiento que produjo una impresión terrible en mí, y que, de hecho, nunca se borró de mi memoria, fue uno de los más tempranos incidentes de mi vida. Habrá quienes pensarán que fue tan nimio que no debería ser expuesto en este relato. No obstante, más tarde veréis por qué lo menciono ahora. La habitación de los niños, como era llamada, aunque en realidad yo la tenía toda para mí sola, era un enorme cuarto en la planta más alta del castillo, con un techo inclinado de roble.

No debía tener más de seis años de edad cuando tal suceso ocurrió. Cierta noche me desperté y al mirar en derredor desde la cama no pude distinguir a la niñera. Tampoco mi ama estaba allí, por lo que pensé que estaba sola. No me asusté, ya que era uno de esos niños felices a los que cuidadosamente se mantiene ignorantes de las historias de fantasmas, cuentos de hadas y toda esa tradición que nos hace taparnos las cabezas cuando la puerta cruje de repente, o el titilar de una vela que se apaga hace que la sombra de la cabecera de la cama baile sobre la pared. Por el contrario, me sentía enfadada y molesta al encontrarme, como creía, descuidada. Así pues, empecé a lloriquear, como ejercicio preparatorio de un llanto a gritos cuando, para mi sorpresa, vi un rostro solemne, pero muy hermoso, mirándome desde un lado de la cama. Era el rostro de una mujer joven que estaba arrodillada con las manos bajo la colcha. Yo la miré con una especie de complacida estupefacción y dejé de lloriquear. Ella entonces me acarició con sus dos manos y, acostándose conmigo, me atrajo hacia sí sonriendo. De inmediato me sentí apaciguada y me dormí de nuevo. Me despertó la aguda sensación de que dos agujas se me clavaban profundamente en el pecho al mismo tiempo, y grité con todas mis fuerzas. La dama retrocedió con sus ojos fijos en mí, y luego, agachándose, se deslizó sobre el suelo y, según me pareció, se escondió debajo de la cama.

Entonces tuve miedo por primera vez, y aullé con toda la potencia de mis pulmones. El aya, la niñera, el ama de llaves, todas acudieron corriendo, y al escuchar mi historia le restaron importancia, tratando de calmarme como pudieron. Sin embargo, a pesar de mi corta edad, pude percibir que sus rostros estaban pálidos, con un desusado aspecto de ansiedad, y las vi mirar debajo de la cama e inspeccionar toda la habitación, escudriñar bajo las mesas y abrir de un tirón los armarios; el ama de llaves susurró al aya:

—Pon la mano sobre el hueco que hay en la cama: alguien *ha estado* tendido aquí, tan cierto como que no has sido tú; el sitio aún está tibio.

Recuerdo que la niñera me acariciaba y entre las tres examinaron mi pecho, en el lugar en que les dije que había sentido la punzada, luego de lo cual declararon que no había ningún signo visible de que tal cosa hubiera ocurrido efectivamente.

El ama de llaves y las otras dos criadas a cargo de mí se quedaron sentadas en mi cuarto durante toda esa noche, y desde aquella vez siempre hubo una criada velando en mi habitación hasta que tuve cerca de catorce años.

Durante mucho tiempo después de esta impresión estuve muy nerviosa. Llamaron a un médico; era pálido y viejo. Recuerdo perfectamente su alargada cara saturnina, picada de viruelas, y su peluca de color castaño. Durante una buena temporada, venía al castillo cada tres días y me daba una medicina, cosa que yo, como es natural, detestaba.

La mañana que siguió a aquella aparición nocturna me hallaba en tal estado de terror que no podía soportar que me dejaran sola ni un momento, a pesar de que fuera de día.

Recuerdo también a mi padre subiendo y sentándose junto a mi lecho, hablando con jovialidad y haciendo varias preguntas a la niñera, una de cuyas respuestas le arrancó una entusiasta risa; recuerdo que me palmeaba el hombro y me besaba, y me decía que no debía estar asustada, ya que sólo se trataba de un sueño y no podía hacerme ningún mal.

Pero nada de todo aquello me confortó, ya que yo sabía que la visita de la extraña dama no había sido un sueño, y estaba terriblemente asustada.

Sólo me consolé algo cuando la niñera me aseguró que había sido ella quien había entrado en la habitación para ver cómo estaba, que se había tendido junto a mí y que sin duda yo debía de estar medio dormida y no reconocí su rostro. Pero esto, aunque confirmado por el ama, tampoco me satisfizo por completo.

Recuerdo que en el curso de aquel día entró a mi habitación un venerable anciano que llevaba una sotana negra; vino acompañado por el ama de llaves y el aya, y apenas habló con ellas se dirigió a mí de una manera muy afectuosa. Su cara era muy dulce y amable, y me dijo que iban a rezar, luego de lo cual unió mis dos manos y me pidió que dijera en voz baja, mientras ellos oraban, estas palabras: «Señor, escuchad todas nuestras plegarias, en nombre de Jesús». Creo que así eran literalmente, ya que a menudo las repetía

para mis adentros, y mi aya me obligó a añadirlas durante años a mis oraciones.

Recuerdo perfectamente el rostro pensativo de aquel anciano de cabellos blancos, con su sotana negra, de pie en aquella habitación tosca y alta, de color marrón, rodeada de aquellos muebles desmañados de trescientos años atrás y la escasa luz que penetraba en la oscura atmósfera de la habitación por la estrecha celosía. El anciano se arrodilló, y así lo hicieron las tres mujeres, y él rezó en voz alta, serio y trémulo por un espacio de tiempo que a mí me pareció muy largo.

He olvidado toda mi vida precedente a este suceso y el período que le sucede inmediatamente también está todo oscuro. Pero las escenas que acabo de describir permanecen vivas en mi memoria, como aisladas imágenes de fantasmagoría rodeadas de sombra.

CAPÍTULO II

Una invitada

Ahora voy a relataros algo tan extraño que requerirá toda vuestra fe en mi veracidad para creerlo. Sin embargo, no es sólo verdad, sino una verdad de la que yo he sido testigo presencial.

Era una deliciosa tarde de verano, y mi padre me pidió, como solía hacerlo, que le acompañara a dar un paseo bordeando aquella hermosa vista del bosque, el cual, como he mencionado, se extendía por delante del castillo.

—El general Spielsdorf no puede venir tan pronto como yo esperaba —dijo mi padre mientras proseguíamos nuestro paseo.

El caballero iba a hacernos una visita de varias semanas y esperábamos su llegada al día siguiente. Iba a venir acompañado de una joven, su sobrina y custodia, mademoiselle Rheinfeldt, a quien yo jamás había visto, pero que me habían descrito como una damisela encantadora, y en cuya compañía ya me prometía días muy agradables. Me sentí más desilusionada de lo que podría imaginarse. Esa visita y la nueva relación que suponía habían ocupado mi imaginación durante muchas semanas.

—¿Y cuándo vendrá? —pregunté.

—En otoño. Dentro de dos meses, me atrevería a decir —respondió mi padre—. Y me alegro ahora, querida, de que no hayas conocido nunca a mademoiselle Rheinfeldt.

—¿Y por qué? —pregunté yo, a la vez mortificada y curiosa.

—Porque la pobre damisela ha muerto —replicó mi padre—. Casi había olvidado que no te lo había dicho antes. No estabas cuando recibí la carta del general esta tarde.

Me quedé impresionada. El general Spielsdorf había mencionado en una primera carta, seis o siete semanas antes, que la joven no se encontraba tan bien como él deseaba, pero no había nada que sugiriese la más remota sospecha de que su vida se hallara en peligro.

—Aquí está la carta del general —dijo, tendiéndomela—. Me temo que está sumido en una gran aflicción; me da la impresión de que ha sido escrita

en un estado casi de aturdimiento.

Nos sentamos en un tosco banco bajo un espléndido grupo de limas. El sol se escondía con toda su melancólica majestad detrás del horizonte selvático, y el arroyo que fluye junto a nuestro castillo y pasa debajo del viejo puente empinado que he descrito se enroscaba alrededor de varios grupos de magníficos árboles, casi hasta llegar a nuestros pies, reflejando en su corriente el agónico púrpura del cielo. La carta del general Spielsdorf era extraordinaria, tan vehemente, y en ocasiones tan contradictoria, que la leí dos veces —la segunda en voz alta, para mi padre—, y aún fui incapaz de comprenderla, excepto suponiendo que el pesar le había hecho perder la razón.

Decía así: «He perdido a mi querida hija, ya que de este modo la amaba. Durante los últimos días de la enfermedad de mi adorada Bertha me fue imposible escribiros. Antes de ese momento no tenía idea del peligro en el que se encontraba. La he perdido, y ahora lo sé todo demasiado tarde. Murió en la paz de la inocencia y en la gloriosa esperanza de un futuro bendito. El demonio que traicionó nuestra maldita hospitalidad lo hizo todo. Pensé que recibía en mi casa la inocencia, la alegría y una encantadora compañera para Bertha. ¡Cielo santo! ¡Qué necio he sido! Agradezco al Señor que mi niña haya muerto sin una sola sospecha de la causa de sus sufrimientos. Se ha ido sin hacer siquiera la menor conjetura sobre la naturaleza de su enfermedad o el agente de toda esta miseria. Consagraré los días que me queden de vida a seguir las huellas del monstruo y a borrarlo de la faz de la tierra. Me han dicho que puedo albergar una esperanza de cumplimiento para mi honesto y piadoso propósito. Actualmente sólo poseo un débil resplandor que me guía entre las sombras. Maldigo mi arrogante incredulidad, mi despreciable afectación de superioridad, mi ceguera, mi obstinación..., todo..., demasiado tarde. No puedo escribir ni hablar coherentemente ahora. Estoy aturdido. Tan pronto como me recobre pienso dedicarme a investigar, lo que posiblemente me lleve hasta Viena. En algún momento durante el otoño, de aquí a dos meses, o antes aún si sigo con vida, os veré..., esto es, si podéis recibirme. Entonces os contaré todo lo que apenas me atrevería a poner ahora en un papel. Adiós. Rezad por mí, querido amigo».

En estos términos rezaba la carta. A pesar de que nunca había visto a Bertha Rheinfeldt, mis ojos se llenaron de lágrimas ante la repentina nueva. Estaba sorprendida y también profundamente desilusionada.

El sol se había puesto y la atmósfera estaba en penumbras cuando le devolví a mi padre la carta del general.

Era un anochecer suavemente luminoso y nos rezagamos, especulando sobre los posibles significados de las frases incoherentes y cargadas de vehemencia que acababa de leer. Debimos andar cerca de una milla antes de alcanzar el camino que lleva al castillo, y en ese momento la luna brillaba en todo su esplendor. Cerca del puente levadizo encontramos a madame Perrodon y a mademoiselle De Lafontaine, quienes habían salido sin sus tocas para disfrutar de la exquisita luz de la luna.

Oíamos sus voces charlando en animado diálogo mientras nos aproximábamos. Nos reunimos sobre el puente y dimos una breve caminata para admirar con ellas la hermosura del paisaje.

El claro que acabábamos de atravesar se extendía frente a nosotros. A nuestra izquierda el estrecho camino se retorció por debajo de pequeños grupos de árboles majestuosos, hasta perderse finalmente en la espesura del bosque. A nuestra derecha, el mismo camino cruzaba el empinado y pintoresco puente, cerca del cual se levanta una torre en ruinas que antiguamente había servido para custodiar el paso; y más allá del puente se erguía una abrupta montaña cubierta de árboles y sobre la que se divisaban, entre la sombra, algunas rocas grises manchadas de musgo.

Sobre el césped y los terrenos planos comenzaba a extenderse una delgada película de niebla, similar al humo, que marcaba las distancias con un velo transparente; aquí y allá podíamos ver el río brillando suavemente bajo la luz de la luna.

No podría imaginarse escena más dulce y suave. La noticia que acababa de recibir la hacía melancólica, pero aun así nada podía perturbar su carácter de profunda serenidad ni la gloria encantada y la vaguedad del panorama.

Mi padre, que amaba lo pintoresco, y yo, nos quedamos contemplando en silencio la vista que se expandía ante nosotros. Las dos fieles institutrices, unos pasos detrás de nosotros, discurrían sobre el paisaje y eran muy elocuentes respecto a la luna.

Madame Perrodon era gorda, de mediana edad y romántica, y hablaba suspirando poéticamente. Mademoiselle De Lafontaine —haciendo honor a su padre, que era alemán, se manifestaba como psicóloga, metafísica y algo mística— declaró entonces que cuando la luna brillaba con una luz tan intensa era sabido que indicaba una actividad espiritual especial. El efecto de la luna llena brillando de tal manera era múltiple: actuaba sobre los sueños, sobre los locos, sobre la gente nerviosa. Ejercía maravillosas influencias físicas relacionadas con la vida. Mademoiselle contó que su primo, que era piloto en un navío mercante, se encontraba tendido sobre la cubierta en una noche

similar a ésta, para echar un sueño boca arriba, con todo el rostro bañado por la luz de la luna, cuando se despertó sobresaltado de un sueño en el que una vieja le clavaba sus largas uñas en la mejilla; al despertarse, el joven tenía las facciones horriblemente torcidas hacia un lado, y su semblante nunca volvió a recobrar el equilibrio.

—Esta noche la luna está llena de influencia magnética —dijo—; ved cómo, al mirar hacia atrás, en el castillo todas las ventanas brillan y parpadean con un resplandor plateado, como si manos invisibles hubieran iluminado las habitaciones para recibir a invitados mágicos.

Hay estados de indolencia del cerebro humano en los que, reacios a hablar nosotros mismos, la conversación de los demás es agradable para nuestros indiferentes oídos; así me hallaba yo en mi contemplación, con una grata sensación de placer producida por el tintinear del diálogo de las damas.

—Esta noche he caído en uno de mis estados melancólicos —dijo mi padre tras un silencio, y, citando a Shakespeare, al que solía leer en voz alta como uno de los recursos para conservar nuestro inglés, dijo:

*En verdad no sé por qué estoy tan triste:
me agota; tú dices que te agota;
pero cómo adivino mi tristeza...
[cómo la he recibido...*

He olvidado el resto. Pero sentí como si alguna gran desgracia fuera a caer sobre nosotros. Supongo que la triste carta del pobre general tenía algo que ver con ello.

En ese momento el desacostumbrado sonido de las ruedas de un carruaje y los cascos de un caballo atrajeron nuestra atención.

Parecían acercarse desde la elevación del terreno que daba sobre el puente y, efectivamente, muy pronto el grupo emergió de ese punto. Primero cruzaron el puente dos jinetes, luego apareció un carruaje tirado por cuatro caballos, y por fin dos hombres cabalgando en la retaguardia.

Parecía el carruaje de una persona de alcurnia, y todos quedamos absorbidos de inmediato en la contemplación de tan inusual espectáculo. En pocos momentos se hizo aún más interesante, ya que apenas el carruaje hubo pasado el punto más elevado del empinado puente, uno de los caballos delanteros se espantó y comunicó su pánico al resto, haciendo que después de un par de caracoleos todo el grupo se lanzara a un salvaje galope y, pasando

como una exhalación entre los dos jinetes que cabalgaban al frente, se precipitara con un ruido atronador en dirección a nosotros con la velocidad de un huracán.

La tensión de la escena parecía más angustiosa aún por los claros y largos gritos de una voz femenina que llegaban desde la ventanilla del carruaje.

Nos acercamos entonces horrorizados y curiosos al mismo tiempo; mi padre en silencio, el resto profiriendo las más variadas exclamaciones de terror.

Nuestro suspense no duró mucho. Justo antes de llegar al puente levadizo del castillo por el camino que habían tomado hay, a un lado del sendero, una magnífica lima y una antigua cruz de piedra; al divisar esta última, los caballos, que galopaban a una velocidad horrorosa, dieron un viraje para evitarla y las ruedas mordieron las añosas raíces del árbol que sobresalían de la tierra.



Sabiendo lo que seguiría a este hecho me cubrí los ojos, incapaz de tolerar su vista, y volví hacia atrás la cabeza.

En ese momento oí el grito de mis institutrices, quienes habían seguido la escena atentamente.

La curiosidad pudo más y abrí los ojos: la imagen era de una completa confusión. Dos de los caballos estaban tumbados en el suelo y el carruaje había volcado, quedando dos de sus ruedas en el aire; los hombres se ocupaban en desatar los arneses y una dama de figura y aire autoritario había salido del carruaje y estaba de pie con las manos juntas y apretadas, llevándose de vez en cuando el pañuelo que tenía entre ellas a los ojos. Entonces sacaron por la puerta del carruaje a una joven que parecía sin vida. Mi querido y anciano padre estaba junto a la dama mayor, con el sombrero en la mano, sin duda ofreciendo su ayuda y la hospitalidad de su castillo. La dama parecía no escucharlo ni tener ojos para nada que no fuera la esbelta jovencita que era ahora depositada sobre la suave pendiente del camino.

Entonces me acerqué; la joven se encontraba aparentemente bajo los efectos de un shock, pero no estaba muerta. Mi padre, que presumía de tener algunas dotes de médico, le había cogido la muñeca con sus dedos y aseguró a la dama, quien declaró ser la madre de la joven, que el pulso podía percibirse claramente, aunque de una manera débil e irregular. La dama se estrujó las manos y miró hacia el cielo, como en un momentáneo transporte de gratitud, mas inmediatamente volvió a asumir una actitud teatral que, según mi opinión, es natural en algunas personas.

Era lo que se suele denominar una dama muy bien conservada para su edad, que debió haber sido hermosa en su juventud. Era alta, aunque no delgada, e iba vestida de terciopelo negro; se la veía bastante pálida, pero su semblante era orgulloso y autoritario, a pesar de la extraña agitación que en ese momento la embargaba.

—¿Acaso es posible que un ser haya nacido para soportar tanta calamidad? —la oí decir, mientras me acercaba—. Aquí estoy, en un viaje cuya importancia es de vida o muerte, y en el que perder una hora signifique probablemente perderlo todo. Mi hija no se habrá recuperado lo suficiente como para proseguir camino quién sabe hasta cuándo. Debo dejarla: no puedo, no me atrevo a demorarme. ¿Podéis decirme, caballero, cuán lejos está el pueblo más cercano? Debo dejarla ahí; y no veré a mi querida niña ni sabré de ella hasta mi regreso, tres meses más tarde.

Entonces tiré a mi padre del abrigo y murmuré seriamente en su oído:

—¡Oh, papá! ¡Por favor, pídele que le permita quedarse con nosotros..., sería tan agradable! ¡Hazlo, te lo ruego!

—Si madame confía su hija al cuidado de la mía y de su buena gobernanta, madame Perrodon, permitiendo que se convierta en nuestra huésped, a mi cargo hasta vuestro retorno, nos conferirá con ello una distinción y un compromiso al que sabremos responder tratándola con la devoción y la solicitud que una confianza tan sagrada merece.

—No puedo hacer eso, señor; sería forzar demasiado vuestra bondad y caballerosidad —dijo la dama aturdida.

—Sería, por el contrario, conferirnos una enorme gracia en este momento, cuando más la necesitamos. Mi hija acaba de sufrir la decepción de una cruel desgracia, abatida sobre una dama cuya visita esperaba con anticipación y que iba a proporcionarle una intensa alegría. Si confiáis esta joven a nuestro cuidado, será para ella el mejor consuelo posible. La aldea más cercana en vuestra ruta está lejos y no hay en ella posada alguna que podáis juzgar apropiada para dejar allí a vuestra hija; tampoco puede la joven continuar el viaje sin peligro. Si, como decís, no os es posible suspender vuestro viaje, debéis separaros de ella esta noche, y en ningún otro lugar podríais dejarla, bajo el compromiso más honesto de cuidado y devoción, que aquí.

Había en el aire y el aspecto de esta dama algo distinguido y hasta imponente; su actitud era tan atractiva, que uno no podía menos que sentirse impresionado por ella, sin tener en cuenta la dignidad de su carruaje, como por una persona importante.

En ese momento el carruaje había vuelto a su correcta posición, y los caballos, ya bastante dóciles, fueron conducidos nuevamente sobre sus huellas.

La dama dirigió hacia su hija una mirada que no me pareció tan afectuosa como uno hubiera anticipado al comienzo de la escena; luego hizo una seña a mi padre con suavidad y se alejó con él dos o tres pasos para no ser escuchada. Le habló manteniendo un semblante rígido y severo, completamente diferente de sus maneras anteriores.

Me maravillaba que mi padre no pareciera darse cuenta de este cambio, y sentía a la vez una indecible curiosidad por enterarme de lo que le estaba diciendo casi al oído, con tanta seriedad y apresuramiento.

Esto duró dos o tres minutos como máximo, creo. Luego la dama se volvió y en pocos pasos estuvo junto a su hija, a quien madame Perrodon sostenía. Se arrodilló un momento a su lado y susurró en el oído de la joven lo que madame supuso una breve bendición. Hecho esto, la besó

apresuradamente y subió al carruaje, cerrando la portezuela detrás de ella. Los lacayos, que llevaban lujosas libreas, subieron a la parte trasera de un brinco, los jinetes espolearon a sus corceles, los postillones hicieron resonar sus látigos y los caballos se lanzaron de repente por el camino con un furioso paso que amenazaba con convertirse pronto de nuevo en galope; y así se alejó por fin el carruaje, seguido en la retaguardia, con la misma premura, por los otros dos jinetes.

CAPÍTULO III

Cambiamos impresiones

Seguimos al *cortège* con la mirada hasta que rápidamente se perdió de vista en el bosque neblinoso y el sonido de los cascos y ruedas se desvaneció en el aire silencioso de la noche.

Sólo la joven, que en ese momento abría los ojos, testimoniaba que la aventura no había sido una ilusión pasajera. Como su rostro estaba vuelto hacia un lado, yo no podía verla, mas levantó la cabeza, sin duda para ver dónde se encontraba, y entonces oí una voz muy dulce que preguntaba casi en una queja:

—¿Dónde está mi madre?

Nuestra buena madame Perrodon le respondió con ternura que se hallaba en las mejores manos.

Luego la escuché decir:

—¿Dónde estoy? ¿Qué sitio es éste? —y, seguidamente—: No veo el carruaje. ¿Y dónde está Matska?

Madame respondió a todas sus preguntas, en la medida de sus posibilidades, y poco a poco la joven fue recordando cómo había ocurrido el accidente y se sintió confortada al saber que nadie entre los viajeros y los criados había resultado herido. Mas al enterarse de que su madre la había dejado allí por espacio de tres meses hasta su regreso, comenzó a llorar.

Yo estaba a punto de sumar mis palabras de consuelo a las de madame Perrodon, cuando mademoiselle De Lafontaine me tocó el brazo con la mano, diciendo:

—No os acerquéis; una persona es todo lo que su atención puede tolerar en este momento. La más mínima excitación podría abrumarla de nuevo.

«Tan pronto como se halle cómodamente en la cama, pensé entonces, acudiré a verla a su habitación».

Entretanto mi padre había enviado a un criado a caballo en busca del médico, que vivía a unas dos millas de allí, y había dado instrucciones de que prepararan una habitación para la dama.

La extraña se incorporó finalmente y, apoyándose en el brazo de madame, cruzó con lentitud el puente levadizo y entró en el castillo. En el vestíbulo la esperaban las criadas, quienes la condujeron a sus aposentos.

La habitación que usualmente empleamos como salón es alargada, con cuatro ventanas que dan al foso y el puente levadizo, sobre la vista del bosque que ya he descrito.

Sus muebles son de roble labrado; los amplios armarios están tallados, y las sillas, tapizadas de terciopelo de Utrecht color púrpura. Las paredes están cubiertas de tapices ribeteados por anchas franjas doradas, y las figuras representadas son de tamaño real; sus atuendos son antiguos y muy curiosos, y los temas son la caza, la halconería y otras escenas generalmente festivas. No es una estancia tan lujosa como para ser extremadamente comfortable; ahí tomábamos siempre el té, ya que mi padre, con sus acostumbradas inclinaciones patrióticas, insistía en que la bebida nacional debía aparecer regularmente acompañando a nuestro café o chocolate.

Allí nos sentamos aquella noche, y a la luz de las velas departimos sobre el suceso de esa tarde.

Madame Perrodon y mademoiselle De Lafontaine formaban parte de la reunión. La joven forastera se había sumido en un profundo sueño una vez se hubo tendido en el lecho, y las damas la habían dejado al cuidado de una criada.

—¿Os agrada nuestra invitada? —pregunté apenas madame entró en el cuarto—. Contadme todo sobre ella.

—Me agrada sobremanera —respondió madame—; casi diría que es la criatura más hermosa que he visto jamás. Tiene aproximadamente vuestra edad, y es tan gentil y educada como vos.

—Es verdaderamente hermosa —interpuso mademoiselle, que se había asomado un momento a la habitación de la joven.

—¡Y tiene una voz tan dulce! —añadió madame Perrodon.

—¿Habéis notado que había una mujer en el carruaje, cuando lo levantaron, que no salió de él y se limitó a mirar por la ventana? —inquirió mademoiselle.

No, ninguno la habíamos visto.

Entonces describió a una repugnante mujer negra, con una especie de turbante de colores sobre la cabeza, que escudriñaba todo el tiempo por la ventanilla, asintiendo y sonriendo burlonamente en dirección a las demás; sus ojos eran brillantes, de globos blancos y saltones, y sus dientes mostraban una expresión de furia.

—¿Os percatasteis del desagradable aspecto de los criados? —preguntó madame.

—Sí —dijo mi padre, que acababa de entrar—: individuos mal encarados y huidizos como nunca había visto antes. Esperemos que no asalten a la dama en el bosque. No obstante, son bandidos eficaces; lo arreglaron todo en un minuto.

—Yo diría que estaban exhaustos por un viaje tan largo —dijo madame—. Además de malignas, sus caras eran inusualmente delgadas, oscuras y sombrías... Reconozco que me han despertado la curiosidad. Pero seguramente la joven nos aclarará todo esto mañana, si se encuentra lo suficientemente recobrada.

—No creo que lo esté —dijo entonces mi padre con una misteriosa sonrisa y una pequeña inclinación de cabeza, como si supiera más sobre el particular de lo que se molestaba en comunicarnos.

Esto aguijoneó mi intriga sobre lo que había ocurrido entre él y la dama de terciopelo negro en la breve pero seria conversación que había precedido a su partida.

En cuanto nos quedamos solos le rogué que desvelara mi incógnita, y no necesitó demasiada insistencia por mi parte.

—No existe ninguna razón en particular por la que deba ocultártelo. La dama se mostró reacia a molestarnos con el cuidado de su hija. Me dijo que su salud es delicada y que sus nervios se hallan excitados, mas me aseguró que no se encuentra expuesta a ataques de ningún tipo, ni padece de ninguna ilusión, y que está perfectamente cuerda.

—¡Qué extraño que haya dicho todo eso! —interpolé yo—. Era por completo innecesario.

—De todos modos, *lo dijo* —sonrió él—, y como quieres saber todo lo que pasó, que en realidad fue muy poco, te lo contaré. Después de decirme esto, la dama añadió: «Estoy haciendo un largo viaje cuya importancia es *vital* (y enfatizó esta palabra); se trata de un viaje rápido y secreto. Regresaré por mi hija dentro de tres meses y durante ese tiempo ella guardará silencio acerca de quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde viajamos». Eso fue todo lo que me dijo. Habló en un francés muy puro. Cuando dijo la palabra «secreto» hizo una pausa de pocos segundos y me miró con gravedad y fijeza. Creo que es el punto de mayor interés para ella. Sólo espero no haber hecho una tontería haciéndome cargo de la joven.

Yo, por mi parte, estaba encantada. Anhelaba verla y hablar con ella, y sólo esperaba la venida del médico para hacerlo. Vosotros, los que vivís en

ciudades, no podéis imaginaros el acontecimiento que significa hacer una nueva amistad en medio de la soledad que nos rodeaba.

El médico no llegó hasta casi cerca de la una de la madrugada, mas me hubiera sido tan imposible acostarme y dormir como alcanzar andando al carruaje en el que la princesa de terciopelo negro se había marchado.

Cuando el médico bajó al salón, su informe sobre la paciente fue muy favorable. Estaba despierta en ese momento, su pulso era regular y se encontraba aparentemente muy sana. No había sufrido herida alguna y la pequeña conmoción nerviosa había pasado sin ocasionarle daños. Añadió que no sería de ninguna forma contraproducente que yo la visitara, si ambas lo deseábamos; y así, con su permiso, envié a una criada para saber si era posible que acudiera a su habitación unos minutos.

La criada regresó de inmediato y me comunicó que no había nada que la joven deseara más; y podéis estar seguros de que no aguardé mucho para satisfacer ese deseo.

Nuestra visitante ocupaba una de las habitaciones más hermosas del castillo. Era quizá poco lujosa. En la pared opuesta a la de los pies de la cama había un sombrío tapiz que representaba a Cleopatra con los áspides sobre su pecho, y sobre las demás paredes se desplegaban otras solemnes escenas clásicas, algo descoloridas. Pero había también tallas de oro, y ricos y variados colores en los demás ornamentos del cuarto que redimían, en una medida más que suficiente, la tristeza de los antiguos tapices.

Había velas al lado de la cama. Ella estaba sentada y había envuelto su hermosa y delgada figura en una bata de seda ligera, bordada con flores y forrada con una manta de seda más gruesa y acolchada que su madre había echado sobre sus pies cuando la joven yacía en el suelo.

¿Qué fue lo que, al llegar a la cama y decir las primeras palabras de mi saludo, me hizo enmudecer de inmediato y retroceder unos pasos alejándome de ella? Os lo diré.

Vi el mismo rostro que me había visitado aquella noche en la infancia y que había quedado fijado en mi memoria con verdadera intensidad; el mismo rostro en el que había pensado horrorizada durante tantos años, cuando nadie sospechaba el contenido de mis pensamientos.

Era muy bonito, hasta hermoso; y desde la primera mirada vi que tenía la misma expresión melancólica que en el pasado. Pero ésta cambió al instante y se iluminó con una extraña sonrisa fija de agradecimiento.

Hubo un silencio que duró un minuto, y luego, por fin, *ella* habló: yo no podía.

—¡Qué maravilla! —exclamó—. Hace doce años vi vuestro rostro en un sueño, y desde entonces esa imagen no se ha borrado de mi mente.

—¡Sin duda es maravilloso! —repetí, sobreponiéndome con un esfuerzo al horror que me había enmudecido—. Hace doce años, en una visión o en la realidad, yo también os vi con absoluta claridad. Nunca pude olvidar vuestro rostro; ha permanecido ante mis ojos desde aquel momento.

Su sonrisa se había suavizado. Lo que en ella me había parecido extraño se había desvanecido, y ahora resplandecían sus mejillas con unos hoyuelos deliciosamente atractivos e inteligentes.

Más tranquila proseguí con el ritual que marca la hospitalidad; le di la bienvenida y le expresé el placer que su accidental llegada nos causaba a todos nosotros, y especialmente la alegría que suponía para mí.

Mientras hablaba, le cogí la mano. Yo era algo tímida, como es propio en la gente solitaria, pero la situación me hacía elocuente y hasta atrevida. Ella apretó mi mano y puso la suya encima; sus ojos brillaron mientras, mirándome deprisa, volvió a sonreír y se ruborizó.

Respondió a mi recibimiento de una manera encantadora.

Yo estaba sentada junto a ella, todavía maravillada, y me dijo entonces:

—Debo contaros la visión que tuve de vos; es muy extraño que vos y yo hayamos tenido, cada una por su lado, un sueño tan claro; que nos hayamos visto, yo a vos y vos a mí, como somos ahora, cuando, naturalmente, en aquella época las dos éramos sólo unas niñas. Yo tenía aproximadamente seis años, y al despertarme de un sueño confuso y agitado me encontré en una habitación que no se parecía en nada a la mía, revestida torpemente de una madera oscura, y con armarios, armazones de camas, sillas y bancos esparcidos alrededor de mí. Me pareció que las camas estaban vacías y que no había en el cuarto nadie más que yo. Tras observar lo que me rodeaba, me causó admiración un candelabro de hierro con dos brazos, que, por cierto, volvería a ver más tarde, y me arrastré por debajo de una cama para llegar hasta la ventana; pero al salir al otro lado oí llorar a alguien, y al mirar hacia arriba, todavía de rodillas, os vi a vos —erais vos, con toda certeza—, tal como os veo ahora: una hermosa joven, con cabellos dorados y grandes ojos azules, y labios..., vuestros labios..., vos, tal como estáis ahora ante mí. Vuestro aspecto me ganó; me subí a la cama y os abracé, y creo que las dos nos quedamos dormidas. Me despertó un grito: vos estabais sentada en la cama, gritando. Entonces me asusté y me deslicé de nuevo al suelo y, según me pareció, perdí el conocimiento por un momento. Cuando volví en mí estaba otra vez en mi habitación, en mi casa. Desde entonces jamás he podido

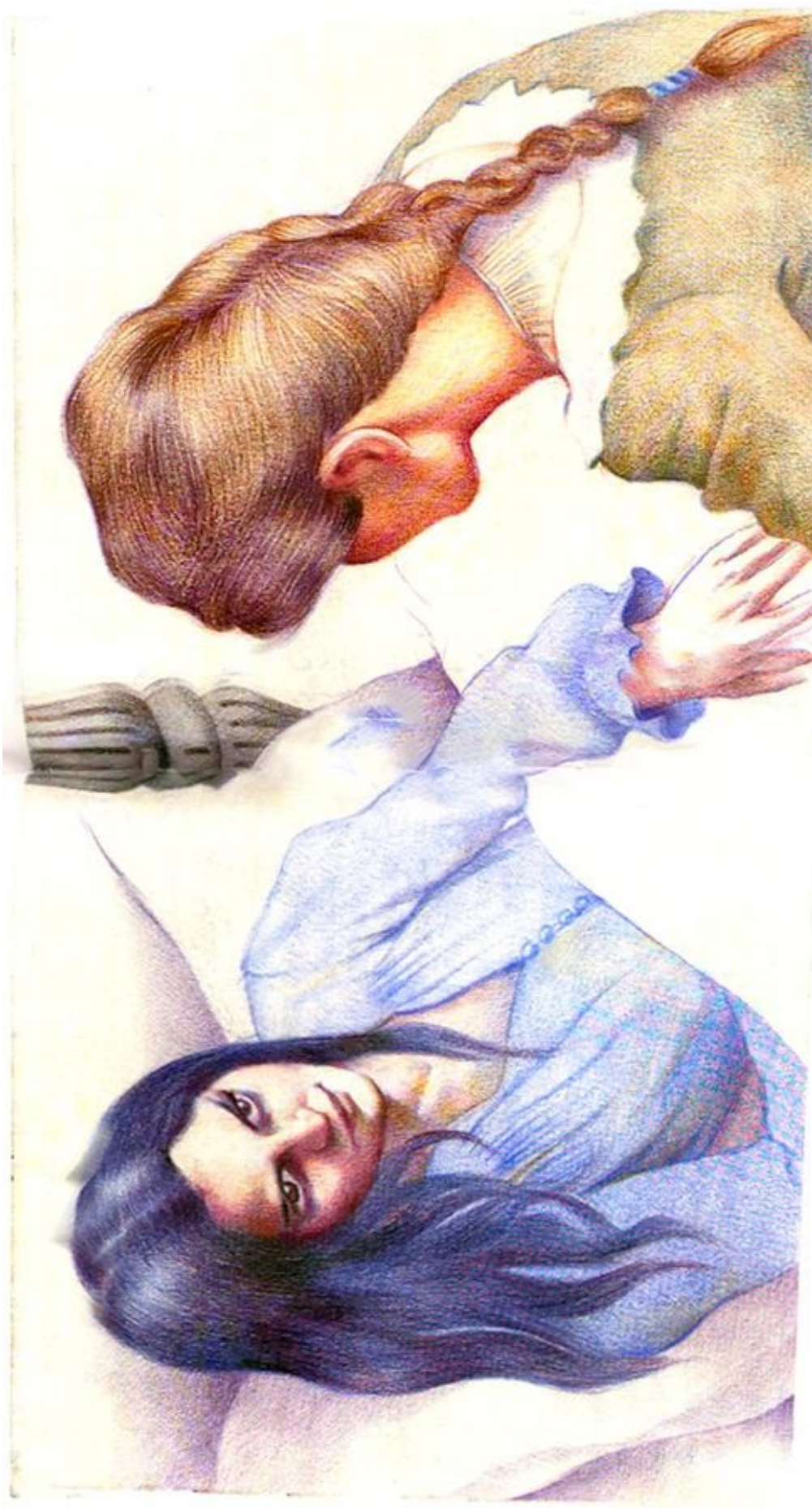
olvidar vuestro rostro. No podría confundirme con una mera semejanza. Vos sois la dama a quien vi aquella vez.

Me llegó entonces el turno de contar mi correspondiente visión y así lo hice, ante el no disimulado asombro de mi interlocutora.

—No sé cuál de nosotras debería estar más asustada de la otra —dijo, sonriendo otra vez—. Si fuerais menos hermosa creo que estaría muy asustada; mas siendo como sois, y las dos tan jóvenes, sólo siento que nos hemos conocido hace doce años y que tengo cierto derecho a vuestra intimidad. Sea como sea, parece como si estuviéramos destinadas, desde nuestra más temprana infancia, a ser amigas. Me pregunto si os sentís tan atraída hacia mí como yo me siento hacia vos. Nunca he tenido una amiga... ¿Podré encontrar una ahora? —ella suspiró, y sus bellos ojos oscuros me miraron apasionadamente.

Ahora bien, la verdad es que mis sentimientos hacia la hermosa forastera eran bastante inexplicables. Sin duda me sentía, como había dicho, «atraída hacia ella»; pero también había algo de repulsión. Sin embargo, ante este ambiguo sentimiento prevaleció con mucho la sensación de atracción. Ella me interesaba, y por fin me conquistó; era tan hermosa, y tan indescriptiblemente atractiva...

En ese momento percibí que en sus rasgos se dibujaban huellas de languidez y agotamiento, por lo cual me apresuré a darle las buenas noches.



—¡Qué amabilidad por vuestra parte! Mas no podría dormir, jamás he podido hacerlo con una asistenta en el cuarto. No necesitaré asistencia alguna, y..., si os confieso mi debilidad..., me obsesiona el terror a los ladrones. Una vez robaron en nuestra casa y mataron a dos criadas; desde entonces cierro siempre la puerta con llave. Se ha convertido en un hábito..., y parecéis tan gentil que sé que me perdonaréis. Veo que hay una llave en la cerradura.

Me rodeó un momento con sus hermosos brazos y susurró en mi oído:

—Buenas noches, querida; es muy difícil dejaros, mas buenas noches. Mañana, aunque no temprano, volveré a veros.

Se hundió entonces en la almohada con un suspiro y sus bellos ojos me siguieron con una mirada afectuosa y melancólica, mientras murmuraba otra vez:

—Buenas noches, querida amiga.

Los jóvenes sienten inclinación, y aun amor, por impulso. Yo me sentía halagada por el evidente —aunque inmerecido todavía— afecto que me demostraba. Me agradaba la confianza con la que me había recibido desde el primer momento. Parecía determinada a que fuéramos buenas amigas.

Llegó el día siguiente y volvimos a encontrarnos. Yo estaba encantada con mi compañera en muchos sentidos.

Su aspecto no perdió nada a la luz del día... Era sin duda la criatura más hermosa que nunca había visto, y el desagradable recuerdo del rostro presente en mi lejano sueño había perdido el efecto del reconocimiento primero e inesperado.

Me confesó aquella mañana que ella había experimentado una conmoción similar al verme, y exactamente la misma antipatía que yo mezclada con mi admiración por ella. Encantadas, las dos nos reímos de nuestros iniciales horrores.

CAPÍTULO IV

Sus hábitos. Un paseo

Os he dicho que estaba encantada con ella en muchos aspectos.

Había sin embargo algunos que no me agradaban tanto.

Su estatura era superior a la media entre las mujeres. Empezaré por describirla. Era esbelta, y poseía una gracia seductora. Salvo que sus movimientos eran lánguidos..., *muy* lánguidos, no había nada en su aspecto que la señalara como inválida. Su tez era viva y brillante. Sus rasgos, pequeños y muy bien formados; sus ojos, grandes, oscuros y de un brillo intenso; su cabello, maravilloso; nunca he visto una cabellera tan magnífica, espesa y larga cuando le caía sobre los hombros. A menudo la sostenía en mis manos y reía sorprendida al comprobar su peso. Era de una finura exquisita y muy suave, de un color castaño oscuro matizado con dorados reflejos. Me fascinaba dejarla caer por su propio peso mientras, en su cuarto, ella sentada en una silla y yo oyendo su baja y dulce voz, la trenzaba y la extendía jugueteando con ella. ¡Cielo santo! ¡Si hubiera sospechado algo en aquellos momentos!

Pero había detalles que no me agradaban. He dicho que su confianza me conquistó desde la primera noche en que la vi; pero pronto percibí que, con respecto a sí misma, su madre, su historia, todo aquello, en suma, relacionado con su vida, planes y amistades, manifestaba una reserva que la mantenía de continuo en guardia. Tal vez yo era un poco insensata, puede que hasta estuviera en un error. Quizá debería haber respetado el solemne encarecimiento que la elegante dama vestida de terciopelo negro había confiado a mi padre. Mas la curiosidad es una pasión inescrupulosa e infatigable, y ninguna joven habría soportado, pacientemente, que la suya se viera frustrada por otra joven de la misma condición. ¿Qué mal podía hacer a nadie el que me dijera lo que yo deseaba saber tan ardientemente? ¿Acaso no confiaba en mi sensatez o en mi honor? ¿Por qué no me creía cuando le aseguraba con solemnidad que no divulgaría ni una sola sílaba de lo que me dijera a mortal alguno?

Había, me parecía, una frialdad que no era propia de sus años en su persistente, sonriente y melancólica negativa a proporcionarme el más mínimo rayo de luz.

No puedo decir que riñéramos por este tema, ya que ella no reñía por ninguno. Sin duda que era una injusticia por mi parte presionarla, de mala educación, pero realmente no podía evitarlo, y tampoco podía olvidarme del asunto.

Lo que se limitaba a decirme se reducía, para mi exagerada estimación, a nada.

Todo se resumía en tres revelaciones muy vagas:

Primero: su nombre era Carmilla.

Segundo: su familia era de muy noble y antiguo cuño.

Tercero: su casa estaba emplazada en algún punto hacia el Oeste.

No me dijo el apellido de su familia, ni cuál era su escudo de armas, ni el nombre de su finca, ni aun el del país en el que vivían.

No debéis pensar que la molestaba incesantemente con mis interrogatorios. Al contrario: esperaba la oportunidad propicia, y más bien insinuaba mis incógnitas que la apremiaba con ellas. Sólo una o dos veces la abordé de una manera directa. Mas no importa cuáles fueran mis tácticas: el resultado invariable era de un completo fracaso. Ni los reproches ni las caricias ejercían efecto alguno sobre ella. Pero, en honor a la verdad, debo añadir que manifestaba su evasión con una desaprobación y una melancolía tan dulces, con tantas, y hasta apasionadas, declaraciones de su afecto por mí y de su fe en mi honor, y con tantas promesas de que al fin lo sabría todo, que no podía, en lo más profundo de mí, sentirme ofendida por su silencio.

Solía rodear mi cuello con sus hermosos brazos, atraerme hacia sí y, apoyando su mejilla sobre la mía, con sus labios muy cerca de mi oído, murmurar:

—Querida, vuestro corazoncito está herido; no penséis que soy cruel porque obedezco a la irresistible ley de mi fuerza y debilidad. Si vuestro querido corazón está herido, el mío, extraviado, sangra con él. En el éxtasis de mi enorme humillación vivo en vuestra cálida vida, y vos moriréis..., moriréis dulcemente en la mía. No puedo evitarlo; así como yo me acerco a vos, vos, cuando llegue el momento, os acercaréis a otros, y conoceréis el éxtasis de esta crueldad que, no obstante, es amor. Así pues, no indaguéis más sobre mí y los míos, y confiad en mí con todo vuestro afectuoso espíritu.

Y cuando concluía esta especie de rapsodia me estrechaba aún más en su abrazo tembloroso y sus labios florecían en suaves besos sobre mi mejilla.

Su agitación y su lenguaje me eran ininteligibles.

Cada vez que tenían lugar estos insensatos abrazos —lo que no ocurría con frecuencia, debo admitirlo—, yo sentía el deseo de liberarme de ellos; pero las energías me fallaban. Sus palabras susurradas sonaban como un arrullo en mis oídos y paralizaban mi resistencia haciéndome caer en una suerte de trance del que sólo me recobraba cuando ella aflojaba su abrazo.

No me agradaba cuando se mostraba en este misterioso estado. Experimentaba una excitación extraña y tumultuosa que de vez en cuando era agradable, mezclada con una vaga sensación de temor y rechazo. No tenía pensamientos definidos respecto a ella mientras duraban tales escenas, mas era consciente de un afecto que iba convirtiéndose gradualmente en adoración a la vez que en odio. Sé que esto resulta paradójico, pero no puedo explicarlo de otra manera.

Escribo ahora, después de un intervalo de más de diez años, con mano temblorosa y el recuerdo confuso y horrible de ciertos sucesos y situaciones que formaron parte de la durísima prueba por la que inconscientemente estaba atravesando; no obstante, tengo una memoria clara y muy aguda del hilo principal sobre el que se desarrolló mi historia. A pesar de ello, estoy convencida de que en la vida de todo el mundo existen determinadas escenas emocionales en las que nuestras pasiones se han visto despertadas de la manera más violenta y terrible, y nuestro recuerdo de ellas es, entre todos, el más vago y oscuro.

A veces, tras una hora de apatía, mi extraña y hermosa compañera solía cogerme la mano y estrecharla con una cálida presión, renovada una y otra vez; en tales momentos se ruborizaba suavemente, me miraba a la cara con ojos lánguidos y ardientes y su respiración era tan agitada que el vestido se le levantaba y descendía con ritmo convulso. Era como la pasión de un amante; me incomodaba: era odioso y, sin embargo, irresistible. Entonces me atraía hacia sí con ojos codiciosos y sus labios calientes recorrían sobre mi mejilla un camino de besos; «Sois mía, *seréis* mía; vos y yo somos una para siempre», murmuraba, casi sollozando. Luego volvía a reclinarse en su silla, con las pequeñas manos sobre los ojos, dejándome temblorosa.

—¿Tenemos algún parentesco? —solía preguntar yo—; ¿qué queréis decir con todo esto? Quizá yo os recuerdo a alguien a quien amasteis; pero no debéis comportaros de ese modo; lo aborrezco. No os conozco..., no me conozco a mí misma cuando lo hacéis y habláis de semejante manera.

Ella entonces suspiraba ante mi vehemencia, luego se daba la vuelta y dejaba caer mi mano.

Respecto a estas extraordinarias manifestaciones, traté en vano de formularme alguna teoría satisfactoria. No podía tomarlas como fingidas; no cabía la menor duda de que constituían la expresión momentánea del instinto y la emoción reprimidos. ¿Acaso, a pesar de la firme negativa de su madre, estaba sujeta a breves accesos de locura? ¿O había aquí un disfraz y un romance? Había leído en los viejos libros de historia acerca de tales cosas. ¿Quizá un joven enamorado habíase introducido de tal modo en casa y con la asistencia de una aventurera vieja e inteligente trataba de enamorarme? Pero había demasiadas cosas en contra de esta hipótesis, a pesar de lo interesante que resultaba para mi vanidad.

Podía alardear de no pocas atenciones similares a las que la galantería masculina gusta de ofrecer. Entre tales momentos de pasión había largos intervalos de monotonía, de alegría, de pensativa melancolía, durante los cuales, salvo que detectara sus ojos llenos de lánguido fuego siguiéndome, parecía como si yo no representara nada para ella. Exceptuando estos breves períodos de misteriosa excitación, su conducta era femenina; y siempre había en ella una languidez incompatible con un organismo masculino en estado saludable.

En algunos detalles sus hábitos eran extraños. Quizá no parezcan tan singulares ante los ojos de una dama de ciudad, como vos sois, pero sí lo eran para nosotros, gente del campo. Acostumbraba a bajar muy tarde, generalmente no antes de la una; tomaba una taza de chocolate, pero no comía nada. Entonces salíamos a dar un paseo y, a pesar de la brevedad de éste, casi de inmediato parecía exhausta y regresaba al castillo o se sentaba en uno de los bancos que había esparcidos entre los árboles. Esta languidez de su cuerpo no concordaba con la vivacidad de su alma. Era una animada conversadora, y muy inteligente.

A veces aludía momentáneamente a su hogar o mencionaba una aventura o situación, o un temprano recuerdo que indicaba que se trataba de gente de extrañas costumbres, y describía modalidades de las que yo nunca había oído hablar. Basándome en estos casuales indicios deduje que su tierra nativa era mucho más remota de lo que en un principio yo había imaginado.

Un día nos encontrábamos sentadas bajo los árboles, cuando un cortejo fúnebre pasó frente a nosotras. Era el de una hermosa niña a quien yo había visto a menudo, la hija de uno de los guardabosques de la comarca. El pobre hombre marchaba detrás del ataúd de su querida hija; era el único fruto de su matrimonio y se veía que tenía el corazón destrozado. Detrás de él marchaban los campesinos, de dos en dos, cantando un himno fúnebre.

Entonces me levanté en señal de respeto mientras pasaban y me uní al himno que cantaban con tanta dulzura.

En ese momento mi compañera me dio una pequeña sacudida y yo me volví sorprendida. Entonces dijo bruscamente:

—¿Acaso no os percatáis de lo deprimente que es esto?

—Por el contrario, creo que es muy dulce —respondí, molesta por la interrupción, y muy incómoda al pensar que la gente que componía el pequeño cortejo podía darse cuenta de lo que ocurría y sentirse insultada. De inmediato retomé, pues, la melodía, y de nuevo fui interrumpida.

—Me perforáis los oídos —dijo Carmilla, casi enfadada, poniéndose los diminutos dedos sobre las orejas—. Además, ¿cómo podéis decir que mi religión es la misma que la vuestra? Vuestras costumbres me hieren, y odio los funerales. ¡Qué necesidad! ¿Acaso vos no tenéis que morir? *Todos* tienen que morir y son más felices cuando esto ocurre. Volvamos a casa.

—Mi padre ha ido con el clérigo al cementerio. Creía que sabías que iban a enterrarla hoy.

—¿A enterrarla? No me interesan las campesinas. No tengo ni idea de quién es —dijo Carmilla, y sus bellos ojos relampagueaban.

—Es la pobre niña que creyó ver un fantasma hace dos semanas y ha estado moribunda desde entonces hasta ayer, en que expiró.

—No me digáis nada sobre fantasmas. No podré dormir esta noche si lo hacéis.

—Espero que no se trate del comienzo de ninguna epidemia o fiebre; todo esto parece muy extraño —continué—. La joven esposa del porquerizo murió hace sólo una semana; creía que algo la había cogido por la garganta cuando estaba acostada y casi la había estrangulado. Mi padre dice que estas horribles visiones acompañan a algunos tipos de fiebre. La niña estaba perfectamente el día anterior, pero cayó enferma justo después de la visión y ha muerto en menos de una semana.

—Bien, *su* funeral ya ha pasado, espero, y *su* himno ha sido cantado; al menos no nos torturarán los oídos con tales discordancias y jerigonzas. Sentaos aquí, a mi lado; sentaos cerca; coged mi mano; estrechadla fuerte..., fuerte..., más fuerte.

Habíamos retrocedido un poco y nos sentamos en otro banco.

El rostro de ella sufrió entonces un cambio que me alarmó y hasta me aterrorizó durante un momento. Se oscureció y se puso lívido de pronto, por completo; sus dientes y sus manos estaban apretados, y fruncía y comprimía los labios mientras miraba hacia abajo, en dirección a sus pies, temblando

convulsivamente con un estremecimiento tan irreprimible como el del escalofrío. Todas sus energías parecían comprometidas en el esfuerzo de reprimir un ataque contra el que estuviera luchando desesperadamente. Por fin, un sollozo bajo y entrecortado de sufrimiento salió de sus labios, y la histeria se apaciguó.

—¡Ya! ¡Esto pasa por estrangular a la gente con himnos! —dijo finalmente—. Sujetadme, sujetadme en silencio. Ya está pasando.

Y así fue; gradualmente, y quizá para disipar la sombría impresión que este espectáculo había dejado sobre mí, se puso muy animada y conversadora; entonces volvimos a casa.

Ésta fue la primera vez que la vi mostrar algún síntoma definible del delicado estado de salud que había mencionado su madre. Fue también la primera vez en que la vi exhibir algo parecido a la ira.

Ambos estados se desvanecieron como una nube de verano; y sólo una vez más, después de este episodio, presencié en ella un signo pasajero de cólera. Os contaré cómo ocurrió.

Nos encontrábamos las dos asomadas a una de las ventanas de la sala cuando vimos en la entrada del castillo, al otro lado del puente levadizo, la figura de un caminante que yo conocía muy bien. Solía visitarme dos veces al año.

Era un jorobado con los rasgos magros y afilados que normalmente acompañan a la deformidad. Llevaba una negra barba puntiaguda y sonreía de oreja a oreja mostrando sus blancos colmillos. Vestía de amarillo, negro y escarlata, y lo cruzaban más tirantes y cinturones de los que hubiera podido contar, de los cuales colgaban todo tipo de cosas. Detrás cargaba una linterna mágica y dos cajas que me eran familiares: en una de ellas llevaba una salamandra, y en la otra una mandrágora. Estos monstruos hacían reír a mi padre. Estaban formados con partes secas de monos, papagayos, ardillas, pescados y erizos, cosidas entre sí con gran habilidad, y en conjunto producían un efecto sorprendente. Llevaba también un violín, una caja con aparatos de magia, un par de espadas y máscaras de esgrima atadas al cinturón, varias cajas misteriosas colgando y un bastón negro con contera de cobre en las manos. Le acompañaba un flaco perro mestizo que le seguía pegado a sus talones, pero que se detuvo en seco, medroso, ante el puente levadizo, y un momento después comenzó a aullar lúgubrementemente.

Mientras tanto, el saltimbanqui, en el centro de la explanada, se quitó el grotesco sombrero e hizo ante nosotras una ceremoniosa reverencia,

expresando un saludo con gran soltura en un execrable francés y en un no mejor alemán.

Luego, desenfundando su violín, comenzó a rascar un airecillo jovial, acompañándose discordantemente con voz alegre y bailando con unos ademanes juguetones y ágiles que me hicieron reír a pesar del aullido del perro.

Terminada la danza, se acercó a nuestra ventana deshaciéndose en sonrisas y saludos, con el sombrero en la mano izquierda y el violín bajo el brazo, y, haciendo gala de una fluidez sin respiro, farfulló un largo anuncio de todos sus talentos y los recursos de las variadas artes que ponía a nuestro servicio, así como de las curiosidades y entretenimientos que, ante una simple indicación nuestra, era capaz de desplegar ante nuestra vista.

—¿Placería a vuestras señorías comprar un amuleto contra el *oupire*, que, según he oído, corre por estos bosques como los lobos? —dijo, tirando al suelo su sombrero—. Está causando muertes a diestra y siniestra, y tengo aquí un hechizo que nunca falla: sólo tenéis que sujetarlo a la almohada con un alfiler, y podréis reiros en su cara tranquilamente.

Estos amuletos consistían en bandas oblongas de vitela con inscripciones de diagramas y cifras cabalísticas.

Carmilla compró uno de inmediato, y así lo hice yo.

Él miraba hacia arriba y nosotras le sonreíamos, divertidas; al menos, por lo que a mí respecta. Sus penetrantes ojos negros parecieron de repente detectar algo en nuestros rostros mientras nos observaba, algo que le llamó poderosamente la atención.

En un instante desenrolló una funda de cuero que contenía todo tipo de pequeños y extraños instrumentos de acero.

—Ved, mi señora —dijo dirigiéndose a mí, al tiempo que desplegaba la funda en toda su longitud—, entre otras artes menos útiles, profeso la de la odontología. ¡Demonio de perro! —interpeló—. ¡Silencio, bestia! Aúlla de tal modo que vuestras señorías apenas pueden oír una palabra. Vuestra noble amiga, la joven dama a vuestra derecha, tiene un diente muy agudo: largo, delgado, puntiagudo como una lezna o una aguja; ¡ja, ja! Lo he visto claramente con mi vista de largo alcance al mirar hacia arriba. Si ese diente lastimara a la joven dama, como es posible que ocurra, aquí estoy yo, y aquí están mi lima, mi punzón y mis tenazas; lo dejaré redondo y chato, si así lo desea su señoría: no más largo que el diente de un pez, sino como el de una hermosa joven dama como ella es. ¿Eh? ¿Acaso he disgustado a la dama? ¿He sido demasiado atrevido? ¿La he ofendido?

En efecto, la joven dama parecía muy enojada al retirarse de la ventana.

—¿Cómo se atreve ese saltimbanqui a insultarnos así? ¿Dónde está vuestro padre? Exigiré un desagravio de su parte. ¡Mi padre habría hecho atar a este miserable a la bomba de agua para que fuera azotado con un látigo y quemado hasta los huesos con la marca del castillo!

Se alejó de la ventana y se sentó en una silla; apenas había perdido de vista a su ofensor cuando su ira se calmó tan repentinamente como se había encendido, y poco a poco recobró su tono normal olvidando aparentemente al jorobado y sus locuras.

Mi padre estaba muy desasosegado aquella tarde. Al entrar nos contó que había habido otro caso muy similar a los dos últimos cuyo fatal desenlace acababa de producirse. La hermana de un joven campesino que habitaba en sus tierras, a sólo una milla de distancia, estaba muy enferma y había sido atacada, según su descripción, de un modo muy semejante al de los casos anteriores. Su estado empeoraba con lentitud, pero sin pausa.

—Todo esto proviene estrictamente de causas naturales —dijo mi padre—. Esta pobre gente se contagia entre sí sus supersticiones, y repiten en su imaginación las visiones de terror que sufren sus vecinos.

—Pero estas circunstancias asustan a cualquiera —dijo Carmilla.

—¿De qué manera? —inquirió mi padre.

—Bueno, yo tengo tanto miedo de llegar a imaginar que veo esas cosas..., creo que sería tan malo como si ocurrieran realmente.

—Estamos en las manos de Dios, y nada puede pasarnos sin que Él lo permita: todo terminará bien para aquellos que confían en su bondad. Él es nuestro fiel creador: nos ha creado a todos y nos protegerá de cualquier mal.

—¡Creador! ¡Naturaleza! —exclamó Carmilla en respuesta a mi amable padre—. Y esta enfermedad que invade la comarca es natural. Naturaleza. Todas las cosas proceden de ella, ¿no es así? ¿Acaso todas las cosas en el cielo, en la tierra y bajo la tierra no actúan y viven según las leyes de la Naturaleza? Yo lo creo así.

—El médico dijo que vendría hoy —dijo mi padre tras un silencio—. Quiero saber qué es lo que él piensa, y qué cree que deberíamos hacer.

—Los médicos nunca me hicieron ningún bien —dijo Carmilla.

—Entonces, ¿habéis estado enferma? —pregunté yo.

—Más enferma de lo que vos habéis estado nunca —contestó ella.

—¿Hace mucho tiempo?

—Sí, mucho tiempo. Sufrí de esta misma enfermedad; pero lo he olvidado todo excepto mi dolor y debilidad, y eso que no eran tan malos como los que

se sufren en otras enfermedades.

—¿Erais entonces muy joven?

—Así es; pero no hablemos más de ello. No desearéis herir a una amiga, ¿verdad? —me miró lánguidamente a los ojos y me rodeó la cintura con su brazo, al tiempo que me conducía fuera de la habitación. Mi padre estaba absorto en unos papeles cerca de la ventana.

—¿Por qué le gusta a vuestro padre asustarnos de este modo? —preguntó la hermosa joven con un suspiro y un leve estremecimiento.

—No desea hacerlo, Carmilla: es la cosa más alejada de su intención.

—Y vos, ¿tenéis miedo, querida?

—Tendría muchísimo miedo si supiera que realmente existe algún riesgo de ser atacada como lo ha sido esa pobre gente.

—¿Tenéis miedo a la muerte?

—Sí, todo el mundo lo tiene.

—Pero a morir como pueden morir los amantes..., morir juntos, de manera que puedan vivir juntos... Las jóvenes viven en el mundo como orugas, para convertirse en mariposas cuando llega el verano; mas en el intervalo hay gusanos y larvas, ¿no lo veis?..., cada uno con sus características necesidades y estructuras peculiares. Esto es lo que dice monsieur Buffon en un libro que hay en la habitación de al lado.

Más tarde aquel mismo día llegó el médico y se encerró durante un buen rato con mi padre. Era un hombre inteligente, de unos sesenta y tantos años. Usaba polvos faciales y se afeitaba su pálido rostro hasta dejarlo tan suave como una calabaza. Por fin salieron de la habitación, y oí que mi padre se reía y decía:

—¡Bien! ¡Sí que me maravillo ante un hombre sabio como vos! ¿Qué decís entonces de los hipogrifos y los dragones?

El médico sonreía y respondió, sacudiendo la cabeza:

—Sin embargo, la vida y la muerte son estados misteriosos, y sabemos muy poco de los recursos de cada una.

Se alejaron conversando de este modo y yo no escuché más. No supe entonces qué era lo que el médico había traído a colación, pero creo que puedo adivinarlo ahora.

CAPÍTULO V

Un parecido asombroso

Esa tarde llegó desde Gratz el hijo de un artesano cuyo oficio era limpiar y restaurar cuadros; el muchacho tenía un aire grave y era de rostro moreno; había venido con un caballo y un carro cargado con dos enormes cajas de embalaje llenas de dibujos. Había hecho un viaje de diez leguas, y cada vez que llegaba al castillo un mensajero procedente de nuestra pequeña capital solíamos rodearlo en la sala, ansiosos por conocer las últimas nuevas.

Su llegada causó en nuestro retiro casi sensación. Las cajas quedaron en el vestíbulo y los criados se encargaron del mensajero hasta que hubo tomado su cena. Luego, con la ayuda de asistentes y armado de martillo, cuña y destornillador, se unió a nosotros en el vestíbulo, en donde nos habíamos reunido para presenciar el desembalaje de las cajas.

Carmilla estaba sentada contemplando apáticamente la escena, mientras uno tras otro los antiguos cuadros, en su mayoría retratos, salieron a la luz; todos habían sufrido el proceso de renovación imprimido por las manos del artesano. Mi madre había pertenecido a una antigua familia húngara y la mayor parte de estos retratos que estaban a punto de ser restituidos a su lugar habían llegado a nosotros a través de ella.

Mi padre tenía una lista en la mano e iba leyendo en voz alta mientras el artista buscaba en su caja los números correspondientes. No sé si los óleos eran muy buenos, mas sin duda eran muy antiguos, y algunos de ellos también muy curiosos. Casi todos tenían el mérito de ser vistos por mí, puedo decirlo, por primera vez, ya que el humo y el polvo del tiempo casi los había borrado.

—Hay uno que todavía no he visto —dijo mi padre—. En uno de los ángulos superiores lleva el nombre de «Marcia Karnstein», y la fecha «1698»; tengo curiosidad por ver cómo ha quedado.

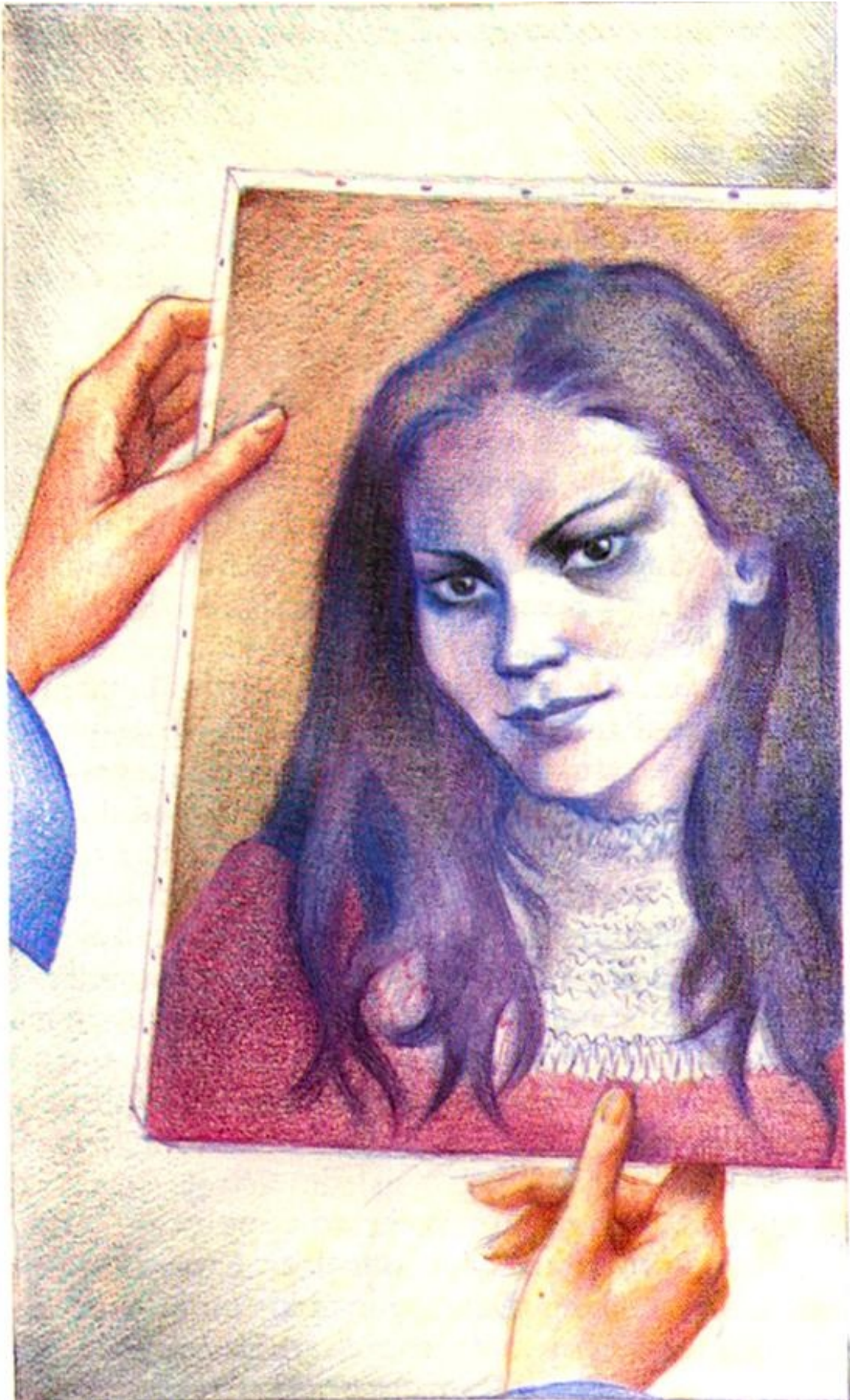
Lo recordaba muy bien: era un cuadro pequeño, de aproximadamente un pie y medio de largo, y casi cuadrado, sin marco; pero estaba tan ennegrecido por el paso del tiempo que nunca había podido distinguir los rasgos de la figura.

En ese momento el artista lo sacó a la luz con evidente orgullo. Era muy hermoso y sorprendente: la figura parecía viva... ¡Era el retrato de Carmilla!

—Carmilla, querida, ¡esto es un absoluto milagro! Aquí estáis, viva, sonriente, a punto de hablar, en este retrato. ¿No es hermoso, papá? Y mira, ¡ni siquiera le falta el lunar de la garganta!

Mi padre rió y dijo:

—Ciertamente, es un parecido asombroso.



Mas pronto miró hacia otro lado y, para mi sorpresa, no pareció muy impresionado con la semejanza y continuó hablando con el artesano, quien era también un poco artista y discurría inteligentemente acerca de los retratos y obras de otra naturaleza que su arte acababa de sacar a la luz y al color, mientras yo me hundía en la estupefacción cuanto más contemplaba la pintura.

—¿Me dejarás colgar este cuadro en mi habitación, papá? —pregunté.

—Por supuesto, querida —respondió él, sonriendo—. Me alegra que la encuentres tan parecida a tu amiga. Debe ser aún más bonita de lo que yo pensaba.

Carmilla no agradeció estas gentiles palabras, ni pareció oírlas siquiera. Estaba reclinada en su asiento con sus hermosos ojos bajo las largas pestañas contemplándome fijamente, y sonreía en una especie de éxtasis.

—Y ahora se puede leer con bastante facilidad el nombre que está descrito arriba. No es Marcia; parece como si estuviera hecho en oro. El nombre es Mircalla, condesa de Karnstein, y hay una pequeña corona sobre él, y debajo A. D. 1698. Soy descendiente de los Karnsteins; quiero decir, mi madre lo era.

—¡Ah! —exclamó entonces Carmilla lánguidamente—, también yo lo soy, creo; una descendencia muy lejana y antigua. ¿Quedan algunos Karnsteins vivos actualmente?

—Ninguno que lleve el nombre, me parece. La familia se arruinó según creo en unas guerras civiles hace mucho tiempo, pero las ruinas del castillo están a sólo tres millas de aquí.

—¡Qué interesante! —dijo ella con apatía—. ¡Pero observad qué hermosa está la luz de la luna! —se veía por la puerta del vestíbulo, que había quedado algo entornada—. ¿Qué os parece si damos un pequeño paseo rodeando el castillo y echamos una mirada al camino y al río?

—Será como la noche en que llegasteis aquí —dije yo.

Ella suspiró, sonriendo. Se levantó por fin y, rodeando cada una con su brazo la cintura de la otra, salimos al exterior. En silencio caminamos lentamente hasta el puente levadizo, donde la hermosura del paisaje se abrió ante nuestra vista.

—¿Así que pensabais en la noche en que llegué aquí? —casi murmuró—. ¿Estáis contenta de que haya venido?

—Encantada, querida Carmilla —repuse.

—Y pedís un retrato que creéis parecido a mí para colgarlo en vuestro cuarto —susurró con un suspiro, mientras aumentaba la presión de su brazo

sobre mi cintura y reclinaba sobre mi hombro su hermosa cabeza.

—¡Qué romántica sois, Carmilla! —dije entonces—. Cuando quiera que me contéis vuestra historia, estoy segura de que consistirá principalmente en algún gran romance.

Ella me besó en silencio.

—No me cabe la menor duda de que habéis estado enamorada, Carmilla; que en este mismo momento hay en juego alguna historia del corazón.

—Jamás he estado enamorada de nadie, y jamás lo estaré —murmuró ella—. ..., a menos que sea de vos.

¡Qué hermosa se veía bajo la luz de la luna!

Tímida y extraña fue la mirada con que escondió rápidamente su rostro en mi cuello y cabellos, entre agitados suspiros que casi llegaban a sollozos, y estrechó en la mía una mano que temblaba.

Su suave mejilla se encendía sobre la mía.

—¡Querida, querida! —murmuró—. Yo vivo en vos, y vos moriréis por mí, tanto os amo.

Yo me deshice de su abrazo.

Ella me miraba con unos ojos de los que todo fuego o intención habían desaparecido, y su rostro estaba pálido y apático.

—¿Acaso una corriente helada atraviesa el aire, querida? —dijo somnolienta—. Estoy temblando casi. ¿He estado soñando? Volvamos adentro. Venid, venid conmigo.

—Parecéis enferma, Carmilla; un poco mareada. Debéis tomar un poco de vino —dije yo.

—Sí, lo haré. Ya estoy mejor. Estaré perfectamente en pocos minutos. Sí, dadme un poco de vino —respondió Carmilla mientras nos acercábamos a la puerta—. Asomémosnos otra vez un momento; quizá sea ésta la última vez en que contemple la luz de la luna en vuestra compañía.

—¿Cómo os sentís ahora, querida Carmilla? ¿Estáis mejor realmente? —pregunté.

Yo empezaba a alarmarme con el temor de que hubiera sido afectada por la extraña epidemia que se decía había invadido la comarca.

—Mi padre se entristecería más de lo imaginable si pensara que habiendo sentido el más ligero síntoma de enfermedad no nos lo habíais comunicado. Tenemos un médico muy bueno en la vecindad, el doctor que estuvo con mi padre hoy mismo.

—Estoy segura de ello. Sé muy bien lo bondadosos que sois todos vosotros. Pero, querida mía, ahora ya estoy bien. No padezco nada malo, a no

ser un poco de debilidad. La gente dice que soy lánguida; soy incapaz de esfuerzos físicos. Apenas puedo andar la distancia que recorrería un niño de tres años; y de cuando en cuando la poca fuerza que poseo vacila, y me pongo como acabáis de ver. No obstante, me repongo con bastante rapidez después de todo. En un momento vuelvo a ser yo misma. Observad lo bien que me he recuperado.

Y en efecto, así era. Conversamos mucho y muy animadamente, y el resto de la velada pasó sin ninguna recurrencia de lo que yo llamaba sus enamoramientos. Me refiero a su loco discurso y a sus miradas, que ya no sólo me incomodaban, sino que también me asustaban.

Pero aquella noche ocurrió un suceso que cambió el curso de mis pensamientos y que pareció infundir también en la lánguida naturaleza del Carmilla una momentánea energía.

CAPÍTULO VI

Una agonía muy extraña

Cuando por fin estuvimos sentadas en la sala ante nuestro café y chocolate —aunque Carmilla no tomó ni uno ni otro, parecía por completo recobrada—, madame y mademoiselle De Lafontaine se unieron a nosotras y organizaron un pequeño juego de cartas, durante el curso del cual mi padre entró para tomar lo que él llamaba «su plato de té».

Cuando terminó el juego se sentó junto a Carmilla en el sofá y le preguntó, con cierta ansiedad, si había sabido algo de su madre desde su llegada.

Ella respondió que no.

Entonces él le preguntó si sabía adonde podría enviársele una carta en esos momentos.

—No podría decirlo —dijo Carmilla ambiguamente—, pero he estado pensando en dejaros; habéis sido ya demasiado hospitalarios y bondadosos conmigo. Os he acarreado una infinidad de problemas, y quisiera coger un carruaje mañana para emprender un viaje siguiendo los pasos de mi madre. Sé dónde encontrarla en su destino final, aunque no me atrevo a decíroslo todavía.

—¡Pero no debéis imaginaros siquiera tal cosa! —exclamó mi padre, para mi alivio—. No podemos aceptar el perderos, y no consentiré que nos dejéis, a menos que sea bajo el cuidado de vuestra madre, quien tuvo la gran bondad de autorizar vuestra estancia con nosotros hasta su regreso. Me alegraría saber que habéis tenido noticias de ella; pero esta tarde las novedades del progreso de la misteriosa enfermedad que ha mermado nuestro vecindario se han hecho aún más alarmantes; mi hermosa huésped, realmente siento el peso de una gran responsabilidad, y preferiría contar con el apoyo que significaría el consejo de vuestra madre. Pero, sea como sea, haré lo mejor que pueda, y una cosa es segura: no debéis pensar en abandonarnos sin contar con una orden expresa de su parte. Sufriremos demasiado al separarnos de vos como para consentirlo fácilmente.

—Gracias, señor, mil y una veces por vuestra hospitalidad —respondió ella, sonriendo con timidez—. Habéis sido todos muy buenos conmigo. Muy pocas veces he sido tan feliz como en vuestro hermoso *château*, bajo vuestro cuidado y en compañía de vuestra querida hija.

Al escuchar su pequeña declaración, mi padre, complacido, le besó la mano con sus anticuadas maneras al tiempo que le sonreía.

Luego acompañé a Carmilla a su habitación como lo hacía usualmente. Me senté para hablar con ella mientras se preparaba para acostarse.

—¿Pensáis que algún día confiaréis por entero en mí? —le pregunté por fin.

Ella se volvió sonriendo, mas no respondió; sólo continuó sonriéndome.

—¿No vais a responderme? —dije—. No podéis hacerlo de buen grado. No debería haberos preguntado.

—Estáis en todo vuestro derecho a preguntarme eso y cualquier otra cosa. No sospecháis cuánto os quiero, o no creeríais que no podéis esperar mi confianza. Pero estoy atada por un juramento, mucho más grave incluso que el de los votos de una monja, y no me atrevo a contar todavía mi historia, ni siquiera a vos. Sin embargo, el momento de saberlo todo está ya muy próximo. Creeréis que soy cruel, y muy egoísta, pero el amor es siempre egoísta; y cuanto más ardiente, más egoísta. No conocéis los celos que me devoran. Debéis venir conmigo, amarme hasta la muerte, u odiarme, y aun así venir conmigo y *odiarme* hasta la muerte, y después de ella inclusive. No existe una palabra como la indiferencia en mi apática naturaleza.

—Ya, Carmilla; comenzáis de nuevo con vuestra retahíla de locuras —dije yo apresuradamente.

—Yo, tonta como soy y llena de caprichos y fantasías, por vuestro bien, hablaré sensatamente. ¿Habéis asistido alguna vez a un baile?

—No, ¡cómo cambiáis de tema! Y bien, ¿cómo es? Debe ser fascinante.

—Casi lo he olvidado. Tuvo lugar hace ya muchos años.

Yo reí.

—No sois tan vieja. No podéis haber olvidado vuestro primer baile.

—Lo recuerdo al detalle..., si hago un esfuerzo. Puedo verlo, como los buzos ven lo que hay sobre sus cabezas, a través de un medio denso y ondulante, pero transparente. Tuvo lugar aquella noche en que se desdibujó el óleo y se debilitaron sus colores. Fui poco menos que asesinada en mi lecho, fui herida *aquí* —se tocó el pecho—, y nada volvió a ser igual desde entonces.

—¿Estuvisteis a punto de morir?

—Sí; fue un amor muy... cruel..., extraño, que me hubiera arrancado la vida. Vayámonos ahora a dormir. Me siento desganada. No sé si podré levantarme para echar el cerrojo a mi puerta.

Estaba recostada con las manos hundidas en su espesa cabellera ondulada; su cabeza reposaba sobre la almohada mientras sus ojos centelleantes me seguían adondequiera que me moviese con una especie de sonrisa que yo no podía descifrar.

Le di entonces las buenas noches y me deslicé fuera del cuarto con una sensación incómoda.

A menudo me preguntaba si nuestra bella huésped rezaba alguna vez. Por cierto, yo jamás la había visto arrodillada. Por la mañana nunca bajaba hasta mucho después de que nuestras oraciones familiares habían concluido, y por la noche nunca abandonaba la sala para asistir a nuestras breves plegarias vespertinas.

Si el hecho de que había sido bautizada no hubiera salido casualmente en una de nuestras despreocupadas conversaciones, habría dudado de su filiación cristiana. La religión era un tema sobre el cual jamás la había oído pronunciar palabra. Si yo hubiera sabido algo más del mundo en ese entonces, este particular descuido o antipatía no me hubiera sorprendido tanto.

Las precauciones de la gente aprensiva son contagiosas, y las personas de temperamento similar terminan siempre imitándolas al cabo del tiempo. Yo había adoptado la costumbre de Carmilla de echar el cerrojo a la puerta de su cuarto, asimilando mentalmente sus caprichosas alarmas acerca de intrusos y asesinos nocturnos. Había adoptado incluso su manía de hacer una breve inspección al cuarto antes de dormir, para asegurarme de que no había ningún asesino acechando ni ningún ladrón «escondido».

Tomadas estas sabias medidas, me metí en la cama y me dormí. Dejé una luz encendida en la habitación: era éste un viejo hábito que nada me hubiera disuadido de desatender.

Con esa tranquilidad, podía descansar en paz. Pero los sueños atraviesan paredes de piedra, iluminan habitaciones oscuras y oscurecen las iluminadas, y sus personajes salen y entran a voluntad, burlándose de los cerrojos.

Aquella noche tuve un sueño que fue el comienzo de una agonía muy extraña.

No puedo catalogarlo como una pesadilla, ya que era muy consciente de que me hallaba dormida. Mas igualmente era consciente de estar en mi cuarto, y acostada precisamente, como lo estaba en ese momento. Veía, o creía ver, la habitación con todos sus muebles, tal como la había visto antes de dormirme,

excepto por el hecho de que estaba muy oscura: entonces vi algo que se movía alrededor de los pies de la cama, algo que al principio no pude distinguir claramente, pero que en seguida identifiqué como un animal de un color negro opaco semejante a un monstruoso gato. Estimé que mediría unos cuatro o cinco pies de largo, ya que abarcó por entero la longitud de la alfombrilla al pasar sobre ella; durante un rato continuó paseándose por la habitación con el nerviosismo siniestro y ágil de una bestia enjaulada. Yo no podía gritar a pesar de que, como supondréis, estaba aterrorizada. Su paso se hacía cada vez más rápido, al tiempo que la habitación se encontraba cada vez más oscura, hasta que llegó un momento en que la oscuridad fue tal que sólo me fue posible distinguir los ojos de la fiera. De pronto la sentí saltar suavemente sobre mi lecho. Sus dos enormes ojos se acercaron a mi rostro y de repente sentí un dolor punzante, como si dos largas agujas se enterraran por separado y profundamente en mi pecho. Entonces me desperté gritando.

La habitación estaba iluminada por la vela que la alumbraba cada noche; vi una figura femenina que se hallaba de pie a los pies de la cama. Llevaba un vestido suelto y oscuro y el cabello le caía libremente cubriendo sus hombros. Un bloque de piedra no habría podido estar más inmóvil. No aprecié siquiera el más ligero movimiento producido por la respiración. Mientras la observaba, la figura cambió de lugar y se acercó más a la puerta; luego, una vez junto a ella, ésta se abrió y la figura salió de la habitación.

En ese momento me sentí aliviada y pude volver a respirar y a moverme. Lo primero que pensé fue que Carmilla me había jugado una treta y que yo había olvidado echar el cerrojo a la puerta. Fui hasta ella rápidamente y la encontré con la llave puesta por dentro, como normalmente estaba. Temí abrirla entonces...; me quedé horrorizada. Volví a la cama de un salto y me cubrí la cabeza con las sábanas. Me quedé así, más muerta que viva hasta que amaneció.

CAPÍTULO VII

Descendiendo

Sería vano intentar transmitir el horror con el que, aun ahora, revive en mi memoria el episodio de aquella noche. No era el terror transitorio que dejan los sueños tras de sí, sino que se intensificaba con el paso del tiempo, se comunicaba a la habitación e incluso a los muebles que habían rodeado a la aparición.

Al día siguiente no pude tolerar estar sola ni un momento. Debería habérselo contado a mi padre, mas no lo hice por dos opuestas razones. Por una parte, pensé que se reiría de mi historia, y no habría podido soportar que se lo tomara a broma; por otra, pensé que podría creer que había sido atacada por la misteriosa dolencia que había invadido nuestra comarca. Yo no tenía tal aprensión, y como él había estado bastante enfermo durante algún tiempo, temía alarmarlo.

Me sentí bastante reconfortada en compañía de mis bondadosas acompañantes, madame Perrodon y la vivaz mademoiselle De Lafontaine. Las dos se percataron de que aquella mañana estaba nerviosa y fuera de mí, y finalmente acabé contándoles lo que tanto me pesaba en el corazón.

Mademoiselle se rió, pero me pareció que madame Perrodon se mostraba bastante ansiosa.

—A propósito —dijo riendo mademoiselle—, ¡el sendero que da a la ventana de la habitación de Carmilla está encantado!

—¡Tonterías! —exclamó madame, pensando probablemente que el tema no era de lo más oportuno—. ¿Quién lo dice, querida?

—Martín dice que vino hasta aquí dos veces, cuando reparaban la vieja puerta del cobertizo, antes del amanecer, y las dos veces vio a la misma figura femenina alejándose por el sendero de la lima.

—No veo qué hay de raro en ello; las campesinas tienen vacas que ordeñar en los campos cerca del río —dijo madame.

—Ya lo creo; pero Martín, en cambio, se ha asustado, y yo nunca le había visto al pobre tan asustado.

—No debéis decir ni una palabra de esto a Carmilla —interpuse yo—; ella puede ver esa senda por la ventana de su habitación y es, si cabe, más cobarde que yo.

Ese día Carmilla bajó más tarde de lo usual.

—Anoche pasé muchísimo miedo —dijo en cuanto nos reunimos—, y estoy segura de que hubiera visto algo horrible si no hubiera sido por el amuleto que le compré a ese jorobado de quien hablé tan mal. Soñé que algo negro daba vueltas alrededor de mi lecho y me desperté completamente horrorizada; por algunos segundos creí ver una figura oscura cerca de la chimenea, pero saqué el amuleto de debajo de la almohada y en el mismo momento en que mis dedos lo tocaron la figura desapareció; tuve la certeza de que si no lo hubiera tenido, algo espantoso habría hecho su aparición, incluso puede que me hubiera estrangulado, como le ocurrió a esas pobres mujeres de las que nos han llegado noticias.

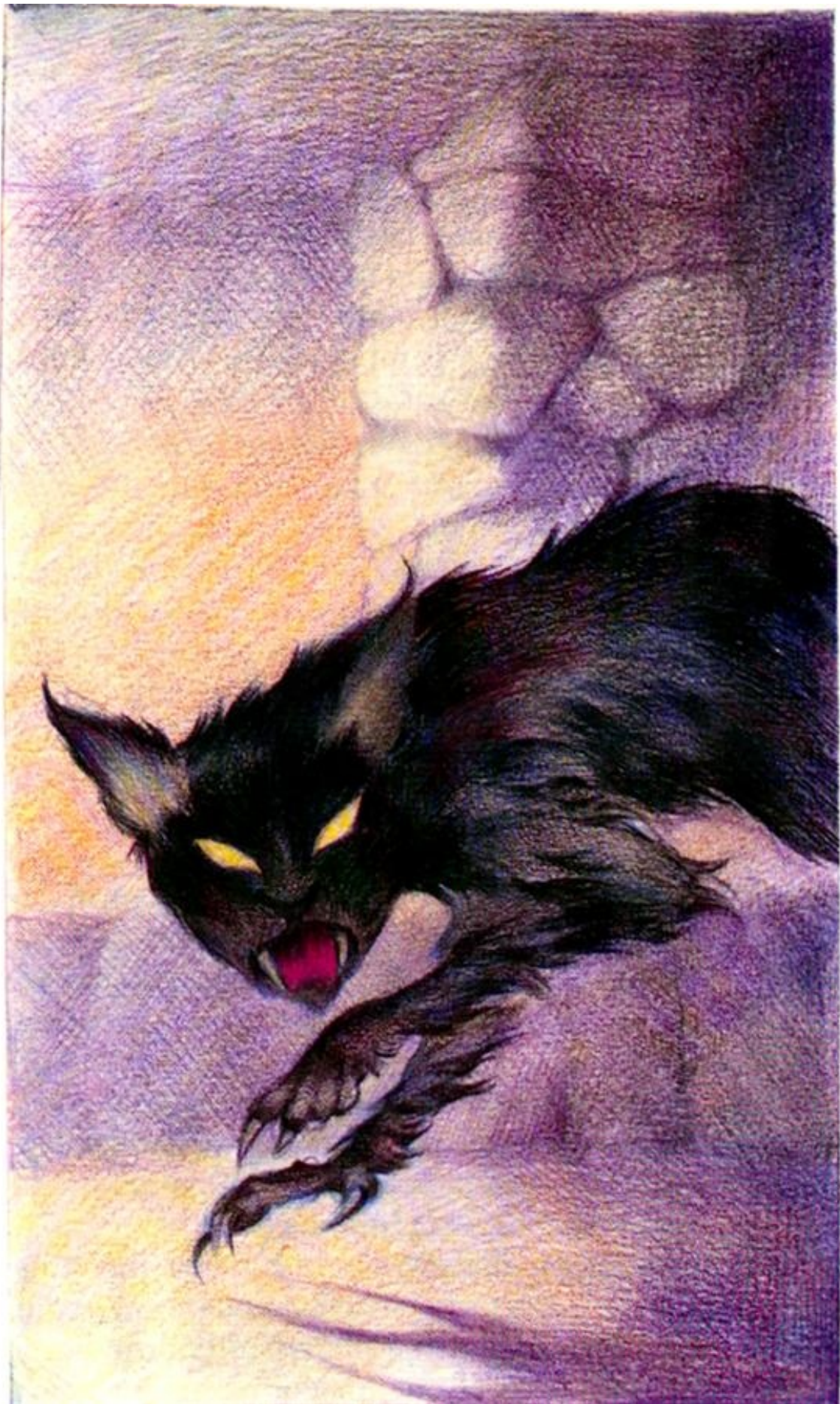
—Bueno, escuchad lo que yo tengo que contaros —le relaté mi aventura, que la dejó horrorizada.

—¿Y no teníais el amuleto con vos? —me preguntó, muy seria.

—No. Lo eché dentro de un jarrón chino que hay en la sala; pero os aseguro que esta noche lo llevaré conmigo, ya que tanta fe tenéis en él.

Ahora que ha pasado el tiempo no puedo deciros, ni siquiera entender yo misma, cómo pude sobreponerme al terror como para dormir sola aquella noche.

Recuerdo claramente que sujeté el amuleto con un imperdible a la almohada y me dormí casi de inmediato; todavía más, dormí más profundamente que de costumbre durante toda la noche.



La noche siguiente pasó de la misma manera. Mi sueño fue deliciosamente profundo y sin imágenes de ningún tipo, aunque me desperté con una sensación de laxitud y melancolía que alcanzaron un grado casi voluptuoso.

—Bueno, ya os lo he dicho —dijo Carmilla cuando le describí mi profundo sueño—. Yo también dormí anoche tan placenteramente como vos. Sujeté el amuleto a la pechera de mi camisón. Estoy casi segura de que todo es producto de la fantasía, excepto los sueños. Yo solía pensar que los malos espíritus producían sueños, pero nuestro médico me dijo que no es así. Sólo la fiebre pasajera o alguna otra enfermedad son las que frecuentemente, según él, golpean la puerta, y al no poder entrar, pasan de largo, pero dejan en nosotros una sensación de alarma.

—¿Y qué pensáis que es el amuleto? —pregunté.

—Habrá sido fumigado o inmerso en alguna droga, y es, por tanto, un antídoto contra la malaria —respondió Carmilla.

—¿Entonces actúa sólo sobre el cuerpo?

—Seguramente. ¿No creeréis que los malos espíritus se asustan de trozos de cintas o de los perfumes de un boticario? No; los males, que flotan en el aire, comienzan por atacar nuestros nervios y llegan a actuar sobre nuestro cerebro. Pero antes de que puedan caer sobre vos, el antídoto los repele. No es nada mágico, sino simplemente lo más natural del mundo.

Me habría sentido mejor si hubiera podido estar por entero de acuerdo con Carmilla, mas de todos modos hice lo posible y la impresión que había sufrido comenzó a perder fuerza.

Dormí profundamente durante algunas noches, pero seguí sintiendo, cada mañana, la misma laxitud y una pesada languidez durante todo el día. Me sentía una persona distinta, cambiada. Una extraña melancolía se cernía sobre mí, una melancolía que yo era incapaz de impedir. Oscuros pensamientos de muerte empezaron a manifestarse; suavemente, y no sin experimentar cierto placer, la idea de que estaba consumiéndome paso a paso tomó posesión de mí. Aun siendo triste, el ánimo mental que tal sentimiento inducía en mí era también muy dulce. Fuera lo que fuese, mi alma consentía en ello.

No admitía que estuviera enferma, ni habría dicho una sola palabra a mi padre, o enviado a buscar al médico.

Carmilla se volcó más que nunca sobre mí y sus extraños paroxismos de lánguida adoración se hicieron más frecuentes. A medida que mis fuerzas y mi ánimo se debilitaban, el ardor de su pasión iba en aumento. Esto me impactaba, me parecían efímeros raptos de locura.

Sin saberlo, me hallaba yo en aquel momento en un estadio bastante avanzado de la más extraña enfermedad que jamás haya sufrido mortal alguno. Había en estos primeros síntomas una inexplicable fascinación que me reconciliaba en una medida más que suficiente con el efecto incapacitante de ese estadio del mal. Esta fascinación fue incrementándose hasta alcanzar un punto en el que, de forma gradual, una sensación de horror comenzaba a mezclarse con ella y a profundizar, como veréis, hasta pervertir y cambiar de color por entero la situación de mi vida.

El primer cambio que experimenté fue bastante agradable. Ocurrió muy próximo al punto de inflexión desde el cual inicié el descenso al Averno.

Ciertas sensaciones vagas y extrañas visitaron mi sueño. La que predominaba era la de ese placentero y peculiar escalofrío que sentimos al nadar en contra de la corriente en un río. Pronto esto fue acompañado por sueños que parecían interminables y tan vagos que nunca podía recordar su escenario ni sus personajes, como tampoco ninguna porción conexas de sus acciones. No obstante, dejaban en mí una horrible impresión y una sensación de agotamiento, como si hubiera atravesado por un largo período de gran esfuerzo mental y peligro. Luego, al despertarme me quedaba el confuso recuerdo de haber estado en un sitio casi enteramente oscuro y el de haber hablado con gente a la que no podía ver; especialmente, recordaba con gran claridad una voz de mujer, muy profunda, que hablaba lentamente, como desde la distancia, produciéndome siempre la misma sensación de indescriptible solemnidad y temor. A veces sentía como si una mano recorriera suavemente mi mejilla y mi cuello. A veces era como si me besaran cálidos labios, y estos besos eran más largos y ardientes cuando alcanzaban mi garganta, punto en el que la caricia se fijaba. Entonces mi corazón latía más rápidamente, mi respiración se volvía agitada y sobrevenía un sollozo que pronto se convertía en una sensación de estrangulación y en una espantosa convulsión en la que perdía el sentido, quedándome inconsciente.

Habían pasado tres semanas desde el comienzo de este inexplicable estado.

Mis padecimientos durante la última semana habían dejado sus huellas en mi aspecto. Me había puesto pálida, mis ojos estaban dilatados y ojerosos y la languidez que sentía desde hacía tiempo empezó a hacerse visible en mi semblante.

Mi padre me preguntaba a menudo si estaba enferma, mas, con una obstinación que hoy me parece inexplicable, yo persistía en asegurarle que me encontraba perfectamente.

En cierto sentido, esto era verdad, ya que no experimentaba dolor alguno ni podía quejarme de molestias físicas. Mi mal parecía causado por la imaginación o los nervios y, a pesar de lo horrible que eran mis padecimientos, con una mórbida reserva los guardaba dentro de mí.

No podía tratarse de aquella terrible dolencia que los campesinos llamaban el *oupire*, ya que sufría tales síntomas desde hacía tres semanas, y era raro, pues ellos enfermaban no más de tres días antes de que la muerte pusiera fin a sus miserias.

Carmilla se quejaba de sueños y sensaciones febriles, mas no eran en absoluto de una especie tan alarmante como los míos. Quiero puntualizar que los míos lo eran en extremo. Si hubiera sido capaz de comprender mi condición, habría invocado ayuda y consejo de rodillas. Aquel narcótico de insospechada influencia estaba actuando sobre mí y mi percepción estaba embotada.

Voy a contaros ahora un sueño que me condujo de inmediato a un extraño descubrimiento.

Una noche, en lugar de la voz que estaba habituada a oír en la oscuridad, escuché otra dulce y tierna, y al mismo tiempo terrible, que dijo: «Tu madre te advierte que estés consciente de la asesina». En ese momento, inesperadamente se encendió una luz y vi a Carmilla, de pie junto a los pies del lecho, con su camisón blanco y bañada, desde el mentón hasta los pies, en una gran mancha de sangre.

Me desperté con un grito de espanto, poseída por la sola idea de que estaban asesinando a Carmilla. Recuerdo que salté de la cama, y lo más próximo que hay a esto en mi memoria es la imagen del vestíbulo, en el que gritaba pidiendo ayuda.

Madame y mademoiselle acudieron corriendo desde sus cuartos. Siempre se quedaba una lámpara encendida en el vestíbulo, y apenas llegaron junto a mí se enteraron de la causa de mi terror.

Insistí en llamar a la puerta de Carmilla. Nuestros golpes no obtuvieron respuesta. Pronto nuestra llamada se convirtió en un aporreo de la puerta acompañado por nuestros alaridos. Gritamos su nombre con todas nuestras fuerzas, mas fue en vano.

Todas nos asustamos, ya que la puerta tenía echado el cerrojo. Volvimos entonces apresuradamente hasta mi cuarto llenas de pánico y allí hicimos sonar el timbre con furia. Si la habitación de mi padre se hubiera encontrado en aquella parte de la casa habríamos acudido de inmediato a él para solicitarle ayuda. Mas ¡pesar!, desde donde estaba era incapaz de oírnos y

llegar hasta él implicaba una excursión para la que ninguna de nosotras hubiera tenido valor.

No obstante, los criados pronto subieron presurosos. Mientras tanto, yo me había puesto la bata y las zapatillas, y mis compañeras se hallaban provistas de la misma indumentaria. Al reconocer en el vestíbulo las voces de los criados, las tres salimos juntas del cuarto y, tras renovar infructuosamente nuestros golpes en la puerta de Carmilla, ordené a los hombres que forzaran el cerrojo. Hecho esto, nos asomamos desde el umbral sosteniendo en alto las lámparas y recorrimos el cuarto con la vista.

La llamamos por su nombre, pero tampoco obtuvimos respuesta. Todo estaba intacto y en su sitio, exactamente igual a como lo había visto por última vez al darle las buenas noches. Pero Carmilla no estaba.

CAPÍTULO VIII

La búsqueda

La vista del cuarto, perfectamente intacto excepto por nuestra violenta entrada, nos calmó un poco y pronto recuperamos el sentido lo suficiente como para despedir a los hombres. Se le había ocurrido a mademoiselle que posiblemente Carmilla se hubiera despertado con nuestros gritos y los golpes en su puerta y el pánico le hubiera hecho saltar de la cama para esconderse en un ropero o detrás de una cortina, de donde, como es natural, no podría salir hasta después de que el mayordomo y los criados se hubieran retirado.

Reanudamos, pues, nuestra búsqueda llamándola por su nombre nuevamente.

Todo fue en vano. Nuestra perplejidad y ansiedad iban en aumento. Inspeccionamos las ventanas, pero estaban aseguradas. Le imploré a Carmilla que, si se había escondido, no siguiera jugando: que saliera y pusiera fin a nuestra inquietud. Como todo lo anterior, fue en vano. Para entonces yo estaba convencida de que no se hallaba en el cuarto, ni tampoco en el vestidor, cuya puerta estaba aún cerrada con llave y no habría podido atravesarla. Mi incertidumbre era absoluta. ¿Acaso Carmilla había descubierto uno de los pasadizos secretos que la antigua ama de llaves aseguraba que existían en el castillo, a pesar de que actualmente nadie conocía su situación exacta? Sin duda el tiempo lo explicaría todo, pensábamos, perplejas como estábamos en aquel momento.

Eran las cuatro y media de la madrugada y preferí pasar las restantes horas de oscuridad en la habitación de madame. Pero la luz del día no trajo solución alguna a este rompecabezas.

Esa mañana la casa entera, con mi padre a la cabeza, estaba en un estado de agitación. Cada rincón del castillo fue inspeccionado. Se examinaron los campos. Sin embargo, no se descubrió una sola huella de la joven desaparecida. Los hombres se aprestaban a dragar el río. Mi padre estaba completamente desesperado. ¡Qué historia podría contarle a la pobre madre a

su regreso! También yo estaba fuera de mí, aunque mi pesar era de un tipo muy distinto.

A la una todavía no había novedades. Subí entonces a la habitación de Carmilla..., y la encontré ante su tocador. Me quedé estupefacta. No podía creer lo que veían mis ojos. En silencio, con su hermosa mano me hizo una seña para que me acercara. Su rostro expresaba un temor extremo.

Corrí hacia ella en un éxtasis de alegría. La besé y la abracé una y otra vez. Toqué el timbre con vehemencia para atraer a los demás hacia el cuarto y aliviar así de inmediato la angustia de mi padre.

—Carmilla querida, ¿dónde habéis estado todo este tiempo? Hemos sufrido agonías de ansiedad por vos —exclamé—. ¿Qué habéis hecho? ¿Y cómo habéis regresado?

—Esta noche ha sido una noche de prodigios —dijo.

—Por el amor de Dios, explicad todo lo que podáis.

—Eran las dos y media cuando me acosté, como de costumbre, con las puertas cerradas: la del vestidor y la que da a la galería —dijo—. Dormí ininterrumpidamente y, según creo, sin sueños; pero me desperté sobre el sofá del vestidor y encontré abierta la puerta entre los dos cuartos, y la otra puerta forzada. ¿Cómo pudo haber pasado esto sin que me despertara? Debió haber sido acompañado por mucho ruido, y yo tengo un sueño particularmente liviano. ¿Y cómo pude haber sido sacada de la cama sin que mi sueño fuera interrumpido, yo, que me sobresalto con el más ligero movimiento?

Para entonces madame, mademoiselle, mi padre y un buen número de criados se encontraban en la habitación. Como es natural, Carmilla fue abrumada con preguntas, saluciones y bienvenidas. Tenía una sola historia que contar y parecía la menos apta de todo el grupo para sugerir algún tipo de explicación a lo ocurrido.

Mi padre recorrió el cuarto observándolo de arriba abajo pensativamente. Vi a Carmilla seguirlo con una mirada astuta y oscura.

Mi padre despachó entonces a los criados; mademoiselle salió en busca de un pequeño frasco de valeriana y sal volátil.

Cuando no hubo nadie en el cuarto de Carmilla, excepto mi padre, madame y yo, él se acercó caviloso, le cogió amablemente la mano y la condujo hasta el sofá, en donde se sentó junto a ella.

—¿Podréis perdonarme, querida, si arriesgo una conjetura y os hago una pregunta?

—¿Quién podría tener más derecho a ello? —dijo Carmilla—. Preguntad lo que os plazca y os diré todo lo que sé. Mas mi historia, es una historia de

total asombro y oscuridad. No sé nada en absoluto. Haced las preguntas que gustéis. Pero ya conocéis, por supuesto, las limitaciones a que me ha sometido mi madre.

—Perfectamente, querida. No necesito tocar los puntos sobre los que ella desea vuestro silencio. Ahora bien, lo asombroso de la noche anterior consiste en que habéis sido trasladada desde vuestro lecho y habitación sin despertaros, y esto ha ocurrido aparentemente mientras las ventanas se hallaban aseguradas y las dos puertas bajo llave desde dentro. Os diré cuál es mi teoría después de haberos formulado una pregunta.

Carmilla se apoyaba sobre su mano con desaliento. Madame y yo escuchábamos todo aquello sin respirar.

—Mi pregunta es ésta: ¿ha habido alguna vez algún indicio de que camináis en sueños?

—Nunca, desde que era muy pequeña.

—Mas lo habéis hecho siendo muy pequeña.

—Sí; sé que lo hice. Mi antigua niñera me lo decía muy a menudo.

Mi padre asintió sonriendo.

—Bien, lo que ha pasado es esto: os levantasteis mientras dormíais, quitasteis el cerrojo a la puerta, sin dejar la llave en la cerradura como de costumbre; antes bien, salisteis de la habitación y volvisteis a cerrar la puerta con llave, llevándoosla con vos a alguna de las veinticinco habitaciones que hay en esta planta, o quizá a alguna de las plantas superiores o inferiores. Hay tantos cuartos y gabinetes, tantos muebles antiguos y tal acumulación de trastos viejos en el castillo que se requeriría toda una semana para examinar este viejo edificio de arriba abajo. ¿Veis ahora lo que quiero decir?

—Lo veo, pero no por completo —respondió Carmilla.

—¿Y cómo explicas, papá, que se haya encontrado al despertarse sobre el sofá del vestidor? Inspeccionamos cuidadosamente ese cuarto...

—Llegó allí después de que lo hicierais, aún dormida, y por fin se despertó espontáneamente, sorprendiéndose tanto como cualquiera de nosotros al verse en ese sitio. ¡Ojalá todos los misterios tuviesen una explicación tan fácil e inocente como los vuestros, Carmilla! —dijo mi padre riendo—. Podemos congratularnos en la certeza de que la explicación más natural de este hecho no tiene nada que ver con narcóticos, cerraduras forzadas, ladrones, envenenadores ni brujas: nada que pueda alarmar a Carmilla ni a ninguno de nosotros, gracias al Cielo.

Carmilla tenía un aspecto encantador. No podía haber nada más hermoso que sus colores. Creo que su belleza era realzada por esa graciosa languidez

que le era tan peculiar. Me pareció que mi padre contrastaba en silencio su aspecto con el mío, ya que dijo:

—Desearía que mi pobre Laura fuera la de siempre —y suspiró.

De este modo terminaron nuestras alarmas felizmente y Carmilla fue restituida a sus amigos.

CAPÍTULO IX

El médico

Como Carmilla no quería ni oír hablar acerca de que una criada durmiera en su cuarto, mi padre arregló que una de estas mujeres durmiera delante de su puerta, de modo que mi amiga se viera en la imposibilidad de intentar otra excursión similar y fuera detenida en el propio umbral de la habitación.

Aquella noche pasó velozmente y a la mañana siguiente, temprano, llegó el médico, a quien mi padre había mandado buscar sin decirme una sola palabra, para examinarme.

Madame me acompañó a la biblioteca, en donde el doctor, grave y menudo, de cabellos blancos y gafas a quien ya he mencionado antes, estaba esperándome.

Le conté mi historia, y a medida que avanzaba, su expresión se hacía cada vez más grave. Estábamos de pie en el hueco de una de las ventanas, mirándonos cara a cara. Cuando mi relato hubo terminado, apoyó los hombros contra la pared observándome con la mayor seriedad y un interés en el cual había una pizca de horror.

Después de reflexionar durante un minuto, le preguntó a madame si podía ver a mi padre.

Se envió por él a un criado y acudió en seguida; al entrar en la habitación dijo con una sonrisa:

—Adivino, doctor, que vais a decirme que soy un viejo tonto por haberos mandado buscar; y ojalá lo sea.

Pero su sonrisa se desvaneció en una sombra mientras el doctor, con un rostro muy grave, le hizo señas de que se acercara.

Estuvieron conversando durante un rato en el mismo sitio en el que había tenido lugar mi entrevista con el médico. Parecía una conversación seria y controvertida. La estancia es muy amplia, y madame y yo nos quedamos de pie, muertas de curiosidad, en el extremo opuesto adonde se hallaban los dos hombres. Con todo, no pudimos oír ni una sola palabra, ya que hablaban en voz muy baja y el profundo hueco de la ventana ocultaba casi totalmente al

doctor de nuestra vista, mientras que de mi padre lo único visible eran su pie, brazo y hombro derechos; las voces eran además casi inaudibles por la especie de gabinete que formaban la gruesa pared y la ventana.

Luego mi padre se asomó buscándonos con la mirada. Estaba pálido, pensativo y, según me pareció, agitado.

—Laura, querida, ven aquí un momento. Madame, no os molestaremos más por ahora.

Me acerqué, pues, por primera vez algo alarmada, ya que, aun cuando me sentía muy débil, no me creía enferma; uno siempre imagina que la fuerza es algo que puede recobrase cuando se desea.

Mi padre me tendió la mano mientras me aproximaba, pero su vista seguía fija en el médico. Por fin, dijo:

—Esto ciertamente es muy extraño; no lo entiendo del todo. Laura, acércate, querida; escucha al doctor Spielsberg y trata de hacer buena memoria.

—Habéis mencionado una sensación como la de dos agujas atravesándoos la piel en algún punto cerca del cuello; según dijisteis, esto ocurrió la noche que tuvisteis vuestro primer sueño. ¿Sentís algún dolor todavía?

—Ninguno en absoluto —respondí.

—¿Podéis indicar con el dedo el punto en que sentisteis los pinchazos?

—Debajo de la garganta... *aquí* —dije.

Llevaba un vestido cuyo cuello cubría el sitio que había señalado.

—Ahora podéis satisfaceros vos mismo —dijo entonces el médico—. No os importará que vuestro padre os descubra únicamente esa zona. Es necesario para detectar un síntoma de la enfermedad que estáis padeciendo.

Consentí, por supuesto. Era sólo una pulgada o dos debajo del borde del cuello de mi vestido.

—¡Dios bendito!... ¡Aquí está! —exclamó mi padre, palideciendo aún más.

—Ahora lo veis con vuestros propios ojos —dijo el doctor, con un sombrío triunfo.

—¿Qué es? —inquirí yo, empezando a asustarme.

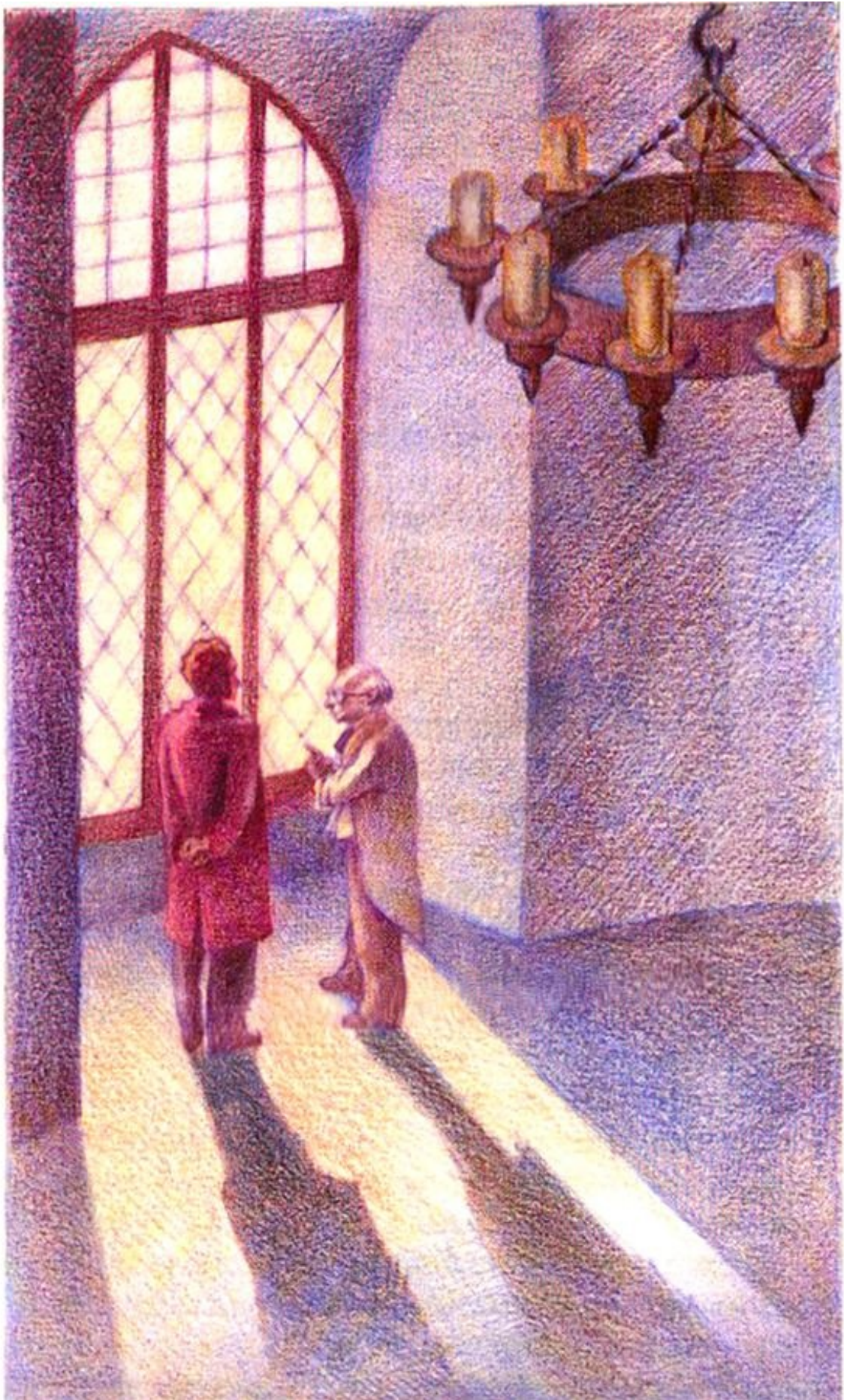
—Nada, mi joven amiga; una diminuta mancha azul, del tamaño de la punta de vuestro dedo meñique; y ahora —continuó, volviéndose a mi padre—, la cuestión es qué debe hacerse.

—¿Acaso hay algún peligro? —urgí, presa de un gran espanto.

—Espero que no, querida —respondió el doctor—. No veo ninguna razón por la que no podáis recuperaros. Ni existe ninguna razón por la que no pueda

comenzar *de inmediato* vuestra mejoría. ¿Éste es el sitio en el que comienza la sensación de estrangulamiento?

—Sí —contesté.



—Y... tratad de recordar con exactitud..., ¿fue este mismo punto una especie de centro de aquel escalofrío que habéis descrito como la corriente fría de un río que remontarais en dirección contraria?

—Puede que sí..., creo que sí.

—¿Lo veis? —añadió el médico, volviéndose a mi padre—. ¿Podría decir una palabra a madame?

—Ciertamente —dijo mi padre.

El doctor llamó entonces a madame y le habló de este modo:

—Encuentro que mi joven amiga no se halla nada bien. Esto no tendrá ninguna consecuencia seria, espero. Pero será necesario tomar ciertas medidas que os explicaré más tarde. No obstante, en el intervalo, madame, tendréis la bondad de no dejar a miss Laura sola ni un momento. Ésta será mi única prescripción por ahora. Pero es indispensable.

—Sé muy bien que podemos confiar en vuestra bondad, madame —añadió mi padre.

Madame asintió enérgicamente.

—Y tú, mi querida Laura, sé que también observarás la indicación del doctor.

—Querría consultar vuestra opinión sobre otra paciente, cuyos síntomas son ligeramente similares a los de mi hija: se trata de los mismos síntomas que ella os ha detallado, mucho más débiles en este caso, pero creo que de la misma clase. Me refiero a una joven que es nuestra huésped; mas como decís que pasaréis por este camino por la tarde, lo mejor que podéis hacer es cenar con nosotros, y verla entonces. No acostumbra a bajar hasta después del mediodía.

—Os lo agradezco mucho —dijo el doctor—. Estaré, pues, aquí sobre las siete de esta tarde.

Luego los dos repitieron sus recomendaciones a madame y a mí y mi padre nos dejó para acompañar al doctor; los vi caminar juntos de un lado a otro, entre el camino y el foso, sobre el amplio prado cubierto de hierba que se extendía frente al castillo, absortos evidentemente en una seria conversación.

El doctor no regresó.

Lo vi montar en su caballo, despedirse e internarse en el bosque hacia el Este. Casi en el mismo momento vi llegar al hombre que traía la correspondencia desde Dranfled, desmontar y entregarle a mi padre un paquete.

Mientras tanto, madame y yo nos hallábamos ocupadas, perdidas diría, en conjeturas acerca de las razones de esta singular y grave prescripción que el doctor y mi padre habían coincidido en imponer.

Como me dijo más tarde, madame temía que el doctor hubiera vislumbrado la posibilidad de un ataque repentino, el cual, sin una asistencia inmediata, podría resultar mortal o, al menos, correr un serio riesgo.

Esta interpretación no me impresionó; yo creía —tal vez afortunadamente para mis nervios— que la prescripción se debía simplemente al deseo de asegurarme una compañía que me impidiera hacer demasiado ejercicio, o comer alguna fruta todavía no madura, o hacer cualquiera de las cincuenta cosas tontas a las que se supone son propensos los jóvenes.

Cerca de media hora después mi padre entró con una carta en la mano y me dijo:

—Acaba de llegar esta carta; es del general Spielsdorf, quien debería haber llegado ayer; puede que no llegue hasta mañana, o, quizá, puede que esté aquí hoy mismo.

Me entregó la carta abierta, mas no parecía complacido como solía estarlo cuando esperábamos la visita de un huésped, especialmente uno tan querido como el general Spielsdorf. Por el contrario, parecía como si deseara que éste se encontrara en el fondo del mar Rojo.

Sin ninguna duda, había algo en su cabeza que no estaba dispuesto a divulgar.

—Papá querido, ¿vas a decirme una cosa? —le pregunté, poniéndole súbitamente una mano sobre el brazo y mirándolo a los ojos, estoy segura, de manera implorante.

—Quizá —me respondió, acariciándome suavemente el cabello que caía sobre mis ojos.

—¿Cree el doctor que estoy enferma?

—No, querida. Piensa que, si se toman las medidas adecuadas, pronto estarás bien, al menos, en camino seguro de una completa recuperación —me dijo, con cierta sequedad—. Ojalá que nuestro buen amigo, el general Spielsdorf, hubiera elegido otro momento para venir. Quiero decir que me gustaría que estuvieras perfectamente bien para poder recibirlo.

—Pero, por favor, dime, papá —insistí—: ¿Qué es lo que piensa el médico que tengo?

—Nada; no debes acosarme con preguntas —respondió, con una irritación que nunca antes recuerdo haber visto en él; luego, al verme herida, supongo, me besó y añadió:

—Lo sabrás todo en un par de días; es decir, todo lo que yo sé. Mientras tanto, no debes preocuparte por ello.

Luego abandonó el cuarto, pero regresó antes de que yo saliera de mi asombro y de mi desconcierto acerca de lo extraño que era todo aquello; volvió para comunicarme que iba a partir rumbo a Karnstein y que había ordenado un carruaje para las doce; añadió que madame y yo lo acompañaríamos. Iba a ver al párroco que vivía cerca de allí por cuestiones de negocios, y como Carmilla nunca había visitado el lugar podía seguirnos, cuando bajara, acompañada por mademoiselle, quien llevaría vituallas para lo que se podría llamar *pícníc*, que tomaríamos en el castillo en ruinas.

Conforme a esto, a las doce en punto ya me hallaba yo lista, y no mucho después mi padre. Madame y yo partimos rumbo a nuestra proyectada travesía. Al pasar el puente levadizo giramos hacia la derecha y seguimos el camino que pasaba por el empinado puente gótico, hacia el Oeste, en dirección a la aldea desierta y las ruinas del castillo de Karnstein.

No puede imaginarse paseo silvestre más hermoso. El terreno se ondula en suaves colinas y depresiones, todas revestidas de hermosos bosques, completamente desprovistos de la comparativa formalidad que imparten las plantaciones artificiales y las podas y cultivos tempranos.

Las irregularidades del terreno desvían a menudo el camino de su curso; lo hacen plenteramente sinuoso al bordear las fracturas de las hondonadas y las laderas más empinadas de las colinas, de manera que variedades casi inagotables del paisaje se suceden por doquier.

Al bordear uno de aquellos puntos nos encontramos de pronto con nuestro viejo amigo, el general, que cabalgaba en dirección a nosotros, seguido por un criado que montaba detrás de él. Su equipaje lo seguía en un carro de alquiler.

El general desmontó mientras nos deteníamos y, luego de los saludos acostumbrados, le convencimos de que aceptara un sitio en nuestro carruaje, y enviara su caballo al castillo con su criado.

CAPÍTULO X

Desconsolado

Habían pasado cerca de diez meses desde la última vez que lo habíamos visto, mas este lapso había bastado para que su aspecto envejeciera años. Estaba más delgado, y una rara mezcla de tristeza y ansiedad había suplantado aquella cordial serenidad que solía caracterizar sus rasgos. Sus oscuros ojos azules, siempre penetrantes, brillaban ahora con una luz más firme debajo de sus hirsutas cejas grises. No era un cambio como el que sólo el pesar produce normalmente, sino que pasiones más iracundas parecían haber participado en la transformación.

Apenas habíamos retomado nuestra senda cuando el general comenzó a hablar, con su acostumbrada franqueza de soldado, del desconsuelo —como lo llamó— con el que había asistido a la muerte de su bienamada sobrina y custodia; su tono adquirió una intensa amargura y furia mientras lanzaba imprecaciones contra las «infernales artes» de las que ésta había sido víctima, y expresaba, con más exasperación que piedad, su asombro por el hecho de que el Cielo tolerara tan monstruoso desenfreno de las lujurias y malignidad del infierno.

Mi padre, viendo de inmediato que algo muy extraordinario había ocurrido, le pidió que detallara las circunstancias que él creía justificaban los fuertes términos en los que se expresaba, si tal relación no le resultaba demasiado dolorosa.

—Os contaría todo de buen grado —dijo el general—, pero no me creeríais.

—¿Y por qué no? —preguntó mi padre.

—Porque vos sólo creéis en vuestros propios prejuicios e ilusiones —respondió malhumorado—. Recuerdo muy bien cuando yo era como vos, mas he aprendido la lección.

—Intentadlo —dijo mi padre—. No soy tan dogmático como pensáis. Además, sé muy bien que, por lo general, sólo las pruebas inclinan vuestra

creencia y, por esta razón, me siento fuertemente predispuesto a respetar vuestras conclusiones.

—No estáis errado al suponer que no he sido conducido ligeramente a creer en lo portentoso, porque lo que yo he experimentado es portentoso, y que he sido forzado por una extraordinaria evidencia a dar crédito a algo que es diametralmente opuesto a todas mis teorías. He sido engañado por una conspiración sobrenatural.

Pese a su profesión de fe en el general, vi a mi padre, en este punto, echarle una mirada que destilaba, según me pareció, una marcada duda de su cordura.

Afortunadamente, el general no se percató de ella. Observaba con tristeza y curiosidad los claros y sombras de los bosques que se abrían ante nosotros.

—¿Os dirigís hacia las ruinas de Karnstein? —inquirió—. Sí que es una afortunada coincidencia. Iba a pedirlos que me llevarais allí para inspeccionarlas. Tengo un especial interés en esta exploración. ¿No hay allí una capilla derruida, con tumbas de esa extinta familia?

—Así es... Es un sitio muy interesante —dijo mi padre—. ¿Pero estáis pensando en reclamar el título y las propiedades?

Mi padre dijo esto en tono jocosos, mas el general no acompañó su risa, ni sonrió siquiera, como exige la cortesía ante la broma de un amigo. Al contrario, su aspecto se había vuelto grave, y aun fiero, y parecía bailarse rumiando pensamientos que despertaban su ira y horror.

—Algo muy diferente —dijo bruscamente—. Quiero desenterrar a alguna de esa ilustre gente. Espero, con la bendición de Dios, poder cumplir un piadoso sacrilegio en ese sitio, que despejará nuestro mundo de ciertos monstruos, y permitirá a la gente honesta dormir en sus lechos sin el riesgo de ser asaltada por asesinos. Tengo que contaros cosas muy extrañas, mi querido amigo, tales que yo mismo las hubiera rechazado como increíbles pocos meses atrás.

Mi padre volvió a observarlo, mas esta vez no con una mirada de sospecha..., más bien con ojos que expresaban una aguda inteligencia y alarma.

—La casa de Karnstein está extinta desde hace muchos años —dijo—: al menos, desde hace un siglo. Mi querida esposa descendía en línea materna de los Karnstein. Pero el nombre y el título han dejado de existir hace mucho. El castillo está en ruinas y la aldea desierta; hace por lo menos cincuenta años de la última vez que se vio allí el humo de una chimenea. Ni un solo techo ha quedado en pie.

—Muy cierto. He oído hablar bastante acerca de todo esto desde que os vi por última vez: cosas que os dejarán estupefacto. Mas será mejor que os lo relate todo en el orden en que ocurrió —dijo el general—. Vos visteis a mi amada custodia, a mi hija, como puedo llamarla. Ninguna criatura podría haber sido más hermosa, y sólo tres meses atrás estaba en el máximo esplendor de su floreciente juventud.

—Así es, ¡pobrecilla! La última vez que la vi era por cierto hermosa —dijo mi padre—. Mi impresión y mi pesar fueron más intensos de lo que podría expresaros, querido amigo; sé el golpe que ha significado para vos.

Entonces le cogió la mano al general y ambos intercambiaron un cordial apretón. Los ojos del viejo soldado se llenaron de lágrimas que no intentó ocultar. Dijo entonces:

—Hemos sido muy buenos amigos, y yo sabía que lo ibais a sentir por mí, a pesar de que ya no soy un niño. Ella había llegado a ser para mi el objeto de mi más caro interés, y retribuía mis cuidados con un afecto que alegraba mi casa y hacía mi vida feliz. Pero todo eso ha terminado. Los años que me quedan sobre esta tierra no serán muchos quizá; ¡mas, por la misericordia divina, antes de morir espero realizar un servicio en bien de la humanidad y contribuir a la venganza celestial de los demonios que han asesinado a mi pobre niña en la primavera de sus esperanzas y su hermosura!

—Hace un momento dijisteis que ibais a relatarnos todo tal y como había ocurrido —dijo mi padre—. Por favor, hacedlo. Os aseguro que no es la mera curiosidad la razón que me hace urgiros de este modo.

Para entonces habíamos llegado al punto en el que el camino de Drunstall, por el que el general había venido, se bifurcaba en otra senda que conducía a las ruinas de Karnstein.

—¿A qué distancia estamos de las ruinas? —inquirió el general, escudriñando ansiosamente el camino.

—Aproximadamente a media milla —respondió mi padre—. Os suplico que nos contéis la historia que tan bondadosamente habéis consentido en relatarnos.

CAPÍTULO XI

La historia

—Lo haré de todo corazón —dijo el general, haciendo evidentemente un esfuerzo; después de una pausa para poner en orden sus ideas comenzó a narrarnos uno de los relatos más extraños que jamás he escuchado.

—Mi querida niña estaba esperando con gran ansiedad realizar la visita que vos tuvisteis la amabilidad de disponer para que pasara un tiempo en vuestro castillo y en compañía de vuestra encantadora hija —en este punto el general me hizo una reverencia galante, aunque melancólica—. En el intervalo, aceptamos la invitación de mi viejo amigo el conde de Carlsfeld, cuyo castillo está casi a seis leguas al otro lado de Karnstein. Debíamos asistir a la serie de fiestas que, como recordaréis, el conde dio en honor de su ilustre visitante, el gran duque Carlos.

—Sí, y muy espléndidas que fueron tales fiestas, según creo —dijo mi padre.

—¡Principescas! Y su hospitalidad es de categoría regia. Tiene la lámpara de Aladino. La noche de la que datan mis penurias estaba dedicada a un magnífico baile de máscaras. Los jardines se habilitaron para tal fin, y se colgaron de los árboles lámparas multicolores. Hubo tal despliegue de fuegos artificiales como ni siquiera París ha contemplado. Y la música..., como sabéis, la música es mi debilidad, ¡una música tan deliciosa! El mejor conjunto instrumental, quizá, del mundo entero, y los mejores cantantes que pueden contratarse en las compañías de ópera más egregias de Europa. Cuando se paseaba por aquel jardín, fantásticamente iluminado; el *château*, bañado por la luz de la luna, arrojaba un resplandor rosado desde su larga hilera de ventanas, de pronto se escuchaban estas deliciosas voces surgiendo desde el silencio de algún bosquecillo, o elevándose desde los botes sobre el lago. Me sentía, al contemplar lo que me rodeaba y escuchar cada sonido, transportado de pronto al romance y la poesía de mi temprana juventud.

»Cuando concluyeron los fuegos de artificio y comenzó el baile regresamos nuevamente a los lujosos salones que habían sido abiertos para los

bailarines. Un baile de máscaras, como sabéis, es un hermoso espectáculo; así y todo, jamás había presenciado otro más brillante que aquél en toda mi vida.

»La concurrencia era muy aristocrática; yo era casi el único “nadie” presente.

»Mi querida niña estaba preciosa. No llevaba máscara. Su excitación y arrobo añadían un indescriptible encanto a sus rasgos, siempre hermosos. Entonces noté que una joven aristocrática, vestida magníficamente, que llevaba, ella sí, una máscara, parecía observar a mi sobrina con extraordinario interés. La había visto antes aquella tarde en el salón principal y luego, durante unos minutos cerca de nosotros, aparentemente, absorta de la misma manera. Una dama, enmascarada también, vestida ricamente y con gravedad, y con un aire majestuoso, como el de una persona de alcurnia, la acompañaba. Si aquella joven no hubiera estado enmascarada, naturalmente habría podido asegurarme si estaba realmente observando a mi pobre niña o no. Ahora sé muy bien que lo hacía.

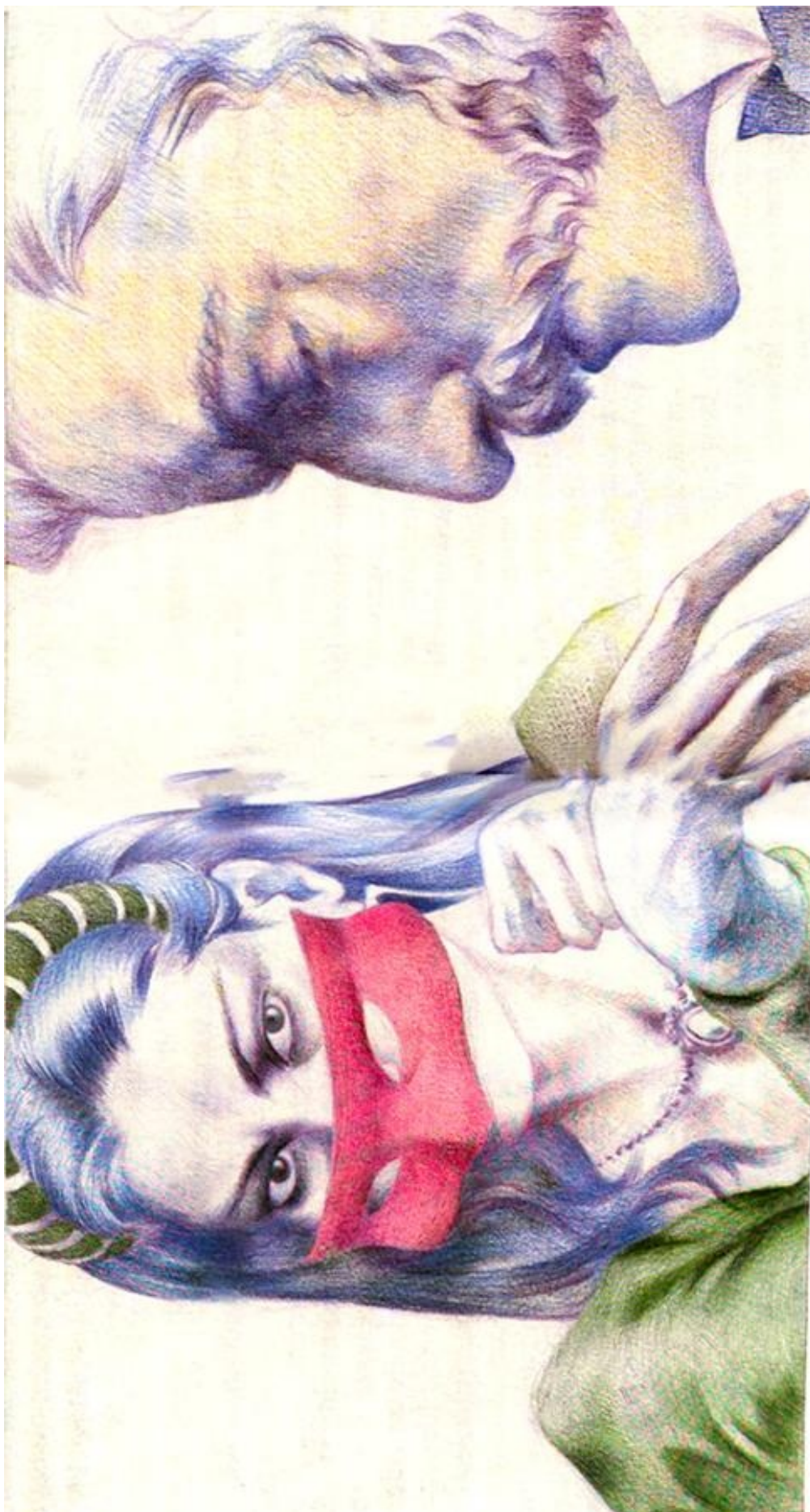
»Nos encontrábamos en ese momento en uno de los salones. Mi pobrecita niña había estado bailando y se había sentado en una silla junto a la puerta para tomar un respiro; yo estaba muy cerca de ella. Las dos damas que he mencionado se acercaron y la más joven se sentó junto a mi sobrina, mientras su acompañante se quedó de pie a mi lado y durante cierto tiempo se dirigió en voz baja a la joven.

»De pronto, valiéndose del privilegio de su máscara, se volvió hacia mi y, en el tono que emplearía una antigua amiga, y llamándome por mi nombre, inició una conversación que picó mucho mi curiosidad. Se refirió a numerosas situaciones en las que me había encontrado..., en la corte y en casas muy distinguidas. Aludió a pequeños incidentes en los que hacía mucho había dejado de pensar, pero que me di cuenta que habían quedado sólo suspendidos en mi memoria, ya que volvieron a la vida al instante al mencionarlos ella.

»Mi curiosidad por saber quién era crecía a cada minuto que pasaba, mas ella evitaba mis intentos por descubrirlo con gran destreza y elegancia. El conocimiento que poseía de muchos pasajes de mi vida me parecía realmente inexplicable, y era evidente que ella experimentaba un placer comprensible en frustrar mi curiosidad y verme errar con ansiedad perpleja, de una a otra conjetura.

»Mientras tanto, la joven, a quien su madre llamaba con el extraño nombre de Millarca, con idéntica gracia y soltura se había puesto a conversar con mi sobrina.

»Se presentó diciéndole que su madre era una antigua conocida mía. Habló de la agradable audacia que una máscara proporcionaba, la trató como a una amiga, admiró su vestido, y de una manera muy simpática insinuó su admiración por su belleza. La entretuvo con divertidos comentarios acerca de la gente que colmaba el salón de baile y se rió de la gracia que esto causaba a mi pobre niña. Era, cuando quería, muy ingeniosa y simpática, y al poco rato se habían hecho muy buenas amigas; entonces la extraña joven se quitó la máscara y exhibió un rostro de notable belleza. Jamás la había visto antes, ni mi sobrina tampoco. Pero a pesar de sernos desconocida, sus facciones eran tan atractivas y simpáticas que era imposible no sentir su poderoso influjo. Y así ocurrió con mi pobre niña: nunca vi a nadie más cautivado con otra persona a primera vista a no ser, en efecto, la extraña misma, quien casi parecía haber perdido el corazón por mi sobrina.



»Durante este intervalo, y valiéndome yo de la licencia que otorga un baile de máscaras, formulé no pocas preguntas a la dama mayor.

»—Me habéis desconcertado por completo —dije riendo—. ¿Acaso no os es suficiente? ¿No consentiréis ahora en permitir que quedemos en pie de igualdad teniendo la bondad de quitaros la máscara?

»—¿Puede haber un ruego más insensato que éste? —replicó ella—. ¡Pedir a una dama que conceda una ventaja! Además, ¿cómo sabéis que podríais reconocerme? Los años dejan sus huellas.

»—Como podéis ver —dije yo, inclinándome, con una breve risa un tanto melancólica.

»—¿Y cómo sabéis que ver mi rostro os ayudaría?

»—Correré el riesgo de que no sea así —respondí—. Es un esfuerzo vano que intentéis parecer una mujer mayor; vuestra figura os traiciona.

»—Sin embargo, han pasado años desde que os vi, más bien que desde que vos me visteis, ya que es esto lo que estoy considerando. Millarca es mi hija; por tanto, no puedo ser joven, ni aun en la opinión de personas a quienes el tiempo ha enseñado a ser indulgentes, y puede que no me agrade someterme a la comparación con lo que recordáis de mí. Vos no lleváis una máscara que podáis quitaros. No tenéis nada que ofrecerme a cambio.

»—Mi petición de quitárosla se dirige a vuestra piedad.

»—Y la mía, de dejarla donde está, se dirige a la vuestra —replicó ella.

»—Muy bien; pero al menos me diréis si sois francesa o alemana; habláis las dos lenguas perfectamente.

»—No creo que os diga eso, general; queréis cogerme por sorpresa y estáis planeando cuál será vuestro particular punto de ataque.

»—Sea como sea, no me negaréis esto: al menos, debería saber cómo dirigirme a vos —dije entonces—. ¿Acaso madame la *comtesse*?

»Ella rió y, sin duda, me hubiera eludido con otra de sus evasivas, si es que se puede considerar cualquier detalle de una entrevista, cuyas menores circunstancias habían sido arregladas de antemano, con la más profunda astucia, como sujeto a ser modificado por el azar.

»—Con respecto a eso —comenzó ella, pero fue interrumpida, nada más abrir la boca, por un caballero vestido de negro y de aspecto particularmente elegante y distinguido, con la única desagradable peculiaridad de que su rostro era el rostro más mortalmente pálido que había visto en toda mi vida, excepto, como es natural, en la muerte misma. Sin la menor sonrisa, mas cortésmente y con una inusual reverencia, dijo:

»—¿Me permitiría madame la *comtesse* decirle unas palabras que pueden interesarle?

»La dama se volvió rápidamente hacia él y rozó sus labios en señal de silencio; luego me dijo:

»—Reservadme el sitio, general; volveré en un momento.

»Con esta orden, dada en tono juguetón, se apartó unos pasos con el caballero y habló con él durante algunos minutos, aparentemente con gran seriedad. Luego se alejaron juntos con lentitud en medio de la multitud y los perdí de vista por unos momentos.

»En el intervalo me devané los sesos tratando de conjeturar la identidad de la dama que parecía recordarme con tanta precisión, y estaba a punto de unirme a la conversación entre mi sobrina y la hija de la condesa, con la intención de sorprenderla a su regreso con su nombre, título, *château* y propiedades en las puntas de mis dedos. Mas en aquel momento regresó, acompañada por el pálido hombre vestido de negro, que dijo:

»—Volveré e informaré a madame la *comtesse* cuando su carruaje esté en la puerta.

»Y dicho esto, se retiró con una inclinación.

CAPÍTULO XII

Una petición

»—Esto significa que vamos a perder a madame la *comtesse*, mas espero que sólo sea por poco tiempo —dijo yo, haciendo ante ella una reverencia.

»—Pueden ser unas horas, o unas semanas. Fue muy desafortunado que vinieran a hablarme justo en el momento que lo hizo. ¿Sabéis ya quién soy?

»Yo le aseguré que no lo sabía.

»—Lo sabréis, mas no ahora mismo —dijo ella—. Somos mejores y más antiguos amigos de lo que, quizá, sospecháis. Todavía no puedo mostraros mi identidad. Dentro de tres semanas pasaré por vuestro hermoso castillo, sobre el cual he hecho averiguaciones. Os haré entonces una visita de una o dos horas para renovar una amistad en la que no puedo pensar sin que surjan en mi mente un millar de agradables recuerdos. En este momento, he recibido una noticia que ha caído sobre mí como un rayo. Debo partir de inmediato y viajar por una tortuosa ruta de cerca de cien millas, con la mayor diligencia posible. Mi confusión va en aumento. Sólo la compulsiva reserva que debo guardar acerca de mi nombre intenta disuadirme de haceros una muy singular petición. Mi pobre hija no ha recobrado aún sus fuerzas por entero. Se cayó del caballo en una cacería a la que había asistido con el mero objeto de presenciar uno de estos espectáculos, y sus nervios todavía no se han repuesto de la impresión; nuestro médico ha ordenado que bajo ningún pretexto realice ningún tipo de esfuerzos durante algún tiempo. Así las cosas, hemos venido hasta aquí en un viaje muy tranquilo, apenas seis leguas al día. Pero ahora debo viajar mañana y noche por un asunto de vida o muerte..., una misión cuya crítica naturaleza y gravedad podré exponeros cuando volvamos a vernos, espero, dentro de pocas semanas, sin necesidad de más misterios.

»Entonces formuló su petición, como si tal demanda representara más la concesión que la solicitud de un favor. Su actitud parecía producto de una naturalidad inconsciente, a juzgar por los términos en que fue hecha la petición, aparecía casi como una disculpa. Sencillamente, estaba segura de que yo consentiría en hacerme cargo de su hija durante su ausencia.

»Bien mirado, era una petición extraña, por no decir audaz. En cierto modo ella me desarmó, exponiendo y admitiendo todo lo que podía oponerse a su demanda, y confiándose por completo a mi caballerosidad. En ese mismo momento —la fatalidad parece haber predeterminado todo lo que ocurrió—, mi pobre niña se acercó a mí y, en voz baja, me rogó que invitara a su nueva amiga, Millarca, a hacernos una visita. Esta última había estado sondeándola, y le había dicho que si su madre se lo permitía, nada le causaría mayor placer.

»En otras circunstancias le habría aconsejado a mi sobrina que aguardásemos algún tiempo, al menos hasta saber quiénes eran. Pero no tuve un solo momento para pensar en la situación. Las dos mujeres me asaltaron simultáneamente y, debo confesarlo, el hermoso y refinado rostro de la joven, en el que había algo en extremo atractivo, así como la elegancia y sello de una alta cuna, me determinaron por fin a tomar la decisión.

»Algo abrumado, me rendí al hecho y adquirí demasiado fácilmente la responsabilidad de hacerme cargo de la joven, a quien su madre llamaba Millarca.

»La condesa hizo una seña a su hija para que se acercase y ésta escuchó con atención todo lo que su madre le dijo; esto es, en términos generales, que había sido llamada perentoriamente y que había hecho arreglos para que quedara bajo mi cuidado hasta su regreso, añadiendo que yo era uno de sus más viejos y valiosos amigos.

»Como es natural, yo hice el discurso que el caso parecía requerir, pero, al reflexionar, me vi en una posición que no me agradaba en absoluto.

»Entonces apareció nuevamente el caballero vestido de negro y con gran ceremonia condujo a la dama fuera del salón.

»A decir verdad, el comportamiento de este caballero no podía sino impresionarme, ya que estaba convencido de que la condesa era una dama de mucha mayor importancia que lo que su modesto título por sí solo hubiera permitido deducir.

»Su último encargo fue que no intentara averiguar hasta su regreso, más de lo que ya podría haber adivinado acerca de ella.

»Dijo que nuestro distinguido anfitrión conocía bien sus razones.

»—Pero aquí —añadió— ni mi hija ni yo podríamos permanecer seguras más de un solo día. Hace cerca de una hora, imprudentemente, me quité la máscara un momento y, aunque demasiado tarde, pensé que me habíais visto. Por eso me resolví a buscar una oportunidad para hablar brevemente a solas con vos. Si hubiera comprobado que me *habíais* visto, me habría confiado por completo a vuestro alto sentido del honor para que guardarais mi secreto. No

obstante, me alegro de que no me hayáis visto; pero si ya *sospecháis*, o, al reflexionar, *adivinarais* quién soy, de igual forma me encomendaría enteramente a vuestro honor. Mi hija observará el mismo secreto, y sé muy bien que vos mismo se lo recordaréis de vez en cuando, para que no lo divulgue en un momento de irreflexión.

»Dicho esto, murmuró unas palabras a su hija, la besó apresuradamente en las mejillas y, acompañada por el pálido caballero de negro, desapareció entre la multitud.

»—En la sala de al lado hay una ventana que da a la puerta principal —dijo Millarca—; me gustaría ver partir a mi madre y mandarle un último beso con la mano.

»Por supuesto, asentimos y la acompañamos hasta la ventana. Vimos entonces un carruaje anticuado, pero muy hermoso, asistido por una tropa de guías y lacayos. Vimos la figura delgada del pálido caballero de negro que sostenía una gruesa capa de terciopelo y la colocaba luego sobre los hombros de la dama, poniéndole la capucha sobre la cabeza. Ella le hizo una señal de asentimiento y apenas le tocó una mano con la suya. El caballero se inclinó repetidamente en grandes reverencias, la portezuela se cerró y el carruaje se puso en movimiento.

»—Ya se ha ido —suspiró Millarca.

»—Ya se ha ido —repetí para mis adentros, pensando por primera vez en lo apresurado que había transcurrido todo desde mi consentimiento, y reflexionando sobre la locura de mi promesa.

»—No ha mirado hacia arriba —dijo entonces la joven lamentándose.

»—La condesa se había quitado la máscara, y no deseaba mostrar su rostro —dije—; además, no podía saber que vos estabais en la ventana.

»Ella suspiró suavemente y me miró a los ojos. Era tan hermosa que me ablandé; me sentí arrepentido por haber lamentado interiormente mi hospitalidad, y me determiné a compensarla por el inconfesado mal humor que acompañaba a mi resolución.

»La joven volvió a ponerse la máscara, se unió a mi sobrina e intentó persuadirme de que regresáramos al parque, en donde muy pronto comenzaría el concierto. Así lo hicimos, y caminamos de un extremo a otro de la galería que se extiende bajo los ventanales del castillo. Millarca se volcó con nosotros; nos entretuvo con vivaces descripciones e historias de la mayoría de los grandes personajes con los que nos cruzábamos en la galería. A medida que pasaba el tiempo, más me agradaba. Su locuacidad, sin ser en absoluto malintencionada, me divertía en extremo, a mí, que durante tanto tiempo

había estado alejado del gran mundo. En aquel momento pensé en la frescura que aportaría a nuestras, a menudo, solitarias veladas.

»Aquel baile no terminó hasta que el sol había alcanzado el horizonte. Al gran duque le plació bailar hasta entonces, de modo que la gente no pudo retirarse ni pensar en irse a dormir.

»Acabábamos de atravesar un salón lleno de gente cuando mi sobrina me preguntó qué había sido de Millarca. Yo creía que la joven se hallaba a su lado, y ella pensaba que estaba junto a mí. El hecho era que la habíamos perdido de vista.

»Todos mis esfuerzos por encontrarla fueron en vano. Temí que se hubiera equivocado, pues en la confusión de la momentánea separación podía haber confundido a otros con sus nuevos amigos, a los que habría seguido, probablemente, hasta los extensos parques que rodeaban al castillo.

»En ese momento, y con todo su peso, reconocí de nuevo la locura de haberme responsabilizado del cuidado de una joven sin siquiera conocer su nombre; y, atrapado como estaba por mis propias promesas, impuestas éstas además por razones que ignoraba, tampoco podía dar una dirección a mis pesquisas diciendo que la joven extraviada era la hija de la condesa que había partido del castillo hacía sólo unas pocas horas.

»Así amaneció. Era pleno día cuando abandoné mi búsqueda y hasta cerca de las dos del día siguiente no volvimos a saber nada de mi pupila perdida.

»Más o menos a esa hora un criado golpeó a la puerta de mi sobrina para decirle que una dama joven le había pedido encarecidamente que averiguara dónde podría encontrar al general barón Spielsdorf y a su hija, bajo cuyo cargo su madre la había dejado.

»No podía caber la menor duda, a pesar de la ligera equivocación, de que nuestra joven amiga había regresado: y así era. ¡Ojalá hubiera querido el Cielo que la perdiéramos para siempre!

»Le contó a mi pobre niña una historia que explicaba el tiempo que le había llevado encontrarnos. Dijo que ya muy tarde, desesperada de volver a vernos, había entrado en la habitación del ama de llaves y que allí había caído en un profundo sueño, el que, a pesar de lo largo que fue, apenas le había bastado para recuperar las fuerzas perdidas en las fatigas del baile.

»Aquel día, Millarca vino a casa con nosotros. Yo me sentía feliz, pese a todo, por haberle asegurado a mi querida niña una compañía tan encantadora.

CAPÍTULO XIII

El leñador

»—Sin embargo, pronto aparecieron algunas complicaciones. En primer lugar, Millarca se quejaba de una extrema languidez —la debilidad que subsistía desde su reciente enfermedad—, y nunca salía de su habitación hasta que la tarde estaba bastante avanzada. En segundo lugar, accidentalmente se descubrió que, aunque siempre echaba el cerrojo de su puerta por dentro, y nunca quitaba la llave de la cerradura hasta que le abría a la criada que la asistía en su aseo, Millarca se ausentaba, sin lugar a dudas, frecuentemente de su cuarto en horas muy tempranas de la mañana, y en varias ocasiones durante todo el día; esto ocurría cuando no quería que se supiera que estaba levantada.

»Repetidas veces fue vista desde las ventanas del castillo en el débil primer gris del alba, caminando entre los árboles con el aspecto de estar en trance. Esto me convenció de que era sonámbula. Mas esta hipótesis tampoco resolvía el problema. ¿Cómo salía de su cuarto dejando la puerta cerrada por dentro? ¿Cómo se escurría de la casa sin abrir ninguna puerta o ventana?

»En medio de mis perplejidades se presentó una ansiedad mucho más urgente y grave que ésta.

»Mi querida niña comenzó a perder sus colores y la salud, y esto de una manera tan misteriosa y aun horrible, que el temor me sobrecogió por completo.

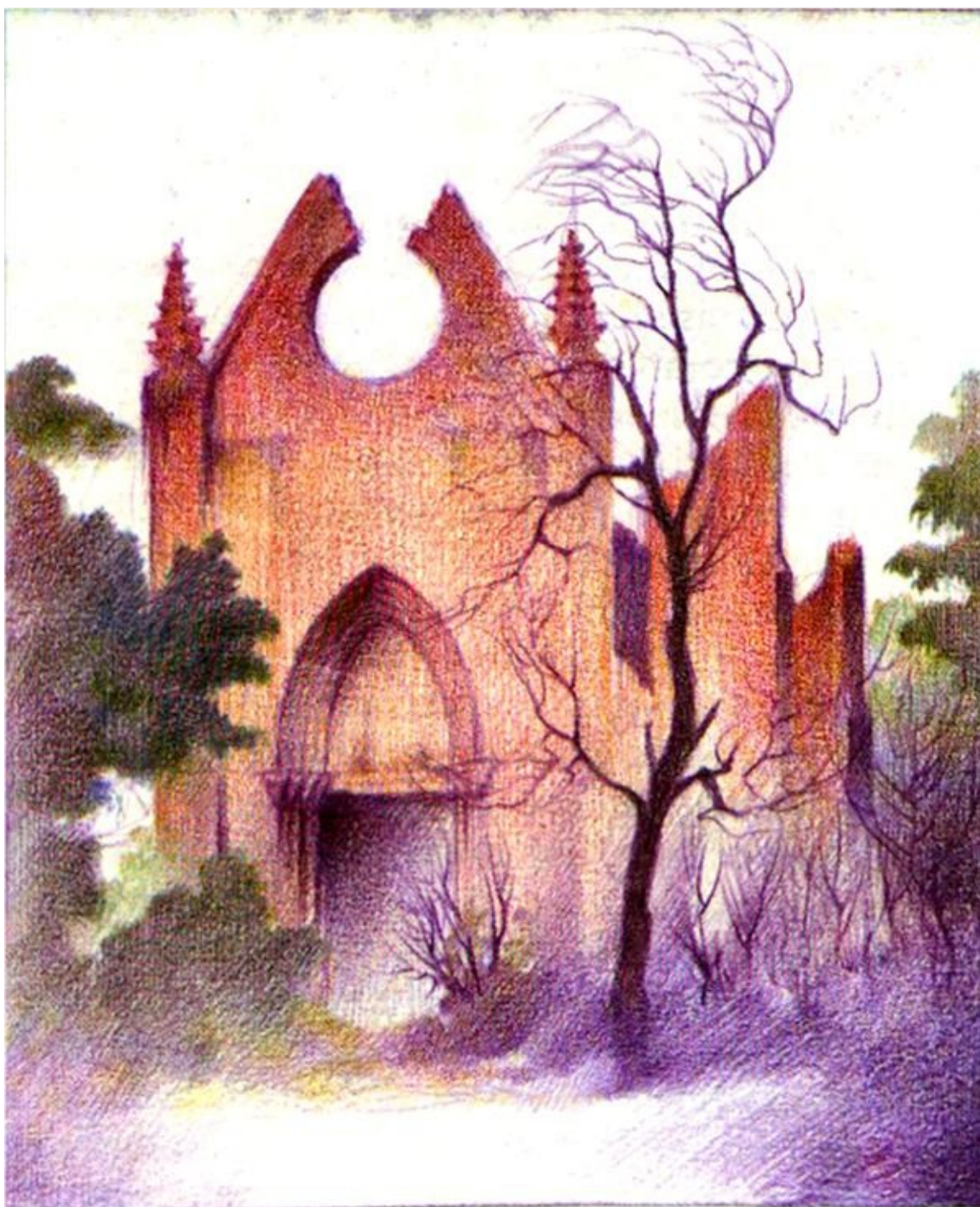
»Empezó teniendo sueños sorprendentes; luego aseguraba que era visitada por un espectro que a veces se parecía a Millarca, y otras tenía el aspecto de una bestia a la que no podía distinguir claramente y que merodeaba alrededor de los pies de su cama. Por último, empezó a experimentar sensaciones extrañas. Una de ellas, no desagradable, mas muy peculiar, según decía, se asemejaba al flujo de una corriente de agua helada contra su pecho. Poco después, empezó a sentir algo, como dos grandes agujas que le clavaran algo más abajo de la garganta, que le causaba un dolor muy agudo. Unas cuantas

noches después, a esto siguió una sensación gradual y convulsiva de estrangulamiento; luego, la pérdida del conocimiento.

Yo podía oír con total claridad cada una de las palabras que el bondadoso general pronunciaba. En esos momentos nos encontrábamos pisando la hierba que crece a los lados del camino que lleva a la aldea sin techos, de cuyas chimeneas no se había visto salir humo desde hacía más de media centuria.

Os imaginaréis la sensación que experimenté al escuchar una relación detallada y exacta de mis propios síntomas, sufridos por la pobre joven que, de no ser por la catástrofe que tuvo lugar, en aquel entonces hubiera sido huésped del castillo de mi padre. ¡Os haréis cargo también de cómo me sentí al oírle enunciar hábitos y misteriosas peculiaridades que eran, de hecho, los mismos que los de nuestra hermosa huésped, Carmilla!

Un claro se abrió en el bosque; de pronto nos encontramos bajo las chimeneas y aguilones de la aldea en ruinas y, desde una suave loma, nos amenazaban las torres y edificaciones del castillo desmantelado, rodeadas de árboles gigantescos.



Como en un sueño de terror bajé del carruaje, silenciosamente, ya que todos teníamos abundante materia de pensamiento.

Pronto remontamos la pendiente y nos hallamos entre las enormes cámaras, escaleras sinuosas y oscuros corredores del castillo.

—¡Y pensar que ésta fue una vez la residencia palaciega de los Karnstein! —exclamó por fin el buen general, mientras contemplaba la aldea desde una gran ventana y veía la ancha y ondulante expansión del bosque—. Fue una mala familia, y aquí se escribieron sus anales manchados de sangre —

continuó—. Es abominable que después de su muerte hayan seguido amenazando a la raza humana con su atroz lascivia. Ahí abajo está la capilla.

Señalaba los muros grises de un edificio gótico, parcialmente visibles entre el follaje, un poco más abajo de la cuesta.

—Se oye el hacha de un leñador entre los árboles que la rodean —añadió el general—. Es posible que él pueda darnos la información que busco e indicarme cuál es la tumba de Mircalla, condesa de Karnstein. Esta gente suele conservar las tradiciones locales de las grandes familias, cuyas historias olvidan los ricos y nobles tan pronto.

—Tenemos en nuestro castillo un retrato de Mircalla, la condesa de Karnstein. ¿Os gustaría verlo? —preguntó mi padre.

—Ya habrá tiempo, querido amigo —replicó el general—. Creo que ya he visto el original; y uno de los motivos por los que he venido a visitaros antes de lo que había pensado en un primer momento fue mi deseo de explorar la capilla a la que ahora nos dirigimos.

—¿Qué habéis dicho? ¿Visteis a la condesa Mircalla? —exclamó mi padre—. ¡Cómo! ¡Si ha muerto hace más de un siglo!

—No está tan muerta como creéis, según me han dicho —respondió el general.

—Confieso, general, que me desconcertáis por completo —replicó mi padre, mirándolo, pensé, con un momentáneo recrudecimiento de la sospecha que ya había detectado en él antes. Mas, a pesar de que el general manifestaba a veces enojo y aborrecimiento, no había en él ligereza alguna.

—Sólo existe para mí un único objetivo que pueda interesarme durante los pocos años que me restan sobre la tierra —dijo, mientras pasábamos bajo el arco de la iglesia gótica, y digo «iglesia» porque sus dimensiones justificaban tal apelativo—: tal objetivo consiste en descargar sobre ella la venganza que, gracias a Dios, aún puede ser cumplida por un brazo mortal.

—¿A qué venganza os referís? —preguntó mi padre, con creciente asombro.

—Me refiero a la de decapitar al monstruo —respondió el general en un fiero arrebató, dando un golpe con el pie que retumbó con ecos sombríos, entre las ruinas vacías, mientras levantaba la mano apretada, como asiendo la empuñadura de un hacha que blandiera violentamente en el aire.

—¿Qué? —exclamó mi padre, más desconcertado que nunca.

—Cercenarle la cabeza.

—¡Cercenarle la cabeza!

—Sí, con un hacha, una espada, o lo que sea que pueda cortar su garganta asesina. ¡Ahora veréis! —respondió el general, temblando de rabia. Avanzó con prisa otro trecho y dijo:

—Aquella viga servirá para sentaros; vuestra querida hija está fatigada; dejad que se siente y, con unas pocas frases, cerraré mi espantosa historia.

Un trozo cuadrado de madera que se hallaba sobre la hierba crecida frente a la capilla formaba una especie de banco en el que me senté con alivio; mientras tanto, el general llamó al leñador, quien había estado quitando algunas ramas que caían sobre los antiguos muros; con un hacha en la mano, el rústico individuo compareció ante nosotros.

No pudo decirnos nada sobre aquellos monumentos; dijo, no obstante, que había un anciano, un guardabosques de esa comarca, que se alojaba en aquellos momentos en la casa del sacerdote, a unas dos millas de distancia, y que conocía al dedillo cada monumento de la antigua familia Karnstein. Por una insignificancia, el leñador se comprometió a buscarlo y volver con él, si le prestábamos uno de nuestros caballos, en menos de media hora. Así se hizo.

—¿Trabajáis en este bosque desde hace mucho tiempo? —preguntó mi padre al anciano.

—He sido leñador aquí —respondió el hombre, en su *patois*— bajo las órdenes del guardabosque principal, durante toda mi vida, y lo mismo lo fue mi padre antes que yo, y mi bisabuelo, y muchas generaciones, que soy incapaz de contar. Podría mostraros incluso la casa que ocupaban mis antepasados en esta aldea.

—¿Por qué se quedó desierta la aldea? —inquirió el general.

—Fue asaltada por *revenants*, señor; fueron arrastrados hasta sus tumbas y torturados allí por los métodos usuales y extinguidos también de la forma acostumbrada, por decapitación, o con la estaca, o incinerados; pero muchos aldeanos habían sido ya asesinados.

»Pero ni siquiera después de que todos estos procedimientos fueron realizados de acuerdo a la ley —continuó—, tantas tumbas fueron abiertas y tantos vampiros privados de su horrible animación, la aldea se vio liberada. No obstante, un noble originario de Moravia, que se encontraba viajando por estas comarcas en aquellos momentos, al escuchar lo que ocurría se ofreció a liberar a la aldea de su depredador, ya que era un hombre hábil en estas lides, como suele serlo mucha gente en su tierra. Entonces, hizo lo siguiente: había una luna muy brillante aquella noche y, poco después del anochecer, subió hasta la torre de la capilla, aquí mismo, desde donde podía ver claramente el

camposanto; puede verse desde aquella ventana. Desde aquel punto vigiló hasta que vio al vampiro salir de su tumba y colocar cerca de ella los lienzos con los que había sido amortajado, luego de lo cual se dirigió hacia la aldea para atacar a sus habitantes.

»Al ver esto, el forastero bajó del campanario, cogió las mortajas del vampiro y se las llevó nuevamente hasta la torre escaleras arriba. Cuando el vampiro volvió de su cacería y echó en falta su mortaja, descubrió al extranjero en lo alto de la torre y le gritó furiosamente; mas el forastero le hizo señas de que subiera por ella, y el vampiro aceptó su invitación y trepó por el muro de la torre. Apenas había alcanzado el tope cuando el moravo le partió el cráneo en dos con un golpe de su espada, arrojándolo al camposanto; luego descendió por las escaleras de caracol y con otro golpe separó la cabeza de su cuerpo.

»Al día siguiente entregó el cuerpo y la cabeza a los aldeanos, quienes los empalaron y quemaron debidamente.

»Este noble moravo obtuvo entonces del jefe de la familia la autorización para trasladar la tumba de Mircalla, condesa de Karnstein, y por eso al poco tiempo su emplazamiento se olvidó por completo.

—¿Podéis indicarnos dónde se encontraba ese monumento? —inquirió el general, ansioso.

El guardabosque sacudió la cabeza sonriendo.

—No existe un alma viviente que pueda deciros eso —dijo—; además, se dice que su cuerpo fue trasladado, pero nadie está seguro de ello tampoco.

Al terminar su relato, y como se hacía tarde, el hombre dejó caer su hacha y partió, dejándonos a solas para oír el resto de la extraña historia del general.

CAPÍTULO XIV

El encuentro

»—El estado de mi bienamada niña se agravaba a pasos agigantados — retomó el general—. El médico que la asistía no había podido formarse la más remota idea de la naturaleza de su enfermedad, pues por tal la tomaba. Al ver mi alarma, sugirió una consulta con otro médico. Solicité entonces la asistencia de un renombrado médico de Gratz. Varios días pasaron hasta su llegada. Era un hombre bueno y piadoso, a la vez que muy erudito. Tras examinar ambos médicos a mi pobre niña, se retiraron a la biblioteca para discutir el caso. Mientras tanto, yo, en la habitación vecina, aguardaba con ansiedad su diagnóstico; de pronto oí que las voces de estos dos caballeros se elevaban en algo más de lo que podría considerarse una discusión estrictamente científica. Entonces golpeé a la puerta y entré. El anciano médico de Gratz sostenía su teoría, mientras su rival la rebatía con indisimulada sorna y explosiones de risa. Esta impropia manifestación se calmó con mi entrada, y pusieron fin a su altercado.

»—Señor —dijo mi primer médico—, mi erudito camarada parece creer que necesitáis a un mago, y no un doctor.

»—Disculpadme —dijo el anciano médico de Gratz, evidentemente molesto—; os expondré mi particular visión del caso, a mi manera, en otra oportunidad. Lamento muchísimo, *monsieur le general*, que mi experiencia y saber no sirvan de nada en esta ocasión. Antes de irme, no obstante, me conferiré el honor de sugeriros algo.

»Parecía pensativo y, después de sentarse ante una mesa, comenzó a escribir. Profundamente decepcionado, saludé con una inclinación y, al volverme para retirarme, el otro médico, detrás de su colega, señaló a éste con el dedo y luego, con un encogimiento de hombros, se tocó la frente significativamente.

»Esta consulta, pues, me dejó precisamente en el mismo punto en que me encontraba. Salí a caminar por los jardines en completa abstracción. Pasados diez o quince minutos el médico de Gratz me alcanzó. Se disculpó por

haberme seguido, mas dijo que no podría partir con la conciencia tranquila sin decirme algunas palabras más. Declaró que no podía equivocarse: ninguna enfermedad natural exhibía tales síntomas, y la muerte se hallaba muy próxima; sólo le quedaban uno o dos días más de vida. Si el fatal ataque era desbaratado de inmediato, con grandes cuidados y experiencia las fuerzas de mi sobrina podían, quizá, reponerse. Pero todo pendía en aquel momento de los confines de lo irrevocable. Un asalto más extinguiría la última chispa de vitalidad que normalmente se encuentra indefensa ante la muerte.

»—¿Y de qué naturaleza es el ataque que mencionáis? —inquirí yo con gran ansiedad.

»—He escrito todo cuidadosamente en este papel, que coloco en vuestras manos, con la expresa condición de que enviéis por el clérigo más cercano y abráis la carta en su presencia; bajo ningún motivo debéis leerla hasta que el sacerdote no esté con vos. Podríais desdeñar su contenido, y se trata de un asunto de vida o muerte. No obstante, si el sacerdote os fallara, podéis leerla.

»Antes de partir, finalmente me indicó que sería deseable que viera a un hombre instruido sobre el tema mismo de su carta, tema que, después de haber leído yo ésta, me interesaría sin duda más que ningún otro; me instó con la mayor seriedad a que contactara con él y lo visitara en su casa.

»Dicho esto, partió.

»Como el eclesiástico se hallaba ausente, leí la carta a solas. En otra oportunidad o situación, confieso que hubiera excitado mi burla. ¿Mas en qué curanderismos no se precipita la gente como último intento cuando todos los medios acostumbrados han fracasado y la vida de un ser amado se encuentra en peligro?

»Diréis que nada podría ser más absurdo que aquella carta. Era lo suficientemente monstruosa como para justificar que se recluyera a su autor en un manicomio. ¡Decía que la paciente padecía a causa de las visitas de un vampiro! Los pinchazos que describía en la garganta eran el efecto, insistía, de la inserción de los dos largos, finos y agudos dientes que, es bien sabido, caracterizan a los vampiros. Añadía que no podía caber lugar a dudas de que así era, por la clara presencia de la pequeña y lívida huella que todos coincidían en describir como la marca de los labios del demonio. Además, los síntomas descritos por la paciente guardaban una conformidad exacta con los presentados en todos los casos conocidos de visitas similares.

»Siendo yo completamente escéptico ante la existencia de portentos tan desmesurados como el de los vampiros, la sobrenatural teoría del buen y docto médico no me parecía sino un ejemplo más de que la sabiduría y la

inteligencia se encuentran a veces extrañamente asociadas a algún tipo de alucinación. Sin embargo, como me encontraba en un estado tan lamentable de desesperación, antes de no intentar nada, decidí seguir las instrucciones que especificaba la carta.

»Me oculté en el oscuro vestidor que daba a la habitación de mi sobrina, en la que siempre ardía una vela, y monté guardia hasta que se durmió profundamente. Continué en mi puesto, espiando por una fina rendija y habiendo tenido buen cuidado de colocar mi espada en una mesa junto a mí, tal como se me había indicado. Muy poco después de la una vi aparecer una sombra negra, de contornos desdibujados, que se arrastró, según me pareció, por encima de los pies de la cama y se deslizó hasta alcanzar la garganta de la pobre niña, en donde en un momento se hinchó, convirtiéndose en una enorme masa palpitante.

»Durante unos instantes me quedé petrificado, mas pronto reaccioné y me abalancé de un salto a la habitación blandiendo la espada en mi mano. La negra criatura se refugió súbitamente a los pies de la cama, se deslizó sobre ella y de pie sobre el suelo, aproximadamente a una yarda de la cama, con una mirada fija de ferocidad y horror escurridizos, vi a Millarca. No sé cómo me lancé contra ella con mi espada; mas de nuevo la vi de pie junto a la puerta, ¡e ilesa! Horrorizado, avancé y le asesté otro golpe. ¡Pero ella había desaparecido!, y mi espada se hizo añicos contra la puerta.

»No puedo describiros todo lo que pasó aquella noche de espanto. La casa entera se puso en movimiento. El espectro, Millarca, se había desvanecido. Mas su víctima se hundía en la agonía, y antes de que amaneciera había muerto.

El viejo general estaba en un estado de gran agitación. Nosotros no dijimos nada. Mi padre se separó del grupo, comenzó a leer las inscripciones de las lápidas y pasó a la capilla lateral para proseguir su búsqueda. El general se apoyó contra la pared, enjugó sus lágrimas y suspiró profundamente. Yo me sentí aliviada al oír las voces de Carmilla y madame, que en ese momento se acercaban. Pero las voces cesaron.

En esta soledad, después de haber escuchado una historia tan extraña, y relacionada, como era el caso, con los muertos ilustres y poderosos cuyos monumentos fúnebres se enmohecían entre el polvo y la yedra alrededor de nosotros, y cuyo mínimo incidente podía asociarse tan terriblemente con el misterio de mi propio caso; en este lugar encantado, oscurecido por el denso y alto follaje que coronaba sus silenciosos muros, un sentimiento de horror

comenzó a cernirse sobre mí al mismo tiempo que pensaba que, por lo menos, mis amigas estaban a punto de llegar y acabar esta ominosa y triste escena.

Los ojos del general estaban fijos sobre el suelo, mientras se apoyaba sobre la base de un monumento funerario derruido.

Bajo un portal estrecho y arqueado, rematado por una de esas figuras demoníacamente grotescas en las que se goza la fantasía cínica y horrenda de las estatuas góticas, vi aparecer, con gran alegría de mi parte, la figura y el hermoso rostro de Carmilla.

Estaba a punto de levantarme y hablar; asentía sonriendo en respuesta a su peculiarmente atractiva sonrisa, cuando, con un gran grito, el general cogió el hacha del leñador y se lanzó hacia adelante de un salto. Sobre los rasgos de Carmilla se produjo un brutal cambio al verlo. Fue una transformación instantánea y horrible, al tiempo que retrocedía encogiéndose. Antes de que yo pudiera articular un solo grito, el general la golpeó con todas sus fuerzas, mas ella escapó a su golpe e, indemne, con su diminuto puño lo cogió de la muñeca. Él luchó un momento para liberar su brazo, pero su mano se abrió y el hacha cayó al suelo. Carmilla desapareció entonces.

El general vaciló, tambaleándose sobre la pared. Su cabello gris estaba en desorden y el sudor brillaba sobre su rostro, como si estuviera a las puertas de la muerte.

La horrenda escena había durado un momento. Lo primero que recuerdo después es a madame, de pie ante mí y repitiendo una y otra vez con impaciencia la misma pregunta:

—¿Dónde está mademoiselle Carmilla?

Por fin, respondí:

—No lo sé..., no podría decirlo..., se fue por allí —y señalé hacia la puerta por la que acababa de entrar—; hace apenas uno o dos minutos.

—Pero yo he estado aquí, en la puerta, todo el tiempo desde que mademoiselle Carmilla entró a la capilla; y no la he visto salir.

Entonces comenzó a llamarla, dando voces ante puertas, pasadizos y ventanas; mas no hubo ninguna respuesta.

—¿Dice que se llama Carmilla? —preguntó el general, todavía muy agitado.

—Carmilla, sí —respondí.

—¡Ah! —dijo él—. Es Millarca. Es la misma persona que hace mucho tiempo se llamó Mircalla, condesa de Karnstein. Idos ahora mismo de este suelo maldito, mi pobre niña, lo más rápido que os sea posible. Dirigíos a la

casa del clérigo y permaneced allí hasta que nosotros lleguemos. ¡Marchaos!
¡Ojalá no volváis a ver nunca a Carmilla! No la encontraréis aquí.

CAPÍTULO XV

Sufrimiento y ejecución

Mientras el general hablaba, uno de los hombres más extraños que he visto nunca entró en la capilla por la puerta que había empleado Carmilla para entrar y desaparecer. Era alto, estrecho de hombros, encorvado, de brazos largos, y vestía de negro. Su rostro, moreno y seco, estaba surcado por profundas arrugas; llevaba un extraño sombrero de ala ancha. El cabello, largo y canoso, le caía sobre los hombros. Llevaba un par de gafas de oro y caminaba lentamente, arrastrando los pies con un andar singular; a veces volvía el rostro hacia el cielo, se inclinaba otras hacia el suelo, y parecía portador de una perpetua sonrisa. Los largos y delgados brazos le colgaban a los costados y las larguiruchas manos, enfundadas en unos viejos guantes negros, demasiado grandes para ellas, se agitaban y gesticulaban en la más completa abstracción.

—¡El hombre justo! —exclamó el general, avanzando con satisfacción manifiesta—. ¡Mi querido barón, qué alegría me da veros! No tenía ninguna esperanza de volver a encontraros tan pronto.

El general le hizo una seña a mi padre, que para ese momento había regresado ya, mientras conducía hacia él al anciano caballero. Luego los presentó formalmente y de inmediato se absorbieron en una conversación muy seria. El extraño sacó un rollo de papel del bolsillo y lo estiró sobre la superficie gastada de una tumba que había junto a ellos. Tenía una caja de lápices en la mano, con los que trazó varias líneas imaginarias desde un punto a otro del papel, el cual, según concluí por las miradas que los tres dirigían desde él hacia ciertas partes del edificio, era un plano de la capilla. Acompañaba lo que podría llamar su conferencia con lecturas ocasionales de un librito sucio cuyas páginas amarillentas estaban cubiertas por una escritura apretada.

Juntos se dirigieron a la nave lateral, opuesta al sitio en el que me encontraba, hablando mientras caminaban. Luego empezaron a medir distancias con pasos y por fin los tres se pararon frente a un panel del muro

lateral, al que empezaron a examinar con el mayor detalle. Arrancaron la yedra que se aferraba a él y golpearon el yeso con las puntas de sus bastones; rascaban por allí y golpeaban por allá. Finalmente comprobaron la existencia de una gran placa de mármol con letras talladas en relieve sobre ella.

Con la asistencia del leñador, que había vuelto pronto, descubrieron entonces una monumental inscripción y un escudo de armas que resultaron ser los pertenecientes al monumento funerario de Mircalla, condesa de Karnstein, perdidos desde hacía mucho tiempo.

El anciano general, aunque, me temo, con un ánimo lejano al de la oración, levantó en aquel momento las manos y los ojos al cielo, en muda acción de gracias.

—Mañana estará aquí el comisario —lo oí decir—; y la investigación se realizará de acuerdo a la ley.

Luego, volviéndose hacia el anciano de gafas de oro que he descrito, le apretó las manos, diciendo:

—¿Cómo podré agradecerérselo, barón? ¿Cómo podremos todos? Habréis liberado a esta región de una plaga que ha flagelado a sus habitantes durante más de un siglo. Gracias a Dios, el horrible enemigo está al fin descubierto.

Mi padre llevó aparte al extraño y el general los siguió.

Yo sabía que los había conducido lejos de mí para poder hablarles de mi caso, y los vi mirarme de reojo mientras sostenían su conciliábulo.

Por fin mi padre vino hacia mí, me besó una y otra vez y, llevándome fuera de la capilla, me dijo:

—Ya es hora de volver, pero antes de hacerlo debemos sumar a nuestro grupo al párroco, que vive muy cerca de aquí; debemos persuadirlo de que nos acompañe al castillo.

Tuvimos éxito en esta gestión, y yo me sentí feliz de llegar a casa, ya que mi fatiga era indescriptible. Pero mi satisfacción se convirtió en desaliento al saber que no había noticias de Carmilla. No se me había dado ninguna explicación de la escena ocurrida en la capilla en ruinas, y estaba claro que se trataba de un secreto del que mi padre había decidido mantenerme apartada por el momento.

La siniestra ausencia de Carmilla hacía el recuerdo de esa escena aún más horrible para mí. Las disposiciones para aquella noche fueron muy singulares: dos criadas y madame se quedarían en mi habitación, mientras el sacerdote y mi padre montaban guardia en el vestidor adjunto.

El sacerdote había celebrado ciertos ritos solemnes, cuyos significados eran tan ajenos para mí como la razón de la extraordinaria precaución tomada

para protegerme durante el sueño.

Lo vi todo con claridad unos días después.

La desaparición de Carmilla fue seguida de la interrupción de mis padecimientos nocturnos.

Sin duda habréis oído hablar sobre la sorprendente superstición que predomina en ambos extremos de Styria, en Moravia, Silesia, en Turquía, Serbia, en Polonia y aun en Rusia: la superstición, como debemos llamarla, del vampiro.

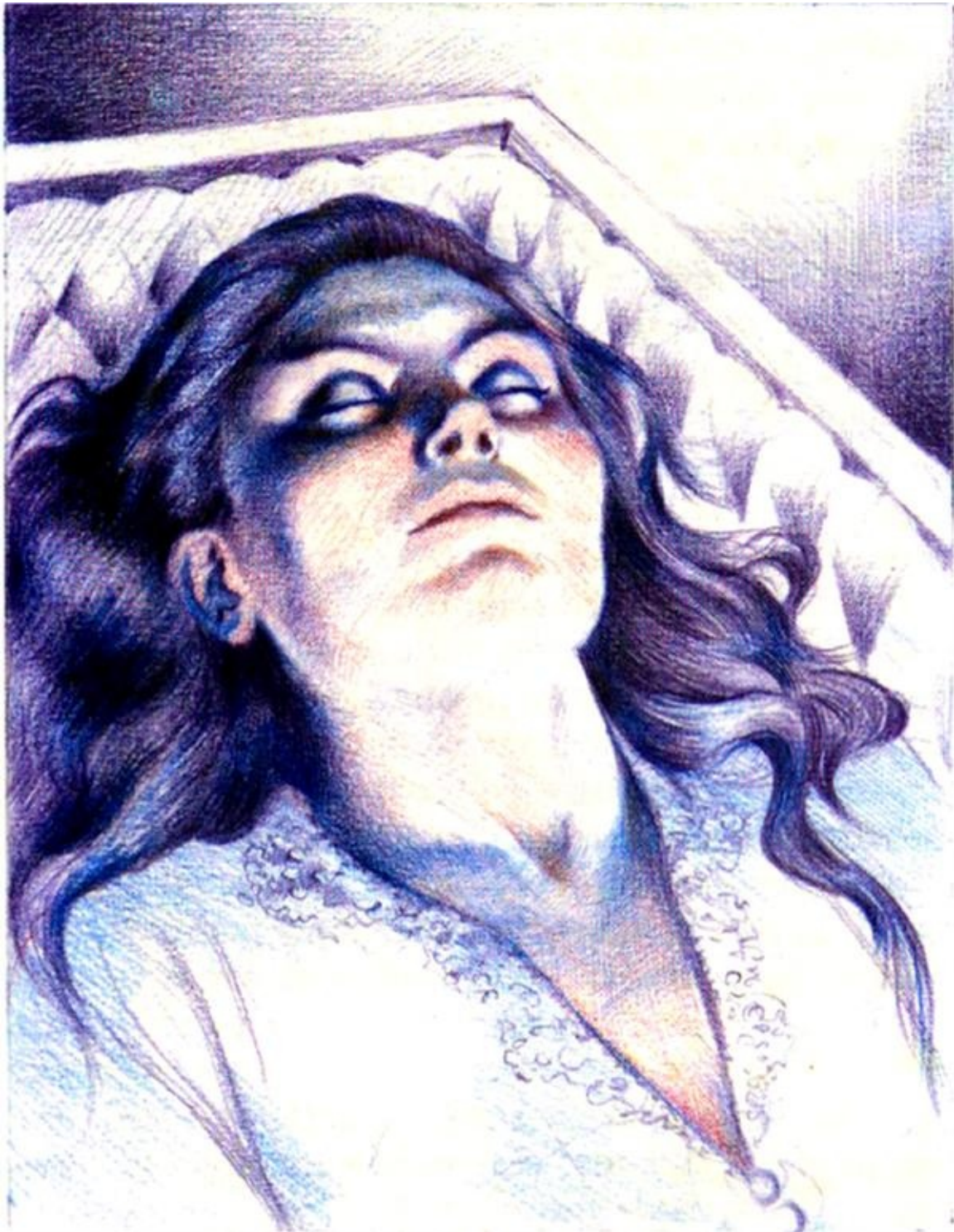
Si el testimonio humano, tomado con el mayor cuidado y solemnidad, judicialmente, ante innumerables comisiones, cada una compuesta por numerosos miembros, elegidos todos por su integridad e inteligencia, y habiendo escrito informes, quizá más voluminosos de los que existen sobre ningún otro tipo de casos, vale algo, entonces es difícil negar, o aun poner en duda, la existencia de un fenómeno como el del vampirismo.

Por mi parte, no he oído ninguna teoría que explique lo que yo misma he presenciado y padecido más que la procedente de esta antigua y bien atestiguada creencia.

Al día siguiente tuvieron lugar los procedimientos necesarios en la capilla de Karnstein. La tumba de la condesa Mircalla fue abierta, y el general y mi padre reconocieron en el rostro que se ofrecía a sus ojos a sus hermosas y pérfidas huéspedes. A pesar de haber pasado ciento cincuenta años desde su funeral, sus facciones tenían el tinte y la tibieza de la vida. Sus ojos estaban abiertos y no se desprendía pestilencia alguna del ataúd. Los dos médicos, uno representante oficial y el otro por parte del promotor de la investigación, atestiguaron el maravilloso hecho de que en el cuerpo se apreciaba una respiración indudable, aunque débil, acompañada de la correspondiente actividad del corazón. Los miembros eran perfectamente flexibles, y la carne, elástica. El ataúd de plomo estaba inundado de sangre, en la cual, hasta una profundidad de siete pulgadas, estaba inmerso el cuerpo. Allí estaban, pues, todos los signos y pruebas generalmente asociados al vampirismo. Entonces el cuerpo, conforme a las antiguas prácticas, fue levantado y el corazón del vampiro atravesado por una aguda estaca; en ese momento, el monstruo produjo un grito desgarrador, tal como el que habría podido escaparse de una persona viva en su última agonía. Luego se le cortó la cabeza y un torrente de sangre manó del cuello mutilado. El cuerpo y la cabeza fueron colocados a continuación sobre una pila de leña y reducidos a cenizas, las que se esparcieron por último sobre el río, donde desaparecieron para siempre.

Desde ese momento, nunca más el territorio aquel volvió a padecer las visitas de un vampiro.

Mi padre posee una copia del informe de la Comisión Imperial, con las firmas de todos los que estuvieron presentes en estos procedimientos, que consta como verificación del informe. El relato de esta última espantosa escena es un resumen de este documento oficial.



CAPÍTULO XVI

Conclusión

Quizá supongáis que escribo todo esto con calma. Pero, lejos de ello, no puedo pensar en lo sucedido sin experimentar agitación. Sólo vuestro firme deseo, tantas veces reiterado, podía haberme inducido a sentarme ante una tarea que ha desquiciado mis nervios de aquí a muchos meses en adelante, y ha resucitado una sombra del indecible horror que, aun años después de mi liberación, continúa haciendo mis días y mis noches horribles, y la soledad, insoportablemente horrenda.

Permitidme añadir una o dos palabras sobre ese extraño barón Vordenburg, a cuya curiosa ciencia le debíamos el descubrimiento de la tumba de la condesa Mircalla.

Había fijado su residencia en Gratz, donde vivía de una renta miserable, que era todo lo que le quedaba de las una vez principescas propiedades de su familia en el norte de Styria. Se dedicó por completo a la investigación detallada y laboriosa de la tradición maravillosamente documentada del vampirismo. Tenía en sus manos todas las grandes y pequeñas obras escritas sobre este tema: *Magia Posthuma*, *Phlegon de Mirabilibus*, *Augustinus de cura pro Mortuis*, *Philosophicae et Christianae Cogitationes de Vampiris*, de John Christofer Harenberg, y un millar de títulos más entre los cuales sólo recuerdo los pocos que le prestó a mi padre. Poseía un voluminoso digesto de todos los casos judiciales, de los que había extractado el sistema de principios que aparentemente gobiernan al vampiro, algunos siempre, otros, sólo ocasionalmente. Mencionaré, de paso, que la palidez mortal atribuida a este tipo de *revenants* es una mera ficción melodramática. Tanto en la tumba como cuando se muestran en la sociedad humana, presentan un aspecto de vida saludable: cuando, expuestos a la luz en sus ataúdes, exhiben todos los síntomas que han sido enumerados como los que probaron la vida vampírica de la condesa Karnstein, extinta hacía tanto tiempo.

Siempre se ha considerado por entero inexplicable la forma en que logran escapar de sus tumbas y regresar a ellas durante ciertas horas diariamente, sin

quitar la arcilla ni dejar ninguna traza que afecte al aspecto intacto del ataúd. La existencia anfibia del vampiro es sostenida por un sueño diariamente renovado en la tumba. Su horrendo anhelo por la sangre de los vivos les proporciona el vigor necesario para sus horas de vigilia. El vampiro es propenso a sentirse fascinado, con una creciente vehemencia, semejante a la pasión amorosa, por algunas personas en particular. Para llegar a ellas son capaces de ejercer una paciencia y una astucia inagotables, ya que el acceso a un objeto en particular puede presentar para ellos centenares de obstáculos. Mas el vampiro no desistirá jamás hasta haber saciado su pasión y secado la vida misma de su codiciada víctima. En tales casos, economiza y prolonga su placer asesino con un refinamiento epicúreo, con acercamientos graduales, propios de un ingenioso cortejo amoroso. Sólo entonces parece anhelar la simpatía o el consentimiento de su víctima. En los casos ordinarios, va directamente a su objeto; lo domina con violencia y lo estrangula, agotándolo a menudo en un solo festín.

Aparentemente, el vampiro se halla sujeto, en ciertas situaciones, a condiciones especiales. En el caso particular que os he relatado, Mircalla parecía estar limitada a un nombre, el cual, aunque no fuese su verdadero nombre, debía al menos reproducir, sin la adición u omisión de la menor letra, aquellas que lo componían. Tal era el caso de *Carmilla*, o *Millarca*.

Mi padre relató al barón Vordenburg, quien permaneció en nuestro castillo dos o tres semanas más después de la expulsión de Carmilla, la historia acerca del caballero moravo y el vampiro del camposanto de Karnstein, y luego le preguntó cómo había podido descubrir la posición exacta de la tumba tanto tiempo ocultada de la condesa Mircalla. Las grotescas facciones del barón se fruncieron en una misteriosa sonrisa; miró hacia el suelo, todavía sonriendo, y jugueteó con el gastado estuche de sus gafas. Luego, levantando la vista, dijo:

—Poseo muchos diarios y otros documentos escritos por aquel hombre notable; el más curioso de todos es uno que trata sobre la visita de la que me habláis, a Karnstein. La tradición, como es natural, distorsiona y decolora las cosas un poco. Se creía que era un noble moravo porque había fijado su residencia en tal territorio y era, además, un noble. Pero en realidad era nativo del norte de Styria. Basta decir que en su primera juventud había sido un apasionado enamorado de la hermosa Mircalla, condesa de Karnstein, y favorecido por ésta. Su temprana muerte lo sumió en un inconsolable pesar. Está en la naturaleza de los vampiros el crecer y multiplicarse, pero sólo, según se ha comprobado, conforme a una espantosa ley.

»Imaginaos, desde el primer momento, un territorio perfectamente libre de esta peste. ¿Cómo comienza a manifestarse, y de qué forma se multiplica? Os lo diré. Una persona, más o menos malvada, pone fin a su propia vida. Un suicida, bajo ciertas circunstancias, se convierte en vampiro. Este espectro visita luego a personas vivas durante su sueño; éstas mueren y, casi invariablemente, en sus tumbas, se convierten en vampiros. Esto fue lo que ocurrió en el caso de la hermosa Mircalla, quien fue visitada por uno de estos demonios. Mi antepasado, Vordenburg, cuyo título yo todavía llevo, pronto descubrió todo esto, y en el curso de los estudios a los que se consagró, aprendió aún mucho más.

»Entre otras cosas, concluyó que probablemente la sospecha de vampirismo caería, tarde o temprano, sobre la fallecida condesa que había sido en vida su ídolo. Concibió entonces con horror, fuese ella lo que fuese, que sus restos serían profanados por el ultraje de una ejecución póstuma. Vordenburg ha dejado un curioso escrito que prueba que el vampiro, al ser expulsado de su existencia anfibia, es proyectado a una vida aún mucho más horrible.

»Resolvió, pues, salvar de esto a su una vez bienamada Mircalla.

»Para lograr su propósito recurrió a la estratagema de un viaje aquí, un fingido traslado de sus restos y una real obliteración de su monumento fúnebre. Mas cuando la edad se acumuló sobre él y, desde el valle de los años, recorrió las escenas que estaba abandonando, consideró con muy diferente ánimo lo que había hecho y el horror hizo presa en él.

»Trazó el plano y las notas que me han guiado hasta el sitio exacto y escribió una confesión del engaño que había llevado a cabo. Si pretendía efectuar alguna otra acción al respecto, la muerte se lo impidió; y la mano de un remoto descendiente ha dirigido, lamentablemente demasiado tarde para muchos, la búsqueda de la guarida de la bestia.

Hablamos un poco más todavía, y entre otras cosas dijo ésta:

—Un signo característico del vampiro es el de la fuerza de su mano. La delgada mano de Millarca se cerró como un torno de acero sobre la muñeca del general cuando él levantó el hacha para golpearla. Mas este poder no concluye con su apretón, sino que deja en el miembro asido un agarrotamiento que desaparece, si alguna vez lo hace, muy lentamente.



La primavera siguiente mi padre me llevó a hacer un viaje por Italia. Permanecimos fuera más de un año. Fue esto mucho antes de que el terror de los sucesos recientes se hubiera debilitado; y hasta este mismo momento la imagen de Carmilla retorna a mi memoria, alternándose ambiguamente...; a veces, la joven hermosa, juguetona, lánguida; a veces, el demonio retorciéndose que vi en la iglesia en ruinas, y a menudo desde una ensoñación de la que he despertado sobresaltada, imaginando haber oído el paso ligero de Carmilla en la puerta de la sala.

LA BONDADOSA LADY DUCAYNE

(Mary Elizabeth Braddon, 1896)

I

Bella Rolleston había decidido que la única oportunidad que tenía de ganarse la vida y ayudar a su madre era introducirse en el mundo de la alta sociedad como acompañante de alguna gran dama. Tenía que encontrar una lo suficientemente rica como para pagar un salario, y tan excéntrica como para necesitar una acompañante a sueldo. Cinco chelines, separados de mala gana de uno de aquellos soberanos que tan raros eran en sus manos y que con tanta rapidez se desvanecían. Cinco sólidos chelines, pues, habían sido entregados a aquella señora de la agencia de la calle Harbeck, en Londres, W., con la esperanza de que aquella relevante intermediaria encontrara una colocación y un salario para miss Rolleston. La señora echó una mirada a las dos medias coronas depositadas en la mesa por la mano de Bella, para asegurarse de que ninguna de ellas era un florín, y luego se dispuso a escribir una descripción de los títulos y requerimientos de Bella en un formidable archivo.

—¿Edad? —preguntó secamente.

—Dieciocho, cumplidos en julio.

—¿Alguna habilidad en especial?

—No, no tengo ninguna habilidad en absoluto; si la tuviera sería institutriz. Acompañante parece la colocación más adecuada.

—En nuestros archivos contamos con damas de mucho talento para acompañantes, o damas de compañía.

—¡Oh, lo sé! —balbuceó Bella con la locuacidad de su candor juvenil—. Pero eso es muy distinto. Mi madre no ha podido reunir el dinero suficiente para comprarme un piano cuando yo tenía doce años, de modo que me temo

que he olvidado cómo tocarlo. Además, he tenido que ayudarla con la costura y no he tenido mucho tiempo para estudiar.

—Por favor, no gaste su tiempo explicando lo que no sabe hacer; en lugar de eso, dígame, si es tan amable, qué es lo que puede hacer —dijo la señora con tono abrumador, sosteniendo la pluma entre sus delicados dedos—. ¿Puede leer en voz alta durante dos o tres horas seguidas? ¿Es activa y hábil con las manos, se levanta temprano, es buena para andar, posee un temperamento dulce y servicial?

—Puedo decir que sí a todas esas preguntas, excepto respecto a la dulzura. Creo que tengo un buen carácter y me sentiría gustosa de ser atenta con cualquiera que pagase por mis servicios. No me costaría hacerles sentir que realmente soy capaz de ganarme mi salario.

—La clase de damas que acuden a mí no están interesadas en una acompañante charlatana —dijo la señora severamente—. Mis conexiones se encuentran principalmente entre la aristocracia, y estas personas esperan una deferencia considerable.

—¡Oh, por supuesto! —exclamó Bella—. Pero es muy diferente cuando hablo con usted. Quiero contarle todo sobre mí misma de una sola vez y para siempre.

—¡Me alegra oír que lo hará sólo una vez! —dijo la señora.

Era de edad incierta e iba enfundada en un vestido de seda negra. Su tez estaba empolvada y llevaba un bonito pelo postizo sobre la cabeza. Puede ser que la frescura juvenil y la vivacidad de Bella ejercieran un efecto irritante sobre nervios, debilitados por jornadas de ocho horas en aquella hipercalfaccionada planta de la calle Harbeck.

Para Bella, aquel apartamento oficial, con la alfombra de Bruselas, cortinas y sillas tapizadas de terciopelo y el reloj francés, cuyo tictac retumbaba sobre la repisa de mármol de la chimenea, sugería el lujo de un palacio al compararlo con la segunda planta de Walworth, donde Mrs. Rolleston y su hija se las habían arreglado para subsistir durante los últimos seis años.

—¿Piensa que hay algo en sus archivos apropiado para mí? —tartamudeó Bella, tras una pausa.

—¡Oh, querida, no! No tengo nada a la vista por el momento —contestó la señora, que había metido, distraídamente, las medias coronas de la joven dentro de un cajón, con las puntas de los dedos—. Verá usted..., tiene muy poca educación y es demasiado joven como para ser acompañante de una

dama de alta posición. Es una pena que no tenga la formación requerida para aspirar a niñera gobernanta; eso se adecuaría más a su estilo.

—¿Y cree que pasará mucho tiempo antes de que pueda encontrarme una colocación? —inquirió Bella dudosa.

—En realidad, no podría decirlo. ¿Tiene alguna razón en particular para estar tan impaciente?... Espero que no se tratará de un asunto amoroso, ¿verdad?

—¡Un asunto amoroso! —exclamó Bella, con las mejillas encendidas—. ¡Qué tontería más grande! Quiero una colocación porque mi madre es pobre y odio ser una carga para ella. Quiero un salario para poder compartirlo con ella.

—No habrá mucho margen para compartir en el salario que probablemente pueda usted ganar a su edad..., y con su... pobre educación —dijo la señora, para quien las mejillas de peonía de Bella, sus ojos brillantes y su vitalidad desenfrenada resultaban opresivas.

—Quizá si fuera tan amable de devolverme el dinero, podría darlo a otra agencia cuyas conexiones no fuesen tan aristocráticas —dijo entonces Bella, quien, como contó a su madre en el relato de su entrevista, estaba determinada a no quedarse esperando con los brazos cruzados.

—No encontrará otra agencia que pueda hacer más por usted que yo —replicó la señora, cuyos dedos de arpía no soltaban nunca una moneda—. Tendrá que esperar que se presente su oportunidad. El suyo es un caso excepcional, mas la tendré presente, y si encuentro algo adecuado le escribiré. No puedo decirle más que esto.

La inclinación casi despectiva de la altiva cabeza, cargada de cabello prestado, indicaba el fin de la entrevista.

Bella regresó a Walworth. Anduvo resueltamente cada pulgada del camino en la tarde de septiembre, e imitó a la Persona Superior para entretenimiento de su madre y de la casera, que se entretuvo en la miserable salita con la bandeja del té para aplaudir la «imitación» de miss Rolleston.

—¡Cielo santo, qué buena actriz es! —exclamó la casera—. Debería haberla llevado al escenario, señora. Podría haber hecho fortuna.

II

Bella aguardó esperanzada. Atenta a la llamada del portero, que tantas cartas llevaba para las tiendas y la primera planta, y tan pocas para aquella humilde segunda planta en donde su madre y ella pasaban la mayor parte del día cosiendo a máquina.

Mrs. Rolleston, por cuna y educación, era una dama, pero su mala fortuna había sido casarse con un bribón; durante los últimos doce años había sido una de esas mujeres que se ven convertidas en las peores viudas: una esposa a quien su marido había abandonado.

Afortunadamente, era valiente, solícita y una costurera muy hábil; se las había arreglado para ganar su sustento y el de su única hija haciendo abrigos y capas para una casa del oeste de Londres. No llevaba una vida lujosa. Alojamiento barato en una miserable calle cercana a Walworth, cenas escasas, comida casera y ropa usada habían sido el destino de madre e hija; pero se querían tanto, y la naturaleza las había hecho tan alegres, que a pesar de todo se las arreglaban para ser felices.

Mas la idea de lanzarse al mundo como acompañante de alguna dama refinada había enraizado en el ánimo de Bella, y a pesar de que idolatraba a su madre y de que la separación les rasgaría el corazón, la joven anhelaba un cambio y emociones nuevas, como los pajes de antaño anhelaban convertirse en caballeros y partir a Tierra Santa para romper lanzas contra los infieles.

Bella se cansó de correr escaleras abajo cada vez que llamaba el cartero para escuchar siempre las mismas palabras: «Nada para usted, miss».

«Nada para usted», sonreía la criada de la pensión, hasta que por fin Bella cobró ánimos y se dirigió a la calle Harbeck, y, una vez allí, preguntó cómo era posible que no hubieran encontrado ninguna colocación para ella.

—Es usted muy joven, y quiere un salario —le dijeron.

—Por supuesto que lo quiero —respondió Bella—. ¿Acaso los demás no quieren?

—Las jóvenes como usted, por lo general, quieren un hogar confortable.

—Yo no —dijo Bella con brusquedad—: yo quiero ayudar a mi madre.

—Puede volver dentro de una semana —le dijeron—; si me entero de algo antes, le escribiré.

Mas no llegó ninguna carta, y exactamente una semana después Bella se colocó el mejor sombrero que tenía, el que había sido menos vapuleado por la lluvia, y se puso en marcha hacia la calle Harbeck.

Era una tarde monótona de octubre y había un tinte gris en el aire que amenazaba convertirse en niebla antes de que cayera la noche. Las tiendas de la calle de Walworth brillaban a través de la atmósfera gris y, aunque para una

joven dama criada en Mayfair o en Belgravia tales escaparates hubieran sido indignos de una simple mirada, constituían para Bella un cebo, una tentación. Había muchas cosas que la joven deseaba y que nunca podría comprar.

La calle Harbeck era susceptible de estar vacía por completo en aquella estación muerta del año: una calle larga, muy larga; una interminable perspectiva de casas eminentemente respetables. La agencia estaba al final, y Bella contempló aquella larga línea gris casi con desesperación, más cansada de lo habitual tras haber andado todo el camino desde Walworth. Un carruaje pasó junto a ella, un coche anticuado, amarillo, con resortes en forma de semicírculo, tirado por una yunta de caballos grises conducidos por los cocheros más elegantes que podrían verse, a cuyo lado iba sentado un alto lacayo.

—Parece el carruaje del hada madrina —pensó Bella—. No me sorprendería que antes hubiera sido una calabaza.

Pero sí se sorprendió cuando encontró al carruaje amarillo aparcado frente a la puerta de la agencia y al lacayo alto aguardando cerca del umbral. Bella casi temía entrar y encontrarse con la dueña de aquel espléndido carruaje. Había echado un vistazo sobre su ocupante mientras el coche pasaba: una toca emplumada y retazos de armiño fue todo lo que vio.

El elegante paje de la agencia la condujo escaleras arriba y llamó a la puerta de la oficina.

—Miss Rolleston —anunció disculpándose, mientras Bella aguardaba afuera.

—Hágala pasar —dijeron rápidamente desde el interior; luego, Bella escuchó murmurar algo en voz baja al cliente.

Bella entró: fresca, lozana, la viva imagen de la juventud. Nada más entrar sus ojos se clavaron en la dueña del carruaje.

Jamás había visto a nadie tan anciano como aquella dama que estaba sentada junto a la chimenea: una vieja figurilla, envuelta de la cabeza a los pies en un abrigo de armiño; un rostro viejo y marchito bajo una toca emplumada; un rostro tan gastado por la edad que parecía estar formado sólo por un par de ojos y un mentón afilado. La nariz era también afilada, mas entre el agudo mentón y los grandes ojos apenas era visible.

—Ésta es miss Rolleston, lady Ducayne.

Unos dedos que parecían garras, centelleantes de joyas, alzaron un doble monóculo hasta los brillantes ojos negros, y a través de los cristales Bella vio en ellos un brillo antinatural y una horrible voracidad.



—Miss Torpinter me ha contado todo sobre usted —dijo la anciana voz que partía de los ojos—. ¿Tiene buena salud? ¿Es fuerte y activa, y capaz de comer, dormir y caminar bien, capaz de gozar de todo lo que tiene de bueno la vida?

—Nunca he sabido lo que es estar enferma o ser perezosa —respondió Bella.

—Entonces creo que puede serme de utilidad.

—Lógicamente, si las referencias son por completo satisfactorias —interpuso miss Torpinter.

—Quiero una joven fuerte cuya salud no me acarree ningún trastorno.

—¡Ha sido usted tan infortunada en ese aspecto! —lamentó miss Torpinter, cuya voz y actitud se habían convertido en una derretida dulzura a causa de la presencia de la anciana.

—Sí. He tenido bastante mala suerte —gruñó lady Ducayne.

—Pero estoy segura de que miss Rolleston no la decepcionará..., aunque, por cierto, después de su desagradable experiencia con miss Tomson, que parecía la imagen de la salud..., y miss Blandy, que dijo que nunca había visto a un médico desde que fue vacunada...

—Mentiras, sin duda —farfulló lady Ducayne; luego, volviéndose hacia Bella, preguntó cortésmente—: ¿No le importará pasar el invierno en Italia, supongo?

¡En Italia! La palabra misma era mágica. El rostro agraciado y juvenil de Bella se coloreó de escarlata.

—Conocer Italia ha sido el sueño de toda mi vida —dijo con voz entrecortada.

¡De Walworth a Italia! ¡Qué lejano, qué imposible le había parecido ese viaje a aquella romántica soñadora!

—Bien, su sueño va a realizarse. Esté lista para salir de Charing Cross en el tren de lujo dentro de una semana exactamente, a las once. Asegúrese de estar en la estación un cuarto de hora antes. Mi gente se ocupará de usted y de su equipaje.

Lady Ducayne se levantó con la ayuda de su muleta y miss Torpinter la escoltó hasta la puerta.

—¿Y respecto al salario? —inquirió en el trayecto.

—Salario... ¡Oh!, el mismo de siempre; y si la joven quiere una cuarta parte de su paga por adelantado, puede usted escribirme para que le envíe un cheque —respondió despreocupadamente lady Ducayne.

Miss Torpinter acompañó a su clienta hasta abajo y aguardó allí hasta que la anciana estuvo sentada en su carruaje. Cuando subió nuevamente tenía la respiración algo entrecortada y había recobrado aquella actitud superior que Bella encontraba tan agobiante.

—Puede considerarse afortunada, miss Rolleston. Tengo en mis archivos docenas de jóvenes a quienes hubiese podido recomendar para esta colocación..., pero recordé que le había dicho que viniera esta tarde, y pensé darle esta oportunidad. La anciana lady Ducayne es una de las mejores clientas de esta agencia. Paga a su acompañante cien libras al año y todos los gastos de los viajes. Vivirá usted en el regazo del lujo.

—¡Cien libras al año! ¡Es demasiado extraordinario! ¿Tendré que vestirme lujosamente? ¿Hace lady Ducayne mucha vida social?

—¡A su edad! No, vive recluida..., en sus aposentos..., con una doncella francesa, un lacayo, un médico y un mensajero.

—¿Por qué la han abandonado las otras acompañantes? —inquirió Bella.
—¡La salud les falló!
—¡Pobrecillas! ¿Y por eso tuvieron que irse?
—Sí, tuvieron que irse. Supongo que querrá usted una cuarta parte de su salario por adelantado.
—¡Oh, sí, por favor! Tendré que comprar algunas cosas.
—Muy bien. Escribiré a lady Ducayne para que me mande el cheque y le enviaré a usted el importe..., luego de deducir mi comisión anual.
—Seguro. Había olvidado la comisión.
—No creerá usted que llevo esta oficina por placer.
—Por supuesto que no —murmuró Bella, recordando los cinco chelines de inscripción. Pero nadie podía esperar cien libras al año y un invierno en Italia por cinco chelines.

III

De miss Rolleston, en Cap Ferrino, a Mrs. Rolleston, en la calle Beresford, Walworth, Londres.

«¡Cómo me gustaría que pudieras ver este lugar, querida! ¡El cielo azul, los bosques de olivos, las huertas de naranjos y limoneros entre acantilados. Y el mar refugiándose entre un valle de grandes colinas, las olas de verano danzando sobre la estrecha hilera de guijarros y algas, que es la idea italiana de una playa! ¡Oh, cómo me gustaría que pudieses verlo todo, madre querida, y gozar del sol, que hace que la fecha al comienzo de este papel resulte tan difícil de creer! ¡Noviembre! El aire es como en el mes de junio en Inglaterra; el sol es tan fuerte que no puedo caminar ni una yarda sin mi sombrilla. ¡Y pensar que tú estás en Walworth mientras yo estoy aquí! Lloraría sólo de pensar que quizá nunca verás esta hermosa costa, este mar maravilloso, estas flores de verano que se abren en invierno. Debajo de mi ventana hay un seto de geranios rosas, madre —un seto espeso, exuberante, como si las flores crecieran de forma silvestre—, y hay rosas de Dijon trepando por arcadas y empalizadas todo a lo largo de la terraza: ¡un jardín de rosas lleno

de pimpollos en pleno noviembre! ¡Increíble! Nunca podrías hacerte una idea del lujo de este hotel. Es casi nuevo, y ha sido construido y decorado sin reparar en gastos. Nuestras habitaciones están tapizadas en satén azul pálido, color que realza la tez de pergamino de lady Ducayne. Pero como pasa todo el día sentada en una esquina del balcón tomando el sol, excepto cuando va en coche, o al amanecer, en su sillón junto al fuego, y como nunca ve a nadie más que a sus asistentes, el estado de su tez realmente importa muy poco.

Tiene la suite más hermosa de todo el hotel. Mi habitación está dentro de la suya, el cuarto más dulce de todos —todo satén azul y cortinas de encaje blanco—, con muebles esmaltados de blanco y espejos en todas las paredes, de modo que conozco mi pequeño perfil impertinente como nunca lo había conocido antes. El cuarto estaba pensado realmente para servir de vestidor a lady Ducayne, mas ordenó que arreglaran uno de los sofás de satén azul como cama para mí; tengo, pues, la cama más hermosa que te puedas imaginar; la puedo empujar hasta la ventana en las mañanas soleadas, puesto que está sobre unas ruedecitas y puede trasladarse con facilidad. Siento como si lady Ducayne fuese una abuela extraña y anciana que hubiera aparecido de repente en mi vida, muy muy rica, y muy muy buena.

No es exigente en absoluto. Leo en voz alta para ella durante buena parte del día, y ella dormita y asiente mientras leo. A veces escucho sus gemidos mientras duerme, como si tuviera malos sueños. Cuando se cansa de mi lectura le ordena a Francine, su doncella, que le lea una novela francesa, y la escucho entonces reír ahogadamente y gruñir de vez en cuando, como si estos libros le interesaran más que Dickens o Scott. Mi francés no es lo bastante bueno como para seguir a Francine, puesto que lee muy rápido. Tengo mucha libertad, ya que lady Ducayne me dice a menudo que salga y me entretenga cuanto quiera. Paseo por las colinas durante horas en tales ocasiones. ¡Todo es tan hermoso! Me pierdo en los bosques de olivos; subo siempre hacia los bosques de pinos que están más arriba, y desde allí puedo contemplar las montañas nevadas que exhiben sólo sus picos blancos por encima de las colinas oscuras. ¡Oh, pobre mamá querida!, ¿cuándo podré hacerte entender alguna vez cómo es este lugar, a ti, cuyos pobres ojos

cansados sólo tienen frente a sí el extremo opuesto de la calle Beresford? A veces no voy más lejos de la terraza que está delante del hotel, sitio favorito de todo el mundo para descansar. Los jardines están abajo, y también las pistas de tenis, en donde con frecuencia juego con una joven muy amable, la única amistad que he hecho en el hotel. Es un año mayor que yo y ha venido a Cap Ferrino con su hermano, un médico, o estudiante de medicina, que va a ser médico pronto. Pasó su examen final en Edimburgo muy poco antes de emprender el viaje. Lotta me lo contó. Vino a Italia sólo por su hermana, ya que sufrió un preocupante ataque al corazón el verano anterior y se le prescribió que pasara el invierno fuera. Son huérfanos, están solos en el mundo, y por eso se quieren tanto. Es muy bueno para mí tener una amiga como Lotta. Es totalmente respetable. No puedo evitar el emplear esta palabra, ya que algunas de las jóvenes del hotel se comportan de un modo que te haría estremecer. Lotta fue criada por una tía, en el campo, y no sabe nada de la vida. Su hermano no le permitiría leer una novela, francesa o inglesa, que él no hubiese leído antes y aprobado.

“Me trata como a una niña —me dijo ella—, pero no me importa; es bueno saber que alguien me quiere y se preocupa por lo que hago e incluso por lo que pienso”.

Quizá sea esto lo que hace que haya tantas chicas ansiosas por casarse: el deseo de tener a alguien fuerte, valiente, honesto y sincero que se preocupe por ellas y ordene sus vidas. Yo no quiero a nadie, madre querida, porque te tengo a ti, y tú eres todo el mundo para mí. Ningún esposo podría nunca interponerse entre nosotras. Si algún día yo me casara, él ocuparía sólo el segundo puesto en mi corazón. Pero no creo que me case nunca, ni sepa siquiera lo que es recibir una oferta de matrimonio. Ningún hombre joven quiere casarse con una joven pobre hoy día. La vida es demasiado cara.

Mr. Stafford, el hermano de Lotta, es muy inteligente y bondadoso. Piensa que es bastante duro para mí el tener que vivir con una mujer tan anciana como lady Ducayne, mas él no sabe lo pobres que somos —tú y yo—, y cuán maravillosa me parece esta vida en este hermoso lugar. Me siento como una miserable egoísta por disfrutar de todos estos lujos, mientras tú, que los deseas tanto o más que yo, no tienes nada y apenas puedes imaginártelos —¿verdad?—, ya que el bribón de mi padre empezó a arruinarse poco

después de que os casarais y desde ese momento la vida sólo ha sido problemas, preocupaciones y luchas para ti».

Esta carta fue escrita cuando Bella no había pasado todavía su primer mes en Cap Ferrino, antes de que la novedad hubiera gastado el paisaje y de que el placer del lujo que la rodeaba hubiera comenzado a resultar empalagoso. Escribía a su madre todas las semanas, cartas tan largas como las que sólo pueden escribir las jóvenes que han vivido siempre muy estrechamente ligadas a sus madres; cartas que eran como un diario de su corazón y de su alma. Siempre escribía con alegría, mas cuando comenzó el nuevo año Mrs. Rolleston creyó detectar una nota de melancolía debajo de todos aquellos vivos detalles sobre el lugar y la gente.

«Mi pobre niña siente nostalgia. Su corazón está en la calle Beresford», pensó.

Pudiera ser que extrañara a su nueva compañera y amiga, Lotta Stafford, que había partido con su hermano en un corto viaje a Genova y Spezia, desde donde pensaban ir hasta Pisa. Regresarían antes de febrero, mas en el intervalo era natural que Bella se sintiera sola entre todos aquellos extranjeros cuyas costumbres y actitudes describía tan minuciosamente.

El instinto de la madre estaba en lo cierto. Bella no era tan feliz como lo había sido ante el primer deslumbramiento de asombro y deleite que siguió al cambio de Walworth por la Riviera. De alguna manera, no sabía cómo, la lasitud se había adueñado de ella. No le apetecía trepar por las colinas; no blandía su báculo de naranjo, de pura alegría, mientras sus pies ligeros saltaban sobre el suelo áspero y la hierba silvestre de la ladera de la montaña. El aroma de tomillo y romero, el aliento fresco del mar no la llenaban de éxtasis. Pensaba en la calle Beresford y en el rostro de su madre con un nostálgico anhelo. Estaban tan... ¡tan lejos! Y por si esto fuera poco, pensaba además en lady Ducayne, sentada junto a los leños de madera de olivo amontonados en el salón...; pensaba en su perfil de cascanueces marchito y en sus ojos brillantes con un invencible sentimiento de horror.

Visitantes del hotel le habían dicho que el aire de Cap Ferrino era relajante, más apropiado para la edad avanzada que para la juventud, para la enfermedad que para la salud. Y sin duda así era. No se sentía tan bien como cuando estaba en Walworth, mas se decía para sus adentros que se debía únicamente al dolor de la separación de la amada compañera de su juventud, su madre, que había sido niñera, hermana, amiga, lisonjera, y todo lo que hay en el mundo para ella. Había derramado muchas lágrimas por esta separación

y pasado un buen número de horas melancólicas sobre la terraza de mármol, con ojos anhelantes mirando hacia el Oeste donde el deseado objeto de su corazón residía a mil millas de distancia.

Una vez estaba sentada en su sitio favorito, un ángulo del extremo este de la terraza, un silencioso rinconcito protegido por unos naranjos, cuando oyó la conversación de un par de huéspedes, en el jardín que se extendía debajo. Estaban sentados en un banco apoyado contra la pared de la terraza.

Bella no tenía la menor voluntad de escuchar su conversación, hasta que el nombre de lady Ducayne atrajo su atención, y entonces escuchó sin que por su cabeza cruzara la idea de que hacía nada malo. No hablaban de ningún tema secreto, sólo comentaban casualmente acerca de una conocida del hotel.

Eran dos personas mayores, a quienes Bella sólo conocía de vista. Un clérigo inglés que había pasado fuera el invierno durante la mitad de su vida, y una solterona robusta, adinerada y cómoda cuya bronquitis crónica la obligaba a emigrar anualmente.

—Me la he encontrado en Italia estos últimos diez años —decía la dama—, pero nunca pude averiguar su edad real.

—Yo le daría cien años..., ni uno menos —replicó el clérigo—. Sus recuerdos vuelven siempre a la Regencia. Es evidente que entonces debía estar en todo su apogeo; yo la he oído decir cosas que demuestran que se desenvolvía entre la sociedad parisiense cuando el Primer Imperio estaba en su mejor época, antes de que Josefina se divorciara.

—Ahora no habla mucho.

—No; no le queda mucha vida. Es sensata al vivir recluida. Sólo me sorprende que ese curandero viejo y pícaro, su doctor italiano, no haya acabado con ella hace años.

—Yo creería que es al revés, que él la mantiene viva.

—Mi querida miss Manders, ¿acaso piensa usted que el curanderismo extranjero alguna vez ha mantenido vivo a alguien?

—Bien, pero ahí está ella..., y nunca va a ningún sitio sin él. Ciertamente, él tiene un semblante desagradable.

—Desagradable —repitió como un eco el clérigo—. No creo que el mismo demonio pudiera vencerlo en fealdad. Me apena esa pobre joven que tiene que convivir con la anciana lady Ducayne y el doctor Parravicini.

—Pero la anciana dama es muy bondadosa con sus acompañantes.

—Sin duda. Es muy liberal con su dinero; las criadas la llaman la bondadosa lady Ducayne. Es un Creso femenino, viejo y marchito; sabe que nunca podrá gastar todo el dinero que tiene, y no le gusta la idea de que otra

gente lo disfrute cuando ella esté en la tumba. La gente que vive tanto como ella se apega a la vida de una manera increíble. Y es generosa con esas pobres jóvenes, pero no puede hacerlas felices. Mueren a su servicio.

—No diga eso, Mr. Cartón; yo sólo sé de aquella pobre joven que murió en Mentone la primavera pasada.

—Sí, y otra en Roma hace tres años. Yo me encontraba allí en aquella ocasión. La bondadosa lady Ducayne la dejó en esa ciudad bajo el cuidado de una familia inglesa. La joven tenía todas las comodidades y el confort del mundo, y la anciana era muy buena con ella..., pero murió. Se lo repito, miss Manders, no es bueno para ninguna joven vivir con dos horrores como lady Ducayne y Parravicini.

Luego siguieron hablando de otras cosas, pero Bella apenas si los oyó. Se quedó sentada, inmóvil, y le pareció que un viento helado llegaba hasta ella de las montañas y se arrastraba hasta el mar, hasta que se puso a temblar, allí, sentada a la luz del sol, en el refugio de los naranjos en medio de toda aquella belleza y esplendor.

Sí, era cierto que eran muy misteriosos... Ella parecía una bruja aristocrática en su ancianidad marchita; él, sin edad definida, con un rostro que recordaba más una máscara de cera que a ningún semblante humano que Bella hubiera visto en su vida. ¿Qué importaba, sin embargo?

La ancianidad es venerable, y digna del mayor respeto, y lady Ducayne era muy bondadosa con ella. El Dr. Parravicini era un estudiante inofensivo que muy pocas veces levantaba la vista del libro que estaba leyendo. Tenía su sala privada en la que hacía experimentos de química y ciencias naturales..., quizá de alquimia. ¿Qué podía importarle esto a Bella? Siempre había sido amable con ella. No podía tener una colocación mejor que ésa en aquel palaciego hotel y con aquella rica y anciana dama.

Sin duda que extrañaba a la joven inglesa que había sido tan amable con ella, y podía ser también que echara de menos al hermano de la joven, ya que Mr. Stafford había hablado mucho con ella, se había interesado en los libros que leía y en su manera de entretenerse cuando tenía tiempo libre.

—Debe venir a nuestra pequeña sala cuando esté «libre» —solía decir—, y podremos hacer algo de música. Seguro que toca el piano y canta, ¿no es así?

Con lo cual, Bella tenía que reconocer, ruborizada, que había olvidado tocar el piano hacía centenares de años.

—Mi madre y yo solíamos cantar duetos con frecuencia, sin acompañamiento —decía, y los ojos se le llenaban de lágrimas cuando

recordaba la humilde habitación, la media hora de respiro que se tomaban durante el trabajo, la máquina de coser colocada en donde debía estar el piano y la quejumbrosa voz de su madre, tan dulce, tan sincera, tan amada.

A veces se sorprendía preguntándose si alguna vez volvería a ver a su bienamada madre nuevamente. Extraños presentimientos invadían su corazón. Mas acababa enfadándose consigo misma por dar paso a tales pensamientos melancólicos.

Un día le preguntó a la doncella francesa de lady Ducayne acerca de aquellas dos acompañantes fallecidas en el término de tres años.

—Eran pobres criaturas, débiles —le dijo Francine—. Parecían bastante frescas y sonrosadas cuando vinieron hasta *miladi*; pero comían demasiado y eran muy perezosas. Murieron de lujuria y holganza. *Miladi* fue muy bondadosa con ellas. No tenían nada que hacer, y por eso se aficionaron a imaginar cosas; fantaseaban con que el aire no les sentaba bien, que no podían dormir.

—Yo duermo bien, pero he tenido un sueño muy extraño varias veces desde que estoy en Italia.

—¡Ah! Más le vale que no empiece a pensar en los sueños, o acabará como aquellas otras jóvenes. Ellas soñaban..., y se soñaban a sí mismas en el cementerio.

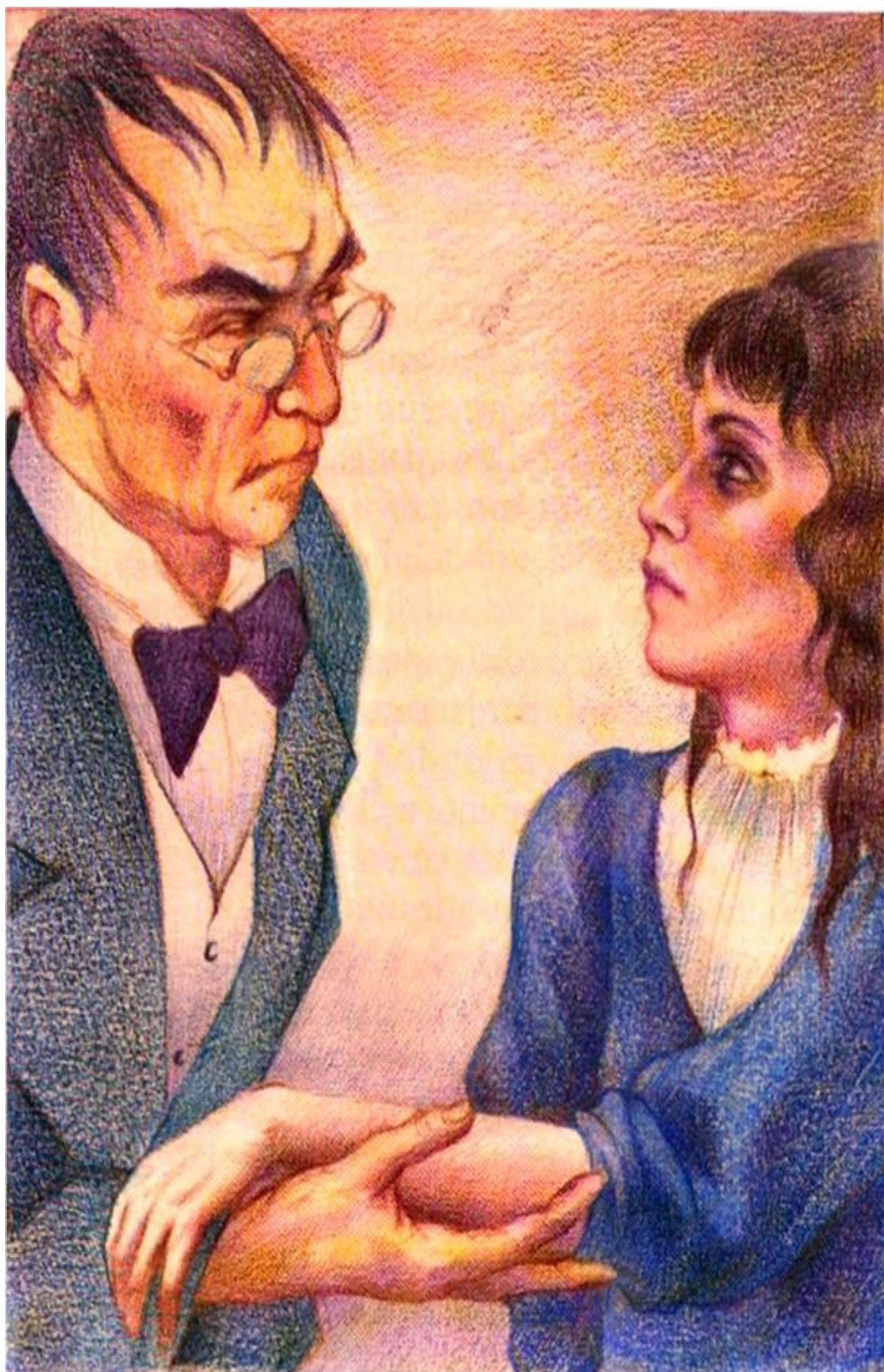
El sueño la inquietaba, no porque fuese un sueño horrible, sino porque le causaba sensaciones que nunca antes había tenido al dormir: un zumbido de ruedas que daban vueltas en su cerebro, mucho ruido, semejante al de un remolino de viento, pero rítmico, como el tictac de un reloj gigantesco; y, en medio de ese rugido como de vientos y olas, tenía la impresión de hundirse en un abismo de inconsciencia, fuera del sueño, en un sueño aun mucho más profundo..., en una total extinción. Y luego, después de ese intervalo de negrura llegaba hasta ella el sonido de voces, seguido otra vez del zumbido de ruedas, cada vez más fuerte..., y otra vez la negrura...; y por fin, cuando se despertaba se encontraba lánguida y deprimida.

Un día le habló al Dr. Parravicini de su sueño, en la única ocasión en que acudió a él solicitando su opinión profesional. Había padecido bastante severamente a causa de los mosquitos antes de las navidades, y casi se había asustado al encontrar en su brazo una herida que sólo pudo atribuir a la venenosa picadura de uno de estos torturadores. Parravicini se puso las gafas y examinó cuidadosamente la marca inflamada sobre el brazo redondo y blanco, mientras Bella permanecía de pie frente a él y lady Ducayne, con la manga levantada hasta su codo.

—Sí, esto es algo más que una picadura —dijo—. Le ha cogido el extremo de una vena. ¡Qué vampiro! Pero no ha infligido daño alguno, *signorina*, nada que un pequeño vendaje no pueda curar. Debe mostrarme cualquier picadura de esta naturaleza. Podría ser peligroso si se descuidara usted. Estas criaturas se alimentan de veneno y lo diseminan.

—¡Y pensar que criaturas tan diminutas pueden picar así! —exclamó Bella—; mi brazo tiene el aspecto de haber sido cortado con un cuchillo.

—Si yo le mostrara una picadura de mosquito bajo el microscopio, no se sorprendería de esta manera —replicó Parravicini.



La herida aparecía de vez en cuando, a largos intervalos, pero el vendaje preparado por el Dr. Parravicini operaba una rápida curación. Si era el curandero que sus enemigos pensaban, tenía al menos una mano liviana y un toque delicado al llevar a cabo esta pequeña operación.

De Bella Rolleston a Mrs. Rolleston — 14 de abril.

«Querida mía siempre:

Recibe el cheque del segundo trimestre de mi salario, veinticinco libras. No hay nadie ahora que se quede con un billete de diez libras como comisión anual, como la última vez, así que es todo para ti, madre querida. Tengo mucho dinero disponible del fondo que traje conmigo cuando insististe en darme más de lo que yo quería. No es posible gastar dinero aquí —excepto en propinas ocasionales al servicio o algún centavo para mendigos y niños—, a menos que se tenga dinero a montones, ya que todo lo que me gustaría comprar —carey, coral, encaje— es tan caro que sólo un millonario debería mirarlo. Italia es un sueño de belleza: pero para comprar, me quedo con Newington Causeway.

Me preguntas con tanta seriedad si de verdad me encuentro bien, que me temo que mis cartas hayan sido muy sombrías últimamente. Sí, querida, estoy bien, pero no tan fuerte como cuando solía recorrer todo el camino que nos separaba del oeste de Londres para comprar media libra de té, o cuando me iba hasta Dulwich a ver cuadros. Italia es relajante; y siento lo que aquí la gente llama *flojera*. Pero ya me parece ver tu querido rostro lleno de preocupación al leer estas líneas. Te lo repito una y otra vez: no estoy enferma. Sólo estoy un poco cansada de este hermoso paisaje, como supongo que podría cansarme de mirar un cuadro de Turner si estuviera colgado en una pared siempre frente a mí. Pienso en ti cada hora de cada día, pienso en ti y en nuestro cálido cuartito, nuestra querida y pobre salita, con los sillones rescatados del naufragio de tu antigua casa y “Dick” cantando en su jaula sobre la máquina de coser. Querido, chillón, enloquecedor “Dick”, que, de ello nos enorgullecemos, nos quiso siempre tan apasionadamente. Cuéntame en tu próxima carta si sigue bien.

Mi amiga Lotta y su hermano nunca volvieron. Fueron de Pisa a Roma. ¡Felices mortales! Y van a estar en los lagos italianos en mayo: todavía no habían decidido en cuál de los lagos cuando Lotta me escribió la última vez. Ha sido una corresponsal maravillosa y me ha confiado sus pequeños coqueteos. Nosotros iremos a Bellagio la semana próxima, pasando por Genova y Milán. ¿No es magnífico? Lady Ducayne viaja por pequeñas etapas —excepto cuando se enfrasca en el tren de lujo—. Nos detendremos dos días en Genova, y uno en Milán. ¡Cómo voy a aburrirte hablando de Italia cuando vuelva a casa!

Amor, y amor, y todavía más amor de tu querida

Bella».

IV

Herbert Stafford y su hermana hablaban a menudo de la bonita joven inglesa de fresca tez que ponía un toque de agradable color entre aquellos rostros cetrinos del Gran Hotel. El joven médico pensaba en ella con compasiva ternura —su completa soledad en aquel enorme hotel en donde había tanta gente, su esclavitud hacia aquella mujer anciana, mientras todo el mundo era libre para no pensar en nada más que en disfrutar de la vida—. Era un destino muy duro; y la pobre niña era evidentemente devota de su madre, y sentía el dolor de haberse separado de ella; «solas las dos, tan pobres; y cada una, todo el mundo para la otra», pensaba el joven.

Una mañana Lotta le anunció que iban a encontrarse nuevamente con Bella en Bellagio.

—La vieja y su corte estarán allí antes de que nosotros lleguemos —dijo—. Me encantará ver otra vez a Bella. Es tan inteligente y alegre..., a pesar de sus ocasionales toques de nostalgia. Nunca me había encariñado tanto con una joven que acabara de conocer.

—Me gusta más cuando siente nostalgia —dijo Herbert—, ya que en esos momentos estoy seguro de que tiene corazón.

—¿Y qué es lo que tú tienes que ver con corazones, excepto para diseccionarlos? No olvides que Bella es completamente pobre. Me contó que su madre hace abrigos para una tienda del oeste de Londres. Apenas si puedes encontrar un escalón más bajo que ése.

—No cambiaría mi opinión de ella en nada si su madre hiciera cajitas de fósforos.

—No en teoría..., por supuesto que no. Hacer cajitas de fósforos es un trabajo honesto. Pero no podrías casarte con una joven cuya madre hace abrigos.

—Todavía no hemos llegado a considerar ese punto —respondió Herbert, a quien le gustaba provocar a su hermana.

En dos años de prácticas en un hospital había visto las sórdidas realidades de la vida como para conservar algún prejuicio acerca de jerarquías sociales. El cáncer, la tisis y la gangrena logran que un hombre sienta poco respeto por la humanidad. La médula es siempre la misma —algo asombroso y terrible—, un objeto de piedad y temor.

Mr. Stafford y su hermana llegaron a Bellagio en una hermosa tarde de mayo. El sol bajaba cuando el vapor se acercó al embarcadero y toda aquella gloria de rubor púrpura que cubre las paredes en esa estación del año se enrojecía e intensificaba con la brillante luz. Sobre el muelle se hallaba un grupo de damas observando la llegada de los buques, y entre ellas Herbert divisó a un rostro pálido que le sobresaltó, sacándolo de su acostumbrada compostura.

—Allí está —murmuró Lotta, tocándole el codo—. ¡Pero qué espantosamente cambiada! Da pena verla.

Unos minutos más tarde le daban la mano y su pobre rostro consumido se iluminó con un color sonrosado por el placer del encuentro.

—No sabía si llegarían esta tarde —dijo—. Hace una semana que estamos aquí.

No añadió que había acudido al embarcadero cada tarde para ver llegar el buque, y muchas veces también durante el día. El «Gran Bretaña» estaba anclado muy cerca, y había sido fácil para ella avanzar hasta el embarcadero cuando sonó la campana del barco. Se sentía feliz de encontrarlos nuevamente; tenía la sensación de hallarse entre amigos, de gozar de una confianza que la bondad de lady Ducayne nunca le había inspirado.

—¡Oh, pobrecita querida! ¡Qué espantosamente enferma debes haber estado! —exclamó Lotta, cuando se abrazaron.

Bella trató de responder, pero su voz estaba sofocada entre las lágrimas.

—¿Qué ha sido, querida? ¡Esa detestable influenza, supongo!

—No, no. No he estado enferma..., sólo me siento algo más débil de lo que solía estar. No creo que el aire de Cap Ferrino me haya sentado bien.

—Debe haberte sentado abominablemente. Nunca vi un cambio tan brusco en nadie. Permite que Herbert te examine. Está perfectamente habilitado, como sabes. Ha tratado a muchos pacientes con influenza en el Londres.

—¡Estoy segura de que debe ser muy inteligente! —tartamudeó Bella—; pero no hay en realidad ningún problema. No estoy enferma, y si lo estuviera, el médico de lady Ducayne...

—¡Ese hombre horrible con cara amarillenta! ¡Con la misma confianza permitiría que uno de los Borgia me prescribiera una receta! Espero que no hayas estado tomando ninguna de sus medicinas.

—No, querida, no he tomado nada. Nunca me he quejado de estar enferma.

Esto fue dicho mientras los tres caminaban hacia el hotel. Las habitaciones de los Stafford habían sido reservadas con antelación y eran unos bonitos cuartos en la planta baja que se abrían sobre el jardín. Los apartamentos de lady Ducayne, más lujosos, estaban en la planta superior.

—Creo que estas habitaciones están justo debajo de las nuestras —dijo Bella.

—Entonces será la cosa más fácil del mundo para ti bajar a visitarnos —replicó Lotta, no siendo éste realmente el caso, ya que la espléndida escalera se hallaba en el centro del hotel.

—¡Oh, será bastante fácil para mí! —dijo Bella—. Me temo que tendrán que aguantarme demasiado en estos días. Lady Ducayne duerme la mitad del día en este clima caluroso, y por eso tengo mucho tiempo libre..., y me pongo horriblemente nostálgica pensando en mi madre y en mi hogar.

Su voz se quebró con la última palabra. No podría haber pensado con mayor ternura en aquel pobre alojamiento de pensión que se refugiaba bajo el nombre de hogar, que si se hubiera tratado de la casa más bella que el arte y la riqueza hubieran creado jamás. Se consumía de nostalgia y desfallecía en aquel hermoso jardín con el lago iluminado por el sol y las románticas colinas desplegando toda su belleza frente a ella. Extrañaba su hogar y tenía sueños; o, mejor dicho, sufría la recurrencia ocasional de aquel mal sueño con todas sus extrañas sensaciones —era más una alucinación que un sueño—: el zumbido de las ruedas, el hundirse en el abismo, la lucha para volver a la consciencia. Había tenido el sueño muy poco antes de dejar Cap Ferrino, pero

no desde que se hallaba en Bellagio, y había empezado a alentar la esperanza de que el aire de aquel lago le sentara mejor y de que aquellas extrañas sensaciones no regresaran nunca más.

Mr. Stafford escribió una receta y la hizo preparar en la farmacia próxima al hotel. Era un potente tónico, y después de tomar dos frascos, de remar un par de veces en el lago y emprender algunas caminatas por las colinas y los valles donde las flores primaverales daban a la tierra el aspecto de un paraíso, el ánimo y el aspecto de Bella mejoraron como por arte de magia.

—Es un tónico maravilloso —dijo, pero quizá en el fondo de su corazón sabía que la voz amable del médico y la amistosa mano que la ayudaba a subir y a bajar del bote, y también el lago, tenían algo que ver en su curación.

—Espero que no olvides que su madre hace abrigos —decía Lotta en tono de advertencia.

—O cajitas de fósforos; es exactamente lo mismo en lo que a mí me concierne.

—¿Quieres decir que bajo ninguna circunstancia pensarías en casarte con ella?

—Quiero decir que si alguna vez amara a una mujer lo suficiente como para pensar en casarme con ella, ni su riqueza ni su rango social contarían nada para mí. Pero me temo..., me temo que tu pobre amiga no viva lo bastante como para convertirse en la esposa de ningún hombre.

—¿Crees que está tan enferma?

Él suspiró y no respondió a su pregunta.

Un día en que estaban recogiendo jacintos silvestres en una pradera elevada, Bella le habla a Mr. Stafford sobre su mal sueño.

—Lo único curioso es que no parece un sueño —dijo la joven—. Apostaría a que usted podrá hallar alguna razón sensata para explicarlo. La posición de mi cabeza sobre la almohada, o la atmósfera, o algo.

Y entonces describió las sensaciones que acompañaban al sueño: cómo, mientras dormía profundamente, la asaltaba de repente la sensación de ahogo; luego, aquel zumbido de ruedas, tan fuerte y terrible; más tarde, la negrura total, y por fin un retorno a la consciencia y a la vigilia.

—¿Alguna vez le han dado cloroformo..., un dentista, por ejemplo?

—Nunca... El Dr. Parravicini me hizo la misma pregunta un día.

—¿Recientemente?

—No; hace mucho, en el tren de lujo.

—¿Le ha prescrito recetas el Dr. Parravicini desde que ha comenzado a sentirse débil y enferma?

—¡Oh!, me ha dado un tónico de vez en cuando, pero yo odio los remedios y no tomé mucho de aquello. Además, no estoy enferma, sólo un poco más débil de lo acostumbrado. Era tremendamente fuerte y sana cuando vivía en Walworth, y solía andar mucho todos los días. Mi madre me hacía recorrer esas distancias hasta Dulwich o Norwood, por temor a que me afectara el trabajar demasiado frente a la máquina de coser. A veces, muy pocas, ella venía conmigo. Normalmente se quedaba en casa trabajando mientras yo disfrutaba del aire fresco y el ejercicio. Y era muy cuidadosa con nuestra comida: simple como era, siempre era nutritiva y variada. A sus cuidados les debo haber crecido hasta convertirme en una criatura fuerte.

—No pareces nada fuerte ahora —dijo Lotta.

—Me temo que Italia no me sienta bien.

—Quizá no sea Italia, sino estar enjaulada con lady Ducayne lo que te ha enfermado.

—Pero nunca he estado enjaulada. Lady Ducayne es muy buena, y me deja ir adonde quiera, o sentarme todo el día en el balcón si me place. He leído más novelas desde que estoy con ella que en toda mi vida.

—Realmente es diferente al término medio de las ancianas, que son, por lo general, esclavistas —dijo Stafford—. Me pregunto por qué lleva consigo a una acompañante cuando tiene tan poca necesidad de hacer sociedad.

—¡Oh, yo soy sólo una pequeña parte de su lujo! Es terriblemente rica, y el salario que me da no significa nada para ella. A propósito del Dr. Parravicini, sé que es un hábil médico; él cura mis horribles picaduras de mosquito.

—Un poco de amoniaco puede curarlas, atacando el daño en sus primeras fases. Pero ahora no hay mosquitos que puedan perturbarla.

—¡Oh, sí, los hay! Sufrí una picadura poco antes de dejar Cap Ferrino —se levantó entonces la manga suelta de linón y exhibió una cicatriz, que el joven médico examinó cuidadosamente, con una mirada sorprendida y desconcertada.

—Esto no es una picadura de mosquito —dijo.

—¡Oh, sí lo es!..., a menos que haya serpientes o víboras en Cap Ferrino.

—No es una picadura. Está bromeando conmigo, miss Rolleston...; le ha permitido a ese miserable curandero italiano que le practicara una sangría. Pueden matar al hombre más fuerte de ese modo en la Europa moderna, recuérdelo. ¡Qué tonta ha sido!

—Nunca me han hecho un sangría en mi vida, Mr. Stafford.

—¡Tonterías! Déjeme ver su otro brazo. ¿Hay más picaduras de mosquito?

—Sí; el Dr. Parravicini dice que tengo una piel reacia a las curaciones, y que el veneno actúa con más virulencia en mí que en la mayoría de la gente.

Stafford le examinó los brazos a la luz del sol; cicatrices viejas y nuevas.

—Ha recibido picaduras muy malas, miss Rolleston —dijo—, y si alguna vez llego a encontrar al mosquito, se lo haré pagar caro. Pero, por favor, cuénteme, mi querida niña, bajo su palabra de honor, cuéntemelo como se lo contaría a un amigo que está sinceramente preocupado por su salud y felicidad..., como se lo contaría a su madre si ella estuviera aquí para preguntárselo...: ¿no tiene idea de ninguna otra causa de estas cicatrices que la de las picaduras de mosquito?, ¿ni siquiera una sospecha?

—¡No, por cierto! ¡No, palabra de honor! Nunca he visto a un mosquito picándome en el brazo. Nunca se ven esos horribles diablillos. Pero los he oído zumbando bajo las cortinas y sé que a menudo he tenido a esos miserables pestilentes zumbando a mi alrededor.

Más tarde, ese mismo día Bella y sus amigos tomaban el té en el jardín mientras lady Ducayne salía a dar su paseo de la tarde en compañía de su médico.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse con lady Ducayne, miss Rolleston? —preguntó Herbert Stafford, luego de un silencio pensativo e interrumpiendo súbitamente la conversación trivial de las dos jóvenes.

—Tanto tiempo como ella siga pagándome veinticinco libras al trimestre.

—¿Aun cuando sintiera que su salud se está derrumbando a su servicio?

—No es el servicio lo que ha dañado mi salud. Usted mismo puede ver que no tengo realmente nada que hacer... Leer en voz alta cerca de una hora una o dos veces a la semana, escribir una carta de cuando en cuando a un comerciante de Londres... Nunca tendré un trabajo más descansado en ninguna parte. Y nadie más me daría cien libras al año.

—Entonces su intención es continuar hasta que se caiga; ¡morir en su puesto!

—¿Como las otras dos acompañantes? ¡No! Si alguna vez me sintiera seriamente enferma, realmente enferma, me metería en un tren y regresaría a Walworth sin detenerme.

—¿Qué es eso de las otras dos acompañantes?

—Las dos murieron. Lady Ducayne tuvo mala suerte. Por eso me escogió a mí para este puesto: porque estaba sana y fuerte. Debe sentirse bastante disgustada al verme ahora tan pálida y débil. A propósito, cuando le conté lo

bien que me había hecho su tónico, me dijo que le gustaría verle y tener una pequeña charla con usted acerca de su caso.

—Y a mí me gustaría ver a lady Ducayne. ¿Cuándo dijo eso?

—Anteayer.

—¿Podría preguntarle si me recibiría esta tarde?

—¡Con gran placer! Me asombra que piense usted en ella. Tiene un aspecto bastante terrible para los extraños; pero el Dr. Parravicini dice que una vez fue famosa por su belleza.

Eran casi las diez cuando Mr. Stafford recibió un mensaje de lady Ducayne, cuyo mensajero acudió para conducirle al salón de su señoría.

Bella leía en voz alta cuando se hizo pasar al visitante, y éste notó la languidez en su tono bajo y dulce, su evidente esfuerzo.

—Cierre el libro —dijo una voz gastada y quejumbrosa—. Está usted empezando a arrastrar las palabras como miss Blandy.

Stafford vio a una pequeña figura curvada agacharse sobre los leños de olivo apilados; una vieja figura encogida metida en una aparatosa vestimenta de brocado negro y carmesí; una garganta enjuta que emergía de una masa de viejo encaje veneciano, abrochado con diamantes que relampagueaban como luciérnagas, mientras la temblorosa y vieja cabeza se volvía hacia él. Los ojos que lo miraron a la cara eran casi tan brillantes como los diamantes: el único rasgo viviente en aquella estrecha máscara de pergamino. Había visto caras horribles en el hospital —caras en las que la enfermedad había dejado marcas terribles—, pero nunca había visto una que lo impresionara tan dolorosamente como aquel semblante marchito, con su indescriptible horror de muerte sobrevivida, una cara que debería estar oculta bajo la tapa de un ataúd desde hacía muchos años.

El médico italiano estaba de pie al otro extremo de la chimenea, fumando un cigarrillo y contemplando a la pequeña viejecita inclinada sobre el hogar como si estuviera orgulloso de ella.

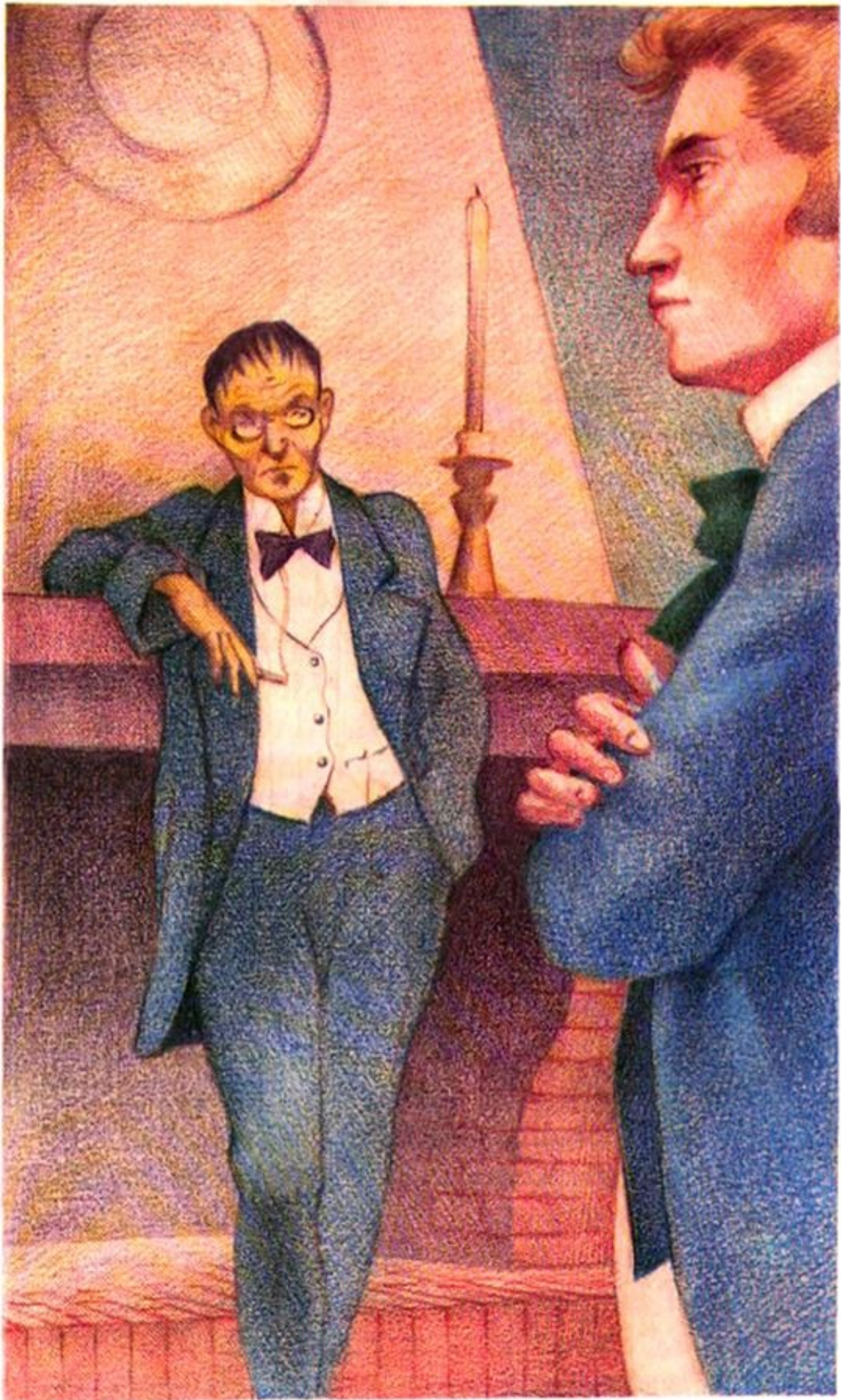
—Buenas noches, Mr. Stafford; puede volver a su cuarto, Bella, y escribir su interminable carta a su madre —dijo lady Ducayne—. Creo que escribe una página sobre cada flor silvestre que descubre en el bosque y los valles. No sé sobre qué otra cosa podría escribir en este sitio —añadió, mientras Bella se retiraba silenciosamente al hermoso cuartito que daba al espacioso aposento de lady Ducayne.

Aquí, como en Cap Ferrino, la joven dormía en la habitación anexa a la de la anciana.

—Según tengo entendido, es usted médico, Mr. Stafford.

—Soy médico diplomado, pero no he comenzado aún a practicar la medicina.

—Ha empezado con mi acompañante, según me ha dicho ella.



—He hecho una prescripción para ella, por cierto, y me alegra ver que le ha hecho bien; pero considero que su mejoría es sólo temporal. Su caso requerirá un tratamiento más drástico.

—Despreocúpese de su caso. A la joven no le ocurre nada..., absolutamente nada..., excepto tonterías de muchachas; demasiada libertad y poco trabajo.

—Creo entender que dos de las anteriores acompañantes de su señoría murieron de la misma enfermedad —dijo Stafford, mirando primero a lady Ducayne, quien sacudió impacientemente su trémula y anciana cabeza, y luego a Parravicini, cuya tez amarilla había palidecido un poco bajo el escrutinio de Stafford.

—No me moleste con mis acompañantes, señor —dijo lady Ducayne—. Envié por usted para consultarle acerca de mí misma, y no acerca de un hato de niñas anémicas. Es usted joven, y la medicina es una ciencia progresiva, según dicen los periódicos. ¿Dónde ha estudiado?

—En Edimburgo... y en París.

—Dos buenas escuelas. Y seguro que está usted al tanto de todas las teorías innovadoras, esos descubrimientos modernos..., que le recuerdan a una la brujería medieval, Albertus Magnus y George Ripley. ¿Ha estudiado el hipnotismo..., la electricidad?

—Y la transfusión de la sangre —dijo Stafford muy lentamente, mirando a Parravicini.

—¿Ha hecho usted algún descubrimiento que enseñe a prolongar la vida humana..., algún elixir..., alguna forma de tratamiento? Quiero prolongar mi vida, joven. Este hombre es mi médico desde hace treinta años. Hace todo lo que puede para mantenerme viva..., según sus conocimientos. Estudia todas las teorías nuevas de todos los científicos..., pero es viejo; se hace más viejo cada día..., la potencia de su cerebro se está retirando..., está lleno de prejuicios, no puede recibir nuevas ideas, no puede entendérselas con nuevos sistemas. Me dejará morir si no me pongo en guardia contra él.

—Es usted increíblemente ingrata, Eccellenza —dijo Parravicini.

—¡Oh, no se puede quejar! Le he pagado miles de libras para que me mantenga viva. Cada año de mi vida ha engrosado su fortuna. Usted sabe muy bien que no recibirá nada a mi muerte. Toda mi fortuna quedará para dotar un hogar para mujeres indigentes de buenas cualidades que hayan alcanzado los diecinueve años. Vamos, Mr. Stafford, soy una mujer rica. Déme unos cuantos años más al sol, unos pocos años más sobre el suelo, y yo le daré

dinero para montar un consultorio de moda en Londres..., le instalaré en el oeste de la ciudad.

—¿Cuántos años tiene, lady Ducayne?

—Nací el día en que Luis XVI fue guillotinado.

—Entonces creo que ya ha tenido usted su parte de sol y de placeres terrenales, y que debería emplear los pocos días que le restan en arrepentirse de sus pecados y en hacer expiación por las jóvenes vidas que han sido sacrificadas a su amor por la vida.

—¿Qué quiere decir con eso, señor?

—¡Oh, lady Ducayne! ¿Es necesario que sea más explícito sobre su maldad y la aún más grande maldad de su médico? La pobre joven que está ahora a su servicio ha sido conducida a una situación de gran peligro gracias a la cirugía experimental del Dr. Parravicini; y no tengo la menor duda de que las otras dos jóvenes que se consumieron a su servicio fueron tratadas por él de la misma manera. Yo mismo podría demostrar, por medio de la evidencia más convincente y ante un jurado de médicos, que el Dr. Parravicini ha estado practicando sangrías, a intervalos, a miss Rolleston bajo los efectos del cloroformo, desde que ha entrado a su servicio. El deterioro en la salud de la joven habla por sí mismo; las marcas de agujas sobre los brazos de la joven son inconfundibles; y su descripción de una serie de sensaciones, que ella llama sueños, señala sin lugar a dudas la administración de cloroformo mientras duerme. Una práctica tan infame, tan criminal, debe resultar, si es denunciada, en una sentencia sólo algo menos severa que la aplicada para castigar el asesinato.

—Me río —dijo Parravicini, con un aéreo movimiento de sus flacos dedos—, me río sin dudarle frente a sus teorías y sus amenazas. Yo, Parravicini Leopoldo, no tengo el más mínimo temor de que la ley pueda poner en tela de juicio nada de lo que he hecho.

—Llévese a la joven, y no quiero volver a oír nada de ella —gritó lady Ducayne con esa voz vieja y aguda que tan mal acompañaba a la energía y el fuego del pérfido y viejo cerebro que guiaba sus acciones—. Hágala volver con su madre. No quiero más jóvenes que mueran a mi servicio. Hay bastantes jóvenes y disponibles en el mundo, Dios lo sabe.

—Si alguna vez vuelve a emplear a otra acompañante..., o tomar a otra joven inglesa a su servicio, lady Ducayne, haré vibrar a Inglaterra entera con la historia de su maldad.

—Ya no quiero más jóvenes. No creo en sus experimentos. Han sido muy peligrosos también para mí, no sólo para la joven..., una burbuja de aire y

habría muerto. No aceptaré más de su peligroso curanderismo. Encontraré a algún hombre joven, un hombre mejor que usted, señor, un descubridor como Pasteur, o Virchow, un genio, que me mantenga viva. Llévase a su joven, señor. Cásese con ella, si le place. Haré un cheque por mil libras y la dejaré irse y vivir de carne y cerveza, y que se haga fuerte de nuevo. No volveré a someterme a tales experimentos. ¿Está oyendo, Parravicini? —gritó vindicativamente con la cara amarilla y arrugada distorsionada por la furia y los ojos centelleando hacia el hombre.

Los Stafford se llevaron a Bella Rolleston a Varese al día siguiente; la joven se mostraba reacia a abandonar a lady Ducayne, cuyo liberal salario tanta ayuda le aportaba. Herbert Stafford insistió, no obstante, tratando a Bella tan fríamente como si hubiera sido el médico de la familia y ella hubiera sido confiada enteramente a su cuidado.

—¿Supone usted que su madre le permitiría permanecer aquí para morir? —le preguntó a la joven—. Si Mrs. Rolleston supiera lo enferma que está vendría volando a buscarla.

—Nunca volveré a estar bien de nuevo hasta que regrese a Walworth —respondió Bella, quien tenía un ánimo sombrío y propenso a las lágrimas aquella mañana.

—Probaremos primero una semana o dos en Varese —dijo Stafford—. Cuando pueda subir la mitad del camino del Monte Generoso sin palpitaciones, volverá usted a Walworth.

—Pobre madre, ¡qué feliz va a ponerse al verme, y qué apenada porque haya perdido tan buena colocación!

Esta conversación tuvo lugar en el barco, cuando se alejaban de Bellagio. Lotta había ido al cuarto de su amiga aquella mañana a las siete en punto, mucho antes de que los marchitos párpados de lady Ducayne se hubieran abierto a la luz del día, antes aún de que Francine, la doncella francesa, estuviese levantada, y la había ayudado a hacer un maletín con lo esencial, empujando luego a Bella escaleras abajo y fuera del hotel antes de que pudiera oponer alguna resistencia.

—Todo está en orden —le aseguró Lotta—. Herbert tuvo una larga conversación con lady Ducayne ayer por la noche, y quedó establecido que partirías esta mañana. Sabes bien que los inválidos no le gustan.

—No —suspiró Bella—, no le gustan los inválidos. Ha sido muy desafortunado que me debilitara de esta manera, como miss Tomson y miss Blandy.

—Sin embargo, no estás muerta como ellas —replicó Lotta—, y mi hermano dice que no vas a morir.

Parecía bastante desagradable ser despedida de aquel modo tan imprevisto, sin una palabra de adiós.

—Me pregunto qué dirá miss Torpinter cuando me presente ante ella para pedirle otra colocación —especulaba Bella, lastimosamente, mientras desayunaba con sus amigos a bordo del vapor.

—Tal vez no vuelva usted a querer otra colocación —dijo Stafford.

—¿Quiere decir que nunca volveré a reponerme lo suficiente como para poder ser útil a nadie?

—No, no quiero decir nada parecido.

Fue en Varese, una vez terminada la cena, cuando Bella fue inducida a tomar una copa entera de Chianti; el desacostumbrado estimulante la avivó bastante, y en aquel momento Mr. Stafford sacó una carta de su bolsillo.

—¡Había olvidado darle la carta de adiós de lady Ducayne! —dijo.

—¿Cómo? ¿Ella me escribió? Estoy tan contenta..., odiaba dejarla de esa manera tan fría, ya que después de todo ha sido muy bondadosa conmigo, y si no le cobré afecto fue sólo porque era tan espantosamente vieja.

Bella rasgó el sobre. La carta era breve y concisa:

«Adiós, niña. Vaya y cátese con su doctor. Adjunto un regalo de despedida para su ajuar.

Adeline Ducayne».

—¡Cien libras, el salario de todo un año...,! no..., ¿pero cómo?... Es... ¡un cheque de mil libras! —gritó Bella—. ¡Qué generosa alma de anciana! ¡Es realmente la anciana más maravillosa del mundo!

—Ella sólo echaba de menos que usted la quisiera, Bella —dijo Stafford.

Había empezado a emplear su nombre de pila al dirigirse a ella a bordo del barco. Parecía natural ahora que iba a estar a su cargo hasta que los tres volvieran a Inglaterra.

—Me tomaré los privilegios de un hermano mayor hasta que desembarquemos en Dover —dijo él—. Después de ese momento..., bueno, será como usted lo desee.

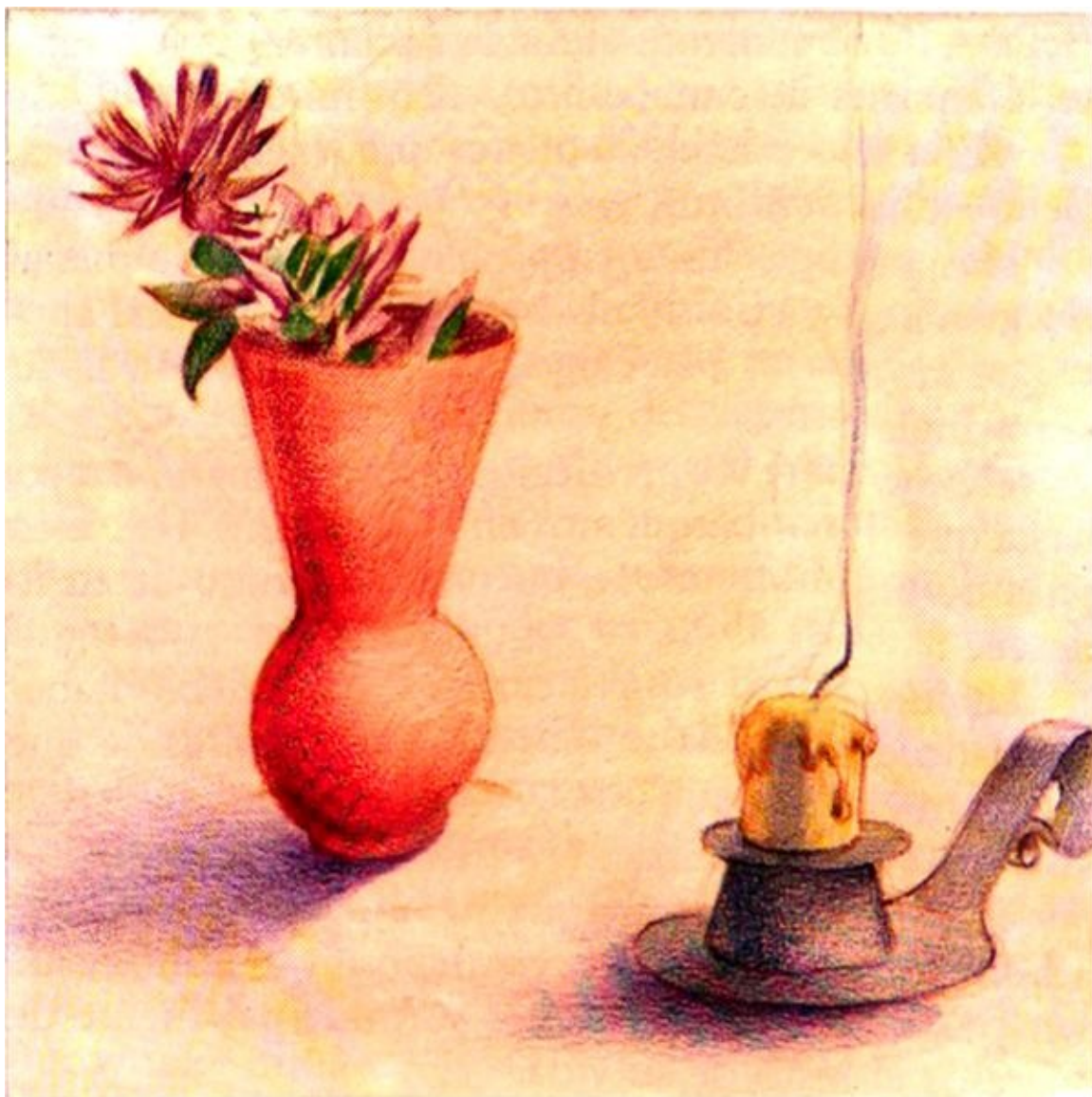
La cuestión de sus relaciones futuras debió haber quedado establecida satisfactoriamente antes de que cruzaran el Canal, ya que la siguiente carta de Bella a su madre comunicaba tres sorprendentes hechos.

Primero, que el cheque de mil libras remitido adjunto iba a ser puesto en depósito a nombre de Mrs. Rolleston y constituiría su principal fuente de ingresos el resto de su vida.

Segundo, que Bella regresaba a Walworth de inmediato.

Por último, que iba a contraer matrimonio con Mr. Herbert Stafford en el otoño siguiente.

«Y estoy segura de que vas a adorarlo, madre, tanto como yo —escribía Bella—. Todo esto es obra de la bondadosa lady Ducayne. Nunca podría haberme casado si no hubiera asegurado estos ahorros para ti. Herbert dice que podremos añadir dinero a ellos a medida que pasen los años, y que vivamos donde vivamos siempre habrá una habitación en nuestra casa para ti. La palabra suegra no le causa el menor terror».



EL INVITADO DE DRÁCULA

(Bram Stoker, 1897)

CUANDO salimos el sol brillaba intensamente en Munich y el aire estaba colmado de la alegría de un verano adelantado. En el momento en que estábamos a punto de partir, herr Delbrück, el *maître d'hôtel* del *Quatre Saisons*, en donde yo me alojaba, bajó con la cabeza descubierta hasta el carruaje y, tras desearme un viaje placentero y aún con la mano sobre el picaporte de la portezuela del carruaje, le dijo al cochero:

—Recuerda que debes volver al anochecer. El cielo está claro, pero hay un aliento helado en el viento del norte que anuncia la posibilidad de una tormenta repentina. Pero estoy seguro de que no te retrasarás —en este punto sonrió y añadió—: porque sabes qué noche es hoy.

Johann respondió con un enfático: «*Ja, mein Herr*», y, llevándose la mano al sombrero, partió con presteza. Cuando por fin abandonamos la ciudad, le hice una señal para que se detuviera y le pregunté:

—Dime, Johann, ¿qué noche es hoy?

Entonces él se santiguó y contestó lacónicamente:

—Walpurgisnacht.

Luego sacó su reloj, un enorme y anticuado objeto de plata alemán, grande como un nabo, y lo observó frunciendo las cejas hasta que se le juntaron, y con un impaciente encogimiento de hombros lo cerró. Me di cuenta de que era ésta su manera de protestar respetuosamente por la innecesaria demora, y volví a hundirme en mi asiento instándolo a retomar la marcha.

Partió rápidamente, como si quisiera recuperar el tiempo perdido. De vez en cuando parecía como si los caballos alzaran la cabeza y olfatearan el aire con recelo. En tales ocasiones, yo miraba a mi alrededor alarmado. El camino

era de una desolación extrema. Atravesábamos una especie de meseta alta azotada por el viento. Mientras avanzábamos, divisé un camino que parecía muy poco empleado y que se hundía en un pequeño y sinuoso valle.

Tenía un aspecto tan atractivo que, aun a riesgo de ofenderle, le ordené a Johann que se detuviera y, cuando lo hubo hecho, le dije que me gustaría internarme en aquel camino. Me dio entonces toda suerte de excusas y se santiguó con frecuencia mientras hablaba. Esto picó mi curiosidad de algún modo, y le formulé varias preguntas. Él me respondió evasivamente y miró su reloj repetidas veces en señal de protesta. Por fin, le dije:

—Bien, Johann, quiero seguir ese camino. No te pediré que vengas si no quieres, pero dime al menos por qué no quieres ir; es todo lo que te pido.

Por respuesta pareció arrojarle sin más del pescante, de tan rápido como alcanzó el suelo. Luego extendió hacia mí sus manos suplicantes y me imploró que no osáramos ir por aquella senda. Apenas habla el inglés suficiente mezclado en su alemán como para que yo pudiera entender la ráfaga de su discurso. Parecía siempre a punto de decirme algo —la idea misma que evidentemente le aterrorizaba—, mas cada vez que esto ocurría, se reprimía diciendo, al tiempo que se santiguaba:

—¡Walpurgisnacht!

Intenté discutir con él, pero era difícil discutir con un hombre cuya lengua desconocía. La ventaja, por cierto, estaba de su parte, ya que, aun cuando comenzaba hablando en inglés —en un inglés muy rudimentario e incorrecto, a decir verdad—, terminaba siempre excitándose y hablando en su lengua nativa, y cada vez que esto ocurría miraba ansiosamente su reloj. Luego los caballos se inquietaron y se pusieron a olfatear el aire. Al ver esto el cochero palideció y, mirando alrededor asustado, súbitamente se adelantó de un salto, cogió los caballos por las riendas y los hizo avanzar unos veinte pies. Yo lo seguí y le pregunté por qué había hecho eso. Por toda respuesta, se santiguó, señaló el lugar en donde estábamos y llevó el carruaje en dirección al otro camino; señaló entonces un cruce y dijo, primero en alemán y después en inglés:

—Enterraron a él..., él que mató a ellos.

Yo recordé la vieja costumbre de enterrar a los suicidas en los cruces de caminos.

—¡Ah! Ya veo, un suicida. ¡Qué interesante! —dije. Pero por mi vida que no pude explicarme por qué se espantaban los caballos.

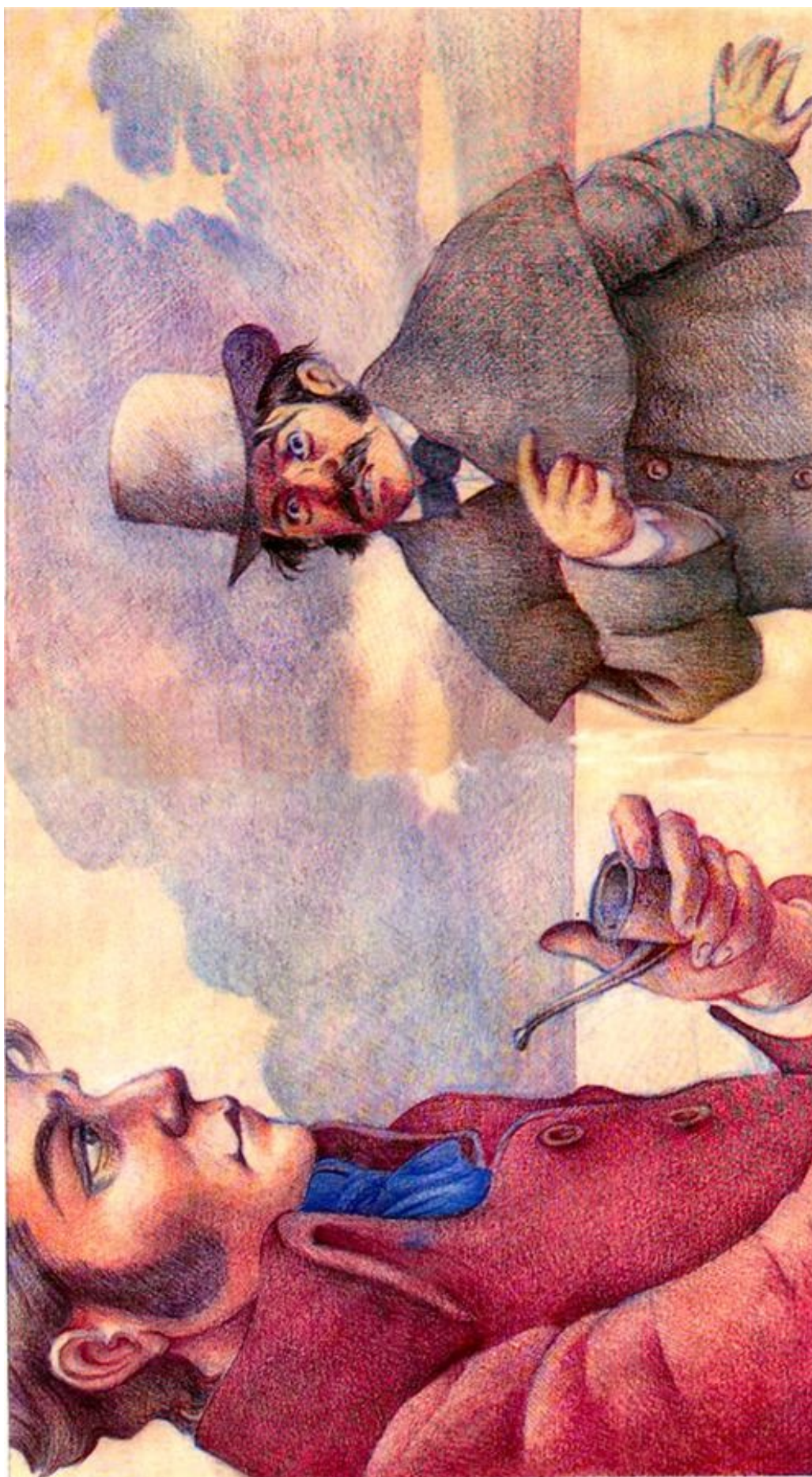
Mientras hablábamos oímos una especie de sonido, algo así como entre un gáñido y un ladrido. Se oía muy lejos, pero los caballos se inquietaron mucho

y le llevó a Johann buena parte de tiempo calmarlos. Estaba pálido, y dijo:

—Suenan como un lobo..., pero ahora no hay lobos aquí.

—¿No? —dijo, tanteándolo—. Los lobos no se acercan tanto a la ciudad desde hace mucho tiempo, ¿verdad?

—Mucho mucho tiempo —respondió él—, en la primavera y el verano, pero con la nieve los lobos han estado aquí no hace mucho.



Mientras él acariciaba los caballos y trataba de calmarlos, nubes oscuras se deslizaban rápidamente a través del cielo. El sol desapareció y un aliento de viento helado pareció pasar junto a nosotros. Sin embargo, sólo fue una ráfaga, de naturaleza más de advertencia que de hecho en sí, ya que el sol volvió a mostrarse brillando con fuerza. Johann atisbo el horizonte por debajo de su mano levantada y dijo:

—La tormenta de nieve llega antes de mucho.

Luego volvió a mirar su reloj y, acto seguido, sosteniendo las riendas con firmeza —puesto que los caballos continuaban rascando nerviosamente la tierra con las pezuñas y agitando las cabezas—, trepó al pescante nuevamente, como si hubiera llegado el momento de retomar la marcha.

Yo sentía cierta obstinación y no me metí de inmediato en el carruaje.

—Háblame del sitio al que lleva el camino —le dije, y señalé hacia abajo.

Otra vez volvió a hacer la señal de la cruz y murmuró una plegaria antes de responder:

—Es impío.

—¿Qué es impío? —inquirí.

—La aldea.

—¿Entonces, hay una aldea?

—No, no. Nadie vive allí desde hace cientos de años.

Mi curiosidad iba en aumento.

—Pero has dicho que había una aldea.

—Había.

—¿Qué pasó con ella?

En ese punto prorrumpió en una larga historia en alemán e inglés, ambas lenguas tan mezcladas que no pude entender exactamente lo que dijo, mas *grosso modo* entresaqué que hacía muchos años, cientos de años en realidad, habían muerto allí hombres y fueron sepultados en sus tumbas; pero se habían escuchado sonidos bajo la tierra y, al ser abiertas las tumbas, se encontraron hombres y mujeres llenos de vida y con las bocas rojas de sangre. Viendo esto, y con la premura de salvar sus vidas ¡y sus almas! —y aquí se santiguó —, aquellos que habían quedado en la aldea huyeron a otros lugares, en donde los vivos vivían y los muertos estaban muertos, y no..., no algo... Era evidente que le atemorizaba pronunciar las últimas palabras. A medida que avanzaba en su historia su agitación crecía. Parecía como si su imaginación se hubiera apoderado de él, y terminó de hablar en un total paroxismo de terror: con el rostro blanco, transpirando, temblando y mirando a su alrededor, como

si esperase que alguna terrible presencia se manifestara allí, bajo el brillante sol en la llanura abierta. Por fin, en una agonía de desesperación, gritó:

—¡Walpurgisnacht! —y señaló el carruaje para incitarme a entrar.

Toda mi sangre inglesa se sulfuró ante esto y, retrocediendo, le dije:

—Tienes miedo, Johann. Tienes miedo. Vete a casa. Yo volveré solo. Caminar me hará bien.

La portezuela del carruaje estaba abierta. Cogí del asiento mi bastón de roble —que siempre me acompaña en mis excursiones— y cerré, señalando en dirección a Munich y diciendo al cochero:

—Vuelve a casa, Johann... Walpurgisnacht no nos afecta a los ingleses.

En aquel momento los caballos estaban más inquietos que nunca y Johann trataba de apaciguarlos, mientras me imploraba agitadamente que no hiciera tonterías. Me dio pena el pobre sujeto; hablaba con total seriedad, pero aun así no pude dejar de reírme. Su inglés había desaparecido definitivamente. Había olvidado, en su ansiedad, que su única oportunidad de hacerme entender lo que decía era hablando mi idioma y farfullaba atropelladamente en su alemán nativo. La situación empezó a hacerse un poco tediosa, así que tras gritarle la orden: «¡A casa!», me di la vuelta y me dirigí hacia el cruce de caminos que bajaba hacia el valle.

Con un gesto de impotencia, Johann enfiló el carruaje hacia Munich. Yo me apoyé en mi bastón y lo vi alejarse. Avanzó lentamente por el camino durante un trecho: luego apareció un hombre alto y delgado en la loma de la colina. Es todo lo que podía ver desde donde me encontraba. Cuando el extraño se acercó hacia los caballos, éstos empezaron a caracolear y a encabritarse, y luego a relinchar de terror. Johann no pudo sujetarlos; se desbocaron camino abajo, corriendo enloquecidamente. Los seguí con la mirada hasta que se perdieron de vista; luego busqué al extraño con los ojos, mas él, también, había desaparecido.

Con buen ánimo me interné en el profundo valle que tanto había objetado Johann. No había la menor razón a la vista que justificara su objeción, y hasta aseguraría que caminé a buen paso durante un par de horas sin pensar en la hora ni en la distancia y, por cierto, sin ver una sola persona o casa. El sitio en sí era la desolación misma. Pero no me di cuenta particularmente de ello hasta que, al seguir una curva del camino, llegué a una derruida valla de madera; entonces reconocí que inconscientemente me había impresionado la desolación de la región que acababa de atravesar.

Me senté a descansar y miré alrededor. Me sorprendió que el frío hubiera aumentado considerablemente desde el comienzo de mi caminata; un sonido

semejante a un suspiro parecía rodearme, acompañado de vez en cuando por una suerte de apagado rugido que llegaba desde lo alto. Al mirar hacia arriba advertí que inmensas y espesas nubes se deslizaban rápidamente por el cielo, de Norte a Sur y a gran altura. Había signos evidentes de una inminente tormenta en alguno de los estratos superiores del aire. Me sentía algo helado y, atribuyéndolo a mi inmovilidad luego del ejercicio, reinicié la marcha.

El terreno que atravesaba ahora era mucho más pintoresco. No había ningún objeto en particular que el ojo pudiera individualizar, sino que todo estaba como bañado en una hechizante belleza. Presté poca atención al paso del tiempo y sólo cuando la creciente penumbra comenzó a cercarme, empecé a pensar en la forma de encontrar el camino de regreso. La claridad del día había desaparecido. El aire estaba helado y la marcha de las nubes a lo alto era cada vez más notable. Ésta iba acompañada por una especie de sonido atronador muy a lo lejos, cruzado a veces por aquel misterioso llanto que el cochero había identificado como de un lobo. Vacilé durante un rato, mas como había dicho que visitaría la aldea desierta, proseguí mi marcha y casi de inmediato llegué a una ancha extensión de campo abierto, rodeada en todo su perímetro por colinas. Las laderas estaban cubiertas de árboles, los que también se esparcían sobre la llanura, moteando, en pequeños grupos, las cuestas y hondonadas más suaves que se veían aquí y allá. Seguí con la vista las sinuosidades del camino y vi que presentaba una curva cerca de uno de estos grupos, que se perdía detrás de los árboles.

Mientras observaba se levantó una ráfaga de aire helado y la nieve comenzó a caer. Pensé entonces en las millas y millas de campo desolado que había cruzado y me apresuré a buscar refugio en el bosque que tenía ante mí. El cielo se oscurecía cada vez más y la nieve caía más densa y con mayor rapidez, hasta que la tierra se convirtió en una blanca alfombra brillante, cuyo límite se perdía en una vaga neblina. El camino era aquí muy abrupto, y sobre la llanura sus bordes no eran tan marcados como cuando pasaba por la zona boscosa; al poco rato me di cuenta de que debía haberme alejado de él, ya que mis pies no encontraban bajo la nieve la superficie dura, hundiéndose en cambio en la hierba y el musgo. Entonces el viento se intensificó, soplaba cada vez con más fuerza, hasta que fui forzado a correr delante de él. El aire era helado, y a pesar del ejercicio que realizaba comencé a sufrirlo. La nieve caía tan tupida y formaba en torno a mí remolinos tan vertiginosos, que apenas si podía mantener los ojos abiertos. De cuando en cuando el cielo era cruzado por vivos relámpagos, gracias a cuya luz podía ver ante mí una gran

masa de árboles, principalmente tejos y cipreses, todos densamente recubiertos de nieve.

Pronto me refugié al abrigo de los árboles y allí, en silencio, pude oír el silbar del viento en lo alto. Para entonces la negrura de la tormenta había quedado inmersa en la oscuridad de la noche. Poco a poco la tormenta pareció calmarse: sólo persistía en feroces ráfagas y bocanadas aisladas. En estos momentos el extraño sonido del lobo se oía secundado por el eco de muchos sonidos similares.

De vez en cuando, a través de la negra masa de nubes viajeras, llegaba un disperso rayo de luna que iluminaba la extensión y me permitía percibir dónde me encontraba. Como la nieve había dejado de caer, salí de mi refugio y comencé a investigar más de cerca el terreno. Me parecía que, entre tantos cimientos antiguos por los que había pasado, tenía que existir todavía al menos una casa en pie en la que pudiera hallar algún reparo aunque se encontrara en ruinas. Al bordear la linde del bosquecillo vi que éste estaba enmarcado por una pared muy baja; la seguí y pronto me encontré ante un claro. Allí los cipreses se alejaban formando una avenida que conducía hasta una masa cuadrada, una construcción de algún tipo. Apenas había divisado lo que he dicho, cuando las nubes volvieron a obnubilar la luna y tuve que seguir el camino a oscuras.

El viento debía de ser más frío, ya que mi cuerpo se estremecía mientras caminaba; mas había una esperanza de refugio y proseguí ciegamente y a tientas mi camino.

De pronto, ante un súbito silencio, me detuve. La tormenta había cesado y, quizá en simpatía con el silencio de la naturaleza, mi corazón parecía haberse detenido también. Esto fue apenas momentáneo, ya que en ese mismo momento la luz de la luna se abrió paso entre las nubes y vi que me encontraba en un cementerio y que la masa cuadrada que había ante mí era una inmensa tumba de mármol, tan blanco como la nieve que la cubría y la rodeaba. Con la luna llegó el silbido feroz de la tormenta, que parecía haber retomado su curso con un aullido larguísimo, como el de una jauría de perros o lobos. Me sentía atemorizado e impresionado y percibí que el frío se hacía cada vez más intenso sobre mí, hasta que me pareció que me apretaba el corazón. Entonces, mientras la luz de la luna aún bañaba la tumba de mármol, la tormenta resurgió con renovado vigor, como volviendo sobre sus huellas. Impelido por una especie de fascinación me aproximé al sepulcro para ver qué era y por qué una cosa como aquélla se erguía solitaria en un lugar semejante.

Caminé redeándolo y leí en alemán, sobre la puerta dórica:

CONDESA DOLINGEN DE GRATZ,
STEIERMARK.
BUSCÓ Y ENCONTRÓ LA MUERTE
EN 1801

Sobre la tumba, aparentemente enterrada, a través del mármol macizo — ya que la estructura se componía de pocos y enormes bloques de piedra—, había una enorme púa o estaca de acero. Sobre la parte posterior vi, tallada en inmensos caracteres rusos, la leyenda:

LOS MUERTOS VIAJAN RÁPIDO

Había en todo aquello algo tan misterioso y extraño que me impactó de repente y me sentí casi a punto de desmayar. Por primera vez deseé haber seguido el consejo de Johann. En ese momento me asaltó un pensamiento que se presentó bajo extrañas circunstancias y con una terrible conmoción: ¡aquella era la Noche de Walpurgis!

La noche de Walpurgis, en la que, según la creencia de millones de personas, el demonio quedaba libre..., en la que las tumbas se abrían y los muertos salían caminando. En la que las cosas maléficas de la tierra, el aire y el agua celebraban sus festejos. Este sitio en especial era el que el cochero había evitado. Ésta era la aldea despoblada desde hacía siglos. Aquí era donde reposaban los suicidas..., y aquí, en este sitio, yo me encontraba solo..., ¡jacobardado, estremeciéndome de frío bajo un manto de nieve y con una salvaje tormenta precipitándose otra vez sobre mí! Tuve que emplear toda mi filosofía, toda la religión que me habían inculcado desde la infancia, todo mi valor, para no sucumbir en un paroxismo de terror.

Entonces un auténtico tornado se abatió sobre mí. El suelo retumbó como si miles de caballos galoparan sobre él, y esta vez la tormenta traía en sus heladas alas ya no simple nieve, sino un granizo de enormes piedras que caían con tal violencia que podrían haber sido arrojadas por las hondas de los lanzadores de las Baleares..., piedras que arrancaban hojas y ramas,

reduciendo la capacidad de refugio de los cipreses a la que podrían haber prestado sus troncos si hubieran sido mazorcas de pie. En el primer instante me había abalanzado hacia el árbol más cercano, pero luego me vi forzado a abandonarlo y abrigarme bajo el único sitio que parecía ofrecer refugio, el grueso portal dórico de la tumba de mármol. Allí, acurrucado contra la puerta de bronce macizo, logré guarecerme mal que bien de la pedrada de granizo, ya que de esa manera sólo me golpeaban las piedras que rebotaban desde el suelo y desde la pared de mármol.

Al apoyarme sobre la puerta ésta cedió suavemente y se abrió hacia adentro. Aun la protección de una tumba era bienvenida bajo aquella despiadada tormenta, y estaba a punto de entrar cuando la luz ahorquillada de un rayo iluminó la extensión completa del cielo. En ese instante —y doy fe de ello como que soy un hombre y estoy vivo—, vueltos mis ojos hacia la oscuridad de la tumba, vi a una hermosa mujer de mejillas redondeadas y labios rojos, aparentemente dormida sobre un féretro. Cuando rugió el trueno en lo alto fui asido como por la mano de un gigante y lanzado a la tormenta exterior. Todo ocurrió a tal velocidad que, antes de que pudiera darme cuenta del impacto, tanto físico como moral, el granizo se abatía nuevamente sobre mí. Al mismo tiempo tuve la extraña y dominante sensación de que no estaba solo. Dirigí mis ojos hacia la tumba. Justo en aquel momento hubo otro rayo cegador que fue a caer sobre la estaca de acero que sobresalía del tálamo y se clavó a través de ella en la tierra, derribando y pulverizando el mármol como en una explosión. La mujer muerta se incorporó por un momento, envuelta en llamas, y sus desgarradores gritos de dolor quedaron ahogados por el rugir de los truenos. Lo último que oí fue esta mezcla de espantosos sonidos. Aquella mano gigantesca me agarró de nuevo y me arrastró lejos bajo los golpes del granizo; a mi alrededor el aire parecía reverberar con el aullido de los lobos. Lo último que recuerdo haber visto fue una vaga masa que se movía, como si todas las tumbas que me rodeaban hubieran expulsado a los fantasmas de sus difuntos amortajados y éstos se acercaron a mí a través de la blanca nube de granizo que no paraba de caer.

Gradualmente llegué a una especie de vago umbral de la consciencia, y luego experimenté una sensación de cansancio espantosa. Durante un rato no recordé nada, sólo que mis sentidos volvían a mí con lentitud. Mis pies, verdaderamente torturados de dolor, no podía moverlos. Parecían adormecidos. Sentía helada la parte posterior de mi cuello y toda mi espina dorsal, mis orejas, como mis pies, parecían muertos, aunque me dolían terriblemente. Por el contrario, sentía una sensación de calor en mi pecho que

era deliciosa. Era como una pesadilla —una pesadilla física, si se pudiera expresar de este modo—, ya que un peso muy grande sobre mi pecho me impedía respirar con facilidad.

Este período de semiletargo se prolongó durante mucho tiempo, y al desvanecerse debí quedarme dormido o desmayado. Luego vino una sensación de repugnancia, como la del primer estadio de mareo en un barco, y un fuerte deseo de liberarme de algo..., no sabía de qué. Un vasto silencio me envolvía, como si el mundo entero estuviera muerto o dormido. Aquella quietud sólo era quebrada por el suave jadeo de algún animal junto a mí. Sentí un calor que me raspaba la garganta, y luego vino la conciencia de la espantosa verdad, la que me congeló el corazón e hizo fluir la sangre a mi cerebro.

Algún enorme animal estaba encima de mí y me lamía la garganta. Temí moverme, ya que un instinto de prudencia me ordenaba permanecer inmóvil; no obstante, la bestia pareció percatarse de que se había producido algún cambio en mí, puesto que levantó su cabeza. Entreabrí los ojos y pude ver sobre mí los dos llameantes ojos de un gigantesco lobo. Sus afilados dientes blancos centelleaban en su abierta boca roja y pude sentir su aliento caliente, feroz y acre sobre mi rostro.



Por otro espacio de tiempo mi memoria volvió a sucumbir. Después tuve consciencia de un suave gruñido, seguido de un gáñido, renovado una y otra vez. Luego, aparentemente desde una gran distancia, me llegaron voces, muchas voces gritando al unísono. Cautelosamente levanté apenas la cabeza y atisbé en la dirección del sonido, pero el cementerio me bloqueaba la vista. El lobo seguía gáñendo de una forma extraña y alrededor del bosquecillo de cipreses comenzó a moverse una luz roja, como siguiendo el quejido del animal. A medida que las voces se acercaban, el lobo gáñía cada vez más fuerte y agitadamente. Yo temía tanto moverme como producir sonido alguno. La luz roja avanzaba sobre el blanco manto mortuario que se extendía hasta la oscuridad que me rodeaba. Entonces, súbitamente, desde los árboles llegó al trote una tropa de jinetes portando antorchas. El lobo se levantó de mi pecho y huyó hacia el cementerio. Vi a uno de los jinetes (soldados, que reconocí por sus gorras y sus largas capas militares) alzar su carabina y apuntar cuidadosamente; oí silbar una bala sobre mi cabeza. Evidentemente, habían tomado mi cuerpo por el del lobo. Un soldado divisó al animal mientras se escabullía y le disparó. Luego, al galope, la tropa avanzó, algunos hombres hacia mí, otros detrás del lobo, que desaparecía entre los cipreses cubiertos de blanco.

Mientras se acercaban traté de moverme, pero no tenía fuerzas, aunque podía ver y oír todo lo que ocurría a mi alrededor. Dos o tres soldados saltaron de sus caballos y se arrodillaron junto a mí. Uno de ellos me levantó la cabeza y apoyó su mano sobre mi corazón.

—¡Buenas noticias, camaradas! —gritó—. ¡Su corazón todavía late!

Luego me hicieron beber un poco de brandy; esto me dio algo de vigor y pude abrir los ojos por completo y mirar a mi alrededor. Luces y sombras se movían entre los árboles, y oí voces de hombres llamándose unos a otros. Por fin se acercaron profiriendo exclamaciones de temor, y las luces brillaron deslumbrándome mientras los demás salían del cementerio atropelladamente, como poseídos.

Cuando los más alejados se aproximaron a nosotros, los que me rodeaban les preguntaron con ansiedad:

—¿Y bien? ¿Lo habéis encontrado?

—¡No! ¡No! ¡Vayámonos pronto de aquí! ¡No es lugar para demorarse, y justo esta noche! —fue la apresurada respuesta.

—¿Qué era? —fue la pregunta, formulada en las más variadas tonalidades. La respuesta fue igualmente variada y por completo indefinida, como si los hombres sintieran un impulso común que los llevaba a hablar,

mas como si, al mismo tiempo, un temor común les impidiera expresar sus pensamientos.

—¡Eso..., eso..., en efecto! —balbuceó uno, cuyo juicio le había abandonado por el momento.

—¡Era un lobo... y no lo era! —exclamó otro estremeciéndose.

—No sirve de nada dispararle si no es con la bala sagrada —observó un tercero en un tono más vulgar.

—¡Nos está bien empleado por salir en una noche como ésta! ¡En verdad, nos hemos ganado bien nuestros mil marcos! —fueron las exclamaciones de un cuarto.

—Había sangre sobre el mármol roto —dijo otro, luego de una pausa—; el rayo nunca había llegado allí. Y en cuanto a él... ¿Está bien? ¡Mirad su garganta! Ved, camaradas, el lobo se ha tendido sobre él y ha mantenido caliente su sangre.

El oficial observó mi garganta y replicó:

—Está bien, la piel no está herida. ¿Qué puede significar todo esto? Nunca lo hubiéramos encontrado de no ser por los gañidos del lobo.

—¿Qué ha sido de él? —inquirió el hombre que sostenía mi cabeza y que parecía el menos acobardado del grupo, ya que sus manos eran firmes y no temblaban. Sobre su manga pude ver un galón de contramaestre.

—¡Volvió a su guarida! —respondió el hombre cuya cara alargada estaba pálida y que se sacudía literalmente de terror mientras miraba alrededor atemorizado—. Hay suficientes tumbas aquí en las que puede refugiarse. Vamos, camaradas... ¡Vámonos de inmediato! Dejemos este lugar maldito.

El oficial me ayudó a incorporarme mientras daba una orden y al instante varios hombres me colocaron sobre un caballo. Luego saltó en la silla detrás de mí, me rodeó con sus brazos y dio la orden de ponerse en marcha; entonces dimos la espalda a los cipreses y cabalgamos velozmente con orden militar.

Hasta entonces mi lengua había rehusado moverse, de modo que guardaba un forzado silencio. Debí haberme dormido, ya que lo siguiente que recuerdo es que me encontraba de pie sostenido por dos soldados. Era casi de día y hacia el Norte la luz del sol se reflejaba en una línea roja, como un sendero de sangre, sobre el yermo de nieve.

El oficial les decía a sus hombres que no debían contar nada de lo que habían visto, excepto que habían encontrado a un extranjero inglés, custodiado por un enorme perro.

—¡Un perro! ¡Eso no era un perro! —lo cortó el hombre que se había mostrado tan aterrorizado—. Creo que sé reconocer a un lobo cuando lo veo.

—He dicho un perro —respondió tajantemente el joven oficial.

—¡Perro! —reiteró el otro con ironía. Era evidente que su coraje se levantaba con el sol; señalándome, dijo—: Mire su garganta. ¿Acaso es eso obra de un perro?

Instintivamente, me llevé la mano a la garganta y al tocarla grité de dolor. Los hombres se agruparon a mi alrededor para mirar, algunos inclinándose desde sus sillas. Mas nuevamente se oyó la voz del joven oficial, diciendo:

—Un perro he dicho. Si alguien dijese otra cosa, nos iremos de ello.

Luego fui montado detrás de un soldado y cabalgando nos internamos en los suburbios de Munich. Allí nos cruzamos con un carruaje que se había desviado y en él me instalaron, ordenando al cochero que se dirigiera al *Quatre Saisons*; el joven oficial me acompañaba y en la retaguardia cabalgaba un soldado con su caballo, mientras los demás se retiraron a sus respectivas barracas.

Al llegar, herr Delbrück se abalanzó velozmente por las escaleras para recibirme. Según las apariencias, había estado vigilando desde el interior del hotel. Cogiéndome las manos, me condujo hacia adentro solícitamente. El oficial saludó, y ya estaba a punto de marcharse cuando advertí su intención e insistí en que me acompañara a mis habitaciones.

Luego de un buen vaso de vino le agradecí calurosamente, a él y a sus camaradas, que me hubieran salvado. Replicó simplemente que se sentía más que contento de haberlo hecho, y de que desde el primer momento herr Delbrück hubiese tomado las medidas pertinentes para que la patrulla de búsqueda fuera organizada; ante estas ambiguas palabras, el *maître d'hôtel* sonrió, mientras el oficial, alegando deberes pendientes, se retiraba.

—Pero, herr Delbrück —inquirí—, ¿cómo y por qué los soldados salieron en mi busca?

Él se encogió de hombros, como menospreciando su acción, al tiempo que replicaba:

—Tuve la fortuna de obtener, del comandante del regimiento en el que serví, la licencia para pedir voluntarios.

—¿Pero cómo sabía usted que yo estaba perdido? —pregunté.

—El cochero llegó aquí con los restos de su carruaje, que fue seriamente dañado cuando los caballos huyeron.

—Pero seguramente usted no habría mandado una patrulla de soldados sólo por este motivo, ¿no es así?

—¡Oh, no! —respondió—; pero aún antes de que el cochero llegase yo había recibido este telegrama del boyardo que es su anfitrión.

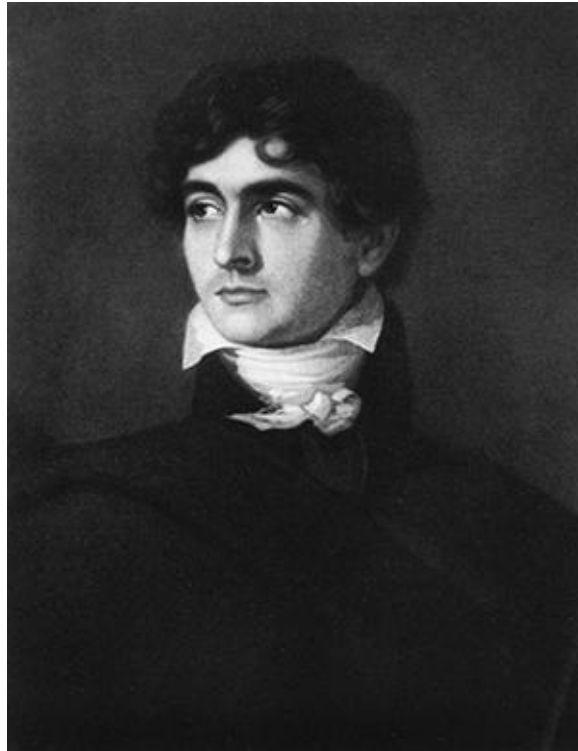
Y diciendo esto, sacó de su bolsillo un telegrama que me entregó, y que decía así:

Bistritz.

«Cuidad a mi invitado..., su seguridad me es muy preciada. Si algo le sucediera, o se extraviase, no ahorréis ningún esfuerzo para encontrarlo y ponerlo a salvo de todo riesgo. Es inglés y, por tanto, aventurero. A menudo existen peligros en la nieve, los lobos y la noche. No perdáis un momento si sospecháis que puede hallarse en aprietos. Retribuiré vuestro celo con mi fortuna.

Drácula».

Mientras sostenía en mi mano el telegrama, la habitación pareció dar vueltas en torno a mí, y si el atento *maître d'hôtel* no me hubiera cogido, creo que hubiese caído al suelo en redondo. Había algo tan extraño en todo esto, algo tan misterioso e imposible de imaginar, que creció en mí la sensación de ser, en alguna medida, la víctima de fuerzas opuestas..., idea esta que, aunque vaga, me dejaba paralizado. Me encontraba, por cierto, bajo alguna forma de protección misteriosa. En el momento preciso había llegado, desde un país lejano, un mensaje que me arrancó del peligro de dormirme para siempre en la nieve y de las fauces del lobo.



JOHN WILLIAM POLIDORI (1795-1821). Nació en Londres. Recibió una educación científica y humanista muy esmerada. Médico y escritor.

Su verdadero afán era ser escritor, que se cumplió cuando conoció a Lord Byron, que le llevó como médico personal en su viaje por Europa.

No se sabe a ciencia cierta por qué la relación entre Byron y Polidori se resquebrajó y terminó por disolverse. Se presume que Byron no quiso contarlo más entre sus allegados. Polidori publicó algunos poemas que pasaron sin pena ni gloria (como *La caída de los ángeles*, poema ambicioso) y sólo su relato *El vampiro*, publicado en principio sin su autorización ni conocimiento, logró el aplauso del público, tras cierto escándalo originado por la adjudicación de su autoría. En este relato, la figura del vampiro recoge algunos rasgos del poeta Byron, reconocibles por los lectores de la época.

* * *

JAMES MALCOLM RYMER, 1814-1884. Fue un escritor británico de del siglo XIX y es coautor de Thomas Peckett Prest de *Varney the Vampire*

(1847) y *The String of Pearls* (1847), en la que el notorio villano Sweeney Todd hace su debut literario. La información sobre Rymer es incompleta. Era de ascendencia escocesa, aunque nació en Clerkenwell, Londres, el 1 de febrero de 1814. En el Directorio de Londres de 1841 figura como ingeniero civil. Entre 1842 y 1867 escribió hasta 115 novelas populares para el librero y editor inglés Edward Lloyd.

* * *



JOSEPH THOMAS SHERIDAN LE FANU (1814-1873). Fue un escritor irlandés de cuentos y novelas de misterio. Sus historias de fantasmas representan uno de los primeros ejemplos del género de terror en su forma moderna, en la cual, como en su relato *Schalken el pintor*, no siempre triunfa la virtud ni se ofrece una explicación sencilla de los fenómenos sobrenaturales.

* * *



MARY ELIZABETH BRADDON (1837-1915). Fue una popular escritora de novelas de la era victoriana en el Reino Unido. Se la conoce principalmente como la autora de la novela sensacionalista *El secreto de Lady Audley*.

Mary Elizabeth Braddon fue una escritora extremadamente prolífica, escribiendo unas 75 novelas con tramas muy ingeniosas. Su amigo y posterior colaborador Wilkie Collins fue quien la animó a escribir.

Braddon también fundó *Belgravia Magazine* (1866), que presentó al público varias series de novelas, poemas, viajes narrativos y biografías, así como ensayos sobre moda, historia y ciencia. La revista se acompañaba de atractivas ilustraciones y ofrecía a los lectores obras literarias a un coste asequible. También editó *Temple Bar Magazine*. El legado de Braddon está unido a la literatura de ficción de la década de 1860.

* * *



MARY ELIZABETH BRADDON (1837-1915). Fue una popular escritora de novelas de la era victoriana en el Reino Unido. Se la conoce principalmente como la autora de la novela sensacionalista *El secreto de Lady Audley*.

Mary Elizabeth Braddon fue una escritora extremadamente prolífica, escribiendo unas 75 novelas con tramas muy ingeniosas. Su amigo y posterior colaborador Wilkie Collins fue quien la animó a escribir.

Braddon también fundó *Belgravia Magazine* (1866), que presentó al público varias series de novelas, poemas, viajes narrativos y biografías, así como ensayos sobre moda, historia y ciencia. La revista se acompañaba de atractivas ilustraciones y ofrecía a los lectores obras literarias a un coste asequible. También editó *Temple Bar Magazine*. El legado de Braddon está unido a la literatura de ficción de la década de 1860.

* * *



BRAM STOKER (1847-1912). Novelista y escritor irlandés, conocido por su novela *Drácula*.

Sus primeros relatos de terror, como *La Copa de Cristal* (1872), fueron publicados por la London Society, y *The Chain of Destiny* en la revista *Shamrock*. En 1876, mientras trabajaba como funcionario, escribió un libro de texto nombrado *The Duties of Clerks of Petty Sessions in Ireland* (1879), este libro se utilizó como referencia durante mucho tiempo.

Siendo crítico del teatro para el *Dublin Evening Mail*, cuyo copropietario era Sheridan Le Fanu uno de los escritores más importantes de su época por cuentos como el de *Carmilla*, influyeron mucho a Stoker a la hora de escribir *Drácula*. La crítica de Stoker hacia la obra fue una gran alabanza a la actuación en *Hamlet* del actor Henry Irving, quien le contrató para ser su secretario particular y gerente del Lyceum Theatre de Londres.

Su esposa fue la administradora de su legado literario, y dio a conocer obras como la que sería la introducción de *Drácula*, el relato corto «El invitado de *Drácula*».

Notas

[1] Bebida caliente compuesta de hierbas. <<